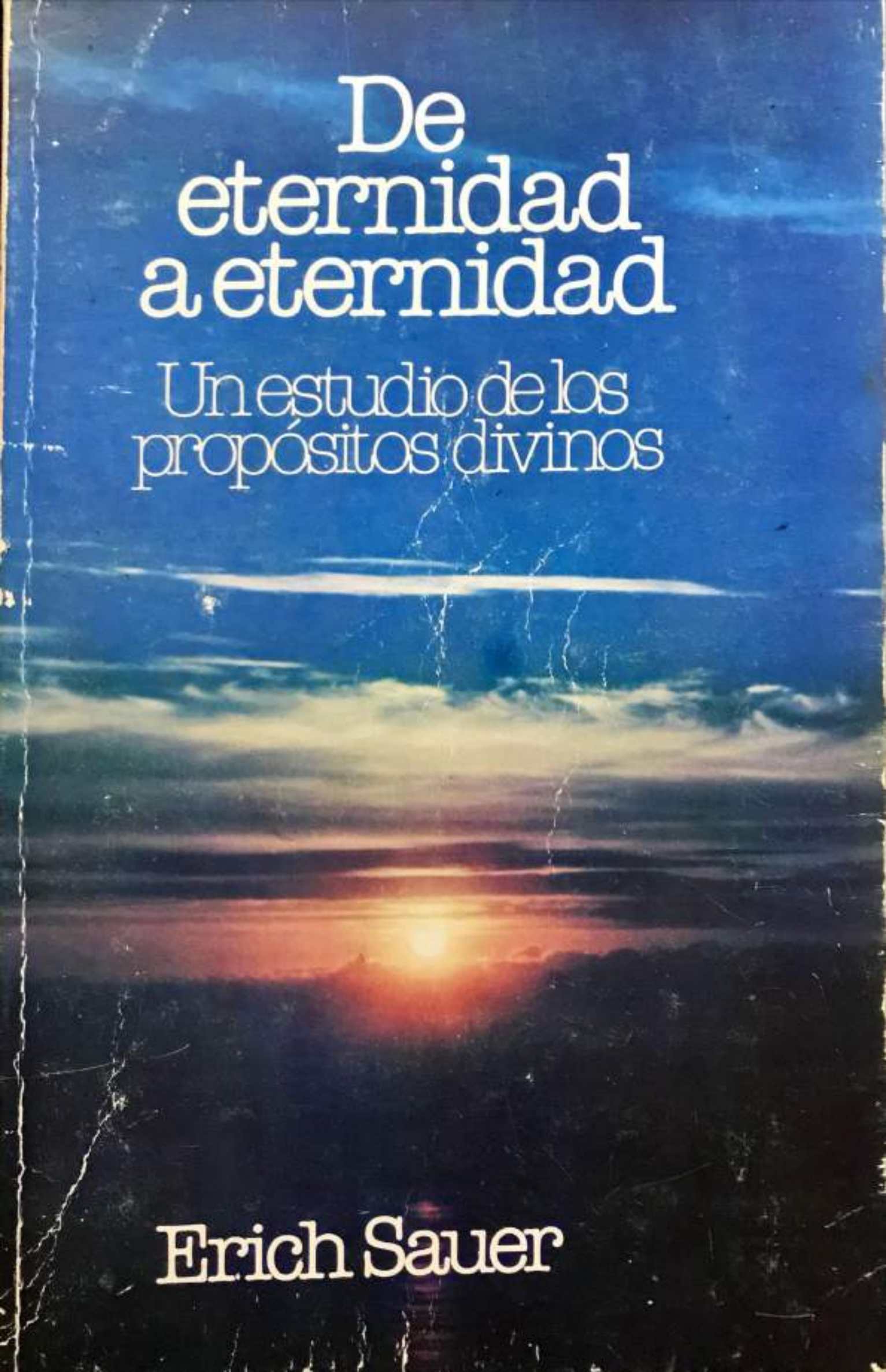
De
eternidad
a eternidad
Un estudio de los
propósitos divinos
Erich Sauer

11,50

DE ETERNIDAD A ETERNIDAD

Erich Sauer

De eternidad a eternidad

Un bosquejo de los propósitos divinos

PUBLICACIONES PORTAVOZ EVANGELICO

Título del original: *From Eternity to Eternity* de Erich Sauer. © 1954, Paternoster Press, Ltd., Exeter, Inglaterra.

Edición española, © 1977, por *Publicaciones Portavoz Evangélico*, Barcelona, España. Todos los derechos reservados.

Literatura evangélica

Traductor: Guillermo Serrano V.

Portada: Miguel García Angosto

Publicaciones Portavoz Evangélico; Camelias 19; Barcelona-12, España.

ISBN 84 - 7293 - 039 - 4
Depósito Legal: B. 3.493 - 1977

Impreso en los talleres gráficos de CLIE. - Moragas y Barret, 113. TARRASA (Barcelona).

Contenido

Prefacio 7

Introducción 11

PRIMERA PARTE

EL PLAN DE DIOS DE SALVACION EN CRISTO 15

1. El cielo y la tierra en el plan de Dios . . . 17
2. Siete métodos principales en la revelación de Dios a la humanidad 27
3. El misterio del pueblo de Israel 36
4. La historia del templo de Dios 44
5. Testimonio del Antiguo Testamento acerca de Cristo 56
6. Las naciones delante de Dios 66
7. La historia de Cristo 77
8. La salvación de Cristo: presente y completa . . 84
9. La Iglesia del Dios viviente 91
10. Los «días» de Dios 101
11. El tribunal de Cristo y el gran trono blanco . . 107
12. El triunfo del Reino de Dios 111
13. Satanás, el adversario de Dios 116
14. El plan universal de Dios del Reino y la Iglesia . 123

SEGUNDA PARTE

LA BIBLIA COMO EL REGISTRO ESCRITO DE LAS RELACIONES DE DIOS CON EL HOMBRE . . . 133

15. La Palabra viva y la Palabra escrita 135
16. La inspiración de la Biblia: necesaria por causa de la caída del hombre 138
17. La inspiración: lógica en vista del uso de las palabras humanas 143
18. La inspiración: en analogía con la revelación de Dios en la naturaleza 155
19. La inspiración: demostrada por la armonía de toda la Escritura 157
20. La inspiración: testificada por la estructura uniforme de la historia de la salvación 160
21. La inspiración: aceptada por el Señor Mismo y sus apóstoles 178
22. La inspiración: demostrada por el poder espiritual de la Biblia 183

TERCERA PARTE

EL REINO VENIDERO DE DIOS: Objeciones consideradas . . . 191

23. Variedad en la interpretación de la profecía . . 193
24. «Las exageraciones quiliastas son errores sectarios opuestos a la sobriedad de la sana esperanza cristiana» 197
25. «Cristo no es un Mesías político» 202
26. «La esperanza de un Reino terrenal es indigna del alto llamamiento espiritual de la Iglesia» . 205

27. El silencio del Nuevo Testamento con respecto a un futuro Reino visible de Dios 207

28. «No hay lugar para un Reino intermedio de Dios en la escatología del Nuevo Testamento» . . 210

29. «La dispensación del evangelio equivale a los "últimos días" en la historia de la redención del Nuevo Testamento» 214

30. «La venida personal de Cristo no será al principio del milenio, sino al final» 217

31. Israel espiritual y literal 221

32. «La espiritualización es el método del Nuevo Testamento para la interpretación de las profecías del Antiguo Testamento acerca del Reino» . 227

33. «La actual dispensación del evangelio no es "misterio" porque fue predicha por la profecía del Antiguo Testamento» 239

34. «Restauración del servicio del Templo: contraria a la enseñanza de Hebreos» 249

35. El actual reino espiritual de Cristo y las profecías del Antiguo Testamento acerca de un reino davídico 257

APENDICE: Introducción a la lectura correcta del diagrama 269

INDICE DE ASUNTOS 285

Prefacio

Este libro apareció en Alemania a fines de 1950. Consistía solamente de la Primera Parte de esta edición. La segunda edición en alemán fue considerablemente ampliada. El impulso inicial para la publicación de este libro en inglés fue una observación aparecida en una revista americana, *United Evangelical Action*, de abril de 1953, que se refirió a este libro en una nota bibliográfica sobre otros dos libros de este autor.

Los dos libros eran *La aurora de la redención del mundo*[1] y *El triunfo del Crucificado*.[2] Aparecieron en inglés en Londres (otoño de 1951) y en Grand Rapids, Michigan, Estados Unidos (otoño de 1952), y recibieron una bondadosa acogida entre los estudiosos de la Biblia. En los primeros veinte meses se publicaron veinte mil ejemplares de los dos libros.

El texto y el diagrama en colores de este libro proporcionan un bosquejo de la línea básica de pensamiento de los otros dos libros mencionados. Al mismo tiempo, la línea de ideas misma y toda la estructura de este libro es esencialmente nueva y diferente. Exhibe el desarrollo de la historia de la salvación no en la forma de amplias

---

1. Sauer, Erich, *La aurora de la redención del mundo* (Madrid: Literatura Bíblica, 1967).

2. Sauer, Erich, *El triunfo del Crucificado* (Chicago: Editorial Moody).

secciones transversales de desarrollo, mostrando etapas contemporáneas, personas y sucesos conectados entre sí en determinado momento, sino más bien la presenta en la forma de secciones longitudinales mostrando una cantidad de desarrollos distintos incluidos en todo el curso de la historia. Estos pueden ser considerados como corrientes y ríos que recorren toda la región, como, por ejemplo, la historia especial de los métodos divinos de revelación en general, la historia de los templos de Dios, la historia de Israel, la historia de las naciones en cuanto a la salvación, la historia del Mesías, los «días de Dios», los diversos juicios finales.

Así, a pesar de la diferencia de la Primera Parte de este libro con los dos libros mencionados, por otra parte, a semejanza de ellos, es *histórico* en carácter. A ésta se añaden otras dos partes, el propósito de las cuales es establecer por medio de consideraciones fundamentales el punto de vista histórico establecido.

Con este propósito, la Segunda Parte considera la actitud básica ante la cuestión de la inspiración de la Biblia como tal, y, de este modo, ante el fundamento y la justificación de todo estudio de la historia bíblica en principio. Porque todo el estudio de la historia de la salvación permanece en pie o cae según la actitud que se tome hacia la inspiración.

La Tercera Parte justifica la esperanza de un reino de Dios visible (el milenio). Por lo tanto, esta sección es más exegética y escatológica. Consideramos necesario agregar esta discusión por cuanto toda la naturaleza y estructura de nuestro punto de vista acerca del desarrollo histórico de la salvación depende en alto grado de la actitud básica que se toma acerca del reino milenial. Esto se aplica tanto a la profecía del Antiguo Testamento como a todo el arreglo y la trama de la historia del Nuevo Testamento, y en particular al orden y la conexión de algunas cuestiones principales y esenciales en cuanto a la esperanza cristiana original.

Así las tres partes de este libro forman una unidad. La Primera Parte presenta nuestra *exposición* en sí, la Segunda Parte su *garantía* básica, y la Tercera Parte la

justificación del *carácter* y *estructura* de nuestro punto de vista histórico.

Esto une este libro con sus antecesores, así que juntos forman una *trilogía.* Descubre el patrón y las raíces de los otros dos y procura ampliar su mensaje desde nuevos ángulos, y trata de apoyar con las Escrituras la ortodoxia de su posición básica.

Al mismo tiempo, este libro ha sido escrito de tal modo que es completo en sí mismo, independientemente de los otros dos. No es un suplemento de ellos, sino que incluye en sí mismo un mensaje completo para los lectores que no conocen los otros dos libros mencionados.

Estoy consciente de la dificultad de tratar un tema tan vasto y complejo en poco espacio. Teniendo esto en cuenta, se pueden tocar sólo algunos puntos y éstos en forma no completa. Pero si el Señor usa este libro para hacer que los que aman su Palabra se sientan estimulados a una mayor meditación, y a despertar y afirmar la fe en las Sagradas Escrituras y en su mensaje personal y de alcance mundial, el autor se regocijará y se sentirá bien recompensado. Proclamar su gracia, testificar su alabanza, glorificarle, es el privilegio más elevado y la felicidad más grande de la vida.

ERICH SAUER

Escuela Bíblica Wiedenest
Rhineland, Alemania

Introducción

LA BIBLIA, LA CLAVE DE LOS ASUNTOS MUNDIALES

La Biblia es el libro de la historia de la salvación. Es el más universal de todos los libros, el organismo histórico más poderoso, *el* libro de la humanidad. En medio de la historia general de la humanidad, Dios empieza una revelación histórica especial, en la cual El se hace presente al pecador como Redentor y Señor. «La marcha del Evangelio a través del mundo es el tema propio de la historia del mundo.»

Este es el plan de salvación que Dios lleva a cabo en las edades y períodos. Lo que fue eternamente determinado en El *antes* de las edades será llevado a cabo y perfeccionado *en el transcurso* de las edades. Por eso Pablo llama al plan de salvación «propósito eterno» (o «propósito de las edades», Ef. 3:11), y alaba a Dios, el Señor mismo, como «el Rey de los siglos» (1 Ti. 1:17).

Las Sagradas Escrituras son el testimonio y registro divino de la poderosa ejecución de este plan. Solamente el que las lee en este sentido, y permite que obre sobre sí mismo, hace justicia a su naturaleza propia y a su significado principal. Pero entonces se levantará delante de él una maravillosa perspectiva histórica. Aprenderá a considerar el desarrollo de la historia humana desde el punto de vista de la eternidad. Percibirá en la historia un plan uniforme, universal, dirigido por Dios, el cual en el curso de los milenios se va desenvolviendo en una viva varie-

dad, en un orden regular y en una universalidad cósmica, moviéndose con toda seguridad hacia su meta. Y la Biblia, como relato de esta totalidad, será para él, no solamente la guía hacia la salvación personal en Cristo, sino al mismo tiempo el llamamiento universal para la salvación, el libro para toda la humanidad, la clave de los acontecimientos mundiales.

PELIGROS Y VENTAJAS DE LOS DIAGRAMAS DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

El diagrama que al final del libro se ofrece procura representar esta unidad histórica de la Biblia. Supone definitivamente la fe en el carácter divino y en la credibilidad histórica de las Sagradas Escrituras, incluyendo la literalidad de las antiguas historias de la Biblia, el carácter genuino de las profecías de Daniel y la confiabilidad de las profecías del Antiguo y el Nuevo Testamento acerca del tiempo del fin. El que no comparte esta fe debe rechazar por anticipado el estudio de la historia bíblica de la salvación, y en consecuencia debe rehusar todo intento de poner en la forma de un diagrama los períodos de la salvación. El diagrama que aquí se ofrece no se hace para tales personas. Pero solamente digamos esto, que Cristo, el Hijo de Dios mismo, ha confesado fe en la historicidad de los primeros capítulos de la Biblia (Mt. 19:8; 24:37, 38), así como en el libro de Daniel (Mt. 26:64, cp. Dn. 7:13; Mt. 24:15), y también en las expectaciones del futuro de las profecías del Antiguo Testamento (Hch. 1:6, 7; Mt. 19:28; 25:31 ss.). Por lo tanto, sólo pueden negar la unidad histórica de la Biblia los que no reconocen la autoridad absoluta del Señor Jesús.

Pero aun una persona con una fe completa en las Sagradas Escrituras puede sentir al principio ciertas reservas hacia una representación gráfica de la revelación histórica de la Biblia. No negamos que todo dibujo tiene en sí el peligro de la rigidez y la inflexibilidad, el que sólo se puede vencer si se limita intencionadamente a las líneas básicas, principales, claramente perceptibles de todo el desarrollo de la historia de la salvación. Pero por sobre

todo, con frecuencia estos diagramas se han conectado con una apariencia de erudición, y realmente han sido confusos, superficiales, por no decir gnósticos y engañosos. ¡Cuánto ultrarefinamiento y artificialidad en la numeración simbólica! ¡Cuántos esquemas rígidos e insípidos dibujos! ¡Cuántas veces, especialmente en relación con la presentación de los días del fin, han confundido la profecía con simples predicciones y han caído —aunque sin intención— bajo el entredicho de una lucha inquisitiva por satisfacer una curiosidad inexcusable!

A pesar del rechazo de tales extravagancias, uno debiera tratar de ser justo con el tema mismo. Si es ciertamente verdadero que la Biblia nos da información histórica digna de confianza —y esto lo garantiza absolutamente a la fe la autoridad del Señor y sus apóstoles— en cuanto a las primeras épocas de la vida de la raza humana, y que sus profecías en cuanto a las principales divisiones generales del tiempo del fin son igualmente dignas de confianza, ¿por qué no podría ser permitido, por cierto útil, presentar estos períodos históricos del pasado y del futuro para que de una mirada el ojo pueda percibirlo por medio de un diagrama o dibujo? En la misma forma, la esfera de todo reloj es un diagrama que presenta en forma visible la secuencia de secciones de tiempo. Que éstas sean muy cortas no invalida el argumento. Porque aquí la cuestión no es de extensión de tiempo, sino el principio adoptado. Un dibujo o diagrama de este tipo permite que sea mucho más fácil percibir la simultaneidad o secuencia de ciertos acontecimientos históricos. En este sentido, la lectura del diagrama de la salvación sólo será útil cuando se lea como la esfera del reloj profético mundial.

Por lo tanto, es precipitado e irreflexivo protestar en principio contra tales diagramas, siempre que éstos sólo sigan líneas generales básicas y que también sean presentados de una manera decorosa. Tratarlos anticipadamente y en forma irónica de «Mapas de ordenanza del estado mayor general» o de «cronologías apocalípticas», no solamente es injusto, sino también una necedad.

SIGNIFICADO, PROPOSITO Y LIMITACIONES DE LOS DIAGRAMAS PROFETICOS

Conscientemente restringido a lo que está claramente revelado en las Escrituras, el diagrama puede aclarar la unidad histórica de la Biblia y de los grandes períodos generales de la revelación. Al mismo tiempo, por medio de las líneas adyacentes de diferentes colores que corren a través de él, puede mostrar que ciertas personas, acontecimientos y cambios eran contemporáneos. Finalmente, siguiendo estas líneas simples, mostrará las principales etapas en el progreso individual de cierta revelación en el curso de su propia historia. Por ejemplo, la *línea roja* representa la historia de Israel, la *blanca* la historia de la idea de un templo, la *dorada* la historia de Cristo, las *zonas verdes* la historia de la salvación de las naciones, la línea *negra* serpenteante ciertos acontecimientos en la historia del demonismo.

En este sentido, un diagrama de salvación puede prestar un decidido servicio al lector de la Biblia que es creyente, y especialmente puede hacer que sea más fácil para el principiante y para el joven obtener en forma comparativamente rápida una síntesis histórica del desarrollo de la revelación bíblica. Como lección objetiva puede ofrecer ayuda para estudio bíblico personal o unido, para estudio individual o en grupo en semanas bíblicas, círculos bíblicos u otros modos de instrucción para jóvenes, así como para clases de continuación para quienes trabajan prácticamente en la predicación de la Palabra en sus iglesias o comunidades. En sesiones de evangelización o devocionales, el texto del libro apela también al lector mismo, invitándolo a aferrarse de la salvación o a entregarse completamente a Cristo. Aunque atribuye gran valor a la enseñanza, el fin principal y real de toda exposición verdadera de la Palabra de Dios es, como dijo Lutero, que «la Palabra de Dios y el corazón del hombre lleguen a ser una cosa».

El texto que sigue explica el diagrama. En consecuencia, se refiere constantemente a él. Al final se dan instrucciones especiales acerca de cómo debe leerse el diagrama.

Pero sería bueno considerar este apéndice antes de comenzar el estudio del libro. El libro se ha estructurado en la suposición de que la lectura del texto será acompañada por continuas referencias al diagrama adjunto, el que deseamos que haga materialmente más fácil entender e imparta más rápidamente la deseada síntesis general.

Este libro no tiene la intención de hacer una presentación detallada de la historia de la salvación. Para un estudio más detallado de todo el tema se hará referencia constante a dos libros más grandes de este autor: *La aurora de la redención*, que trata la historia de la salvación en el Antiguo Testamento, y *El triunfo del Crucificado*, que hace una síntesis de la historia de la salvación en el Nuevo Testamento, pero que, a pesar de numerosas correspondencias y similitudes en su contenido, es distinto en todo el plan y estructura, como mostrará un vistazo al índice del libro.

Así que ahora entregamos al público este sencillo libro. Nuestra oración es que el Señor lo use para despertar el verdadero amor a las Sagradas Escrituras, para el progreso y la facilidad en la comprensión de ella, para profundizar el conocimiento vivo de la unidad histórica de la Biblia. Que sea una contribución al crecimiento en la percepción de los caminos de Dios en la salvación, en su variedad, unidad y propósito consumador; y, por sobre todo, que sirva para que el eterno consejo del amor de Dios pueda ser percibido con claridad y sea testificado bíblicamente, para la gloria del gran Dios mismo que se nos ha dado a conocer en Cristo.

ERICH SAUER

PRIMERA PARTE

El Plan de Dios de Salvación en Cristo

1

El cielo y la tierra en el plan de Dios

EL DIOS ETERNO

Cuando todavía no había estrella que siguiera su curso, sol que arrojase sus torrentes de luz y energía a través del espacio, ni sistemas de estrellas y soles que se moviesen a través del espacio infinito en curvas poderosas y relaciones uniformes, existía Dios; El, el Eterno que no tuvo comienzo, que está por sobre todo el curso del tiempo, el que, en armonía que está por sobre toda explicación, posee unidad y vida, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la base de la eternidad, el Viviente, el único Dios.[1]

Tres personas divinas, un solo Dios; el Hijo uno en esencia con el Padre, sin embargo, voluntariamente subordinado a El (1 Co. 15:28), la Causa de todas las causas, no obstante, El mismo no tuvo causa. Verdaderamente, éstos son misterios sobre misterios. Aquí el espíritu finito

---

1. Acerca de las «pruebas» de la existencia de Dios, véase *La aurora de la redención del mundo*, págs. 17-20.

está siempre ante el enigma de lo infinito. El pensamiento limitado por el tiempo a través de toda la eternidad no podrá penetrar la esfera de lo supramundano, y lo supratemporal, porque algo puede ser discernido solamente por lo semejante, y por lo tanto Dios solamente por Dios.

No pudiendo ser explicado de ningún modo, el divino misterio de la trinidad en unidad permite que se le represente ante el ojo del hombre espiritual mediante la figura matemática del triángulo, y de este modo a través de aquella región del pensamiento y la percepción humana con la que más que con otras parece estar en contradicción. Los padres de la iglesia ya habían señalado esto a principios de la historia del cristianismo. Porque de todas las formas el triángulo es la primera. Ni el punto, como simple objeto del pensamiento, ni la línea, como simple extensión, tienen forma. Pero el triángulo, aunque contiene tres líneas y tiene tres vértices, es de todas las figuras la primera, o, por decirlo así, la figura «Uno», que es completa, tiene unidad, uniendo en sí, en forma armoniosa, los números tres y uno, y por lo tanto fue usada al principio como símbolo de la Deidad.[2] (Véase en el diagrama, en la parte superior de todo el círculo, el triángulo

2. Acerca de la palabra «Trinidad», en cuanto a contenido y en cuanto a la revelación de este misterio en el curso de la historia de la salvación, véase *La aurora de la redención del mundo*, págs. 20-22.

La elaboración más detallada del triángulo «trinitario» es la de Raimundo Lulio, el famoso gran misionero a los musulmanes (murió como mártir en 1315). Es un triángulo cuyo centro de gravedad está unido por líneas a los vértices de los ángulos. En los vértices están las palabras «Padre», «Hijo» y «Espíritu»; en el centro de gravedad está la palabra «Dios»; en los lados está la frase «no es», y en las líneas que unen los vértices con el centro de gravedad la palabra «es».

Esto es para indicar que el Padre no es el Hijo; el Hijo no es el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es el Padre. Pero el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

trinitario suavemente coloreado como fondo de la A y la O.)

El plan universal se originó en Dios como Creador. El es la fuente de todo lo que existe aparte de sí mismo. Todo surgió por su voluntad y vive en razón de su fuerza creativa (Hch. 17:24, 28).

En consecuencia, todo debe pertenecerle. Por cuanto el Universo es obra suya, es también propiedad suya. Por cuanto cada criatura es obra suya, debe ser también su instrumento. Todas las cosas deben permanecer sujetas a él y estar siempre a su disposición. No sólo todo procede *de* El, sino que es al mismo tiempo *para* El (Ro. 11:36; Col. 1:16).

Así que el curso de los acontecimientos mundiales, en su consumación mundial según la presentación bíblica, se pueden comparar con un círculo que se mueve poderosamente, que tiene su origen en Dios y su meta está en Dios. El es el Alfa y la Omega, el primero y el último, la A y la O (véase la parte superior del círculo en el diagrama).

CRISTO, EL CENTRO DE LA SALVACION

Dios ejecuta su plan por medio de su Hijo. En el Ser Divino, el Hijo, precisamente como Hijo, es el resplandor mismo de la Deidad en Sí misma, interiormente y hacia arriba; y de un modo exactamente similar, desde el momento mismo en que Dios completó el acto creador, el Hijo es el resplandor mismo de la Deidad exteriormente y hacia abajo (Jn. 1:3; Col. 1:16; Heb. 1:2). El es el Mediador, la «Palabra» por medio de la cual Dios habla (Jn. 1:1-3, 14), el Organo personal viviente de la manifestación acerca de su naturaleza y voluntad. Cristo es el centro del círculo que se mueve poderosamente, el centro de toda la historia de la creación de Dios, el resplandeciente sol central, el iluminador centro de la vida de toda revelación divina. (Véase diagrama, en el centro de todo el círculo.)

Este fue el propósito de Dios desde la eternidad (Ef. 3:11). Antes de la fundación del mundo, el Padre había

señalado al Hijo para que fuese Mediador. Esto trajo como resultado que la creación misma del mundo tuviese que ser por medio del Hijo (Col. 1:16; Jn. 1:1-3). Los siglos iniciaron su existencia en el Hijo (Heb. 1:2); y por cuanto desde la eternidad Dios previó la irrupción del pecado, antes que existiesen los tiempos, El señaló al Hijo para que fuese el Redentor, para que fuese el Cordero «ya destinado desde antes de la fundación del mundo» (1 P. 1:19, 20).

Por lo tanto, como centro de la salvación del universo, Cristo debe ser considerado en conexión con la cruz desde la eternidad. Este Sol central de toda la revelación divina y la cruz deben ir eternamente juntos. (Véase la cruz en el centro del diagrama.) Así fue que la muerte que posteriormente sufrió Cristo en la cruz fue «mediante el Espíritu eterno» (Heb. 9:14), una ofrenda personal a Dios, un acto de devoción personal en su muerte, que aunque se llevó a cabo en el medio del tiempo fue ofrecido al Padre como un acto supratemporal.

Este plan divino de redención se extiende desde la eternidad hasta la eternidad. Ninguna promesa divina queda sin cumplimiento. En los acontecimientos de todo el universo, Dios se presenta como el eternamente fiel, y Cristo como Dios mismo, revelando y siendo revelado, es el Fiador vivo de los eternos consejos divinos de la salvación.

Así tenemos que el principal nombre de Dios en la revelación es Jehová. Aparece unas 6.000 veces en el Antiguo Testamento, y, siendo derivado del hebreo *hawa* = ser, existir, describe a Dios como el que Es, el que permanece, el Eterno, el «que es y que siempre será», o, como lo explica el mismo Señor exaltado, «el que era, el que es, y el que ha de venir» (Ap. 1:4, 8; 4:8).[3]

Como símbolo de esta fidelidad a los pactos, Dios ha puesto el arco iris en las nubes (Gn. 9:13-17). Cada vez que vemos el arco iris, ese hermoso puente de luz de brillantes colores que une el cielo y la tierra, debiéramos

3. Acerca de los nombres de Dios, véase *La aurora de la redención del mundo*, páginas 279-283.

pensar en la fidelidad del Dios de toda gracia que lo hace completamente digno de confianza, del Dios que no quiere la muerte del pecador, sino que aun después del juicio permite que su sol brille, el Dios que desea perdonarlo e introducirlo de nuevo en su pacto. Por lo tanto, en la profecía del Antiguo Testamento (Ez. 1:28), así como en el gráfico lenguaje de Apocalipsis (4:3), el arco iris aparece no sólo como un semicírculo en el firmamento natural, sino como un círculo completo de luz alrededor del trono de Dios, de modo que sirva de símbolo de que Dios es el Perfecto, eternamente Fiel, la Roca de la revelación de la salvación, el Reconciliador del cielo y la tierra, el Dios del pacto eterno.

EL MUNDO ESTRELLADO COMO FONDO DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

Es imposible que el hombre pueda hacer un plano de todo este plan universal de Dios. Como ser finito y limitado, nosotros no podemos comprender completamente al infinito (Job 38:4-7; 1 Co. 13:9). Como seres caídos y pecadores —y por cuanto nuestra razón misma cae dentro de la esfera de la maldición de la caída— no podemos llegar hasta las últimas y más elevadas alturas de aquel mundo superior, puro y santo. Por lo tanto, Dios, el infinito y eternamente puro, está entronizado en la altura inaccesible por sobre todas sus criaturas (1 Ti. 6:15).

Por lo tanto, la Biblia está libre de toda especulación. En todas sus declaraciones en todo lugar se concentra en el mensaje de la redención, exactamente en lo que los hombres debemos conocer para recibir la salvación eterna. Por lo tanto, sus revelaciones se limitan a su totalidad al gobierno de Dios sobre la tierra y la humanidad en referencia a la salvación. Solamente hasta donde es ocasionalmente necesario da intimaciones acerca del fondo cósmico, supraterrenal de todo el tema, y entonces solamente en misterio, sin descorrer el velo que todavía esconde este mundo suprasensorial de nuestra mirada. «Las cosas secretas pertenecen a Jehová» (Dt. 29:29).

Pero por lo menos se nos permite percibir en forma indudable que el gobierno de Dios abarca la totalidad de su inmensa creación, que el cosmos y supracosmos, visible e invisible, las realidades extraterrenales, el sol, la luna y los planetas (Is. 30:26; Lc. 23:45), ángeles y estrellas (Heb. 1:14; Mt. 13:39; etc.), querubines y serafines (Ap. 4:6-8; Is. 6:2, 3), en parte como observadores (1 Co. 4:9; Ef. 3:10), en parte como siervos de Dios (Hch. 12:7; Heb. 2:2; etc.), o en alguna otra relación (p. e., Dn. 4:13, 14, 23; 1 P. 1:12), están en conexión con la historia de la salvación de los hombres en cuanto se desarrolla en la tierra.

Así que, por decirlo así, este movimiento circular desde Dios hasta Dios, que ha sido entregado por revelación divina para la tierra y la humanidad en la historia bíblica, se desarrolla al mismo tiempo contra el fondo cósmico universal. El mundo estrellado de Dios incluye los sucesos de la tierra. Los mundos de soles y estrellas, que en las noches sin nubes centellean sobre la tierra del hombre desde el oscuro firmamento azul negro, son en cierto sentido marcos cósmicos, observadores y participantes de lo que aquí abajo ocurre por acción de Dios.

En la antigüedad, estas potencias cósmicas se representaban por medio de los símbolos del león, el buey, el águila y el hombre. «Cuatro son los más grandes de la creación: el león entre las bestias salvajes, el buey entre los animales domésticos, el águila entre las aves, y el hombre sobre todo. Pero Dios es el más alto de todos.» Así se expresaba un antiguo proverbio judío precristiano. En él los principales reinos de la vida creada, considerados en función de sus miembros principales, se conciben como exhibiciones representativas y simbólicas de las potencias cósmicas en general. Los astrónomos de la antigua Babilonia, de igual modo, han aplicado estos símbolos a las estrellas, y en las cuatro constelaciones de Hombre, Buey, Aguila y León —distribuidos al mismo tiempo en los cuatro cuartos del cielo— han visto los cuatro representantes de todo el mundo estrellado y el Zodíaco.

Ezequiel vio los cuatro seres vivientes cuando al parecer llevaban la carroza del trono de Dios (Ez. 1:5, 10, 15,

22-28); y Juan los vio como representantes de toda la creación que adora, rodeando con eternas alabanzas el trono del Altísimo (Ap. 4:7-9; 5:8-11). Desde su punto de vista más elevado, este símbolo declara que Dios es el Señor del universo. Todo debe servirle. Todo el reino de lo creado, en sus miembros, representantes y jefes, debiera someterse a El y debiera glorificarle, y en este sentido todo el universo, como un reino total de Dios, forma al mismo tiempo el trasfondo cósmico de los actos salvadores de Dios en la tierra. (Véase el fondo estrellado del diagrama.)

LA TIERRA EN EL PLAN UNIVERSAL DE DIOS

La tierra es el teatro principal de las obras salvadoras de Dios que han sido reveladas. Su historia llega hasta un período más remoto que el comienzo de la raza humana. Hay un velo de misterio sobre los detalles del tiempo antiguo. Pero se puede notar lo siguiente:

La condición presente del mundo de la naturaleza sobre la tierra muestra una funesta falta de armonía entre el esplendor y el terror, la comunión y la confusión, la vida y la muerte. La alegría y la miseria están en terrible conflicto entre sí, y nos permite percibir que tras esta discordia en la naturaleza yace una discordia en el reino del espíritu. Pero esto no puede haber hecho su entrada al mismo tiempo que la historia del hombre; porque las rocas estratificadas, que muestran la historia de la tierra, demuestran fuera de toda duda que la muerte y la destrucción existían en eras inconcebibles, anteriores al comienzo de la historia de la raza humana. La Biblia misma nos permite ver que antes de la caída del hombre existía un adverso reino del mal, y que de algún modo estaba claramente interesado en la tierra y en el hombre. Por lo tanto, está en su lugar el mandato dado al hombre no sólo de cultivar el huerto, sino de «guardarlo» (Gn. 2:15). De aquí también, y muy poco después, la entrada del tentador (Gn. 3), que debió de haber sido el enemigo de Dios antes de la tentación y la caída del hombre.

Está fuera de toda explicación posible el cuándo en la historia del universo apareció esta potencia por primera vez en su actitud de hostilidad a Dios, así como el cómo lo hizo, al considerar que originalmente, como creación de Dios, debió tener otro carácter. Esta catástrofe original debió de llegar como un terrible rayo, tempestuoso y destructivo. (Compárese con la declaración de Jesús en Lucas 10:18. Véase el rayo en el diagrama.) Pero el modo y el tiempo de la caída de Satanás sigue siendo un secreto. Sin embargo, es obvio que obró destructivamente sobre el reino de la creación que estaba sujeta a este Príncipe de Dios. En todo caso, por medio de las estratas rocosas de la tierra, por la muerte de animales salvajes y catástrofes que estuvieron conectadas con ella, se demuestra que hubo una antigua destrucción. Desde este punto de vista, el período prehistórico de la tierra y su desarrollo está dividido en dos períodos principales de una extensión inconcebible en el tiempo.

1. La condición original de la tierra antes que el pecado entrase.
2. Los primeros cambios en la tierra para permitir la entrada del hombre.

La investigación más detallada de estos hechos no es tarea de una historia de la salvación, sino de la ciencia natural.

El relato bíblico no entra en detalles para indicarnos hasta qué punto había progresado la creación cuando entró el pecado en el universo. No sabemos si la primera creación había alcanzado la etapa de un completo desarrollo como «primera tierra», o «tierra ligera», o «creación primaria». Por lo tanto, puesto que no hay una información completa con respecto a las condiciones de aquella tierra prehistórica y prehumana, hablamos sólo en forma muy general de aquella etapa de la historia de la tierra.

Sin embargo, aun esta modesta medida de conocimiento nos abre poderosas perspectivas. Dios puso después al hombre sobre esta tierra. Por lo tanto, su seña-

lado llamamiento debe ser considerado en conexión con este antiguo acontecimiento previo. El debía someter la tierra y seguir siendo un siervo de Dios (Gn. 1:28). Como virrey de Dios debía extender su autoridad. Pero esto significaría que en una medida creciente se haría la voluntad de Dios sobre la tierra y la tierra sería cada vez en forma más completa reclamada por Dios. La extensión del gobierno de la tierra por un rey terrenal que permanecería bajo el dominio de Dios habría tenido como resultado ni más ni menos que el perfeccionamiento de los planes de Dios para la creación terrenal y el triunfo de su reino sobre el reino opuesto de Satanás.

Esto corresponde al elevado llamamiento del hombre. Esto también explica la enemistad de Satanás contra este instrumento de Dios nuevo y especial. Esto explica también el misterio de que puede haber un nuevo cielo y una nueva tierra solamente por el perfecto desarrollo de los planes de Dios para la humanidad, y por lo tanto solamente después del trono blanco, después de la conclusión de la historia de la redención.

Pero en este relato nuestro pequeño planeta adquiere importancia para todo el universo. Sobre este pequeño planeta se librará la batalla decisiva entre Dios y el diablo. Aunque sea un minúsculo átomo en comparación con las colosales estrellas del espacio universal, es el centro del universo, no en cuanto a tamaño y materia, sino en cuanto a la historia de la salvación. En *la tierra*, la Suprema Majestad se presenta a sí mismo por medio de pactos y apariciones divinas; en *ella* el Hijo de Dios se hizo carne; en *ella* se levantó la cruz del Redentor del mundo; y en *ella*, por supuesto en la nueva tierra, pero todavía será la tierra, se establecerá finalmente el trono de Dios y del Cordero (Ap. 21:1, 2; 22:3).

Todo el curso de la revelación se mueve hacia esa meta. Dios no abandona su plan en favor de la creación, y así como en el principio la tierra estuvo en cierta condición, antes de la entrada del pecado, al final habrá una creación terrenal transfigurada, un estado perfeccionado de la tierra después que el pecado haya sido vencido; y lo último sobrepasará a lo primero. La presencia

de Dios se revelará en forma completa. El Lugar Santísimo celestial estará en la tierra nueva presentado en el Apocalipsis, según el lenguaje descriptivo del Antiguo Testamento, como un enorme *cubo*, la expresión de perfecta armonía en todos los lados, y por tanto imagen simbólica de la perfección absoluta.

La Jerusalén celestial descenderá a la tierra. El trono de Dios estará en la nueva tierra. La tierra llegará a ser el cielo, porque donde está el trono de Dios está el cielo. Además, en este mundo renovado y transfigurado, en los siglos venideros, Dios mostrará las ilimitadas riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros (Ef. 2:7). De su infinita e inagotable plenitud El hará que fluya gloria sobre gloria en una secuencia imposible de concebir de eras llenas de Dios.

Aquí también, como al principio, nuestra mirada pierde los detalles en el gran océano de lo eterno. Los círculos de luz de las edades se desvanecen en el radiante mar de luz de lo divino. (Compárese en el diagrama las dos zonas luminosas que están en los dos costados de la mitad superior de todo el círculo, con los anillos de luz resplandeciente, pero en continua retirada.)

La fe considera la eternidad de este modo. Cuando mira hacia atrás, ve el principio en las eternas eras que precedieron al tiempo; cuando mira hacia adelante, ve el perfeccionamiento en la edad eterna. Todo procede de Dios; todo vuelve hacia Dios; El mismo es eternamente inexplicable. El habita en la luz inaccesible, a la que ningún hombre se puede acercar. Por lo tanto, a El consagramos nuestra adoración.

2

Siete métodos principales en la revelación de Dios a la humanidad

Grande fue el plan de Dios para el hombre. Como virrey de Dios en la tierra, como imagen de Dios y como súbdito suyo, debió haber realizado la voluntad de Dios. Su llamamiento y su tarea en el paraíso era reflejar la imagen de Dios, ejecutar el plan creador para la tierra por medio del servicio real, glorificar y adorar a Dios en su naturaleza esencial.

Entonces entró el pecado y lo arruinó todo. El «árbol de la ciencia», por medio del cual el hombre debía demostrar su obediencia a Dios y obtener la victoria sobre el tentador; se convirtió en la ocasión de su caída (Gn. 3). Desde aquel momento, y por aquella catástrofe, entran en la historia las potencias de las tinieblas. Es como si con este acontecimiento se iniciara desde el árbol de la ciencia el curso de una negra línea ondulante en tres direcciones (véase el diagrama).

LAS TRES REGIONES TENEBROSAS DE LO DEMONIACO

Está la línea negra de la *muerte*, que se encuentra encajada para siempre desde entonces en la historia del hombre. Porque «la paga del pecado es muerte» (Ro. 6:23; Heb. 2:14, 15).

Está la *demonización de la historia del mundo*, que silbando como una serpiente arrastra a su corriente la política y la religión, la cultura y la civilización, la invención y los descubrimientos, el desarrollo y el progreso. Sin creer en la existencia de potencias demoníacas reales que de algún modo influyen, inspiran y dirigen las acciones de los hombres, queda sin explicación la historia de las naciones hasta nuestro tiempo (véase Dan. 10:13, 20). Satanás es el dios de este mundo (2 Co. 4:4; Jn. 12:31; 14:30; 16:11).

Finalmente, están las huestes espirituales de maldad «*en las regiones celestes*», que desde su estación ejecutan sus actividades en la tierra (Ef. 6:12), y contra las cuales es nuestra lucha; un reino organizado de maldad (Ap. 12:7), con Satanás como su jefe, el «príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2).

De allí en adelante, la meta de la historia revelada de la salvación es vencerlo y dejar en libertad al esclavizado reino de la tierra y al hombre. Por lo tanto, debe mostrársele al hombre lo terrible de su caída, la insuficiencia de su fuerza y la imposibilidad resultante de autorredimirse. Sólo de este modo puede ser llevado a darse cuenta que solamente Dios puede ser su Salvador, que todo le debe ser dado de lo alto, que todo debe ser por gracia.

Pero para esto es necesario que siempre tenga nuevas oportunidades de probar su fuerza de todos los lados para que en forma práctica e irrefutable pueda comprender su propia impotencia. Este es el sentido de los diversos métodos de la revelación de Dios y del desarrollo secular hasta la venida del Redentor del mundo, hasta que alcanza finalmente la meta de la completa perfección.

Desde este punto de vista, los períodos de la salvación que han sido revelados se dividen claramente en tres pares.

DOS PERIODOS DE TIEMPO EN LA REVELACION ORIGINAL

En el primer par, la revelación de Dios abarca a toda la humanidad. Es el tiempo de la revelación original. Dura desde la expulsión de Adán del Paraíso hasta el llamamiento de Abraham, y se divide en dos secciones.

Al principio, Dios le dio libertad al hombre. En el tiempo transcurrido entre la caída y el diluvio, Dios habló a los hombres mayormente a través de la conciencia. No se encuentra al principio un control establecido, autorizado sobre la sociedad humana, o sobre grupos más sencillos, ni se halla una institución moral y religiosa legal establecida por Dios (como ocurrió después por medio de Moisés). El hombre estaba en la era de la autodeterminación. Pero, a pesar del testimonio de fe de individuos tales como Enoc (Jud. 14; Gn. 5:22; Heb. 11:5, 6), la humanidad considerada como un todo era licenciosa, soberbia, brutal, poseída de un espíritu homicida (véase la canción de Lamec; Gn. 4:19, 23, 24), y, en consecuencia, la conclusión de esta sección de tiempo fue el diluvio.

Luego Dios cambió su método, y dio al hombre la oportunidad de probar su fuerza por medio de un principio opuesto a la autodeterminación, esto es, el de la autoridad y el control humano. A partir de Noé el individuo fue puesto bajo la vigilancia y la autoridad legal de la comunidad: El que derrame sangre humana, por el hombre será su sangre derramada (Gn. 9:6). Así se introdujo el principio de autoridad. «Toda autoridad viene de Dios» (Ro. 13:1).

El hombre volvió a fracasar en esto. Abusó del principio de autoridad y lo usó para erigir reinos mundiales contrarios a Dios. El primitivo reino babilonio, que por la erección de la Torre de Babel quería mostrar su propia gloria independiente de Dios (Gn. 10:8-12; 11), al igual

que Nimrod, es el comienzo de un funesto acontecimiento mundial, que fue retardado solamente por la confusión de lenguas, acto judicial de Dios necesario para su propósito de conservar la posibilidad de redimir a la humanidad. Pero la humanidad falló en tal forma que Dios ya no siguió con su revelación en una escala que abarcaba a toda la humanidad, sino que tomó un camino especial, en que limitó su revelación a un solo hombre del cual vendría un pueblo para Dios que como «primogénito» (Ex. 4:22) era el único señalado para ser el comienzo de una siempre creciente familia supranacional de hijos de Dios (Is. 19:25; Mal. 1:11; Mi. 4:1-4).[1]

DOS PERIODOS EN LA PREPARACION PARA LA SALVACION

Así comienza con Abraham el segundo par de épocas principales en la historia de la redención. De manera especial es tiempo de preparación para la salvación y conducen directamente a Cristo. En armonía con la naturaleza interior de la redención, aquí debió haberse obtenido algo doble. Como un hecho, esto llegó en la forma de dos grandes secciones en el tiempo, así que desde la elección

---

1. Este paso del universalismo de la humanidad como un todo a la limitación de la revelación directa a un círculo especial (Israel, Iglesia), está indicado en el diagrama en que la zona verde principal, que representa la humanidad en general, en todo el curso a partir de Abraham, ocupa solamente la mitad inferior del espacio, mientras la parte superior se representa con otro color (azul) como un camino aparte especial de los principios divinos.

Esta división doble en dos secciones de color cesa donde el curso general de diagrama llega a aquella sección que representa el reino visible de Dios, esto es, donde después de completada la iglesia cesa el método especial de restringir la revelación y entra en la restauración de las naciones (Is. 9:23-25; Mi. 4:1-3; Mal. 1:11). Consecuentemente, este reino milenial se representa por una zona que nuevamente está sin división, única, continua, de un solo color (verde), zona que es común, con una corona de plata, que pertenece al Sumo Sacerdote Dios Rey de toda la humanidad, en el centro (Zac. 14:9; 6:11-13).

Las dos secciones paralelas de colores indican en esta forma el camino histórico especial de Dios con Israel y la iglesia durante el apartamiento de las naciones; la sección no dividida, continua, de un solo color, señala la revelación universal inicial y final para toda la raza humana.

de Abraham la preparación de la salvación en el Antiguo Testamento se divide necesariamente en dos períodos principales de revelación.

El pecador debe ser salvado y debe nacer de nuevo. Pero esto sólo puede ocurrir por la conversión. Pero la conversión es una media vuelta, y esto como tal incluye algo doble: volverse de lo viejo y volverse hacia lo nuevo; un «no» al yo y un «sí» a Dios; así tenemos pesar, renunciamos al pecado y confiamos en la devoción al Salvador de los pecadores; o expresado bíblicamente, arrepentimiento y fe.

Este es, en realidad, el verdadero significado de las dos revelaciones dadas por Dios desde la elección de Abraham.

Confianza en Dios era el sentido y la dignidad del pacto de la promesa celebrado con Abraham (Gn. 15:6), mientras la meta de la ley mosaica era conducir al arrepentimiento por medio de la exposición de la culpa y la obra del conocimiento del pecado.

A través de los siglos Dios pronunció la palabra «fe» introduciéndola en la historia de la salvación: éste es el significado del pacto con Abraham. Durante dos mil años fue una educación en la fe.

A través de los siglos Dios pronunció la palabra «arrepentimiento» introduciéndola en la historia de la salvación: éste es el significado de la ley de Moisés. Durante 1500 años hubo educación en el arrepentimiento.

«Arrepentíos» y «creed el Evangelio», dijo Cristo, y con ello incluyó ambas en una unidad redentora. Este es el propósito del Antiguo Testamento, según se da en el Nuevo Testamento.

Pero aquí nuevamente fracasó el hombre. En vez de llegar a la fe llegó a la incredulidad,[2] en vez de llegar a la confesión del pecado llegó al fariseísmo, y cuando apareció Cristo el pueblo que tenía la revelación lo negó y lo rechazó, a El, el centro vital de la salvación. «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Jn. 1:11).

---

2. Compárese con el Israel diez veces desobediente y murmurador, en el desierto, al final del período de la promesa patriarcal básica de la fe (Heb. 3:17-19; 4:6b).

DOS PERIODOS EN EL CUMPLIMIENTO DE LA SALVACION

Así que hubo un nuevo cambio en el método de la revelación divina. Se introdujo el tercer par en los métodos divinos. Primero Dios edifica su iglesia y luego establece su reino. En el período del Evangelio, se da testimonio del Cristo físicamente ausente; en el segundo (el reino milenial, Ap. 20:2-6) reina estando visiblemente presente. En el primero todo ocurre por la Palabra y el Espíritu; en el segundo por medio de su reinado directo. El punto de transición es la *parousía* (llegada), la aparición del Señor en gloria (*epifanía*, 2 Ts. 2:8), su manifestación y revelación en esplendor (*apocalipsis*).

Pero, ¿cuál es la respuesta del hombre a estos dos métodos divinos de redención en el tiempo neotestamentario del cumplimiento? ¡Nuevamente un completo fracaso! El período en que el Espíritu de Dios glorificaba al Cristo ausente termina con el apartamiento del hombre cultivado hacia el Anticristo (2 Ts. 2:3-12; 1 Jn. 2:18; Ap. 13). El período en que Cristo, después de su segunda venida, dispensará al mundo bendiciones visibles a través de largos siglos, terminará, después de desencadenado el diablo para probar a la humanidad, en la revuelta más grande de todos los tiempos, con una inspiración diabólica nunca antes conocida, una rebelión internacional contra Dios, conducida por Satanás mismo (Ap. 20:7-10). El estado perdido del hombre no puede autorevelarse en forma más catastrófica.

Sin embargo, Dios continúa victoriosamente su camino. Por medio de la destrucción mundial, el juicio mundial, la transfiguración del mundo, se llegará a la meta: el estado eterno, el Día de Dios (2 P. 3:12, 13), la consumación final (Ap. 20:10-22:5).

Así que el desarrollo de la salvación en el Nuevo Testamento se perfecciona por un poderoso ascenso. Esto incluye

— la actividad especial del *Espíritu* de Dios durante la ausencia de Cristo en el período de la iglesia;

— el reinado visible del *Hijo* de Dios después de su aparición en gloria para establecer su reino en el período del milenio;
— el reino eterno de Dios el *Padre*, a quien el Hijo hará entrega de todas las cosas «para que Dios sea todo en todos» (1 Co. 15:28).

Así estará claramente visto que el desarrollo de la salvación en el Nuevo Testamento tiene el sello de ser trinitario. De las profundidades del Ser Divino aparecen cada vez más claramente a la vista las tres esencias divinas, y el proceso ascendente en la revelación de la redención se convierte al mismo tiempo en una ascendente autorrevelación del Dios de la redención.

Pero el último, el reino del Padre, no pertenece propiamente al *desarrollo* de la salvación porque es su *meta* y, por lo tanto, no es historia sino eternidad. Por otra parte, el paraíso antes de la caída, aunque por supuesto no es historia de la *redención*, es de todos modos *historia* y, en consecuencia, debe ser considerado en conjunto con los seis períodos históricos de los cuales forman parte los tres pares de períodos mencionados anteriormente. Todos, junto con la dispensación del Paraíso, son un solo curso de la historia humana. Por lo tanto, el curso completo del desarrollo de la salvación, según se revela en la Biblia, se nos presentan como una serie de *siete* grandes períodos que surgen de la eternidad preterrenal y se sumergen en la eternidad posterrenal.

Los siete períodos son:

1. El período del Paraíso (desde la creación del hombre hasta su caída).
2. El período de la determinación humana individual (desde la caída hasta el diluvio).
3. El período de la autoridad humana (desde el diluvio hasta el llamamiento de Abraham por Dios).
4. El período de la promesa (patriarca) de la fe (desde Abraham hasta Moisés).
5. El período de la Ley (desde Moisés hasta Cristo).

6. El período de la gracia (la iglesia) (desde la primera venida de Cristo hasta su segunda venida).
7. El período del reino (milenial) visible de Dios (desde la aparición del Señor en gloria hasta los acontecimientos de la consumación mundial, la destrucción del mundo, el juicio mundial y la transfiguración del mundo).

Todo lo que está más allá de estos siete períodos de salvación está velado para nosotros. De la totalidad de las eras divinas (Ef. 2:7; Ap. 22:5), el Dios eterno nos ha revelado solamente esta sección. Con esto debemos contentarnos. Pero aún este conocimiento hace que nuestros corazones adoren a Dios. Grande es nuestro Dios. Sus caminos conducen a la adoración. Aún el curso de la historia, relativamente tan breve entre las eternidades, testifica cuán infinita es su plenitud.

LA GRACIA COMO LA CARACTERISTICA DEL CAMINO BIBLICO DE LA SALVACION Y SU UNICA POSIBILIDAD

Al mismo tiempo, queda claramente ilustrado que la salvación debe ser solamente por gracia. En formas siempre nuevas se muestra que el hombre no puede añadir nada a su salvación. Por medio de pruebas históricas y experimentales, que al mismo tiempo son continuas, poderosas, universales y abarcan milenios, se ha puesto en evidencia ante los ojos del mundo que Dios está justificado al excluir completamente la fortaleza humana del plan de redención, haciendo que ésta sea enteramente un acto Suyo sobre el principio de un don de la gracia (Ro. 3:24-28). En esta forma Dios está delante de toda su creación, en el cielo y en la tierra, está justificado por haber señalado precisamente este camino de salvación (Ro. 3:4).

Su camino de salvación en Cristo ahora aparece no sólo como el único camino, sino también como el único camino posible y necesario, y toda la historia y el curso de la revelación se convierten en prueba obvia e irrefuta-

ble de que puede haber sólo un camino que conduce al hombre a la paz, esto es, la gracia de Dios solamente y la cruz del Gólgota. «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos» (Hch. 4:12). ¿Has echado mano de este Salvador como tu salvador personal? Piénsalo: no hay otro camino hacia Dios. Solamente tiene la salvación quien ha tenido una experiencia viva con Jesucristo, y con éste crucificado y resucitado. Jesús mismo dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn. 14:6). Por lo tanto, echa mano de El, y con El tendrás toda la salvación y la felicidad.

3

El misterio del pueblo de Israel

Israel es el «pueblo escogido» de Dios (1 Cr. 16:13; Ex. 19:5). Su historia se extiende como una *línea roja* desde Abraham a través de todas las edades. Sin embargo, esta línea no siempre es uniforme, directa ni continua, sino que repetidas veces desciende, en partes es quebrada y tiende a desaparecer, pero luego emerge nuevamente (véase el diagrama). Porque los asuntos de Israel son más cambiantes que los de cualquier otro pueblo de la tierra; una vez están en la tierra, luego fuera de ella; a veces están en la miseria, a veces en medio de la felicidad, condicionados por el pecado y el arrepentimiento, el juicio y la gracia.

Pero en todo esto, Israel tiene su deber y su esperanza dada por Dios. Cuando aparezca el Mesías reconocerá su pecado y se volverá a Dios. El Mesías triunfará y recibirá la *corona* (Zac. 6:11-13. Véase el diagrama: la corona de la última zona verde en la sección central del diagrama). El reino de Dios será revelado y toda la humanidad será bendita. Pero todo esto no será en ningún modo para la

glorificación de nación ni criatura alguna, sino solamente para la glorificación del gran Dios redentor como Dios de judíos y no judíos. «Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre» (Ez. 36:22, 32). «A fin de que nadie se jacte en su presencia... El que se gloría, gloríese en el Señor» (Jer. 9:23, 24; 1 Co. 1:29, 31).

Ningún pueblo estaba a disposición de Dios de modo que pudiera hacer de él su «pueblo escogido», ninguna comunidad, ni tan sólo una familia. De aquí la necesidad de un comienzo completamente nuevo y del llamamiento y elección de un individuo. No inmediatamente una ancha franja, sino más bien como un *punto* debía comenzar esta línea (véase el diagrama). Con este hombre debía comenzar una conducción histórica completamente nueva, una corriente separada en medio de todo el océano de naciones, corriente que, con la restricción primaria de la revelación a los descendientes de este hombre, debía conducir directamente a Cristo, y por medio de Cristo y su cruz a una expansión mundial de la redención. Este es el sentido del llamamiento de Abraham. De este modo Abraham llegaría a ser el «padre de todos los creyentes» (Ro. 4:11).

SIGNIFICADO Y TAREA DEL LLAMAMIENTO DE ISRAEL

El significado del llamamiento de Israel era triple: educación moral, revelación histórica, misionero.

Por el ejemplo de Israel se mostraría públicamente a las naciones en el escenario de la historia mundial lo que son el pecado y la gracia, el juicio y la redención. En la conducta y el destino de Israel sería dada, como si fuera un ejemplo, una lección objetiva, que no debía ser malentendida ni ignorada, de tal modo que despertase la conciencia y condujese al pecador al conocimiento de sí, y luego, por medio del arrepentimiento y la fe, al conocimiento de Dios.[1]

---

1. Véase *La aurora de la redención del mundo*, p. 127, la sección «Sabiduría de Dios»; pp. 162-166, el curso de Israel como una lección objetiva.

Para que la revelación divina pudiese descender a la tierra, Israel debía ser el «Pueblo de Oído», que atendiese a la palabra de Dios, la estación receptora de las ondas procedentes de la eternidad. La de ellos debía ser una vocación que hallase su centro final y corona en esto, que al fin no solamente la palabra de Dios, sino Dios mismo vendría, no sólo sus profetas, sino también su Hijo (Heb. 1:2). Por lo tanto, Israel llega a ser el lugar de llegada del Redentor del mundo, la cabeza de puente de su venida de la eternidad, el hogar del ungido de Dios (el Mesías), y por El el lugar de nacimiento de la iglesia cristiana (Jn. 4:22; Ef. 2:19, 20; Ro. 11:17, 18; Gá. 3:9, 14).

Israel debía ser el testigo de Dios para la extensión del Evangelio, la boca y el canal de la revelación de la salvación, los conductores de la verdad, los heraldos de Dios entre las naciones. De aquí nace su comisión como profeta y misionero. El propósito de la historia nacional está asociado con el universal: «Serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Gn. 12:3).[2]

LA CAIDA DE ISRAEL Y LOS CAMINOS DEL JUICIO DE DIOS

Israel nunca respondió a su llamamiento. Por lo tanto, su historia se convierte en una historia de crisis y juicios. Sin embargo, Dios, por amor de Abraham, su amigo, mantiene su meta (Ro. 11:16, 24).

Hubo tres períodos principales de angustia. De éstos, el primero sólo tuvo el carácter de una opresión (Dt. 4:20; Ex. 6:6), pero los otros dos tuvieron el carácter especial de juicios (2 R. 17:7-23; Jer. 32:31; Mt. 27:25. «Exilio» = cautiverio).

Al mismo tiempo, estos períodos principales de angustia se distribuyen entre las tres principales ramas de la humanidad desde Noé, esto es, Cam, Sem y Jafet. Durante estos tres períodos, los descendientes de Abraham están fuera de su tierra, y la línea roja, figurativamente hablando, se hunde en la zona verde del mundo de las naciones.

2. Véase *La aurora de la redención del mundo*, págs. 151-158, «La vocación y la misión de Israel».

En Egipto fueron los camitas (Gn. 10:6), en Asia occidental fueron los semitas asirios y babilonios (Gn. 10:22), y, desde la destrucción del estado judío por Roma, es la nación jafetita en general, en cuyas tierras han tenido que habitar los descendientes de Abraham y bajo cuya autoridad se han dado repetidas veces a la violencia y la opresión. La operación en Egipto ocurrió en el segundo milenio antes de Cristo (entre 1700 y 1500 a.C.).

La cautividad en Mesopotamia también se dio en dos etapas: primero, el reino de las diez tribus, que habían sido separadas de Judá después de la muerte de Salomón (décimo siglo a.C.), fueron llevadas por los asirios (destrucción de Samaria 722 a.C.). Desde aquel tiempo faltan las diez tribus y en consecuencia se han convertido en las diez tribus perdidas. Luego, un siglo y medio más tarde, vino el juicio sobre el reino del sur. Nabucodonosor de Babilonia destruyó Jerusalén y se llevó la población del reino de las dos tribus a Babilonia (606, 597 y 586 a.C.).

En dos sentidos la cautividad babilónica duró setenta años: política y religiosamente.

Estrictamente hablando, la transmigración del reino del sur a Babilonia se llevó a efecto en tres etapas. Comenzó con la primera invasión por Nabucodonosor el año 606 a.C., exactamente setenta años antes del último regreso de un remanente de Babilonia (536). El resultado de esta primera expedición fue el cautiverio de Joacim y de los principales nobles de Judá (2 Cr. 36:5-7; Dn. 1:1, 2). Luego siguió la segunda campaña de Nabucodonosor (597 a.C., 2 R. 24:8-17; 2 Cr. 36:9-10). En la tercera invasión el grueso de la población fue llevado a Babilonia (586 a.C., 2 R. 25:8-11). Así, aunque toda la cautividad no estuvo completada hasta el año 586 a.C., ésta ya había comenzado el año 606 a.C. y por lo tanto es justo considerar la cautividad desde el primer grupo de transportados, de modo que desde entonces hasta el regreso de Zorobabel por el permiso del rey Ciro de Persia transcurrieron exactamente 70 años.

Pero también había durado 70 años la destrucción del templo. Aquí, naturalmente, tenemos que contar desde el año 586 cuando el templo fue destruido. El fin de los se-

tenta años, por lo tanto, sería el año 516, y ese fue exactamente el año en que después de veinte años de detenida la construcción el templo fue restaurado, consagrado y dedicado a su verdadero uso. Esto ocurrió en el sexto año de Darío de Persia, cuyo reino comenzó el año 521 a.C.; así que fue el año 516 a.C. Compárese con Esdras 6:15. Darío reinó desde 521 a 485 a.C.

En detalle, a las tres etapas de la transmigración a Babilonia, corresponden tres etapas de regreso.

Primero regresó a Jerusalén, bajo Zorobabel y Josué, una parte principal de los cautivos del reino del sur, para reconstruir el templo según un decreto de Ciro, rey de Persia (536 a.C.). Con ellos regresó sólo un pequeño número de las diez tribus; la porción principal de ellos quedó atrás y nada se sabe de ellos hasta el día de hoy. Solamente en la restauración de Israel, inmediatamente antes de la llegada del reino del Mesías, saldrán de entre las naciones (como, por decirlo así, la banda roja reaparece del campo verde que representa a las naciones en el diagrama). Luego ellos se unirán a la recientemente aparecida banda del reino de las dos tribus (Ez. 37:15-22).

Setenta y ocho años después del regreso de Zorobabel, en el séptimo año del rey persa Artasasta (Artajerjes I, 465-424), el año 458 a.C. regresó bajo el mando de Esdras un grupo pequeño (Esd. 7:7), y poco después, sólo 13 años más tarde, en el año 20 de Artasasta (445), Nehemías vino a Jerusalén para reconstruir la ciudad y sus muros. Al mismo tiempo, éste fue el comienzo de las setenta semanas de Daniel que llegaban hasta el Mesías (Dn. 9:25).[3]

El cambio interior experimentado por el pueblo durante la cautividad babilónica fue de profundos efectos. Hasta el exilio, el principal pecado de Israel había sido la idolatría (Ex. 32; Jue. 2:17; 10:6; 1 R. 11:5; 2 R. 16:3, 4); pero ahora, mayormente por la poderosa influencia de Ezequiel, el «Moisés del exilio», el pueblo había quedado completamente curado de este pecado. Desde entonces la idolatría no ha vuelto a ser un peligro principal o la causa

3. Este tema recibe un tratamiento más completo en *La aurora de la redención del mundo*, pp. 159-166.

de un desastre. En Babilonia, Israel fue curado de Babilonia. Babilonia misma, «la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra» (Ap. 17:5), fue el lugar de curación del pueblo infiel, e Israel regresó a su tierra como un pueblo de Dios renovado.

Pero entonces hizo su entrada otro camino falso. La vida se petrificó. El formalismo muerto ocupó el lugar de preeminencia. De la fe surgió la ortodoxia, de la lucha por un caminar santo con Dios surgió el orgulloso fariseísmo, y cuando apareció Cristo, El, la corona y la estrella, la meta y el verdadero sentido de la historia, fue rechazado por el pueblo y conducido a la cruz. Con una ceguera inconcebible, clamaron: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt. 27:25).

Dios les cobró la palabra. Entró el juicio. Primero, el año 70 d.C. Tito destruyó la ciudad y el templo. Luego, 65 años más tarde, después de repetidos brotes de oposición judía, en la sangrienta insurrección del falso mesías Bar Coquebas (Hijo de las estrellas, con base en Nm. 24:17), y después de un desesperado conflicto, fue destruida toda la estructura política y los judíos fueron exiliados por el emperador Adriano. Por esto, como lo representa simbólicamente nuestro diagrama, la línea roja del reino de las dos tribus se ve interrumpida y se sumerge en la zona verde de las naciones, como ocurrió anteriormente con la banda roja del reino de las diez tribus (722 a.C.). Desde entonces Israel ha estado sometido a la dispersión y a terribles sufrimientos y juicios (Dt. 28:65, 67).[4]

LA ESPERANZA Y LA RESTAURACION DE ISRAEL

Pero al final del tiempo Dios volverá a iniciar sus relaciones con Israel. Ya se pueden percibir signos de esto, señales luminosas. Los punteros del reloj de Dios señalan que el mundo está cerca de su medianoche.

---

4. Véase *El triunfo del crucificado*, pág. 188, donde aparece una lista de las mayores catástrofes y períodos de angustia en la historia de Israel desde el año 70 d.C.

En cuanto a Israel, hasta ahora hay cuatro acontecimientos principales que son señales especialmente prominentes:

1791. La Asamblea Nacional Francesa abroga todas las leyes discriminatorias contra los judíos. Sigue un rápido aumento de la influencia judía en la política, la prensa y las finanzas.

1897. La fundación del Sionismo, e iniciación de esfuerzos sistemáticos para regresar a la tierra de sus padres.

1917. La declaración Balfour. Declara que Palestina es la tierra nacional de los judíos bajo el protectorado británico.

1948. Fundación del Estado de Israel.

Todas estas son señales de los tiempos. Retienen su importancia aun cuando haya movimientos en sentido opuesto (véase 2 Ts. 2:7). (Véase las cuatro fechas en el diagrama al final del campo verde de las naciones, debajo de la zona azul de los siete candeleros de oro).

Pero en relación a todas estas señales cabe hacer notar esto: la restauración de Israel no se convierte en una realidad simplemente por el cumplimiento de estas señales de los tiempos. Porque el reino de Dios de ningún modo se establece por medio del progreso humano. No es el producto de actividades y acontecimientos terrenales, sino que es don de la obra poderosa de la Majestad de los cielos y viene solamente por su acción (Dn. 7:13, 14).

Así ocurre también con Israel. El último acontecimiento antes de la iniciación del reino del Mesías será el paso por una catástrofe. El juicio de Dios se manifestará con las convulsiones más terribles. La «gran tribulación», el «tiempo de la angustia para Jacob», se iniciará repentinamente (Dn. 12:1; Mt. 24:21, 29; Ap. 7:14; Jer. 30:7).

Pero entonces aparecerá el Mesías. Se abrirán los ojos del remanente reunido en la tierra (Ap. 1:7; Zac. 14:4). Se volverán a Jehová con arrepentimiento (Zac. 12:10; Is. 53:3-6), e Israel, así como las naciones del mundo, será renovado interiormente (Is. 11:1-10; Sof. 3:9).

Cristo reinará. Coronado con la doble corona, de plata y oro [5] (Zac. 6:11-13), perteneciente al sacerdocio real de Melquisedec (Sal. 110:4; Heb. 7), será el rey divino de Israel y las naciones.

Algunas de las glorias de la edad dorada son: la conversión y reunión de Israel (Os. 3:5; Is. 11:9; Ez. 37:15-23), renovación de las naciones (Sof. 3:9), paz entre los pueblos (Mi. 4:3, 4), bendiciones sobre la naturaleza (Is. 11:6-8; Os. 2:23, 24), luminosidad aumentada del sol y la luna (Is. 30:26). Pero, finalmente, por medio de los poderosos actos de Dios, el reino visible de Dios entrará en la eterna y perfecta condición de la nueva tierra, en el reino eterno y la eterna gloria de Dios el Padre (1 Co. 15:24-28).

De este modo Dios llega a la meta establecida por El. Su gracia triunfa en referencia a Israel (Ro. 11:26, 29). A pesar de todas las crisis, todo el plan de Dios será consumado. La meta del peregrino Abraham resplandece sin que su luz se vea opacada. Los descendientes salvados del patriarca, su simiente corporal y espiritual por la fe, participan ricamente en el cumplimiento de sus esperanzas. Porque Abraham esperaba la «ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Heb. 11:10), «la Jerusalén celeste, cuyas calles benditas son de oro». Verdaderamente, «irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios». «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Ro. 11:29, 33). A El, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (1 R. 18:36, cp. 31), a El, el Dios de las naciones (Ro. 3:29), «al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén» (1 Ti. 1:17).

---

5. Véase la corona de oro y plata en el diagrama en la última zona verde de la sección central. El oro, metal «rojo», es el símbolo de la realeza (nótese el uso del púrpura). La plata, metal «blanco», es el símbolo del sacerdocio. En el servicio del templo mosaico se ve claramente que es el color del traje sacerdotal para referirse a la santidad y pureza, la espiritualidad y la luz de lo divino y lo eterno, de Dios, con quien el sacerdocio tenía una relación especial.

4

La historia del templo de Dios

El resorte central del llamamiento de Israel era el culto del templo. De acuerdo con la voluntad de Dios, Israel debiera haber sido un «real sacerdocio» (Ex. 19:6). Su vocación divina era efectuar las últimas y más profundas experiencias en la relación entre el hombre y Dios, la restauración, el cultivo y perfeccionamiento de una comunión santa, amorosa y personal con el Señor.

EL PUNTO DE CONTACTO DE LA ETERNIDAD Y EL TIEMPO

Pero aquí se abre la inmensa brecha entre Dios y el hombre. No sólo que Dios es infinito y el hombre pequeño y finito: no sólo que Dios es Creador y el hombre su criatura, sino que Dios es el Santo y el hombre, desde la caída de Adán, es el pecador, Dios es el Justo y el hombre está cargado con inmundicia y culpa.

Sin embargo, nada, sino la unión con Dios puede salvar al perdido. Porque Dios es la fuente de vida, y sola-

mente la comunión con El da a la criatura la salvación y la bienaventuranza. Pero, por otra parte, el encuentro del pecador con el Dios santo y justo significa para él la revelación de la justicia que castiga. Así que precisamente lo único que puede ayudar al pecador, esto es, el contacto con Dios, debe destruirlo. En esto radica el gran conflicto que sólo puede ser solucionado por algún medio en que este punto de contacto entre la eternidad y el tiempo contenga en sí mismo los dos elementos: justo juicio y salvación, esto es, que cubra la culpa y sea fundamento para una nueva vida, que dé perdón y santificación.

EL SIGNIFICADO DEL LUGAR SANTISIMO

Aquí se revela, de una manera sencilla pero grandiosa, cómo el sentido simbólico del servicio del templo del Antiguo Testamento, y en general toda la redención divina, responden a la necesidad del hombre.

Este punto central de unión entre el tiempo y la eternidad, entre Dios y la criatura pecadora, se revela simbólicamente en el utensilio central del culto del templo del Antiguo Testamento, el arca del pacto. En ella se unieron en forma armoniosa los dos aspectos opuestos. *Encima* del arca estaba el propiciatorio (el *kaporet*, la cubierta) donde se rociaba una vez al año la sangre del sacrificio en el día de la expiación para perdón de pecados, y *dentro* del arca estaban las tablas de la ley que representaban las demandas y la realeza de Jehová (Heb. 9:4, 7).

Por medio de estas dos disposiciones típicas, el *kaporet* y la *Tora* (ley), el arca del pacto incluía la doble unidad necesaria, la negación y afirmación, la ruptura con la vieja vida y la introducción de la nueva, perdón y dirección, el cubrimiento del pecado y el establecimiento del reinado de Dios en santidad (Ex. 25:17-22). Por supuesto, esta figura de la salvación no podía corresponder en forma más exacta a la necesidad y meta de la redención.

Aquí nuevamente se ve la lógica consistencia de la revelación divina y como todo responde a su propósito.

Por tanto Cristo ha traído a la consumación esta polarizada doble unidad. Su ofrenda sacerdotal «quita de en medio el pecado» (Heb. 9:26). Su oficio real efectúa la obra santificadora y su señorío. Ambos se cumplen en Uno; el propiciatorio y las tablas de la ley: aquí también, a la luz de la necesidad interior y el símbolo exterior, se nos muestra la exigencia de un redentor del mundo y su obra, que es Sacerdote y Rey a la vez, que como dice Zacarías está coronado con las coronas de plata y oro (Zac. 6:11, 12), que, como el Nuevo Testamento declara, es el sumo sacerdote real según el orden de Melquisedec (Heb. 7:1-8:2).

Así el sacerdocio de Cristo, según el orden de Melquisedec, en su armoniosa doble unidad, es el cumplimiento de *kaporet* y *Tora*, el cumplimiento y la plena exhibición del tipo más importante en todo el servicio del templo del Antiguo Testamento: el Arca del Pacto en el lugar santísimo del tabernáculo y del templo.

De este modo, en el lugar santísimo se presenta el contacto de la eternidad con el tiempo en un símbolo perfecto. Por lo tanto, es, al mismo tiempo, como también en la proporción de sus medidas, un símbolo de la perfección en general. Esto viene por ser un cubo, primero en el tabernáculo y después en el templo, y por último como símbolo de la Jerusalén celestial (Ex. 26:15-30; Ez. 48:16; Ap. 21:16). Porque el cubo tiene las mismas medidas en todas sus caras, es un todo armonioso, y por decirlo así, expresa el «espacio ideal»; como símbolo de espacio, representa la idea de la perfección.

LA IDEA BASICA DE LOS TEMPLOS DE DIOS

Debido a la invasión del pecado, no era posible que la perfección divina pudiera alcanzar su manifestación más plena desde el comienzo de la historia. Por lo tanto, era necesario representar al lugar santísimo del Antiguo Testamento como oculto y velado, cerrado por una cortina

(Heb. 9:3, 8), como que estaba misteriosamente oculto en la oscuridad (Ex. 20:21; 1 R. 8:12). Por lo tanto, era también necesario agregarle antesalas y áreas de graduada calidad espiritual e importancia, a saber, el atrio y el lugar santo. El plan de Dios y la persona de Dios no se manifestarán en forma brillante sino hasta la consumación. No antes de ese tiempo será *santísimo* el pueblo de Dios como un todo. Por lo tanto, sólo entonces desaparecerán el atrio y el lugar santo. Por lo tanto, no habrá una zona especial del templo en la Jerusalén celestial (Ap. 21:22), porque toda la ciudad será lugar santísimo, un lugar santísimo que ya no estará en tinieblas del misterio, sino ante el eterno resplandor de la completa revelación divina (Ap. 21:11).

Hasta entonces, las tres zonas graduadas del área del templo corresponden a las regiones del reino de Dios, en cuanto éstas, en sus diferentes posiciones en la historia de la revelación, son el teatro de los hechos divinos y la esfera de los poderes y obras divinos (Heb. 9:23).

Desde este punto de vista, la tierra es el atrio, donde estuvo el Gólgota; el cielo es el lugar santo, y el trono de Dios es el lugar santísimo.

En la tierra, Dios obrará dos cosas: la justificación y la santificación del redimido. Por lo tanto, en el atrio había dos objetos: el altar del holocausto y el lavacro de la purificación.

En el cielo está la vida y la luz de la adoración del Eterno en medio de los espíritus celestiales. De éstos testificaban el pan de la proposición (pan de vida), el candelabro y el altar del incienso (véase Sal. 141:2; Ap. 8:3), y las figuras acompañantes de los querubines en el cielo y las cortinas (Ex. 26:1).

Pero por sobre todos los cielos está el trono de Dios mismo. Allí está la ley que rige el universo, así como las tablas de la ley estaban en el lugar santísimo (1 R. 8:9). Allí también está la gracia que perdona los pecados y convierte el trono soberano de Dios en el trono de la

gracia (Ex. 25:17; Heb. 4:16; Ro. 3:25); y por sobre todo está la luz de la gloria de Dios, que, como la nube *Shekina*, ilumina todo lo demás (Ex. 40:34, 35; 1 Ti. 6:16).[1]

LA NECESIDAD DEL SACRIFICIO VICARIO EN LA SALVACION

El acto central del culto del templo es la ofrenda. Solamente de este modo se hace posible toda esta actividad simbólica y salvadora. Porque si el punto de contacto entre el tiempo y la eternidad, alrededor del cual gira todo el servicio del templo, ha de tener su lugar como centro efectivo de salvación, la obra de gracia en que se perfecciona debe al mismo tiempo ser justificada por la ley. Pero esto sólo puede ser si al mismo tiempo es legal y efectiva en el tratamiento del pecado, y por lo tanto al mismo tiempo incluye la expiación.

Pero el pecado en su naturaleza es separación de Dios; y Dios es la «vida»; por lo tanto, estar separado de Dios es estar separado de la vida, lo que es la muerte: «La paga del pecado es muerte» (Ro. 6:23). Pero si se requiere una expiación objetiva, debe corresponder a la naturaleza del pecado, y de ese modo debe consistir en quedar separado del Creador y de la vida, esto es, quedar en la muerte. Solamente por la muerte se puede dar muerte a la muerte (Heb. 2:14; Ef. 2:16): «sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (Heb. 9:22).

El sacrificio del servicio del templo del Antiguo Testamento se refiere a este medio central de salvación indispensable. Ordenado sistemáticamente por Dios, transcurrió a través de siglos, en centenares de miles de actos individuales,[2] como una activa institución educacional que indicaba al centro histórico de la salvación. Cristo, como el Cordero de Dios, trajo consigo el verdadero cumpli-

---

1. Véase *La aurora de la redención del mundo*, pág. 200, para una discusión más amplia del «Tabernáculo como una imagen del Universo», con especial referencia a Heb. 9:12; 4:14; 7:26, con Lv. 16:11-14.

2. Según Números 28 y 29, las ofrendas anuales solamente alcanzaban a 1.273, así que hubo unos dos millones de ofrendas desde Moisés hasta Cristo, sin contar los incontables millones de ofrendas particulares (Lv. 1:3, 4, 5).

miento (Heb. 9:26). La dedicación de sí mismo a Dios en el Gólgota fue la verdadera ofrenda, su cruz el verdadero altar, su sangre el verdadero precio de rescate, y, por lo tanto, El mismo, en su persona y obra era al mismo tiempo el verdadero templo, el verdadero sumo sacerdote y el verdadero sacrificio.

EL BLANCO, PRINCIPAL COLOR SIMBOLICO DEL SACERDOCIO

En la simbología de los colores del servicio de Dios en el Antiguo Testamento, el blanco es el color principal y característico de sacerdocio. Las vestiduras sacerdotales eran blancas, y blancas las vestiduras de trabajo de los levitas. También el blanco era el principal color de la tenida del sumo sacerdote. Porque el blanco es el color de la luz y la pureza, el color de la fiesta y el gozo, el color simbólico del mundo de los benditos espíritus, y el sacerdote estaba en especial relación con el mundo de más allá. Servía al Señor de los espíritus, debía establecer y restaurar la unión con El, debía servirle con santidad y pureza, claridad y verdadera luz, y por su servicio mediatorio ser un puente que condujese a tener comunión con El y de ese modo llevase a la bienaventuranza y el gozo. Así que no podía haber algo más adecuado que el blanco para que fuera proféticamente el principal color simbólico del servicio sacerdotal, y por eso en nuestro diagrama hemos delineado la historia del templo de Dios por medio de una línea blanca.

LOS PRINCIPALES TEMPLOS DE DIOS (en secuencia histórica)

En la historia de la revelación, hay que reconocer siete u ocho formas sucesivas de la idea de templo.

1. *El Tabernáculo*

Erigido por Moisés más o menos en 1500 a.C., cuando fue dada la Ley en Sinaí. Esta era la tienda portátil de Dios en el desierto, y fue más tarde, durante varios siglos,

el santuario central de Israel durante el intervalo entre Josué y Salomón, es decir, entre 1500 y 1000 a.C. Durante la mayor parte de este tiempo (hasta el tiempo de Samuel) estuvo en Silo (1 S. 1:3, 9; Jer. 7:12, 14).

2. *El Templo de Salomón*

Edificado más o menos el año 1000 a.C., incomparablemente más espléndido que el tabernáculo, pero siguiendo el mismo patrón (1 R. 6:1). Durante siglos fue el centro de la adoración de Dios, a pesar de la forma concurrente de apostasía que comenzó con Jeroboam en el reino de las diez tribus (1 R. 12:25-33; Jn. 4:20). Fue destruido por Nabucodonosor de Babilonia en su tercera expedición contra Jerusalén (586 a.C.), y durante setenta años cesó completamente el servicio del templo.

3. *El Templo de Zorobabel*

Sólo después del regreso de la cautividad babilónica bajo Zorobabel y Josué (536) se pudo comenzar un nuevo templo, que, sin embargo, a pesar de variados intentos posteriores, no pudo ser continuado por algún tiempo, tan grandes fueron las dificultades que surgieron. Sólo después de 15 años, alentados por los profetas Hageo y Zacarías (Esd. 5:1), pudo reiniciarse la obra para terminarla. Después de cinco años de trabajos, el edificio fue terminado el año segundo de Darío de Persia (Hag. 1:1). Así fue que exactamente setenta años después de la destrucción por Nabucodonosor, el templo pudo ser consagrado el sexto año de Darío. Darío reinó desde 521 a 485 a.C., así que la dedicación fue el año 516 a.C. Véase Esd. 6:15. Era un edificio sencillo (Esd. 3:12), pero estaba señalado por especiales promesas divinas (Hag. 2:7-9). Más tarde, después de 46 años de trabajos, recibió hermosas terminaciones dirigidas por el rey Herodes (Jn. 2:20).

Pero su verdadera gloria, por la cual sobrepasó decididamente al templo de Salomón, la recibió del hecho de que fue en este mismo templo de Zorobabel en el que Jesús estuvo como niño y en el que más tarde, como Hombre y Profeta, enseñó y luchó (Lc. 2:41-50; Jn. 2:14-

17). Pero recibió una gloria aún mayor porque éste fue el templo en que, en la hora de la muerte en el Gólgota, se rasgó el velo que separaba el lugar santo del santísimo, significando que la obra de redención estaba completa, que se había ofrecido una ofrenda completamente válida por el pecado delante de Dios, y que quedaba abierto un camino directo hacia Dios de allí en adelante (Mt. 27:51; Heb. 9:8, 9; 10:19, 20). En la destrucción de Jerusalén por Tito (en el mismo mes, agosto, como en los días de Nabucodonosor), este templo fue destruido por las llamas. Desde aquel tiempo, Israel, que rechazó al Mesías y pidió que su sangre fuera sobre ellos y sus hijos (Mt. 27:25), ha estado sin sacrificio, sin altar, sin efod, sin santuario (Os. 3:4).

Pero Dios, cuyo plan de salvación no puede ser jamás destruido, aun aquí se aferra firmemente de su santa meta. Ahora también, en medio del colapso y el juicio, El no abandonó su principio, sino que lo llevó a un cumplimiento espiritual, más maravilloso, profundo e interior. El mismo llamó a su iglesia y por la morada en ella del Espíritu la hace su templo.

El principio creador de este nuevo camino fue el Redentor mismo. En Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, «habitó» la plenitud de la deidad corporalmente (Col. 1:19; 2:9). Así Cristo, el centro de la salvación, como el Emanuel enviado de Dios, en su persona y obra ha traído a la realidad en una medida perfecta la verdad expresada en el templo.

4. *El Templo del Cuerpo de Jesús*

Si alguna vez en la historia de la humanidad el tiempo y la eternidad se han unido en forma armoniosa, fue en Jesucristo que fue Dios y fue «manifestado en carne» (1 Ti. 3:16). Por lo tanto, fue un tabernáculo de Dios y su cuerpo el verdadero templo. Por eso Juan lo describió como «el Verbo se hizo carne y *fue tabernáculo* entre nosotros» (Jn. 1:14, literalmente). Así también en forma característica dijo de sí: «Destruid este *templo* y en tres días lo levantaré». Hablaba del «*templo* de su cuerpo»

(Jn. 2:19-22). El que era Señor del templo, y también en el Antiguo Testamento su propio significado y meta histórica, en el cumplimiento del tiempo llegó a ser en sí mismo la completa exhibición de la idea del templo, sencilla y propiamente «el templo», la realización ideal y perfecta de la unión entre el cielo y la tierra en su persona y conducta.

La iglesia es luego la continuación de su vida aquí en la tierra. «Cristo en vosotros la esperanza de gloria» (Col. 1:27). Por lo tanto, por la habitación interior de Cristo por medio del Espíritu Santo, la iglesia también es «templo de Dios».

5. *La Iglesia, el Templo Espiritual*

En esta esfera de vida, el Señor revela esta verdad en tres círculos. Por su Espíritu, El habita en la personalidad del creyente individual, cuyo cuerpo es ahora «templo del Espíritu Santo» (1 Co. 6:19). Por medio del Espíritu habita en la iglesia local de creyentes, que por lo tanto es un lugar de su presencia y «templo de Dios» (1 Co. 3:16). Y por medio del mismo Espíritu Santo, habita en la iglesia universal, así que todo el cuerpo de Cristo es un «templo santo en el Señor», en el cual todos los miembros individuales son edificados juntamente para ser «una morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2:21, 22; 1 P. 2:4, 5).

Así la iglesia del Nuevo Pacto es templo de Dios en el período presente de la salvación.

El *fundamento* es el Señor mismo. Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto (1 Co. 3:11). El testimonio de la primera generación lo tiene como su tema. Por lo tanto, lo que sigue es edificado sobre el fundamento de apóstoles y profetas (Ef. 2:20).

Las *piedras* proceden de dos canteras, y son judías y gentiles (Ef. 2:11-22). Se unen para formar un templo santo. Vienen como piedras muertas al Viviente, y el Espíritu de su vida las hace vivir (1 P. 2:4, 5). La fe de ellos *en* Cristo es al mismo tiempo fe que descansa *sobre* Cristo, edificada sobre la piedra angular en Sion (Is. 28:16).

El *propósito* de esta casa es que sea templo. Es una casa espiritual, y las piedras de las paredes son al mismo tiempo sacerdotes en el altar (1 P. 2:5; Heb. 13:10). La vida de ellos es un holocausto (Ro. 12:1), el servicio una libación (2 Ti. 4:6), sus obras un sacrificio espiritual (1 P. 2:5), su culto un sacrificio de alabanza (Heb. 13:15). Oran por los demás; dan gracias por los demás (1 Ti. 2:1, 2), en su cámara secreta abrazan al mundo. Son una bendición en su círculo; conducen a otros ante la presencia de Dios, y así en cada uno de ellos se cumple la promesa «te bendeciré y serás bendición» (Gn. 12:2).

En esta habitación del Espíritu Santo en la Iglesia yace su dignidad y su responsabilidad. Por medio de este gran hecho llegan a ser la morada de Dios en la historia, un punto de contacto entre el tiempo y la eternidad, la anticipación de la grande y verdadera perfección. «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres» (Ap. 21:3).

Pero parece que Dios finalmente reanuda la historia del templo terrenal visible.[3]

6. *El Templo de Ezequiel* (capítulos 40-44)

En esta profecía de la salvación mesiánica, Ezequiel describe un futuro culto de sacrificios con tantos detalles[4] y con medidas tan particulares y exactas,[5] que parece imposible entenderlo como algo sencillamente simbólico y espiritual. La dificultad entonces es que a pesar de la instrucción en Hebreos (10:10, 14; 8:13; 7:18), habrá un servicio de sacrificios *después* de completada la obra en el Gólgota; y aquello incluirá holocaustos, ofrendas vegetales, acciones de gracias, y ofrendas por el pecado,[6] un sacerdocio[7] y la celebración de las fiestas es-

3. Si se toma literalmente Ap. 11:1, 2, al regresar a la tierra de sus padres, sin convertirse todavía, al final del tiempo, Israel edificará nuevamente un templo en Jerusalén, en cuyo caso habría que mencionar un templo más aquí. Incluyendo este edificio, serían ocho y no siete los templos mencionados en las historias de la Biblia en que se ofrece culto a Dios, sea falso o verdadero.
4. Por ejemplo, Ez. 45:23, 24; 46:4-15.
5. 40:6-16; 41:1-4; 43:13-17.
6. Ez. 43:18-27; 44:11, 15, 27, 29; 45:17; Zac. 14:20, 21.
7. Ez. 40:46; 43:19; 44:15.

peciales (Pascua, Tabernáculos: Ez. 45:21; Zac. 14:16). Es posible resolver esta dificultad considerando estas ofrendas en la misma forma que actualmente se consideran el bautismo y la cena del Señor, esto es, como signos recordatorios, como representaciones de la obra de redención ya cumplida. Serán representaciones simbólicas que miran hacia atrás, así como las ofrendas del Antiguo Testamento, terminadas en la cruz, miraban hacia *adelante*, hacia una obra de redención vista anticipadamente, pero que todavía estaba en el futuro, y que se llevaría a cabo a su debido tiempo, «venido el cumplimiento del tiempo»[8] (Gá. 4:4).

Por último, ahora veremos que el cumplimiento llegará y con él la exhibición en toda su plenitud de la idea de un templo.

7. *La Jerusalén Celestial como un Templo* (Santísimo)

En el lenguaje pictórico de Apocalipsis se describe claramente la ciudad de Dios como el Lugar Santísimo celestial. De allí su forma de cubo (Ap. 21:16; cp. Ez. 48:16), porque es en sí mismo el templo perfeccionado de Dios. Por lo tanto, allí ya no hay arca del pacto (Jer. 3:16, 17), porque el mismo trono de Dios está en la ciudad (Ap. 22:1, 3), así que puede desaparecer el trono simbólico puesto que está completamente realizado. Pero, mientras en el templo de la tierra vieja el lugar santísimo estaba envuelto en tinieblas (1 R. 8:12; Ex. 20:21; 1 Ti. 6:16), como signo de que la revelación de Dios mismo aún no se completaba, el lugar santísimo celestial es brillante con el resplandor de la *Shekina* (Ap. 21:11; Is. 4:5; Ex. 40:34-38). Es así porque la perfección ha llegado. El nombre de Dios está en las frentes de los redimidos, lo que

---

8. Acerca de la falta de candelabro, mesa de los panes de la proposición, velo y especialmente del arca del pacto (Jer. 3:16, 17), y de la importancia tipológica de este hecho, véase *El triunfo del crucificado*, págs. 217 y ss.

significa que cada individuo no sólo es sacerdote, sino sumo sacerdote (Ap. 22:4; Ex. 28:36; Zac. 14:20, 21). Sus siervos le servirán y verán su rostro. La revelación de Dios ha llegado a su completa manifestación. Desaparecerán todos los velos, y en el lugar de las tinieblas del misterio habrá torrentes de luz del divino sol eterno.

5

Testimonio del Antiguo Testamento acerca de Cristo

Jesucristo es el centro mismo de todo el consejo divino de la salvación. Todo lo que ocurrió antes de El, ocurrió con la perspectiva de su venida: todo lo que en la historia del reino de Dios es posterior a su venida es obrado en su nombre.

En el centro de su obra salvadora está la cruz. Por el sacrificio de su vida el crucificado pagó el precio de la redención. «Habéis sido comprados por precio» (1 Co. 6:20).

LA SOBRESALIENTE GLORIA DEL PRECIO DE RESCATE DEL NUEVO TESTAMENTO

¡Cuánto sobrepasa este precio de rescate a todas las normas y métodos de contar del mundo! «Sabiendo que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de

un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo... Dios le resucitó de los muertos y le ha dado gloria» (1 P. 1:18-21).

Aquí Pedro nos permite ver cinco hechos diferentes:

1. Todo otro pago es *temporal*, pero el pago realizado en el Gólgota es *eterno*. Todo dinero —plata y oro— tuvo su principio con la creación del mundo; pero nosotros hemos sido comprados con la sangre de un cordero «ya destinado *antes* de la fundación del mundo».

2. Todo otro pago es *terrenal*, pero el pago realizado en el Gólgota es *celestial*. Los metales, el medio común de pago en la vida de negocios en general, vienen de la tierra, pero Cristo, el Hijo de Dios vivo vino del *cielo*. Al dejar el cielo dijo: «me preparaste cuerpo... para que yo haga tu voluntad, oh Dios.» Por esta voluntad ahora somos santificados «por medio de la ofrenda del cuerpo de Cristo Jesús de una vez para siempre» (Heb. 10:5-10).

3. Todo otro pago es *humano*, pero el precio pagado en el Gólgota es *divino*. En la vida mercantil de la tierra todos los valores se establecen por acuerdo humano. Por lo tanto, puede haber depreciación del medio de pago, inflación, cambio de valores, abandono del patrón oro, y el *hombre* es quien determina el grado de esos cambios. Pero el precio pagado en el Gólgota deriva su gloria, su valor, de *Dios*. Es Dios quien escogió y glorificó a este Cordero de sangre preciosa con la que hemos sido comprados.

4. Todo otro medio de pago es *inmundo*, pero el precio pagado en el Gólgota es *santo*. Es la sangre de un «Cordero sin mancha ni contaminación». A todo dinero terrenal siempre está unida alguna historia de pecado; si no siempre en el caso del actual poseedor, sin embargo, quizás en algún pecado de un poseedor anterior, o por lo menos por el contacto del culto a Mammón que este mundo tributa (Lc. 16:9).

Pero Jesús es santo. El, el Santo, dio su vida por nosotros, los pecadores, y ahora nosotros, comprados por su sangre, tenemos el privilegio de ser transferidos al mundo de la pureza y la santidad. Y finalmente:

5. Todo otro medio de pago tiene un *final*, pero el precio pagado en el Gólgota tiene una eficacia *sin fin*. En la destrucción del mundo, cuando los elementos ardan, toda plata y oro se desharán (2 P. 3:10). Pero Jesús en la gloria, como cordero que está en el trono lleva las cicatrices de Su amor, será el objeto central de la alabanza, la acción de gracias y la adoración de todos los glorificados por todos los siglos sin fin (Ap. 5).

La tarea y el sentido del Antiguo Testamento era conducir a este centro de salvación. El Antiguo Testamento existe para el Nuevo Testamento. Cristo mismo es la meta y el alma de la revelación histórica precristiana. El es:

la meta de la historia del Antiguo Testamento;
el sentido del culto a Dios del Antiguo Testamento;
el cumplimiento de la profecía mesiánica del Antiguo Testamento;
ya en el tiempo del Antiguo Testamento el Dios continuamente presenta y en acción del Antiguo Testamento de la revelación.

CRISTO, EL CENTRO DE LA REVELACION HISTORICA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Especialmente desde Abraham, la revelación precristiana fue planificada para que tuviese su meta en Cristo. «Abraham creyó a Jehová y le fue contado por justicia» (Gn. 15:6). Abraham es el padre de todos los creyentes (Ro. 4:11, 12). Ya antes de la circuncisión, y por lo tanto *antes* de «toda obra religiosa», recibió la justificación por la libre gracia de Dios (Ro. 4:10-12). Pensó que Dios tiene poder para crear vida de la muerte (Ro. 4:17-25; Gn. 22:5; cp. Heb. 11:8-19). Esperaba la venida de la Simiente en quien se cumplirían todas las promesas que le fueron dadas. Esperaba ciudad con fundamento, el arquitecto y constructor de la cual es Dios (Heb. 11:10). Así la fe de Abraham fue la fe en la libre gracia de Dios para salvación, en el poder de Dios para resucitar, en la venida del Redentor del mundo, en la gloriosa meta de la consumación final.

Todo esto se cumple en Cristo. El obtuvo la salvación gratuita; El vive como el Resucitado; El es el Salvador del mundo; El conduce a los suyos a la ciudad celestial de Dios (Ap. 21:14, 27). Así Cristo era la meta de la fe de Abraham y de las promesas dadas en el pacto que Dios hizo con él. «Abraham vio mi día y se gozó» (Jn. 8:56).

Cuatrocientos años más tarde Dios entregó su ley. Reveló su voluntad por medio de Moisés, y ahora quedaba más claramente revelado que nunca antes lo que era santidad y lo que era pecado. Por medio de la ley es el conocimiento del pecado (Ro. 3:20; 7:7).

Aquí, sin embargo, la razón para mostrar el fracaso del hombre no era tanto castigar y humillar al hombre, sino más bien que éste pudiera ver su verdadero estado para proceder al arrepentimiento. Solamente así podía ser arrancada de raíz esta terrible necesidad, y eso por Cristo como el sustituto portador del pecado para que éste fuese anulado y quitado (Heb. 9:26). Así la ley fue nuestro «ayo para llevarnos a Cristo» (Gá. 3:24), y se hizo claro que así como Cristo es la meta del pacto con Abraham, también lo es del pacto mosaico.

Por estas razones El es la meta de *ambos*, Abraham y Moisés, y de este modo es la meta unificadora de toda la historia de la revelación en el Antiguo Testamento en su doble consumación y armonía.

Principalmente es Cristo el significado del Templo. El servicio del Antiguo Testamento era un puente por medio del cual el pecador, a pesar de su incapacidad y culpa podía llegar a tener una cierta medida de comunión con Dios. Esto era realizado por medio del sacrificio, acto central en el Tabernáculo y en el Templo.

CRISTO, EL SIGNIFICADO DEL SERVICIO DIVINO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Todo el llamamiento de los sacerdotes del Antiguo Testamento, todas las unciones sagradas y vestiduras oficiales, todos los arreglos e indicaciones, todos los lugares

y elementos, todos los actos en el atrio, el lugar santo y el lugar santísimo, todas las fiestas, reposos y años sabáticos, todos servían a la meta única del propósito de Dios de que Dios y el hombre pudiesen reunirse (Ex. 25:22), y el hombre fuese recibido en el goce de Su pacto de gracia.

Para efectuar esto el pecado debe ser tratado con toda seriedad y justicia. Sin embargo, las obras solamente pueden ser canceladas por las obras, la historia por la historia y el pecado actual solamente por una expiación actual. Este es el sentido del sacrificio cruento en el Antiguo Testamento. En él se declaran tipológicamente las verdades básicas de la pecaminosidad del hombre, la santidad de Dios, la sustitución por medio de la expiación santa, la necesidad de la fe personal, la unión del pecador con el sacrificio (la acción de comerse el sacrificio), y, sobre la base de todo esto el don de la bendita seguridad del perdón de pecados (Sal. 32:1, 2).

Pero en este acto, el más significativo, el servicio divino del Antiguo Testamento llegó a ser tipo de la cruz. Porque solamente como el «Cordero» de Dios ha resuelto Cristo la cuestión del pecado, solamente como el Crucificado es el portador de la salvación, solamente como el Substituto es Emanuel, «Dios con nosotros».

Pero debido a que el acto salvador del Gólgota es tan maravillosamente único, tan asombroso, tan completamente incomprensible, Dios, en la historia de la salvación estableció una escuela preparatoria de mil años de duración, un libro de cuadros proféticos, una exhibición viva, y el millón de sacrificios que en los atrios del tabernáculo y del templo debieron perder la vida fueron un testimonio repetido un millón de veces sobre el *único* sacrificio del Hijo de Dios, que por la ofrenda de Sí mismo de una vez para siempre hizo perfectos a los que creen en El y a los que por medio de El llegan a ser santificados (Heb. 10:10, 14).

Sin toda esta aplicación a Cristo como su meta todos los sacrificios eran irreales, horribles; pero en Cristo adquieren importancia redentora que alcanza a la eternidad. Cristo es el significado del culto a Dios del Antiguo Testamento.

Así todas las instituciones y ceremonias del Antiguo Testamento tienen su meta en una persona. Las leyes morales revelan la necesidad de su obra redentora; las ordenanzas del culto divino muestran la naturaleza y modo de la redención. El *debe* venir, porque de otro modo todo queda bajo la sentencia de muerte; pero cuando El viene es el Cordero de Dios, porque sólo así su aparición tiene importancia redentora.

En cuanto a esto, el Antiguo Testamento no sólo habla de la necesidad de la fe, sino que en forma completamente clara señala la expectación de la fe. *El vendrá.* Este es el tenor de la maravillosa serie de oráculos divinos que llamamos profecías mesiánicas de Israel.

CRISTO, EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS MESIANICAS

El anuncio del Redentor del mundo corre como un hilo escarlata a través de la revelación de la historia precristiana. Los círculos se hacen cada vez más estrechos, los rasgos distintivos se notan cada vez más claramente. La esperanza del Redentor y su obra, su deidad y su humanidad, su tiempo y su entorno, su primera y su segunda venida, sus sufrimientos y su triunfo resultante, junto con una insinuación de la existencia de un intervalo y tiempo de espera entre su primera y segunda aparición —todo esto es como un mosaico dado por Dios, hermosamente coloreado, o como círculos concéntricos, o como una pirámide que asciende hasta su cúspide.

De acuerdo con el plan, este ascenso hacia la cumbre avanza en el curso de los milenios. Primero se declara *lo que* debe pasar; luego se presenta en forma más elaborada y clara *quién* lo completará. Así pasa de lo general a lo particular, de la materia a la persona, del oficio al que tiene la dignidad del oficio, de la esperanza del Mesías (el Ungido, «Cristo») a Jesús de Nazaret.

Viene de la humanidad (Gn. 3:15); de la raza de Sem (Gn. 9:26); de la simiente de Abraham; de la tribu real

de Judá (Gn. 49:10); de la familia de David (Is. 11:1; 1 Cr. 17:11).

Su hogar está en Belén Efrata (Mi. 5:2). Viene con sencillez y humildad, pero luego será exaltado al trono de Dios, que desde entonces estará esperando hasta que todos sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies (Sal. 110:1).

Luego comienza su reinado. Israel es renovado (Ez. 36:25-27), las naciones son bendecidas (Is. 2:1-5; 19:24, 25), la naturaleza se recgocija (Is. 55:12, 13; Os. 2:21, 22), y finalmente hay un cielo nuevo y una nueva tierra (Is. 65:17; 66:22).

EL SIERVO SUFRIENTE DE DIOS EN ISAIAS 53

Pero, como en el culto del templo, así en la profecía mesiánica la esperanza de su obra expiatoria está como centro de todo. De Isaías 53 resplandece brillantemente el cuadro del Redentor, el siervo sufriente de Dios como el Cordero de Dios. (Isaías 53 es la más maravillosa profecía de todo el Antiguo Testamento.)

Aquí resplandecen cuatro verdades principales, cada una de ellas expresada en tres versículos:

el hecho de sus sufrimientos —El *ha* sufrido; vv. 1-3
el significado de sus sufrimientos —Ha sufrido como un *substituto*, vv. 4-6
el modo de sus sufrimientos —Sufrió *pacientemente*, vv. 7-9;
la victoria de sus sufrimientos —Sufrió por la *salvación del mundo*, vv. 10-12.

Este es el Cristo del Antiguo Testamento, el Profeta ungido por Dios, Sacerdote y Rey, conscientemente esperado por Israel, inconscientemente anhelado por las naciones.

En todo esto Cristo no sólo es el que vendrá, sino también en el tiempo del Antiguo Testamento, es ya el que está realmente presente.

CRISTO EN LA ERA PRECRISTIANA ES EL DIOS PRESENTE Y ACTIVO

En los profetas del Antiguo Testamento estaba el Espíritu de *Cristo* (1 P. 1:11). Fue *Su* gloria la que vio Isaías cuando tuvo la honra de ver el trono de Jehová de los ejércitos en el momento de su llamamiento, la gloria del tres veces Santo (Jn. 12:41; Is. 6:1-3). *Cristo* era la Roca que viajó con Israel en el desierto (1 Co. 10:4). *El* era el ángel de Jehová que se reveló en una época tan remota como el tiempo de Abraham (Gn. 16:7), el Angel de su faz (Is. 63:9), el Angel del pacto (Mal. 3:1), que ya en el Antiguo Testamento apareció misteriosamente, de modo que se dirigían a El y lo adoraban como Jehová, pero que ahora se distingue de Jehová (Ex. 3:2, cp. v. 6; Gn. 22:11, cp. v. 1; 16:13, cp. v. 7; Jue. 6:22, cp. v. 24).

Es en el Nuevo Testamento donde por primera vez se descubre claramente el misterio. Pertenece al misterio de la trinidad y unidad de la esencia divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Mesías profetizado en el Antiguo Testamento es Jehová-Jesús, Dios *de* Dios, sin embargo, *en* Dios, el Hijo eterno, el Verbo que en el principio, siendo él mismo sin principio, estaba con Dios y de una misma esencia con El (Jn. 1:1).

Así que la Palabra de Dios del Antiguo Testamento era un autotestimonio de la venida de Cristo. El Señor no es solamente el tema y meta, sino el autor y sustentador de toda la revelación del Antiguo Testamento. Todo el Antiguo Testamento es una palabra de Cristo. Cristo como Dios Redentor está al mismo tiempo actuando en el Antiguo Testamento y es esperado bajo el Antiguo Pacto.

LA FE SALVADORA VIVIENTE Y JESUCRISTO

Así que El es el objeto de toda fe en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. La actitud hacia El determina toda la salvación para el tiempo y la eternidad.

En el Nuevo Testamento la palabra «fe» se asocia con la persona de Cristo de un modo cuádruple.

1. Creemos *hacia* El. Literalmente «*dentro*» de El (Gr. *eis*). Esto significa que El es objeto de nuestra fe, su meta viviente, su magneto. La fe siempre avanza hacia El. Aunque ya hemos acudido a El al mismo tiempo siempre estamos acudiendo a El.[1] En la fe nada es estático, sino una dinámica. Cada gracia es un *movimiento* vivo que Dios nos ha concedido en Cristo por medio del Espíritu Santo.

2. Creemos *en* El (Col. 1:4). Aquí el griego emplea una palabra diferente que se usa para describir un lugar determinado.[2] Cristo es la esfera de nuestra vida espiritual. El nos rodea por todos lados. Nosotros estamos *en* El. El cristiano es una persona que está *en* Cristo. Experimenta la bendita verdad: «Yo en ellos y ellos en mí» (Jn. 15:1-7). No solamente cree en El y hacia *adentro* de El: practica su fe y la vida de fe *en* El. Vive y mora en El. Cristo es nuestra fortaleza de salvación, nuestro castillo, nuestro entorno, nuestro elemento. Cristo es para nuestra alma lo que el agua es para la vida del pez y el aire para el hombre. El está en nosotros y alrededor de nosotros. El nos da su radiación como el sol. El sol está en el cielo, sin embargo, en los días sin nubes sobre la tierra nosotros estamos de todos modos *en* el sol, *en* los rayos del sol. Así Cristo, que mora en los cielos está al mismo tiempo aquí en la tierra inundando de luz nuestro ser.

3. Creemos *sobre* El. Esta es también una expresión del Nuevo Testamento. «Cree *sobre* el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa», así dice literalmente la oración que el apóstol dirigió al carcelero en Filipo (Hch. 16:31). Bajo la influencia de un salmo y una profecía que hablan de la «piedra del ángulo» y el «fundamento» con referencia al Mesías (Sal. 118:22; Is. 28:16), Cristo es descrito como el fundamento de nuestra vida de fe «sobre» (Gr. *epí*) quien hemos creido (1 P. 2:6; Ro. 10:11). «Ninguno puede poner otro fundamento que el que está puesto, Jesucristo» (1 Co. 3:11). Es *sobre* este fundamento eterno

---

1. Compárese con 1 P. 2:4: «Acercándoos a él».
2. En Col. 1:4 se emplea la palabra griega *en*, no *eis*. *En*, con el caso dativo, no responde, como *eis*, a la pregunta ¿A dónde?, sino a la pregunta «¿Dónde?».

que, en el poder del Espíritu de Dios, edificamos la estructura de la fe. Y finalmente:

4. Creemos *a* El. Pablo dice: «Yo sé a quién he creido» (2 Ti. 1:12). En el original del Nuevo Testamento la palabra «fe» está ligada al dativo de la persona en quien se confía; «Yo sé quién es aquél en quien he puesto mi confianza». Cristo no sólo es la meta y la esfera, no solamente la base de sustentación de nuestra fe, sino que El es la *persona* a quien se refiere nuestra fe y en quien personalmente se centra.

El mismo nos ama. Hay un lazo secreto, pero maravillosamente fuerte que nos une a El y a mi, su gran YO divino y mi pequeño «yo» humano. Se me permite confiar en El. El está delante de mi como una *persona*, y yo estoy delante de El como una *persona*. Jesús mismo es mi felicidad. El es mi gozo, mi ayudador, mi fortaleza. El es mi amigo y consejero. El conoce todas las cosas en forma clara y El puede hacer todas las cosas para bien. Yo lo alabo. Creo que El tiene el propósito de hacerme bien. Sostengo que su palabra y sus planes siempre son sabios. Hago lo que El dice. Esto significa que en verdad yo le creo *a El*.

Esta es la fe del Nuevo Testamento en Cristo. El era en forma similar la meta de la revelación divina precedente, la del antiguo pacto. Así en la experiencia de Cristo-Jehová-Jesús se revela la unidad de los dos testamentos: el testimonio profético de Cristo dado en el Antiguo Testamento y la experiencia de Cristo en el Nuevo Testamento.

6

Las naciones delante de Dios

Dios es el Señor del mundo. Como Creador y Rey El es el Dios de toda la raza humana. En todos los tiempos, incluyendo los comprendidos entre el llamamiento de Abraham y la introducción de su trato especial con Israel y la Iglesia, El permaneció en relación personal con toda la raza humana y fue quien decidió toda la historia nacional y es Señor de la historia.

Considerado desde el punto de vista de la historia revelada, se ve claramente que a través del desarrollo de la raza humana corren ciertos períodos principales determinados, fáciles de distinguir. Están indicados en nuestro diagrama por las divisiones de las zonas verdes.

LAS NACIONES EN LA REVELACION ORIGINAL

Desde la creación del hombre hasta el llamamiento de Abraham

En este período la revelación de Dios no se limitó a un solo pueblo o a un solo grupo de la humanidad asociado de algún otro modo (esto es, espiritualmente, como la

iglesia), sino que estuvo disponible para todos sencillamente como hombres. Primero en el Paraiso, luego en el tiempo de la prueba por la libertad humana, y en el período de la autoridad humana, la autorrevelación de Dios fue, sencillamente, a todos los hombres, universalmente.

Después de la caída Dios dio primero a la humanidad la posibilidad de la autodeterminación moral, sin un mandamiento divino especial o revelación de la ley, y sin el establecimiento de la autoridad y el control humano. Luego, después del completo fracaso del hombre en la civilización cainita y el juicio del diluvio, como resultado necesario, puso al hombre, mediante la designación de una autoridad, bajo un orden humano corporativa.

Después del diluvio, en Sem, Cam y Jafet, los hijos de Noé, hubo un nuevo comienzo (véase el diagrama). Por cuanto los descendientes de Cam (a causa del pecado de Cam, Gn. 9:21-25) quedaron sin bendición, y en Canaán, su hijo menor, quedaron bajo maldición (Gn. 9:25), la bendición quedó circunscrita a los otros dos hijos.

La bendición de Jafet era más bien de orden terrenal: expansión política y cultural. «Engrandezca Dios a Jafet» (Jafet significa «extensión», Gn. 9:27).[1]

La bendición de Sem estaba conectada principalmente con la historia de la salvación, y por medio de Abraham y David conducía a Cristo. «Bendito por Jehová mi Dios sea Sem», (Gn. 9:26; 12:1-3; Lc. 3:36; Jn. 4:22).

Pero en esta sección de la historia también fracasó el hombre, como quedó en claro en la torre de Babel (Gn. 11). Así, en estos dos períodos, el de Caín y el de la antigua civilización babilonia el hombre demostró ser incapaz de actuar dentro de estos dos principios rectores de Dios. Abusó de la libertad para dar paso al libertinaje y la soberbia personal (véase Lamec, Gn. 4:19-24), y la auto-

---

1. Como padre de los medos (*Madai*, Gn. 10:2) y griegos (Heb. *Jawan*, *Ionier*), Jafet es el antecesor de la raza teutónica. Porque los persas son la raza hermana de los medos; los romanos están relacionados con los griegos. A los persas pertenecen los indios (arios) y los germanos; a los romanos pertenecen los franceses, los italianos, españoles, etc., y además los eslavos y muchos otros. Tomados en conjunto son todos teutones (arios).

ridad corporativa dio lugar a la poderosa opresión política y a la vanagloria general (compárese con el imperio mundial de Nimrod, Gn. 10:8-12; y también la torre de Babel, Gn. 11).

En consecuencia, se hizo necesario un cambio en los métodos de la revelación divina. La raza humana, en su locura, en su fuerza colectiva y en su vanagloria personal se había unido para robarle a Dios su gloria (Babel, Gn. 11:1-4); por lo cual Dios destruyó esta unidad, dejó de lado a toda la raza humana y, al mismo tiempo, limitó el círculo de luz de su revelación a un individuo y a sus descendientes corporales y espirituales.

LAS NACIONES DURANTE SU EXCLUSION

Desde el llamamiento de Abraham hasta el principio de la era presente del Evangelio

Pero Dios siguió siendo el Dios de las naciones (Ro. 3:29). Por supuesto, no en el sentido de una revelación y un pacto directo, de compromisos divinos y profecías directas, de normas morales (leyes) y constituciones civiles teocráticas,[2] sino como Guía y Juez de su historia (Pr. 14:34). Esto fue por la influencia de autoridades (Pr. 8:14-16), en sus decisiones políticas y militares,[3] ordenando la situación mundial, determinando fronteras, rigiendo los acontecimientos históricos (Am. 9:7), y por medio de la acción en la vida espiritual y cultural de los pueblos, especialmente en la perspectiva, la moral y las costumbres de mundo (Hch. 17:26). Aun en esta huida de Dios el hombre no pudo escapar de Dios. Aun cuando fueron desechados, los pueblos siguieron siendo objeto del amor y la actividad de Dios.

Con Nabucodonosor, la destrucción de Jerusalén y el fin de la vida nacional judía, se introdujo un nuevo movimiento. Después que las naciones gentiles estuvieron por casi un milenio y medio en el segundo plano de las reve-

2. Sal. 147:19, 20; Ro. 1:24, 26, 28; Is. 45:1-7.
3. 1 R. 11:14-23; 1 Cr. 5:26; Is. 45:1-7.

laciones divinas pasaron a ser tema directo de la profecía divina. Por supuesto que hasta este punto había habido alusiones a los gentiles en los mensajes divinos a Israel (especialmente por intermedio de Amós e Isaías) —juicios y promesas—, pero casi siempre había sido Israel el centro de gravedad aun de este tipo de profecías. Lo que Dios hizo con las naciones gentiles lo hizo principalmente «por amor de Israel su siervo» (Is. 45:1-7; especialmente el vs. 4). Pero cuando por la destrucción de Samaria por los asirios (722 a.C.) y de Jerusalén por los babilonios (586 a.C.) Israel y Judá perdieron su individualidad política y fueron entregados en manos de los gentiles, y comenzó el «tiempo de los gentiles» (Lc. 21:24), fue sólo una consecuencia natural que ahora Dios diera profecías que tenían que ver con la historia de los gentiles, no en un segundo plano e indirectamente, sino en el primer plano, considerándolos como grupos históricos, como objetos de los mensajes autoexistentes acerca de ellos.

Esto pasó en la visión en sueños de Nabucodonosor y las profecías acerca de los imperios mundiales de Daniel (Dn. 2:4; 7:8). Nabucodonosor, el pagano, vio la forma exterior de la historia como una imponente y colosal imagen, en su unidad, humanidad y magnificencia (Dn. 2:31-36), mientras Daniel, el profeta de Dios, percibió su naturaleza interior, su naturaleza de bestia salvaje, de desunión y naturaleza demoníaca (Dn. 7:1-8).

Hay *cuatro imperios mundiales* en el área histórica de la profecía.

La cabeza de oro, el león con alas de águila (Dn. 2:32, 38; 7:4), esto es el nuevo reino babilónico (612-538 a.C.), especialmente bajo Nabucodonosor (605-562).

El pecho de plata (Dn. 2:32), el oso, que se alzaba más de un costado (Dn. 7:5), el carnero de los cuernos desiguales (Dn. 8:3, 20), esto es el imperio medo-persa, fundado por Ciro, destruido por Alejandro el Grande (538-333 á.C.), especialmente por la decisiva batalla de Iso (333 a.C.).

Los vientres y muslos de cobre (Dn. 2:32), el leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas (Dn. 7:5), el macho

cabrío (Dn. 8:5), con el cuerno notable (Alejandro el Grande), esto es el imperio greco macedonio que después de la muerte de Alejandro (323) se dividió en cuatro estados principales (*Diadochoi* = sucesores), que, finalmente, especialmente en el segundo siglo antes de Cristo fueron conquistados por los romanos.

De especial importancia en la historia de la salvación y en la profecía estaban los dos reinos siguientes:

El reino de Egipto, el «rey del sur» (Dn. 11:5, 9, 11). En su territorio, entre los años 250 y 120 a.C., se hizo la traducción griega del Antiguo Testamento, que sobre bases no del todo claras se llama Septuaginta (Versión de los setenta, LXX), y que más tarde llegó a ser la Biblia del cristianismo apostólico.

El reino sirio-babilonio, «rey del norte» (Dn. 11:6, 7, 11). Aquí, en el segundo siglo antes de Cristo, bajo Antíoco Epífanes (175-164), se realizó una terrible persecución de los judíos temerosos de Jehová, lo que condujo al levantamiento de los Macabeos el año 168 a.C. Este Antíoco, aborrecedor de Dios, fue desde aquel tiempo el principal tipo profético del Anticristo, del tiempo del fin, esto es «el cuerno pequeño» del tercer imperio mundial (Dn. 8:9, 23), un tipo del «cuerno pequeño» del cuarto imperio mundial (Dan. 7:8, 20, 24, 25).

Vino a continuación el cuarto imperio mundial del libro de Daniel.

Su primera etapa eran *las piernas de bronce y hierro* (Dn. 2:40), la terrible bestia que devoraba y desmenuzaba (Dn. 7:7), el *Imperium Romanum* que abarcó todos los pueblos civilizados del mundo entonces conocido. Especialmente después de la derrota de los cartagineses en Zama (202 a.C.) los romanos completaron el dominio de la mayor parte de los estados del Mediterráneo en el curso del segundo siglo antes de Cristo. Hacia el año 133 a.C. eran los amos del mundo. Durante el gobierno de su primer gobernador absoluto, Augusto (31 a.C. — 14 d.C.), nació Cristo. Durante el gobierno del segundo emperador, Tiberio (14-37 d.C.), el Señor inició su ministerio público y completó su obra redentora (Lc. 3:1).

Luego los romanos fueron instrumentos en la mano del Señor para completar el juicio contra el Israel apóstata, que había rechazado al Mesías (Mt. 27:25). Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, destruyó Jerusalén el año 70 d.C. Y, nuevamente, fueron los romanos quienes algunas décadas después, tras una fiera batalla con el falso mesías Bar Coquebas,[4] destruyó la vida nacional judía el año 135 d.C., y realizó la completa dispersión de los judíos, situación en que quedaron hasta nuestros días (compárese con Dt. 28:49 ss.; Os. 3:4, Lc. 21:24).

Así, en el libro de Daniel, las partes de la imagen de Nabucodonosor corresponden a las bestias salvajes de la visión de Daniel. Hemos indicado esta concordancia en el diagrama, poniendo a cada bestia sobre una base de metal, en cada caso el color del metal corresponde a cada una de las cuatro partes principales de la imagen: el león babilonio está sobre un pedestal de oro (como la cabeza de oro); el oso medo-persa está sobre una base de plata (corresponde al pecho y los brazos de plata); el leopardo griego-macedonio está sobre un pedestal de cobre (como el vientre y los muslos de metal); y la cuarta bestia está sobre un pedestal de hierro (como las piernas de bronce y hierro). El espacio impidió mostrar en el diagrama la imagen de pie.

La posición descendente de los pedestales y de las cuatro bestias significan que el desarrollo humano no es verdadero movimiento hacia arriba y hacia Dios, sino por el contrario es hacia abajo, y a pesar del progreso y la cultura se mueve en forma terrible y acelerada alejándose de Dios. Esta verdad solemne fue señalada en la imagen de Nabucodonosor por medio del valor descendente de los metales: oro, plata, bronce, hierro.

En el significado profético el cuarto reino dura hasta el fin de esta era. En el coloso de Nabucodonosor el hierro llegaba hasta los pies (Dn. 2:33). El establecimiento del reino del Hijo del Hombre seguirá inmediatamente al de la cuarta bestia (Dn. 7:7-14). Por lo tanto, en nuestro

4. «Hijo de las estrellas», llamado así en Números 24:17.

diagrama hemos extendido la línea de hierro del pedestal por toda la sección de la era actual.

Es un hecho que, a pesar de todos los cambios de detalles, la historia ha demostrado que las ideas del cuarto imperio no han muerto jamás. Aun después del colapso del Imperio de Occidente (475 d.C.) y del de Oriente (1453), repetidas veces ha exhibido su energía vital, especialmente en la estabilidad de la iglesia de Roma, la continuación del idioma latín en la teología, el derecho, la medicina, la ciencia, en los asuntos militares, en la continuación y la aplicación del derecho romano y, por cierto, en acontecimientos mundiales claramente perceptibles, sucesos de detalle y acontecimientos políticos singulares (Véase *El Triunfo del Crucificado*, p. 183 ss.).

Durante este período el Evangelio se extiende por todo el mundo.

LAS NACIONES BAJO EL LLAMADO DE LA SALVACION

La edad presente del Evangelio hasta la venida (parousía) de Cristo

Los mensajeros de Cristo van de tierra en tierra con el mensaje de la cruz, de la salvación completa, única, presente y futura en Cristo como nuestro representante y seguridad, y donde quiera que los hombres se abren a este mensaje, y arrepentidos y con fe aceptan a Cristo como su salvador personal, llegan a ser participantes de su salvación y miembros de Su iglesia. El propósito de esta proclamación no es cristianizar a las masas, ni civilizarlas, ni crear naciones o grupos de naciones cristianas —esto ocurrirá solamente en el período misionero del reino venidero de Dios (Is. 2:3, 4; 19:21-25)— sino «tomar de ellos pueblo para su nombre» (Hch. 15:14),[5] y crear así un nuevo pueblo supra nacional para Dios. En este pueblo no hay judío ni griego, esclavo ni libre, sino que todos son uno en Cristo Jesús (Gá. 3:28; Col. 3:11). Por

5. Véase Tito 2:14; 1 P. 2:9, 10.

esto, en lugar de las dos divisiones de la humanidad en la revelación histórica surge una división triple (1 Co. 10:32), y a Israel y los gentiles se agrega la iglesia como una «tercera raza».

Pero, ¿qué hará la humanidad al final de este período del evangelio? Después de haber oido durante siglos el mensaje de la salvación en Cristo, la humanidad decidirá finalmente seguir a su enemigo, el Anticristo. Se creará una civilización impía de los principales pueblos civilizados unidos políticamente, comercialmente centralizada, con un mismo molde en el aspecto religioso y mundial. Solamente así es posible que al final «todos», pequeños y grandes, bajo la amenaza de boicot comercial sean forzados a adorar la bestia y por lo tanto a negar la fe bíblica revelada, de tal modo que nadie podrá comprar o vender sino aquellos que tengan la señal de la bestia, el nombre de la bestia o el número de la bestia (Ap. 13:17, 18). Por medio de esta unión política, comercial y religiosa el sistema anticristiano será la concentración de tres líneas de poder, un avivamiento monstruoso de la torre de Babel. Nuestro diagrama expresa esto en la pequeña sección verde que representa el período anticristiano con una pirámide de tres lados que corresponde con la antigua torre de Babel y se apoya en ella. En la cúspide de esta pirámide está el misterioso número de la bestia, el «666», que aún no puede ser aplicado sin dejar dudas.

Esta será la combinación y el producto final de todos los esfuerzos ajenos a Dios del mundo gentil apartado de Dios, la suma de todos los reinos de los tiempos anteriores, de todas las bestias salvajes que representaban reinos en las profecías de Daniel. Por lo tanto, la bestia anticristiana se representa como león, oso y leopardo a la vez, y el número de sus cuernos (7) es la suma total de los cuernos de las cuatro bestias de las visiones de Daniel (Dn. 7:2-8). Y finalmente, si el Apocalipsis habla de *dos* bestias (Ap. 13:1-10 y 11-18), de las que la primera aparece inconfundible en el primer plano, mientras la segunda considera que su deber es obtener el máximo de honra para la primera bestia (Ap. 13:12, 14; 16 s.), es porque el sistema anticristiano reconocerá dos personalidades principales

que se unirán en un solo sistema infernal que abarcará el cuerpo y el alma. Estos serán el líder político y, su filósofo religioso, ministro de propaganda. Véase en el diagrama las dos bestias al final de la línea de hierro debajo de la pirámide de tres lados que representa a Babilonia.

Pero Cristo tendrá la última palabra. Por medio del «resplandor de su venida» destruirá al enemigo (2 Ts. 2:8, 9; Is. 11:4) y establecerá su reino.

LAS NACIONES EN EL REINO VISIBLE DE DIOS: EL MILENIO

Como Dios Rey en gloria visible, El se sentará entonces en su trono y juzgará a todas las naciones de la tierra. Se reunirán delante de El y El las apartará como aparta el pastor a las ovejas de las cabras (Mt. 25:31, 32). Las Escrituras señalan como lugar de este juicio de las naciones el valle de Josafat (Joel 3:12). Lo que se decidirá es quiénes de los que escaparon de los últimos juicios catastróficos tendrá entrada en el reino visible de Dios y, por otra parte, quiénes, teniendo en cuenta su conducta, serán entregados al juicio de destrucción (Mt. 25:34, 46b).

Quienes entonces sean recibidos en el reino de Dios serán cubiertos de bendiciones. Entonces se convertirán las naciones como naciones,[6] y, por primera vez en la historia, habrá naciones y civilizaciones cristianas en el sentido bíblico (Is. 19:19, 23, 25). En todo lugar se adorará a Cristo (Mal. 1:11), el Dios Rey de la humanidad, coronado con las coronas de oro y plata de la realeza y el sacerdocio (Zac. 6:11-13).

Las siguientes serán bendiciones cotidianas que todos disfrutarán:

Renovación de los pueblos (Sof. 3:9).
Paz entre las naciones (Mi. 4:3, 4).
Bendición en la naturaleza (Is. 11:6-8; Os. 2:23, 24).
Justicia social (Is. 11:3, 4).

---

6. Jer. 3:17; Zac. 8:20-22; Is. 2:3; 42:4; Mi. 4:2.

Salud corporal (Is. 35:5, 6).
Edad patriarcal (Is. 65:20).
Trabajo diario fructífero (Is. 65:21-23).
Cesación de las ciudades gigantes (Zac. 3:10).

LAS NACIONES EN LA REBELION FINAL

¡Y todavía! Aquí otra vez, cuando viene la prueba final y la más difícil, el hombre demuestra su completo fracaso. Durante el reino visible de Dios, Satanás ha estado atado en el abismo (Ap. 20:2, 3). Véase en el diagrama la línea negra serpenteante por debajo de la zona del área verde que representa la historia de la humanidad. Pero finalmente «debe» ser desatado, para probar los resultados de este último período de salvación (Ap. 20:8). Y, ¿qué sucede? Después de disfrutar de mil años de bendiciones del reino visible de Dios, el hombre que se pone de parte del diablo, y bajo Gog y Magog, esto es, todavía bajo el liderazgo Jafetita indo-teutónico, marcha en extensas hordas para hacer guerra contra Jerusalén la ciudad de Dios (Ap. 20.9; compárese con Gn. 10:2).

A esto sólo puede haber una respuesta de Dios: cae fuego del cielo y consume a estos hombres que odian a Dios. La tierra también, teatro de todo este acontecimiento de la humanidad errada, es deshecha por fuego a fin de dar lugar a un nuevo cielo y una nueva tierra (Ap. 20:9; 21:1).

Todo esto es muy humillante para el hombre. Pero muestra que Dios estaba en lo justo cuando para la salvación del hombre excluyó desde el principio todo poder humano señalado solamente un camino de salvación: solamente su gracia y la cruz del Gólgota.

LAS NACIONES EN LA NUEVA TIERRA

En la nueva tierra también habrá naciones gentiles (Ap. 21:24; 22:2). La humanidad renovada aún tendrá una estructura orgánica. Pero entonces todos se unirán en

armonía maravillosa. La ciudad celestial de Dios estará sobre la tierra nueva (Ap. 21:10). En ella estará el trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:3), y a causa del Rey de gloria, el centro y esencia de toda vida celestial, los hombres verán que en esta ciudad desciende del cielo su capital y el centro de su culto. «Las naciones andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su honor y gloria a ella» (Ap. 21:24).

7

La historia de Cristo

Jesucristo es el centro redentor de la historia de la salvación. Desde antaño era la base creadora de la revelación del Antiguo Testamento, porque Su Espíritu estaba en los profetas. Estaba en misteriosa unión con Dios su Padre (Sal. 110:1); El era el Dios de la historia de Israel (Juan 12:14; Is. 61), el fin de la ley (Ro. 10:4; Gá. 3:19, 24), así como de toda profecía simbolizada en el servicio del templo (Col. 2:17; Heb. 10:1) y de todo anuncio profético directo (por ejemplo, la profecía mesiánica en Is. 53). Como León de la Tribu de Judá e Hijo de David (Ap. 5:5; 2 Ti. 2:8) El era la raíz y corona de la casa real de David (Ap. 22:16; Mt. 1:1-17), y por lo tanto, era la base, contenido y significado de toda la revelación aún antes que se hiciera hombre.

Entonces en la plenitud del tiempo apareció El mismo (Gá. 4:4). Como Estrella de Jacob (Nm. 24:17) apareció en Belén, como «aurora de lo alto» (Lc. 1:78), como la aparición personal de la bondad y amor de Dios nuestro Salvador al hombre (Tit. 3:4). Esta es su primera epifanía (aparición, 2 Ti. 1:10), su venida para salvación, para

rescatar al pecador, «a dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28). Como fuera anunciado por Juan el Bautista, El era el Cordero de Dios que lleva y carga sobre sí el pecado del mundo (Jn. 1:29).

LA CRUZ DE CRISTO: CENTRO DE TODOS LOS TIEMPOS

Por lo tanto, la cruz es el acontecimiento central de su obra en la tierra. Es el acto central de Dios en toda la historia del universo. Es la revelación más maravillosa de la revelación de la voluntad de Dios de salvar, «para que todo aquel que crea en él no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Así que aunque no en tiempo, pero sí en la realidad espiritual interior, es el punto central de la historia humana.

Iesus Nazarenus Rex Ioudaeorum (INRI), esto es, Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Este mensaje en latín, griego y hebreo, puesto en la cruz por manos incrédulas, estuvo allí también por la mano soberana del Dios Salvador. Porque aquella inscripción en los tres principales idiomas de la civilización de aquel tiempo los idiomas del estado, la cultura y la religión, respectivamente puesta sobre la cruz, en realidad, aunque no era esa la intención humana, expresaba que Jesús de Nazaret, del pueblo de Israel, estaba en relación con todas las esferas de la vida humana, que su persona y su obra, exterior e interiormente, es válida para todo el mundo, que El, el despreciado, tendrá que llevar una corona.

En realidad, los resultados de su obra salvadora son maravillosos. Es como si en medio de la oscuridad del Gólgota El hubiese brillado e iluminado con su resplandor todo el pasado y todo el futuro. (Véase en el diagrama los rayos de luz que salen de la cruz hacia todas las direcciones).

Los efectos de la caida original de Satanás sólo pueden ser vencidos por medio de la cruz. Por eso los rayos del Gólgota se extienden hacia atrás a las edades remotas anteriores del hombre.

Que en el umbral del paraiso perdido se haya dado al hombre del evangelio original acerca de la simiente de la mujer y del que pisaría a Satanás (Gn. 3:15) puede hallar su cumplimiento histórico solamente en la obra salvadora del Crucificado. Por lo tanto, la oscuridad de esta época de promesa recibe su primera clara luz del Viernes Santo y el Domingo de Resurrección.

Que Dios no condenaría sino que mostraría su gracia; que establecería su pacto con los hombres y tendría comunión con ellos; todo lo que El había testificado en su pacto con Noé y había confirmado por la señal del pacto entonces establecida, el arco iris, puente de luz que une el cielo y la tierra (Gn. 9:12 ss.), todo primero llegó a ser posible por medio de la cruz. Porque solamente por medio de la «sangre del pacto eterno» (Heb. 13:20) se haría a un lado la pared intermedia de separación, el pecado que separaba a Dios y al hombre, para cuya remoción, por medio de un sacrificio, apareció Cristo (Heb. 9:26).

La promesa dada a Abraham de bendición para todas las naciones (Gn. 12:3; Gá. 3:13, 14), la justificación de Abraham por la fe solamente (Gn. 15:6; Ro. 4:9-13), la ofrenda sobre el monte Moriah (Gn. 22), la fe del patriarca en la resurrección (Heb. 11:19), todo esto recibe plena luz por vez primera de la obra salvadora del Crucificado y Resucitado (véase Ro. 4:23-25).

Y finalmente, toda la ley de Moisés, sus demandas morales, las instituciones de culto divino, sus tipos proféticos y sus anuncios del Mesías, en lo que respecta, por lo menos, a su significado último y más profundo, quedarían para siempre en tinieblas e incomprensibles si Cristo no hubiese venido como el cumplimiento de la ley y los profetas (Ro. 10:4), y por una sola ofrenda no hubiese iluminado, explicado y cumplido todas las demás ofrendas (Heb. 10:14 y 9), y por lo tanto, superado todo el sistema legal mosaico y el servicio del templo (Heb. 7:18 y 12).

Pero el futuro también yace bajo los brillantes rayos del Sol de la salvación que se levantó después del Gólgota. Porque ahora puede existir una iglesia, un pueblo para posesión personal del Hijo de Dios, redimido y comprado

por su propia sangre.[1] La cruz solamente es fundamento, corona, estrella, poder, honra y alabanza de esta iglesia (Gá. 6:16; 1 Co. 1:18; 2:2); esto es, la cruz en conexión con la resurrección del Substituto y Garantía dada por Dios (1 Co. 15:13-19), que murió por nosotros y vive para nosotros (Ro. 4:25; 5:10), quien sobre la tierra adquirió la salvación para nosotros, y desde el cielo, por medio de su Espíritu y su sacerdocio real, otorga, conserva y glorifica aquella salvación (Ro. 8:34; Heb. 8:1, 2; 1 Jn. 2:1).

Sólo de este modo puede haber un reino visible de Dios; porque solamente si se derrota el pecado puede haber una humanidad transformada que sirva verdaderamente a Dios.

Ciertamente para Cristo también, personalmente, la corona está unida a la cruz. La misma tierra que fue escenario de su humillación debe ser escenario y testigo de su exaltación y gloria. Esto corresponde, sencillamente, a la justificación divina del Crucificado delante de toda criatura. Así la aparición de Cristo en gloria es, enteramente, fruto de su aparición en humillación y el reino milenial está a la luz de la cruz y la resurrección.

Y por último se alcanzará la meta final, el estado eterno, el universo transfigurado. Y como todo será logrado por medio de Cristo, y por medio de él como Aquél que venció el pecado por la cruz, entonces es sólo un resultado natural que El, como el Cordero de Dios sea el centro de la adoración por toda la eternidad (Ap. 5:6-9). Por lo tanto, sobre la tierra nueva la ciudad de Dios que desciende tiene al Cordero como su fundamento (Ap. 21:14, 27), al Cordero como su fuente de vida (Ap. 22:1), al Cordero como su lumbrera (21:23), al Cordero como su templo (21:22), al Cordero como el objeto de su bienaventurado amor (1:9). Por lo tanto El está rodeado de los cánticos celestiales de alabanza como Cordero que está sobre el trono con las cicatrices de su amor (Ap. 5:6). Por lo tanto, el asiento de la autoridad divina en la gloria es llamado «el trono de Dios y del Cordero» (Ap. 22:1).

---

1. Hechos 20:28; Tit. 2:14; 1 Co. 6:20.

Así el sol radiante de la cruz y la resurrección ilumina toda la historia del universo. Con respecto a la revelación precristiana sus rayos pasan a través de ella como si fuera, generalmente, nublado o nuboso, en solamente ciertas partes se ve clara; con respecto a los tiempos posteriores a la consumación de la obra redentora brillan con una claridad cada vez mayor, venciendo las nubes, haciendo que el firmamento se haga cada vez más resplandeciente, inundado con brillantez dorada de los rayos del sol. (Véase en el diagrama a la izquierda y la derecha los rayos que proceden de la cruz y se esparcen sobre el cielo del segundo plano).

EL TRIPLE OFICIO DE CRISTO

El desarrollo histórico de la obra de Cristo es asombroso. Está inseparablemente unido con el sendero histórico tomado por Cristo después de la encarnación, y que todavía sigue por el tiempo y la eternidad a través del cielo y la tierra. Es completamente evidente que este camino, en sus principales pasos, corresponde a los tres oficios del Redentor, sus oficios de Profeta, Sacerdote y Rey.

Primero, en el primer plano está el oficio profético (Dt. 18:15-19). Por medio de su vida y sus enseñanzas Cristo proclamó la voluntad de Dios, y en el mensaje del reino de los cielos demostró ser un «profeta poderoso en palabras y obras» (Lc. 24:19).

Luego este profeta fue a la cruz. Aceptó llevar la carga de los pecados del mundo (Jn. 1:29; 1 Jn. 2:2) y llegó a ser, al mismo tiempo, cordero para el sacrificio y sacerdote (Heb. 9:12, 14, 25). Así llegó la terrible hora del Gólgota en que Cristo, el Santo, en la Pascua del año 30, 15 de Nisán (según una cuenta astronómica quizás haya sido el 7 de abril del año 30), dio su vida como propiciación por los pecadores. De la tierra de los vivientes descendió a la línea negra de la muerte (véase el diagrama), para vencer por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (Heb. 2:14).

Pero entonces Dios lo resucitó y lo exaltó (Fil. 2:9). El que había muerto resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, y ahora como Rey está sentado a la diestra de Dios, de donde vendrá a completar su obra (Heb. 2:9; Ap. 3:21). Es como si de la línea negra de la muerte, repentinamente, se levantara una línea dorada de gloria, que poco después del acontecimiento de la cruz ascendiera a las regiones celestiales (Ef. 1:20). Allí permanece, sobre el curso completo del reino de Dios sobre la tierra, como una dorada contrapartida celestial, hasta que aquí abajo, en el campo de los sucesos mundiales, se haya alcanzado la meta de Dios para esta era de la salvación, esto es, la edificación de la iglesia, la recolección de sus redimidos, que aquí, en el intervalo de espera (Sal. 110:1; Heb. 10:13), como sus testigos, como siete candeleros de oro, le glorificarán irradiando con luz resplandeciente su mensaje y su vida (Ap. 2 y 3).

EL REAL SUMO SACERDOCIO DE CRISTO

En este período, que es la economía del evangelio y la gracia, Cristo en los cielos es al mismo tiempo sacerdote y rey. Intercede en favor de los suyos (Ro. 8:34). El es su abogado para con el Padre (1 Jn. 2:1): «Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (Heb. 8:1). El es sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.[2] Allí, por fe, vemos a Jesús que se humilló haciéndose poco menos que los ángeles, precisamente, a causa del padecimiento de la muerte «coronado de gloria y de honra» (Heb. 2:9).

LA VENIDA (PAROUSIA) Y APARICION (EPIFANIA) DE CRISTO

En esto el sacerdocio y reinado del Exaltado hasta lo sumo se percibe, solamente, por la fe. Actualmente El está ausente, invisible al ojo terrenal. Por lo tanto, vendrá un

---

2. Heb. 7:1-25; compárese con Gn. 14:22-24; Sal. 110:4.

día cuando esto sufrirá un cambio. Cristo debe regresar y establecer su reino. Debe salir de su ausencia y hacerse presente (venida *parousía*). Debe llevar consigo su pueblo, vencer a sus enemigos, aparecer en esplendor (*epifanía*), revelándose y haciéndose visible (Ap. 1:7). Hará que su pueblo quede claramente manifiesto delante de su tribunal y hará que su vida sobre la tierra pase delante de su rostro a la luz del cielo. Otorgará coronas y decretará pérdidas (2 Co. 5:10; 1 Co. 3:14, 15).

EL CRISTO GLORIFICADO Y SU IGLESIA GLORIFICADA

La línea dorada en aquel tiempo debe descender a la tierra y a la región del aire (1 Ts. 4:17), debe unirse con la línea azul ascendente del pueblo de Dios hecho perfecto, los siete candeleros y, luego las dos líneas, la dorada de Cristo glorificado y la azul de la iglesia completa, permanecen inseparables por toda la eternidad (1 Ts. 4:17b). Por lo tanto, de aquí en adelante, experimentan todas las cosas en común. El que en Persona vino primero solamente hasta el aire, para venir *por* los suyos, entonces vendrá *con* los suyos en forma Personal y aparecerá en la tierra (1 Ts. 3:13), para que entonces, durante el reino visible de Dios, unido con ellos, reine desde el cielo sobre la tierra.

Pero, finalmente, esta doble línea unida de dorado y azul, penetrará en la eternidad por sobre y más allá de la rebelión mundial (Gog y Magog), la destrucción mundial y la transfiguración del mundo. En la nueva tierra y en la nueva Jerusalén celestial que desciende a la tierra, Cristo reinará como participante del trono del Padre (Ap. 22:1; 1 Co. 15:28), y los suyos estarán con El y compartirán su gloria (Jn. 17:24; Ro. 8:17). Reinarán con Cristo por toda la eternidad (Ap. 22:5; 2 Ti. 2:12).

8

La salvación de Cristo: presente y completa

«Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos» (Sal. 118:15). Puesto que Cristo ha vencido, la fuente de vida está abierta para nosotros. Por cuando El ha vencido podemos vivir como vencedores. Dado que El ha triunfado, su triunfo es nuestra dichosa porción.

Toda su obra salvadora está establecida en forma completa y perfecta.

EL MEDIADOR DE LA SALVACION

Como el Cristo, Jesús es el cumplimiento del Antiguo Testamento (Cristo = Mesías = Ungido). Como portador de la plenitud del Espíritu de Dios (Hch. 10:38), El es la unión personal de los tres principales oficios ungidos del antiguo pacto. Es simultáneamente profeta, sacerdote y rey. Al mismo tiempo, su triple oficio corresponde a los tres poderes del alma humana.

La corrupción del hombre por causa del pecado fue total. Su entendimiento fue entenebrecido, se hizo sentimentalmente infeliz y su voluntad se hizo mala.

Como Profeta, Cristo trae el conocimiento que libra el entendimiento del hombre de las cadenas de las tinieblas.

Como Sacerdote, El presenta ofrendas por la culpa, cancela la culpa del hombre, lo libra de la conciencia de culpa, y de ese modo sus sentimientos se regocijan en el perdón de los pecados, y al mismo tiempo de la bienaventuranza de la comunión con Dios.

Como Rey, El establece su reino salvador, gobierna la voluntad del hombre por su propia y santa voluntad divina, y así libera la voluntad del hombre de la esclavitud del pecado.

Así su triple oficio corresponde a los tres poderes del alma humana, y así como el pecado había triunfado antes en forma completa, así Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey ha triunfado en forma completa. Ninguno de los poderes del alma queda exceptuado. El hombre completo queda bajo la obra de la salvación. Adquiere una salvación completa, gratuita, total.

EL DON DE LA SALVACION

Sobre la base de esta obra de salvación totalmente suficiente, puede haber ahora una vida de riqueza y gozo. El creyente es sacado del abismo del pecado y puesto sobre la elevada roca de la salvación (Sal. 40:2, 3). Sacado de la prisión del infierno, ahora es puesto en lugares celestiales (Ef. 1:3; 2:6). El, el rebelde, es perdonado por el Rey del cielo y puesto entre los nobles de la tierra (Sal. 16:3). Por supuesto, él es hecho miembro de la familia del Rey (Ro. 8:15), y reinará finalmente con Cristo, el Hijo de Dios, por toda la eternidad (Ap. 22:5; 1 Co. 6:2, 3; Lc. 12:32).

¡Qué gran salvación! ¿No excita nuestros corazones para que le adoremos en forma continua? ¿No deberíamos con una gozosa gratitud poner nuestras vidas a sus

pies, dedicarnos enteramente a El, y libremente, voluntariamente esforzarnos por ser un adorno, una joya para el mensaje del evangelio, esta gloriosa proclamación ante el mundo? (Tit. 2:10).

Enriquecidos en Cristo, la realización práctica de estas riquezas es ahora nuestro deber. Esta es al mismo tiempo nuestra tarea y privilegio. Los redimidos deben vivir como redimidos. Los portadores de la salvación deben caminar como salvados. Los que poseen el cielo deben tener una mentalidad celestial.

LA EXPERIENCIA PERSONAL DE LA SALVACION

Pero, para tener una vida vencedora, se exigen ciertas presuposiciones espirituales definidas. Solamente el cristiano que responde a éstas comprenderá, correctamente, su salvación plena y será preservado en santidad. Mencionamos algunas de las más importantes condiciones básicas de ese estado espiritual interior.

1. *Fe en la obra consumada de Cristo.* Debemos ver de una vez por todas cuán completamente ha vencido Cristo. Sólo entonces podremos experimentar una vida jubilosa de victoria. No tenemos que atormentarnos tratando de efectuar nuestra propia salvación. No peleamos por obtener la victoria, sino desde una posición de victoria. El requisito previo de la victoria ya existe. El Comandante en Jefe ya ha triunfado. Ahora está disponible para nosotros la salvación completa en El. «Jesús sálvame ahora.» En particular nuestros ojos deben estar abiertos para tener en cuenta la alta posición en gracia que hemos recibido en Cristo. Somos «escogidos, santos y amados» (Col. 3:12). Somos un templo del Espíritu Santo (Ef. 2:21, 22; 1 Co. 6:19). Somos hijos del Altísimo (Gal. 4:6, 7). Cristo, el Primogénito no se avergüenza de llamarnos sus hermanos (Ro. 8:29; Heb. 2:11).

Este conocimiento de la elevada posición es la gracia, no nos hace sentirnos seguros, contentos, magnánimos y satisfechos en nosotros mismos, sino que nos da más bien un corazón lleno de gratitud y, por lo tanto, devoto

y dedicado a Dios, siempre suponiendo que es un conocimiento verdaderamente espiritual que ha sido introducido y compenetrado por el Espíritu.

Pero en quienes falta esta visión de la plenitud de la gracia concedida gratuitamente jamás se experimentará el gozo de la salvación. Trabaja con sus propias fuerzas, experimenta derrota tras derrota, quizás a la larga ceda en la lucha y en la práctica el pecado se lleve la victoria. Por lo tanto, el punto de vista obrado por el Espíritu de la completa salvación en Cristo es un requisito para toda verdadera experiencia práctica de la salvación.

2. *Completa rendición.* La fe es al mismo tiempo devoción. El idioma original del Nuevo Testamento usa la misma palabra para «fe» y «fidelidad» (Gr. *pistis*). La fe no solamente es el asentimiento a una doctrina, sino al mismo tiempo que es un asentimiento práctico por la vida. Como dijo Lutero la fe es «vida en Dios», o como lo expresara Zuinglio «vida en la Cabeza». La fe es una dedicación de sí mismo.

Pero aquí todo depende de lo completo de la dedicación. Sólo los cristianos completamente dedicados son cristianos completamente felices. Alguien ha dicho que un medio cristiano es un completo absurdo. Es una expresión drástica, pero está completamente justificada.

Algunos cristianos oran pidiendo devoción: «Señor, dame una completa devoción.» Pero no se dan cuenta que su oración es completamente falsa. Ellos piden *a Dios* que haga algo que El espera que *ellos* hagan. La dedicación es responsabilidad nuestra. Tenemos que decir: «Señor, me dedico enteramente a ti», y hacerlo, realmente, así. Entonces su poder victorioso entrará como un poderoso torrente en nuestra vida y el gozo de la plena salvación nos llenará.

3. *Atención a la Palabra de Dios.* El descuido de la Biblia implica el descuido de nuestra vida interior. «La ignorancia de las Sagradas Escrituras es ignorar a Cristo» (Jerónimo). «En la forma que trates la Palabra de Dios, Dios te tratará a ti.» Dios se acerca a nosotros por medio de su Palabra escrita. Su Espíritu Santo acompaña a Su Palabra. El obispo católico von Keppler dijo con justicia:

«La Sagrada Escritura es para nosotros, actualmente, la tierra que fluye leche y miel, y el que la escudriña como un espía puede encontrar en ella, aún hoy día, una plenitud de cosas nuevas y sorprendentes.» La Biblia amplía nuestra visión. Nos muestra la dignidad de Dios. Nos da temas santos para que pensemos y meditemos. Pone delante de nosotros nobles objetivos de lucha, y el que atiende a la Palabra de Dios y se somete a ella con júbilo, experimentará que

«Si el hombre escucha, Dios hablará.
si el hombre obedece, Dios actuará.»

4. *Fidelidad en las cosas pequeñas.* «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel» (Lc. 16:10). Solamente el que está vigilante en la pequeña batalla cotidiana se fortalecerá y marchará con firmeza hacia la *vida* de victoria. Fidelidad es ser exacto en las cosas pequeñas, incluso cuando *nadie lo ve.* El que está dispuesto a ser fiel debe estar continuamente consciente de la presencia de Cristo. «Lo poco es mucho si Dios está en ello.» Por lo tanto, de ningún modo debe despreciarse la vida cotidiana. En la victoria o en la derrota, en las pequeñas cargas y pruebas de cada día se decidirá hasta qué punto la experiencia de la salvación plena es una posesión real práctica.

5. *La vida de oración.* El que quiera tener debe tomar. Pero el que no ora nada recibe (Stg. 4:2b, 3). La infidelidad en la oración significa renuncia voluntaria a la victoria. Solamente en la presencia de Dios fluyen los manantiales vivos de la salvación. ¿Quieres ser feliz? Hazte un hombre de oración. Dios solamente dispensa sus dones directamente desde su trono, jamás hace despechos a distancia. La experiencia práctica de la salvación es conocida solamente en su presencia.

6. *Testimonio valeroso.* El que quiera ser victorioso debe ser testigo. «Ellos le [a Satanás] han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos» (Ap. 12:11). El que confiesa a Cristo se hace interiormente fuerte. En las tormentas las raíces de los árboles parecen profundizarse. Por medio de la con-

fesión valiente de Cristo las fronteras se hacen más definidas. El discipulado y el mundo se hacen distintos en el seguidor del Señor, el aumento de la resolución y del sentido de responsabilidad hace que todo el hombre interior se haga activo y dirigido hacia Cristo. Así que la confesión valiente pertenece a las presuposiciones prácticas de la experiencia de la plenitud de la salvación.

7. *Tener en cuenta con gozo la presencia de Cristo.* Práctica la presencia de Cristo en tu vida. Piensa en esto: Donde tú estés, El también está. El ve toda situación. El puede ayudar cada día, cada hora. El es Emanuel «Dios con nosotros». La gracia ha aparecido: la gracia, por lo tanto, está aquí (Tit. 2:11). Lo que necesitamos es tener en cuenta prácticamente la realidad de la presencia del Espíritu Santo aquí y ahora.

Este fue el mensaje especial que, hace algunas décadas, un bendito movimiento de avivamiento presentó: «Jesús me salva ahora.» Era un mensaje jubiloso de la posibilidad de una vida victoriosa, de santificación por la fe, de una salvación presente y completa en Cristo, que fue puesta de nuevo delante de las almas del pueblo de Dios con autoridad divina. La completa dedicación al Señor, libertad no solamente de la culpa sino de poder del pecado: ¿Qué es esto sino rayos de luz celestial capaces de alumbrar los corazones de los redimidos y de liberarnos de toda débil superficialidad y de la experiencia cotidiana de pobreza o lucha infructuosa por lograr la santidad? Entonces la santidad ya no es un esfuerzo agotador hecho con nuestras propias fuerzas, sino una obra divina del Cristo resucitado y glorificado. Pero para esto uno necesita una devoción decidida, metas elevadas, purificación diaria, jubilosa energía, novedad de vida, y todo esto en Cristo, el Viviente, el que está presente.

El luterano Martín Rinkart pertenece a los poetas alemanes de los tesoros más nobles, el «Ambrosio de la Iglesia Evangélica», autor del himno «Ahora demos gracias todos a nuestro Dios», que ha sido calificado como el *Te Deum* alemán (1586-1649). Este hombre de Dios, Mariscal de Campo con ropaje espiritual sirvió al Señor y a su iglesia con heroico valor y gran peligro en los

días de las pestilencias y hambres de la Guerra de los Treinta Años. Tenía un anillo de sellar con la inscripción «MVSICA». Era un gran amigo de la poesía y el canto, y le daba a esta palabra un sentido especial:

M...	V.....	S...	I...	C.....	A...
Mein	*Vertrauen*	*Steht*	*In*	*Christus*	*Allein*
Mi	confianza	está	en	Cristo	solamente

¿No es esta, en verdad, la experiencia de todos los santos hombres de Dios? ¿Verdad que donde está presente la confianza en Cristo el gozo musical triunfante llena el alma? (Col. 3:16; Ef. 5:19).

Pero, finalmente, tu salvación presente en Cristo será glorificada en la posesión de la salvación eterna futura. Y así como ahora el alma del redimido ha conocido solamente una melodía básica, así entonces a través de toda la eternidad cantará,

«Mi fortaleza y mi cántico es JAH,
y El me ha sido por salvación»
(Sal. 118:14)

«Nada tengo que ofrecerte;
Tú, oh Señor, eres mi todo.»

9

La Iglesia del Dios viviente

«Consumado es» (J. 19:30). Esta es la palabra más poderosa que se haya pronunciado sobre la tierra. Era un triunfante grito de victoria en la hora de la catastrófica derrota aparente. Es la fuente creativa de un mensaje dado por Dios que, redentor y renovador del mundo, sale hacia la humanidad.

Con él entró algo completamente nuevo a la perspectiva del mundo y al pensamiento religioso del hombre. Todo pensamiento y obra religiosa puramente humanos proceden de los poderes del hombre, de sus esfuerzos espirituales, intencionales y morales. En esto, a pesar de las diferencias en detalle, está el común denominador de todas las religiones paganas. Pero ahora todo esto es puesto a un lado. El punto de partida de toda salvación es enteramente de arriba, no de abajo. Es Dios quien efectúa todas las cosas. Toda actividad moral humana es desarrollo defectuoso. La salvación debe ser solamente un regalo y un don, una revelación del inmerecido amor de Dios, esto es, debe ser de gracia.

LA IGLESIA COMO UNA NUEVA CREACION DE DIOS

La introducción de una nueva creación celestial era una necesidad divina. Porque por medio del pecado el viejo hombre está completamente corrompido. Por cuanto el hombre no es una piedra, sino un organismo espiritual, tan pronto como el mal ha logrado entrar en su vida se introduce automáticamente en todas las partes de su ser. Debido al carácter orgánico de la personalidad humana, y en razón de su elevado llamamiento, a la entrada del pecado sigue, naturalmente, la profundidad de la caída. El pecado se apodera de él radical, central y totalmente; esto es, como una raíz cuyo centro y circunferencia está atado y perdido, vendido y esclavizado.

Por lo tanto, tiene que ser hecho una nueva criatura. No basta que se haga un cambio completo, que se dé vuelta y luche por poner en práctica una nueva norma y una nueva dirección en la vida. No, con el arrepentimiento y la conversión a Dios de parte del hombre debe unirse de parte de Dios un acto creador. El hombre que se convierte a Dios debe ser regenerado en la esencia de su personalidad por la maravilla del nuevo nacimiento. No solamente sus obras y su vida, sino él mismo debe ser nuevo (Jn. 3:7; 2 Co. 5:17). Así, de la profunda caída del viejo hombre surge la necesidad de la creación de un nuevo hombre. El organismo carnal del perdido debe ser reemplazado, por concepción divina, por un nuevo organismo espiritual del redimido; y esta nueva creación debe ser la aurora de un nuevo mundo, según su naturaleza y ser, el primer paso hacia la meta final, un profeta vivo de la triunfal promesa final: «He aquí yo crearé nuevos cielos y nueva tierra.» Esta es la iglesia.

Pero esto sólo puede ser efectuado por una obra de Dios mismo, porque cuando se llega a un acto creador solamente el Creador en persona puede realizarlo. Ni ángeles ni arcángeles, querubines ni serafines tienen poder creador. Como Creador e Impartidor de vida, el Dios infinito está entronizado en solitaria eminencia por sobre

todas sus criaturas, aun las más sublimes y gloriosas del mundo celestial.

Así que la iglesia descansa sobre una base divina. Y, por lo tanto, ella *debe* descansar sobre ella; y se permite que nuestra fe perciba que el envío del Hijo y el emprender la obra de redención por una persona de la Deidad misma, no sólo es prueba de la infinitud de su amor (Jn. 3:16; Ro. 5:8), sino al mismo tiempo un producto de una necesidad interior de la Divinidad. Por lo tanto, Cristo «debía» sufrir, resucitar de entre los muertos el tercer día y entrar en la gloria (véase Lc. 24:26, 46). Pero por esto la iglesia se convierte en la iglesia del *Hijo*. Ella vive por la obra del Hijo; el Hijo es su cabeza divina; y, por cierto, en el Hijo ella es escogida para ser adoptada (Ef. 1:5; 1 Co. 1:9).

Y ahora nuestros ojos miran este poderoso arco cósmico que el Hijo de Dios recorrió por amor de nosotros como Redentor. Desde lo alto del trono en los cielos, hasta las profundidades de la tierra y la muerte; de la triste oscuridad nocturna del sepulcro hasta la radiante luz que hay en las más sublimes alturas de los cielos (Fil. 2:5-11; Ef. 4:8-10; Heb. 7:26); este es el sendero recorrido por el Redentor en favor de los pecadores, el sendero de la cabeza en favor de sus miembros, de Cristo por su iglesia.

Por lo tanto, la iglesia es la iglesia de la cruz, el fruto del Gólgota. Cristo murió para «congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn. 11:52). Por medio de la muerte llegó a ser el que «lleva a la vida» (Heb. 2:10), en la muerte el Vencedor de la muerte (Heb. 2:14), en los sufrimientos vicarios bajo juicio la Causa de eterna salvación celestial (Heb. 5:9).

Y puesto que Cristo, como el Resucitado, venció el poder de la muerte, su iglesia es una iglesia *viva*. Es un organismo de resucitados, que han sido hechos para vivir (Ro. 6:5; Ef. 2:5, 6), compenetrado de sus energías (Fil. 4.13), que late con Su vida (Fil. 3:10, 11), que espera la revelación de la aurora de la plena vida: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria» (Col. 3:4).

LA IGLESIA COMO IGLESIA DE CRISTO, EL «CUERPO» DE CRISTO

Los hombres que creen en esto pertenecen a un mundo enteramente nuevo. El elemento vital es el Redentor mismo (Fil. 1:21), la fuerza para la victoria es Su gracia (1 Co. 15:10), la gloria de ellos es solamente Su cruz (Gál. 6:14; 1 Co. 2:2). Y por cuanto están unidos orgánicamente al mismo centro vital, Cristo, forman una unidad viva, son un organismo, soplado por el mismo espíritu de Cristo (1 Co. 12:13; 2 Co. 3:17). La iglesia está «en Cristo».

El Nuevo Testamento representa esto con la figura del «cuerpo». Esta figura, usada solamente por Pablo, muestra como ninguna otra la plenitud de las riquezas de la gracia del Nuevo Testamento.

La Iglesia es «Su» cuerpo (Ef. 1:23). Es gobernada por Su voluntad, porque la cabeza es la voluntad del cuerpo (Col. 1:18). Todos sus miembros están en contacto directo con la cabeza (Col. 2:19). De la cabeza recibe su fuerza. De la cabeza le viene el crecimiento (Ef. 4:16). Es guardada por la cabeza; Cristo, la Cabeza, es el Salvador del cuerpo (Ef. 5:23). Bajo la dirección del Espíritu Santo, Pablo llega a decir que la iglesia es «la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:23). Esto significa que Cristo, no como persona divina sino como «segundo Adán», no estaría completo sin su cuerpo. Sin su fruto el grano de trigo estaría solo (Jn. 12:24). Un redentor sin redimidos no sería redentor. Pero ahora Cristo tiene su iglesia, ahora la Cabeza tiene sus miembros; por lo tanto, es la iglesia como el cuerpo de Cristo «el complemento total de Aquel que hace que todas las cosas lleguen a estar completas en todo».

Esta es la iglesia de Cristo. Con ella entra en la historia un nuevo tipo de humanidad (Ef. 2:15), para la que, en lo que se refiere a redención, aún ahora han perdido su validez todas las distinciones y normas anteriores (Gál. 3:28; 1 Co. 7:19): «no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sono que Cristo es el todo, y en todos» (Col. 3:11). Ya hoy día la iglesia es un pedazo de cielo en la tierra (Fil. 3:20),

una proyección de la nueva creación en medio de la vieja (2 Co. 5:17), la esfera de la vida de Dios en la historia. Ella es la vasija de una vida eterna nacida de Dios, una representación profética viva de la gran meta de la redención: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres» (Ap. 21:3), «Cristo en nosotros la esperanza de gloria» (Col. 1:27).

LA IGLESIA COMO LA IGLESIA DEL ESPIRITU

El doble derramamiento del Espíritu en Jerusalén y Cesarea

De la revelación histórica vemos que en el desarrollo de la salvación en el tiempo del Antiguo Testamento había dos grupos en la humanidad; uno dentro del círculo radiante de la revelación divina en la directa preparación de la redención; el otro grupo, desde el llamamiento de Abraham y la puesta aparte de los gentiles, fuera de este círculo de luz; eran Israel y las naciones gentiles, los «cercanos» y «lejanos» (Ef. 2:17). Por lo tanto, ahora, la maravilla de la nueva creación de la iglesia, por el envío del Espíritu Santo, debía ser afectuada como un acontecimiento *doble*, esto es, el derramamiento del Espíritu Santo no solamente sobre los israelitas, sino también sobre los gentiles. Esto es exactamente lo que pasó. En Jerusalén, en Pentecostés, el descenso del Espíritu ocurrió en terreno judío (Hch. 2); más tarde en Cesarea, en la casa del romano Cornelio, el «don igual» fue dado en terreno gentil (Hch. 11:17; 15:8, 9; 10:44-48). Desde entonces y de allí hacia adelante, sean judíos o gentiles por descendencia, todos los que han llegado a ser participantes del Espíritu Santo son un solo organismo espiritual en Cristo (Ef. 3:6; 1 Co. 12:13).

«MISTERIOS» DE LA REDENCION EN LA ERA ACTUAL DE LA IGLESIA

En el período apostólico tres personalidades principales, como los portadores más notables, llevaron hacia Israel y los gentiles la verdad de la completa salvación

en Cristo: Pedro, Pablo y Juan. En este orden se suceden como los principales líderes de los tiempos apostólicos. Primero, Pedro empieza en Jerusalén (Hch. 2-12); luego sigue Pablo saliendo de Antioquía hacia las naciones gentiles (Hch. 13-28; 1 Ti. 2:7), y finalmente Juan, especialmente, en Efeso y las iglesias de la sección occidental de Asia Menor (compárese con Ap. 2-3) — Pedro, el hombre de la confianza y la esperanza (1 P.), Pablo heraldo de la fe, Juan apóstol del amor. Así en esta triple constelación de las más notables personalidades apostólicas brilla en el desarrollo histórico la elevada trinidad de toda la santidad cristiana «permanecen la fe, la esperanza y el amor, estas tres».

A ningún profeta o santo del antiguo pacto se dio a conocer completamente este maravilloso organismo espiritual en la profecía divina (Ef. 3:5; cp. Mt. 13:17). Que en el tiempo que vendría luego del rechazo del Mesías por el incrédulo Israel, Dios iba a llevar a cabo un plan tan magnificente, mundial y eterno, era un propósito que desde antes de los siglos El tenía escondido en Si mismo (Ef. 3:9), un misterio que se había mantenido en secreto desde los tiempos del principio (Ro. 16:25). Pero ahora, en el tiempo del Nuevo Testamento, viene una revelación de los misterios del reino de Dios» (Mt. 13:11), una revelación de los consejos divinos que anteriormente habían permanecido escondidos. Ahora una nueva plenitud de misterios se da a conocer proféticamente por Su Espíritu y es desarrollado históricamente por medio de su obra. La conexión de vida y amor entre Cristo y los suyos como su cuerpo (Ef. 5:31), la inseparable unidad en la iglesia entre Israel y los creyentes de los gentiles (Ef. 3:1-6; 2:11-22), la morada en el creyente de Cristo como la esperanza de gloria (Col. 1:27), el arrebatamiento, la resurrección y la transfiguración en la perfección de un cuerpo espiritual (1 Co. 15:51), la reaceptación de Israel después del período de endurecimiento como castigo (Ro. 11:25) —todos estos son misterios de la voluntad divina[1] que El revela y cumple, y que El ha confiado a los

1. Ef. 1:9, 10; Col. 2:2; 4:3; 1 Ti. 3:9.

suyos a fin de que testifiquen y lo administren (1 Co. 4:1; Ef. 6:19).

LA IGLESIA COMO UNA IGLESIA QUE TESTIFICA

Los Siete Candelabros de Oro

La iglesia ha salido al mundo con el mensaje de la completa salvación. Su alto llamamiento es testificar de Cristo aquí en la tierra (Hch. 1:8). Por lo tanto sus miembros son llamados luminares-lumbreras celestiales que resplandecen en las tinieblas del mundo (Fil. 2:15), ciudad sobre una colina que no puede esconderse (Mt. 5:14-16), y siete candeleros de oro, con Cristo glorificado en el medio, que es radiante como el sol, resplandeciendo con luz eterna (Ap. 1:12, 14, 16; 2-3). La iglesia, por lo tanto, ha sido comisionada para que dé un testimonio brillante. Cristo y su cruz debieran ser el tema de su vida, y debe haber una realización práctica de la verdad, clara y perceptible a todo hombre.

> En palabra y hecho, en toda obra
> reflejar a Cristo, a El sea gloria.

Pero así la iglesia se hace también profeta de Cristo, tanto como portadora de su vida, testigo también de la vida. Proclama e interpreta Su vida ante el mundo. Es embajadora y confesora, mensajera y boca de Dios, y así, según toda la naturaleza interior, una iglesia con una misión. Por medio de la iglesia se dará a conocer la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 3:10). Por medio de su cuerpo, la Cabeza glorificada extiende su vida santa acá abajo. Así la iglesia, por medio de Su Espíritu, es la continuación sobre la tierra de la encarnación de Cristo. Ella no está sólo en Cristo, sino que Cristo está también en ella (Col. 1:27). El adquiere forma en ella, expresa en ella su naturaleza, y la Cabeza se revela a través de sus miembros.

¿Por qué realizamos obra misionera? ¿Por qué debe la iglesia de Jesucristo realizarla continuamente? ¿Por qué se le permite hacerlo?

Primero, *porque Jesucristo es el único Salvador del mundo.* «Yo soy *el* camino, *la* verdad y *la* vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn. 14:6). De la soledad y exclusividad de la redención en Cristo surge su aplicación que abarca todo el mundo y un deber ineludible de la iglesia de dar a conocer a toda la humanidad este Salvador único.

Segundo, *porque Cristo lo ordenó.* Alguien habló correctamente de un *mandamiento* misionero. El Evangelio es dado a conocer «según el *mandamiento* del Dios eterno» (Ro. 16:26).

Tercero, *porque se deduce de la naturaleza de la iglesia como cuerpo de Cristo.* Como nuestro cuerpo humano físico es el instrumento por el cual nuestra vida interior invisible, alma y espíritu, se revelan, así también la iglesia es el cuerpo de Cristo, y por medio de la obra del Espíritu es el medio y órgano de revelación de Cristo que mora en ella y, por lo tanto, es el instrumento para dar a conocer su vida y verdad salvadora. «Me seréis testigos» (Hch. 1:8).

Cuarto, *porque es gratitud por el Gólgota.*

El deber misionero que Cristo ha dado a los suyos es mundial. En la gran comisión aparece cuatro veces la palabrita «todo» (Mt. 28:18-20).

«*Toda* potestad me es dada.» Este es el *fundamento* de la obra. Sin Cristo, el vencedor, la causa hubiese estado de hace mucho tiempo perdida. Pero Su victoria es nuestra victoria. Su triunfo lleva al triunfo de su obra.

«Haced discípulos a *todas* las naciones.» Este es el *alcance* de la obra. El Evangelio pertenece a todo hombre. La iglesia es responsable de dar su testimonio ante todo el mundo. Apenas nos podemos formar una idea de la magnitud del campo. Viven en el mundo unos 3.500 millones de personas. Si un moderno tren expreso tuviera que viajar con su velocidad promedio tantas millas como hombres hay sobre la tierra —una milla por habitante—, para llegar a nuestro pueblo hoy, tendría que haber empezado el viaje 100 años antes de Cristo (100 a.C.). Los habitantes de Africa son más que las letras contenidas en

40 Biblias. Cada letra representa un alma humana por la cual Cristo murió.

«Enseñándoles que guarden *todas* las cosas que os he mandado.» Este es el *contenido* de nuestra obra. Tomamos toda la Palabra de Dios para llevarla a todo el mundo, todo el Salvador, toda la salvación.

«He aquí, yo estoy con vosotros *todos* los días, hasta el fin del mundo.» Esta es la *promesa* de la obra. El Rey no solamente envía, sino que El mismo va con sus soldados. El Comandante en Jefe permanece con su ejército, y su presencia es su fortaleza para la victoria.

Pero todo esto será experiencia práctica para la iglesia solamente si es una iglesia guerrera, si todo en ella lleva la marca de la santificación y el testimonio, la acción y el crecimiento, esfuerzo y movimiento hacia adelante, aun por una experiencia de consciente responsabilidad, corriente continua, obrada por Dios, llena y compenetrada por el Espíritu. Lo que ella es en su posición debe llegar a ser en su andar. Ella no es una organización con sólo instituciones santas, sino un organismo con personas de un santo obrar. Es una sociedad de obreros activos, que sirven y trabajan, testifican y llevan fruto. Como redimida se reconoce esclava, en su libertad se siente llamada a un servicio de gozo. Ella atesora la nobleza del trabajo santo; se propone glorificar a Cristo.

Pero en todo esto ella camina en sentido contrario al del mundo. En consecuencia, la luz es odiada por las tinieblas, y el mensaje de la iglesia es despreciado y rechazado. Por supuesto, a veces casi parece que los santos serán vencidos.

LA IGLESIA COMO LA IGLESIA DE LA ESPERANZA

Pero esta tensión algún día tocará a su fin. Cristo vendrá otra vez y llevará consigo a su iglesia. Por el ejercicio de su poder divino llevará a su pueblo a su presencia (1 Ts. 4:16, 17), y el Vencedor se unirá con sus guerreros victoriosos, sus héroes, en la eterna gloria (Jn. 12:26; 14:3). «Donde yo estuviere, allí también estará mi servi-

dor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.» La *ecclesia* es una iglesia de esperanza. Está segura de su victoria.

Cristo triunfó en la cruz. La meta de la iglesia es ser glorificada con Cristo. Ella vive «del cielo, en el cielo, y con la vista puesta en el cielo. Su camino es eterno, su existencia eterna». Es una iglesia que espera, expectante, una iglesia de hijos primogénitos, a quienes llama para una herencia celestial. Es un ejército victorioso de futuros vencedores.

Sin embargo, todos los redimidos serán manifestados delante del tribunal de Cristo. Entonces cada individuo recibirá según lo que haya hecho en la vida del cuerpo (2 Co. 5:10). Entonces cada uno recibirá en la gloria el rango que le es debido (1 Co. 4:5; 2 Ti. 4:8).

Desde entonces hacia adelante, desde el momento del arrebatamiento al cielo, la iglesia estará en unión inseparable con Cristo. Aparecerá con El en el establecimiento de su reino (1 Ts. 3:13; Col. 3:4). Reinará con El en el período del reino visible de Dios. Por cierto, ella será su «aristocracia gobernante», el «equipo administrativo» de su Reino en todas las edades de la eternidad. «¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?... ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?» (1 Co. 6:2, 3). «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lc. 12:32).

10

Los "días" de Dios

El Gólgota es la crisis de los tiempos, una crisis mundial, el despertar de una era en la que surge un mundo enteramente nuevo. Desde la victoria de Cristo en la cruz y su triunfo en la resurrección comienza una nueva etapa que avanzando a través de los milenios, finalmente, desemboca en la transformación eterna del mundo. Todas estas edades son controladas por Dios como el supremo Señor de la historia y la eternidad y, por lo tanto, son «horas», «días» de Dios.

En esencia, el desarrollo de la salvación hacia la eternidad aparece como el curso de tres grandes días de Dios, el día de salvación (2 Co. 6:2), el último día (Jn. 6:39, 40; etc.), y el día de la eternidad (2 P. 3:10, 12). Pero con esto, en las Escrituras se describen ciertas subsecciones del «último día» usando la palabra «día», así que el «último día» es presentado como la suma de varios días más cortos de Dios, como el «día de Cristo», «el día de Jehová», «aquél día», «día de juicio». El libre uso de la palabra «día» es una señal de la gran amplitud y libertad con que los profetas usaban las palabras con que

entregaban su mensaje bajo la dirección del Espíritu Santo.

El primero de estos tres días principales es

EL DIA DE SALVACION (2 Co. 6:2)

Esta es la edad en que actualmente vivimos. Por medio de la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios se ofrece el mensaje de redención a la humanidad, salvación plena en la obra consumada del Salvador, el don inmerecido de la gracia de Dios. Así el Señor dice: «En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.» (2 Co. 6:2). Este «día» de gracia se cerrará cuando haya entrado todo el número de los gentiles y la iglesia se haya completado (Ro. 11:25).

Mirado retrospectivamente, el tiempo del Nuevo Testamento es la meta del desarrollo preparatorio del Antiguo Testamento. Toda la revelación precristiana estaba dirigida al tiempo de Cristo. Por lo tanto, Cristo es la meta final de los milenios antes de la crisis de los tiempos. Por lo tanto, con su aparición ha llegado la edad final, esto es, la edad que era la meta, una exhibición orgánica unida de profecía y cumplimiento, de preparación y realización que, inmediatamente, hizo que el pensamiento apostólico primitivo describiera todo el tiempo de salvación del Nuevo Testamento desde la primera venida de Cristo, como el «tiempo del fin», como los «últimos días». Así Pedro, en su discurso en Pentecostés atribuyó los sucesos de Jerusalén a los «últimos días» (Hch. 2:17). Juan dice en su epístola «Hijitos ya es el último tiempo» (1 Jn. 2:18). Así Pablo podía decir que a nosotros, la iglesia de Cristo, «han alcanzado los fines de los siglos», la meta de la era premesiánica (precristiana, 1 Co. 10:11). Según la convicción cristiana primitiva, el tiempo del fin comenzó con la encarnación de Cristo (Heb. 1:1, 2; 1 Jn. 2:18). Su primera aparición es el principio del fin, y con su segunda venida empieza el fin del fin. Así, en el sentido del Nuevo Testamento, la historia del fin no es sencillamente la historia del final futuro, sino que toda la historia de la salvación del Nuevo Testamento es la historia

del fin como un perfeccionamiento progresivo y un acercamiento a la consumación final. En Cristo apareció el principio de la consumación. Por lo tanto, desde entonces, todo ya es tiempo del fin (*El triunfo del Crucificado*, pág. 142 ss.).

Pero, finalmente, llegará la terminación del tiempo del fin. Esto también será completado en un poderoso acontecimiento que cubrirá un extenso período de siglos. Todo este período desde el final de la era presente hasta la llegada d la consumación mundial es llamado «día» por la Escritura, esto es el «último día».

EL ULTIMO DIA

Esta expresión se encuentra en las Escrituras especialmente en boca del Señor Jesús (Jn. 6:39, 40, 44, 54; 12:8), y también en uno de su compañía (Jn. 11:24).

Según las palabras del Señor la resurrección de los que el Padre trajo al Hijo y se los dio, que habiendo creído tienen vida eterna, pertenece al «día posterior» (Jn. 6:44; 39, 40, 54). También, según el testimonio del Señor, el juicio de los perdidos pertenece al «último día» (Jn. 12:48). El Apocalipsis de Juan explica que la «primera» resurrección, en la que tienen parte solamente los creyentes (Ap. 20:5, 6), no ocurre simultáneamente con la resurrección general; todo el milenio y el «poco de tiempo» (Gog y Magog) están de por medio: «Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar... y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección» (Ap. 20:4-6).

Pero ahora si de acuerdo con las palabras del Señor Jesús, las dos resurrecciones, la primera y la general, pertenecen al «último día» se sigue que este «día» no es un solo acontecimiento sino debe ser un largo período que abarca primero la introducción del reino milenial, luego el milenio mismo y finalmente el «poco de tiempo» posterior al milenio (Ap. 20:3, 7), y el juicio general del

mundo ante el gran trono blanco. Así el último día es un día de Dios como el actual «día de salvación», que ya dura casi dos milenios. «Para con el Señor... mil años [son] como un día» (2 P. 3:8).

Ahora bien, los miembros de la iglesia pertenecen al grupo de los que el Padre trajo y dio al Hijo, que están en una comunión viva y orgánica con Aquel que murió por ellos y resucitó, que creen en El y por lo tanto tienen vida eterna. Acerca de ellos Cristo dice claramente que los resucitará en el día postrero (Jn. 6:39, 40, 44, 54). Por lo tanto, la resurrección y arrebatamiento de la iglesia deben pertenecer a los sucesos del «día postrero», con la manifestación contemporánea ante el tribunal de Cristo (2 Co. 5:10).

El momento preciso de esta manifestación de los creyentes antes del regreso del Señor, Pablo lo llama «día de Cristo», «día del Señor Jesús», «día de nuestro Señor Jesucristo», donde, en los seis lugares en que usa estas expresiones,[1] habla sin excepción de lo que el fin del tiempo traerá judicialmente sólo para los creyentes de la iglesia del Nuevo Testamento.[2] En esta conexión no usa jamás la expresión «día del Señor».

La razón es la siguiente. La expresión «día del Señor» corresponde al profético «día de Jehová». De esta manera tiene sus raíces en la profecía del Antiguo Testamento y desde entonces, desde el tiempo de Joel (2:1, 2; 3:14), tenía un sentido fijo y firmemente impreso. Denotaba el tiempo y la manera de la venida del reino de Dios y del reino mismo. Pero debido al pecado de Israel y de los gentiles, el reino visible de gloria sólo podía ser introducido por medio de las catástrofes más graves y demostraciones de juicio, en el Antiguo Testamento al término profético «día de Jehová» significaba lo mismo que «la última tribulación», que aparece como «angustia» (Dn. 12:1) para Israel («tiempo de angustia para Jacob», Jer. 30:7) y para los gentiles. En el Nuevo Testamento, en el discurso del monte de los Olivos (Mt. 24:16, 21, 29), Cristo habla de esto y Juan en el Apocalipsis. Ocasional-

1. Fil. 2:16; 1:6, 10; 1 Co. 1:8; 2 Co. 1:14.
2. 2 Co. 5:10; Ro. 14:10; 1 Co. 3:13-15; 4:2-5; etc.

mente Pablo escribió al respecto (especialmente en 2 Ts. 1:6-10; 2:2-12).

Pero cuando al final de esta profecía Joel exclama: «Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el *día de Jehová*... el sol y la luna se oscurecerán» (3:14, 15); y cuando entonces, en relación a lo mismo, continua: «Sucederá en *aquel tiempo* que los montes destilarán mosto, ...y por todos los arroyos de Judá correrán aguas» (3:18), entonces es claro que relaciona la expresión *día de Jehová* no solamente con el tiempo tenebroso del juicio, sino también, y en cuanto concierne a la extensión del período, principalmente con el tiempo glorioso del reino visible de Dios. Por esta razón en el diagrama no hemos puesto la expresión «día de Jehová» simplemente en la sección que representa el juicio del tiempo del fin (Anticristiano), sino que lo hemos puesto para que alcance la sección del milenio.

En numerosos lugares en los profetas, el reino de gloria se describe, sencillamente, con la expresión «aquéllos días» (plural), porque con ello este período es a un mismo tiempo señalado como la meta deseada hacia la que se dirige toda esperanza y con el objeto de toda espera y tema principal de toda profecía, de modo que no se necesita una descripción más detallada. Hubo sólo una serie de días benditos que traería verdadera prosperidad de la eternidad al tiempo, a saber, «aquellos días» (Jer. 3:16; Joel 3:1; 2:29; Zac. 8:23).

El fin es entonces el último juicio, el «día del juicio»,[3] en que todos tendrán que comparecer ante Dios, los que no tuvieron parte en el arrebatamiento y en la primera resurrección. Es el último acontecimiento del «último día», la recompensa final de ángeles y hombres (Judas 6), el último ajuste de cuentas ante el gran trono blanco.[4]

Así se llega a la meta final y se entra en la eternidad. En las Escrituras se describe esto como

3. Mt. 10:15; 11:22, 24; 12:36.
4. Ap. 20:11-15; 2 P. 2:9; 3:7; Ro. 2:5.

EL DIA DE LA ETERNIDAD (2 P. 3:18), EL DIA DE DIOS (2 P. 3:12)

Para introducir ésto los cielos deben estallar en llamas y ser disueltos y los elementos fundirse en el calor abrasador (2 P. 3:12). Entonces toda esfera de pecado habrá desaparecido y aparecerá un nuevo mundo de gloria y santidad, con Dios mismo como centro (Ap. 22:3), para que Dios sea «el todo en todos» (1 Co. 15:28). Y por cuanto el día de Dios, de perfección y de consumación, no terminará jamás, sino que continuará por los siglos de los siglos, las Santas Escrituras lo denominan «día de Dios» y «día de la eternidad».

Esta es la meta hacia la cual avanzamos. Por lo tanto nos corresponde esforzarnos, esperar y apresurar la venida del día de Dios, «crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 3:18).

11

El tribunal de Cristo y el gran trono blanco

La Sagrada Escritura predice dos juicios principales en el fin: la iglesia que comparece ante el tribunal de Cristo y el juicio final general delante del gran trono blanco (2 Co. 5:10; Ap. 20:11-15).[1] Estos están muy separados en cuanto a tiempo. Entre ellos está el milenio (Ap. 20:5).

DIVISIONES Y CLASES EN LA RESURRECCION

La muy extendida presentación del último día como un solo suceso, con una sola resurrección, simultánea para justos e injustos y un solo juicio divino al fin del mundo no corresponde a la profecía del Nuevo Testamento. Más bien las Escrituras hablan de una resurrección «*de entre los muertos*» (Lc. 20:35), de una «primera» resurrección (Ap. 20:6), de una resurrección de «*entre*

1. Acerca del juicio intermedio de las naciones sobre la tierra al comienzo del milenio, véase pp. 77-78.

los muertos» (Fil. 3:11). Habla de divisiones y clases *dentro* de la resurrección y enfatiza que estas se hallan separadas por un período intermedio. «Como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero *cada uno* en su debido orden [la palabra indica una división militar]: Cristo las primicias; *luego* los que son de Cristo en su venida. *Luego* el fin» (esto es el fin de la resurrección, a saber, el resto de los muertos, 1 Co. 15:22-24).

Es verdad que en el Antiguo Testamento las dos, la resurrección para vida eterna y la resurrección para vergüenza y confusión perpetua, se presentan juntas como en un solo cuadro (Dn. 12:2, 13), e igualmente en las profecías del Señor Jesucristo en la tierra (Jn. 5:28, 29; cp. Hch. 24:15); pero como revelación profética avanzada (Jn. 16:12, 13) estos aparecen como *dos* acontecimientos separados en cuanto al tiempo: la resurrección de los justos antes del comienzo del reino del Mesías y la resurrección general, después, en el fin del mundo. La clave es Ap. 20:4-6: «[Los sacerdotes de Dios y de Cristo] vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección.»

Conectados con estas etapas de la resurrección hay dos diferentes juicios finales principales.

EL TRIBUNAL DE CRISTO

El primero es la comparescencia de los creyentes ante el tribunal de Cristo.[2] Esto ocurre en el arrebatamiento

---

2. «Todos nosotros» (2 Co. 5:10; Ro. 14:10). En total, la Escritura habla de un triple aspecto del juicio de los creyentes. Primero, de su juicio como pecadores; segundo, como hijos, y tercero, como siervos. Como pecadores fueron juzgados en el pasado en la cruz. Allí en su sustituto fue ejecutada a plena satisfacción la sentencia; el castigo cayó sobre El para que nosotros pudiéramos tener paz. Esta es la bendita confesión. Como hijos son juzgados en el presente, cuando son disciplinados por el Señor (1 Co. 11:32). Es para el provecho de ellos, a fin de que puedan llegar a la santificación (Heb. 12:10). Finalmente, como siervos, serán juzgados en el futuro en el tribunal de Cristo.

de la iglesia en el día de Jesucristo,[3] antes del establecimiento del reino visible de Dios. Aquí se pondrá el andar de los creyentes a la luz de la faz de Cristo y cada uno recibirá en conformidad con lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (2 Co. 5:10). Pérdida o ganancia (1 Co. 3:14, 15; Col. 3:24), posición más elevada o más baja en el cielo (Mt. 5:19), vergüenza (1 Jn. 2:28) u honor,[4] reducción a cenizas o permanencia de la obra de la vida (1 Co. 3:13-15), acerca de todo esto se hará decisión ante el tribunal de Cristo.

Tomemos esto muy en serio. Es verdad que el que cree en Cristo está libre del juicio final (Jn. 5:24; Ro. 8:1), porque Cristo, su Garantía, llevó este juicio en su lugar (Is. 53:5, 6, 12), y por fe en El ha llegado a ser uno con El. Pero también esto es verdad y de trascendental consecuencia, que el día en que los creyentes tengan que aparecer ante el tribunal de Cristo todo será revelado por fuego (1 Co. 3:13). Pablo aún habla de la conmovedora posibilidad de que un creyente, aunque salvado personalmente, pueda sufrir tal pérdida que se pueda comparar con el hombre que escapa de un incendio con sólo su vida (1 Co. 3:15). Por lo tanto, vivamos una vida de fidelidad práctica. Esa es la norma por la cual seremos juzgados delante del tribunal de Cristo (1 Co. 4:2) y así se nos abrirá, finalmente, una «rica» entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

EL JUICIO ANTE EL GRAN TRONO BLANCO

El juicio ante el gran trono blanco es el juicio general y final, propiamente tal. Según el testimonio de Apocalipsis ocurre al fin del mundo, después del reino milenial y del «poco de tiempo» (Ap. 20:11-15).[5] Viene directamente después de la exterminación de la raza apóstata del reino visible del Mesías (Gog y Magog), de la destrucción general del mundo y la derrota final de Satanás (Ap. 20:7-10). Todos los que no hayan aparecido ante el tribunal de

3. Fil. 2:16; 1:6, 10; 1 Co. 1:8.
4. «Coronas»: 2 Ti. 4:8; 1 Co. 9:25, 26; 1 P. 5:3, 4.
5. Compárese la conexión con los vv. 1-14.

Cristo deberán comparecer, así lo hará la humanidad en general, incluyendo a las naciones que estaban en el reino milenial. El resultado de la decisión es inconcebiblemente grave. La Escritura dice: «El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Ap. 20:15).

Así entre estos dos juicios hay muchos siglos. Uno está al principio del «último día»,[6] el otro al final. Pero para nuestro mensaje y ministerio del Evangelio ambos tienen importancia también para los hombres que viven en la era presente. Con respecto a esto, aquello significa:

Quienquiera que haya creido en Cristo y le haya rendido su vida como su Señor a quien sirve, tendrá que comparecer ante el tribunal de Cristo y, según su fidelidad, tendrá recompensa o pérdida. Cristo, el juez justo, lo pondrá en el estado de gloria que le corresponde como su porción. En cuanto a su salvación aquí no hay nada nuevo que decidir.[7]

Pero todos los demás que pudieran haber oido, pero no creido ni obedecido el Evangelio y, en consecuencia, no han sido justificados ni santificados (1 Co. 6:11) por la obra del Redentor con todo el resto de la humanidad del pasado y el futuro serán juzgados delante del gran trono blanco. ¡Qué gravedad revestirá el descubrimiento de que un hombre haya escuchado el Evangelio y no lo haya creido para que su nombre fuese escrito en el libro de la vida! Así que si tú no has echado mano de la salvación ¡haz tu decisión hoy mismo! ¡Recuerda que de ello depende tu destino eterno! «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Heb. 4:7).

---

6. Véase capítulo 10: «Los días de Dios».
7. Pero ciertamente los perfeccionados tomarán parte en el juicio final como asesores y sub jueces. «¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles» (1 Co. 6:2, 3).

12

El triunfo del Reino de Dios

«Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe» (1 Jn. 5:4). Toda la historia de la salvación en el Nuevo Testamento es una poderosa prueba de la verdad de esta oración. Los negocios de Dios no retroceden, siempre avanzan. La victoria de la fe viva, a pesar de los diversos reveses en cuanto a detalles, al considerarla como un todo, se ve que avanza en forma irresistible. Esto lo prueba en forma inequívoca en cada conexión de importancia y en las principales áreas de la vida de la historia revelada desde el Gólgota, en la super historia de la redención del hombre en personas individuales como en la historia universal final.

EL SUPRA HISTORICO TRIUNFO DIVINO

La autorrevelación de Dios, del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre

Después de completar la obra de redención Cristo ascendió al cielo. Sus testigos llevaron el mensaje de la plena salvación divina a la humanidad que los circun-

daba. Están presentes en el mundo como representantes visibles de su Señor ausente (2 Co. 5:20). Pero Cristo mismo es invisible.[1] En la era actual del reino de Dios todo lo que pasa es obrado por la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios. Por lo tanto, en un sentido especial es el período de la actividad salvadora del *Espíritu Santo.*

Pero en esto hay una tensión de fuerza extraordinaria. El asombroso «misterio» de la era actual es que uno junto al otro están la publicidad del reino de Satanás y el ocultamiento del reino de Dios y, esto aún hoy, en el período posterior al Gólgota. Por lo tanto, Dios debe introducir un día en el que esta contradicción reciba una solución. Este es el significado de la venida de Cristo. Cristo vendrá en forma visible y establecerá su reino. Después de su ausencia El vendrá y estará presente (*parousía*); su ocultamiento será reemplazado por su manifestación; en vez de misterio habrá revelación (*apocalipsis*, Col. 3:4); en vez de invisibilidad el brillante resplandor de su gloria (*epifanía*). Entonces se iniciará un nuevo período de salvación, la soberanía visible del *Hijo de Dios.*

Pero aún esto no es la meta final. La Escritura dice que «Preciso es que él [Cristo] reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Co. 15:25). Luego entregará el reino a Dios, el Padre, y el Hijo mismo se someterá a Aquél [el Padre] que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos (1 Co. 15:24, 28). Entonces habrá alcanzado el fin propio y real, el reino de *Dios Padre.*

Así que la historia de la salvación en el Nuevo Testamento lleva, claramente, marcada la señal trinitaria. De la esencia del ser divino las personas divinas surgen aún más claramente y desde el Gólgota la historia de la salvación se convierte en una revelación siempre ascendente y progresiva del gran Dios, Espíritu Santo, Hijo y Padre. Pero con esto esta línea supra histórica muestra la inventibilidad de los asuntos divinos y es para toda la tierra y el cielo un testimonio resonante que no puede dejar

---

1. 1 P. 1:8; Ro. 8:24; 2 Co. 5:7.

de oirse, de la verdad de las palabras: «Nuestra fe es la victoria que ha vencido al mundo.»

El progreso de la redención en la tierra demuestra lo mismo.

EL TRIUNFO HISTORICO GENERAL

La Revelación del Consejo Divino en la Iglesia, en los Gentiles y en el Universo Transformado

La meta de Dios en el período actual es la creación de la iglesia del Nuevo Testamento (*ecclesía*). Por medio del Evangelio se llama a personas de todos los pueblos a que vengan a Cristo y los que creen se unan a El y unos a otros como miembros. Sin duda, esta es una obra poderosa. Cuando la iglesia esté delante de Cristo, en el día final del perfeccionamiento, estará constituida por miles de miles y diez millares de diez millares. Sin embargo, comparado con los millones y millones de hombres en general, su número es pequeño. Es la «manada pequeña», como Jesús la llamó (Lc. 12:32). Por cierto, esto no da base para la duda o la desesperación; porque la verdad permanece independientemente de si es comprendida y reconocida por muchos o por pocos y, precisamente, a esta «manada pequeña» Dios le ha prometido el reino (Lc. 12:32).

Sin embargo, en este respecto Dios también crea una ampliación del ámbito de su salvación. Cuando Cristo haya aparecido y establecido su reino en la tierra los pueblos como pueblos serán puestos bajo la bendición de Su revelación, e Israel y las naciones como un todo serán conducidos a la luz radiante del reino de gloria. Inequívocamente esta era la esperanza de los profetas del Antiguo Testamento.[2]

Pero, finalmente, la extensión de la circunferencia de la salvación prosigue hacia su meta mundial. En el estado perfeccionado habrá un nuevo cielo y una nueva tierra (Ap. 21:1), un universo transfigurado con la ciudad celes-

2. Is. 19:23-25; Mi. 4:3, 4; Zac. 14:16; Mal. 1:11.

tial de Dios, la Nueva Jerusalén, sobre la tierra (Ap. 22:3; 21:10-27; 22:1-5).

Así también los acontecimientos en la creación demuestran que la ocupación del Señor es un progreso victorioso, triunfante. No solamente la autorrevelación de Dios sino también la historia de la redención de la criatura y así, tanto lo supra histórico como lo histórico, lo eterno y lo temporal, todos testifican a una voz que el reino de Dios triunfará, que ningún poder en el cielo o la tierra puede anular el consejo de Dios de la salvación, que así la fe es la victoria que vence al mundo. «Jesús es Vencedor.»

Pero todo esto debe tener efectos prácticos en nuestra vida personal.

LA VICTORIA DE CRISTO EN LA JUSTIFICACION Y SANTIFICACION DEL INDIVIDUO

En realidad, cada vez que el alma de un hombre se somete a Cristo y por fe abraza su salvación consumada (Hch. 26:19) hay una victoria del Cristo exaltado por medio de Su Espíritu (2 Co. 2:14). Y en la medida que el poder de resurrección de Cristo, observando en forma viva, efectúa la santificación práctica (Fil. 3:10), toma posesión de todo el hombre para Dios, cuerpo, alma y espíritu (1 Ts. 5:23), y provoca en su vida interior y exterior una experiencia real de victoria,[3] esto es otra prueba y resultado de la verdad que todo lo abarca: «La victoria que vence al mundo es nuestra fe.»

Al fin se alcanza la perfección final.

EL TRIUNFO UNIVERSAL EN LA RESURRECCION Y EN LA TRANSFORMACION MUNDIAL

El triunfo del reino de Dios formará un cuerpo espiritual. De aquí la resurrección de los muertos y la transfiguración del cuerpo (1 Co. 15:42-49). De aquí también,

---

3. Ro. 8:37; Ap. 2:7, 11, 17.

después de la destrucción del mundo, la transformación del universo (Ap. 22:1) y el descenso de la ciudad celestial de Dios (Ap. 21:10). Solamente así será perfeccionada la victoria de las cosas del Señor: «Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?... Mas gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co. 15:54-57).

Así como un lema luminoso de toda la historia de la redención de eternidad a eternidad, como un testimonio del poder divino, como un estímulo a una gozosa confianza de fe, como una obligación de vivir una vida práctica de victoria, como la expectación de un bendito perfeccionamiento aparece que «la victoria que vence al mundo es nuestra fe».

13

Satanás, el adversario de Dios

Satanás también tiene su historia. Las Escrituras enseñan en forma clara que Satanás no es una idea abstracta, sino una realidad concreta, personal, trascendental, dotada con la más elevada inteligencia, caido sí, pero no por ello deja de ser un extraordinariamente poderoso ser espiritual.[1] Destruir su obra y recuperar la creación caida para Dios y transfigurarlo en Dios y para Dios fue el próposito principal de la obra redentora de Cristo (1 Jn. 3:8).

Según la historia revelada podemos discernir seis principales etapas consecutivas en la historia de la salvación y en el desarrollo de lo demoníaco. Estas difieren en extensión.

LUCIFER EN EL SUBLIME MUNDO CELESTIAL

Aunque las Sagradas Escrituras dan pocos indicios del trasfondo trascendental de los asuntos mundiales y ha-

---

1. Mt. 4:1-10; Lc. 10:18; Ro. 16:20; Ap. 12:7; etc.

blan solamente con gran reserva del origen y permisión del mal, es evidente que Satanás, ahora gran adversario de Dios, no pudo siempre haber estado en esta condición. Porque si Dios es el creador de todo el universo (Col. 1:16) entonces la creación de Satanás debe atribuirse a Dios. Pero entonces es claro que por cuanto el Dios santo no puede permitir nada pecaminoso e imperfecto proceda de su mano creadora, esta criatura no puede haber sido mala desde el principio, sino que, originalmente, debe de haber sido pura y sin mancha. Por lo tanto, sólo después, en un momento preciso que no está al alcance de nuestra percepción y de un modo completamente inexplicable para nosotros, Satanás tuvo que haber concebido el primer pensamiento malo y haber caído de delante de Dios.

La Escritura nos permite vislumbrar y suponer que el orgullo fue la esencia del primer pecado demoníaco (véase 1 Ti. 3:6; Ez. 28:14-17), porque, originalmente, Satanás era un Lucero (Latín, *Lucifer*) de la gloria divina. Parece que él, como especial príncipe angelical, se le confió el gobierno de una gran parte del universo (Lc. 4:6). En este estado original de luz este príncipe angélico de Dios estaba en la más elevada esfera celestial.

SATANAS EN LOS LUGARES CELESTIALES MAS BAJOS

Luego vino este antiguo acontecimiento que está en la raíz misma de toda la miseria del universo. Lucifer cayó de la presencia de Dios y desde entonces es el príncipe de un reino organizado de las tinieblas, opuesto a Dios y a su reino de luz. El había llegado a ser enemigo y adversario.[2] Con esta caída moral estuvo conectada su expulsión de las más elevadas regiones celestiales. «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo», declaró Cristo

2. La palabra hebrea *Satán* significa enemigo, adversario; en forma general, 1 R. 11:14, 23, 25; en un tribunal, Sal. 109:6; en Nm. 22:22 se aplica esta palabra aún a un ángel del Señor. La palabra *Diablo* viene del griego *dia-ballo*, oponer, censurar con palabras, con el propósito adverso de probar que uno es culpable, acusa, ya sea mintiendo (*2 Macabeos* 4:1) o diciendo la verdad (Dn. 3:8; Lc. 16:1; cp. Ap. 12:10).

(Lc. 10:18). El reino de Satanás estuvo incluido en esta caída. El mismo permaneció en las regiones más bajas del cielo (Ef. 6:12), el «príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2). Sin embargo, la historia de Job (1:6; 2:1), la profecía de Zacarías (3:1) y el Apocalipsis (2:10) muestran que en determinadas ocasiones él tiene acceso al trono en los cielos. En los más bajos lugares celestiales (Ef. 6:12) permanecerá hasta el tiempo del fin, cuando Miguel, el arcángel, lo echará a la tierra con sus ángeles (Ap. 12:7-13). Véase en el diagrama el gran rayo que representa la antigua caída de Satanás, y el flamígero juicio divino relacionado con él y también la serpenteante línea negra.

En todo este período, inmensurable, se pueden percibir tres secciones principales.

a) Satanás como adversario de Dios en el período de la tierra preadánica, esto es, desde su caída hasta la creación del hombre. En este período Satanás era el Señor de la creación arruinada.

b) Satanás como el adversario de Dios en las eras humanas precristianas. En este período, después de su victoria sobre el hombre (Gn. 3), Satanás es el amo invencible de la raza humana que ha conquistado. Esto es desde la caída del hombre hasta la muerte de Cristo.

c) Satanás como el adversario de Dios en el período de la iglesia cristiana. Esto dura desde la victoria de Cristo en la cruz hasta que Satanás sea echado en tierra por Miguel (Ap. 12:7-13). En este período él ha sido vencido por la cruz en principio,[3] pero fuera de la iglesia (Col. 1:13) él sigue reinando sobre la tierra.[4]

Así, con la caída del hombre, él entra en la historia humana como una serpenteante línea negra. De allí en adelante prosigue en tres direcciones:

en el *averno,* porque crea la línea de la muerte; el salario que paga el pecado es la muerte.

en el *mundo humano,* porque en él efectúa la demonización de la historia nacional y cultural (Dn. 10:13, 20), y

---

3. Jn. 10:31; 16:11; Col. 2:15; Heb. 2:14.
4. 1 Jn. 5:19; 2 Co. 4:4; Hch. 26:18; Ef. 2:2.

en el *mundo superior de los espíritus*, desde entonces allí Satanás es el príncipe de la potestad del aire (Ef. 2:2) y esto también con referencia a los acontecimientos del hombre.

Pero a la larga ocurrió este poderoso acontecimiento: Satanás fue vencido en principio en la cruz. El príncipe de este mundo fue juzgado (Jn. 12:31; 16:11), el valiente fue vencido por uno más poderoso (Mt. 12:29), la cabeza de la serpiente fue aplastada (Gn. 3:15). Y con el príncipe de las tinieblas también fue vencido su reino. Por medio de la cruz, Aquél cuyo calcañar había sido herido (Gn. 3:15) lo despojó de los principados y poderes, le quitó su armadura, lo puso en la picota y, abiertamente, triunfó sobre él (Col. 2:15). Desde entonces ha seguido una progresiva liberación de la humanidad del poder de los demonios. Porque cada vez que un hombre por fe reclama su derecho en la obra salvadora del Crucificado, su personalidad, que es parte del reino de Satanás, es arrebatada del malo; el príncipe de este mundo es echado fuera (Jn. 12:31), una porción de su reino es liberado del control satánico y el salvado es trasladado de la autoridad de las tinieblas al reino del Hijo de Dios (Col. 1:13; Hch. 26:18). Así Satanás es el gran perdedor.

Es verdad que sigue siendo un príncipe, caído y entenebrecido (Jud. 9); es verdad que todavía trata de engañar y burlar al hombre por su poder (2 Co. 4:4), de dominarlo y destruirlo (Ef. 2:2); es verdad que todavía él también trata de cargar y acusar aun a los redimidos y salvados.[5] Sin embargo, queda firme el hecho de que Cristo es el Vencedor y los suyos compartirán su victoria.

SATANAS EN LA TIERRA

Todas las cosas ascienden hasta un clímax. Por lo tanto, el antagonismo no se suavizará, sino que se hará gradualmente más agudo. Por lo tanto, el fin del cristianismo nominal no es una gradual cristianización de la civilización, sino el anticristianismo. En consecuencia, el

5. Ap. 12:10; Zac. 3:1s.; Job 1:6; 2:1.

acontecimiento final será la batalla decisiva entre Dios y el diablo. Satanás, a pesar de toda su ira será reprimido. Estalló una guerra en el cielo y Miguel y sus ángeles echaron por tierra al dragón y sus ángeles (Ap. 12:7-9). Esto, por cierto, significará que Satanás, ahora en un grado completamente especial, derramará su furia sobre la tierra, llegando a demonizar a los incrédulos, e incitará al sistema anticristiano mundial a que realice un gobierno de inspiración y poder diabólico (Ap. 13:4). Pero esta fanfarronada y furia sólo serán los espasmos convulsivos de un salvaje revolucionario que ya ha sido entregado a la derrota y las cadenas (Ap. 12:12).

Al fin viene el golpe final. Cristo aparece y, con El, las huestes celestiales (Ap. 19:11-16), y aunque Satanás y las rebeldes naciones anticristianas podrán tener la penúltima palabra en la historia del hombre, Cristo, ahora, tendrá la última palabra: «Y la bestia fue apresada y con ella el falso profeta... fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre» (Ap. 19:20); y en cuanto a Satanás mismo, Juan el profeta dice: «Y ví a un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás y lo ató por mil años; y los arrojó al abismo y lo encerró, y puso su sello sobre él» (Ap. 20:1-3).

SATANAS EN EL ABISMO DURANTE EL MILENIO

Satanás permanece en su prisión durante el reino milenial. Ahora la humanidad puede, nuevamente, respirar libremente porque el poder del diablo para tentar es eliminado (Ap. 20:3). La línea negra serpenteante del diagrama, desde el momento que Miguel echa por tierra a Satanás desde la parte más baja del cielo, desciende bruscamente y habiendo serpenteado, por un tiempo, sobre la tierra (Ap. 12-19), ahora es confinado al mundo de los muertos, por debajo de la historia del milenio, y allí se enrosca y se retuerce durante todo el período de mil años (Ap. 20:3, 7). Pero no puede tener influencia sobre los acontecimientos de la tierra. Esto significa un gran

alivio para la humanidad y un sometimiento a Dios con mayor facilidad. Por otra parte, significa un aumento de la responsabilidad si a pesar de todo el hombre peca. De esto surge el riesgo de un juicio mucho más severo en el reino milenial.[6]

SATANAS OTRA VEZ EN LA TIERRA

Gog y Magog

Pero, finalmente, este brillante período del reino visible de Dios debe ser probado por los resultados. Aun las personas del milenio tendrán la posibilidad de una decisión libre. Nadie será obligado a servir a Dios en la eternidad. Por lo tanto, después de los mil años Satanás *debe* ser puesto en libertad aun por un poco de tiempo (Ap. 20:7-15).

SATANAS EN EL LAGO DE FUEGO

Pero el diablo que seducía a la humanidad será echado en el lago de fuego que arde con azufre, donde también se encuentran la bestia y el falso profeta (Ap. 20:10). Y en el último juicio delante del trono blanco les seguirán todos los que no tenían sus nombres escritos en el libro de la vida (Ap. 20:15).

Las Sagradas Escrituras nada dicen de una salida del lago de fuego y de una salvación final de los condenados en el juicio final. Por lo tanto, en nuestro diagrama el lago de fuego está solo y no tiene parte en el círculo universal de la historia de la salvación que se mueve desde Dios hasta Dios. La Biblia no presenta ninguna línea de conexión del lago de fuego hacia Dios. Esto es solemnemente grave. Nos obliga a permanecer unidos a la Palabra Divina. ¡Cuánto afecta todo esto! ¡Qué terribles son los poderes que están detrás del pecado y la miseria de la humanidad caída! Pero, ¡qué poderoso y justo es Dios! Vence al enemigo, manifiesta su propio poder victorioso y a los que se ponen de su parte les da vida eterna.

6. Sal. 2:8, 9; Ap. 2:26, 27; Is. 11:4; Zac. 13:3; 14:17, 19; Mi. 5:7, 8.

De aquí la solemne pregunta: ¿De qué lado estás tú? ¿Del lado de Dios o del de su Adversario? En esto no hay neutralidad. O Cristo es tu bendición, o Satanás tu maldición. De tu actitud personal depende su destino eterno. Por lo tanto, ¡acude a Cristo, la vida, para que puedas vivir!

14

El plan universal de Dios del Reino y la Iglesia

LA SOBERANIA REAL DE DIOS (REINO) ES EL CONTENIDO PRINCIPAL DE TODA LA REVELACION HISTORICA DE LA BIBLIA

Todos estos poderosos acontecimientos en la esfera de lo divino, humano y satánico pertenecen a la historia del reino de Dios. El «reino» es el verdadero tema básico de la Biblia. Es el marco histórico en que todo el curso de la revelación se ha ido consumando. Todas las edades y períodos de los caminos divinamente revelados; todos los grupos y personas a las que se dirigen, sea Israel, las naciones gentiles o la iglesia; todos los templos, santuarios y actos redentores; todas las actividades demoníacas y celestiales, estén en el primero o en el segundo plano, están del mismo modo, positiva o negativamente relacionados con la historia del reino de Dios. El reino mismo es la real obra salvadora de Dios para llevar a cabo sus consejos de creación y redención.

Por lo tanto, la más correcta traducción de la palabra griega *basileia*, que se traduce «reino», es más bien el de *reinado* que el de *esfera* real.[1] Significa mucho más que la pura *esfera* del gobierno de un rey, el territorio, la provincia, estado o área.[2] No es algo estático, sino dinámico; no es solamente un círculo sin movimiento; más bien hay que compararlo con una línea; no es solamente una sección aislada de tiempo, sino un contínuo actuar y progresar. Es el reinado del Altísimo obrando salvación, esto es, en forma muy general, la autoridad real del Dios Salvador, su gobierno como acción divina viva y poderosa, revelándose en nuevas formas de automanifestación en el curso de diversas dispensaciones y períodos.[3]

Es el gobierno real de Dios, que desciende del cielo, tal como será establecido en la tierra vieja por el camino de redención y en su forma perfeccionada será continuado en la nueva tierra para siempre.

Pero entonces, el «reino de Dios» es más que el «reino milenial» (véase *El triunfo del Crucificado*; pág. 30 s.). Ya en el Antiguo Testamento el gobierno divino era denominado «reino de Dios», aun el que debió ser quitado a sus poseedores, los judíos, debido a su incredulidad (Mt. 21:43). También la era de la iglesia es denominada «reino de Dios», escondido, ciertamente, en misterio (Mt. 13:11), pero, sin embargo, lleno de poder y actividad.[4] Y el estado eterno, el perfeccionamiento final, es el «reino

---

1. En esta conexión, la palabra griega *basileia* tiene un doble significado en las Escrituras. Significa:
   a) el territorio de un rey: p. e., Mt. 4:8, donde se usa el plural «reinos del mundo»; 12:25; Mc. 6:23.
   b) «imperio, reino, reinado», en el sentido de existencia, estado, dignidad, actividad de gobierno de un rey, esto es, gobierno real, autoridad real; p. e., Ap. 17:18.

2. La simple traducción «estado» no expresa en forma suficiente la significación de «regio, real» de la palabra. El griego *basileia* está conectado con *basileus*, rey. Por lo tanto, el verbo *basileuein* no significa solamente gobierno, sino gobierno por un rey, p. e., Pablo en Ro. 5:21.

3. Acerca de las diferentes formas consecutivas de aparición del reino, véase *El triunfo del Crucificado*, pág. 29 s.; véase, además, el capítulo 11.

4. Ro. 14:17; Col. 1:13; 4:11; Hch. 20:25, 28, 31.

de Dios» en el sentido más completo de la palabra, esto es, el reino celestial para el cual el apóstol esperaba ser preservado (2 Ti. 4:18).

Y debido a que todo esto viene del cielo lleva el cielo en sí mismo y tiene en Dios, como Dios del cielo, su base creativa y su cúspide dominante, este reinado de Dios al mismo tiempo es el reinado de los cielos. Porque donde Dios está, está el cielo, y donde El reina allí lleva el cielo en su persona.[5] Así que el mensaje de su gobierno real es al mismo tiempo el «evangelio [buenas nuevas] del reino», esto es el mensaje de gozo que salva y bendice, que Dios es Rey.

El que la expresión «evangelio del reino», en este sentido especial, no sea usada por Pablo no afecta en nada a la explicación anterior. Aparte del uso implícito en la palabra «pascua» en 1 Co. 5:7, Pablo no usa en lugar alguno la expresión «Cordero de Dios», pero nadie inferirá de ello que para él el mensaje acerca del Cordero no se aplica dispensacionalmente a esta era de la iglesia. En cuestión de expresión cada uno de los escritores inspirados tiene sus características personales obradas por Dios, pero peculiares a cada uno, pero todos tienen en común que han presentado la misma verdad de salvación del Nuevo Testamento.

Para los que vivimos en la edad presente de la iglesia y como creyentes en Cristo pertenecemos a la iglesia del Nuevo Testamento, es de gran importancia que al final de nuestras explicaciones acerca del plan divino de reden-

---

5. Para un tratamiento más detallado de la relación entre las expresiones «reino de los cielos» y «reino de Dios», tanto por los rabinos como por el Señor Jesús, véase *El Triunfo del Crucificado*, páginas 29 y ss.

La expresión «reino de los cielos» la usa Mateo solamente, y lo hace 32 veces. La usó en numerosos pasajes en que los pasajes paralelos de Marcos y Lucas, en las mismas ocasiones y en las mismas declaraciones del Señor, emplean la expresión «reino de Dios»; por ejemplo:

Mt. 4:17 — Mr. 1:15
Mt. 5:3 — Lc. 6:20
Mt. 11:11 — Lc. 7:28
Mt. 13:11 — Lc. 8:10
Mt. 19:14 — Lc. 18:16.

ción nos preguntemos *¿qué actitud tiene la iglesia del Nuevo Testamento hacia el reino?*

En vista del hecho de que este reino es una realidad tan grande que en el curso de los milenios se ha revelado en formas siempre nuevas, esta pregunta sólo puede ser respondida con otra pregunta: ¿En qué relación está la iglesia del Nuevo Testamento con estas diversas formas particulares de revelación del reino en las diversas dispensaciones del pasado, presente y futuro? Aquí, en realidad, la Escritura da una respuesta inesperadamente completa.

LA RELACION DE LA IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO CON EL REINADO DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO (TEOCRACIA)

Es triple:

a) *internamente*: la relación de sustancia y sombra (Col. 2:17; Heb. 10:1);

b) *externamente*: la relación de universalidad a limitación nacional. El Evangelio es el paso de la limitación nacional de la ley mosaica a la promesa de Abraham de bendición a todas las naciones (Gn. 12:1-3).

c) *históricamente*: la relación de meta y preparación. A la iglesia han alcanzado «los fines [las metas señaladas] de los siglos» (precristianos; 1 Co. 10:11).

LA RELACION DE LA IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO CON EL REINO PRESENTE

Esto también es múltiple. Pensamos ahora de la forma presente en que el gobierno real de Dios se presenta en su pleno sentido espiritual como el reino en misterio, esto es, del gobierno soberano de Dios en el período que queda entre la primera y la segunda venida del Señor. En este sentido decimos:

Todos los miembros del cuerpo pertenecen al reino y todos los verdaderos ciudadanos del reino pertenecen a la iglesia. Los profesantes no vivificados pertenecen, sola-

mente a la esfera de influencia del reino (Mt. 7:21-23; 13:41; 22:11-14), así como todos los efectos del cristianismo en la moral, la cultura, el arte, el derecho y la historia mundial; pero al reino, propiamente, pertenecen solamente los que han nacido de nuevo (Jn. 3:3, 5). En la edad presente estas personas forman la iglesia. Por lo tanto, en los diversos períodos de la historia las respectivas generaciones de la iglesia que viven en cualquier momento en la tierra representan, al mismo tiempo, los *ciudadanos* del reino (Ef. 2:19; Fil. 3:20; Col. 1:13).

Además, la iglesia es fruto del reino en que ella es el producto eterno de la actividad del actual gobierno real de Dios en Cristo por medio de su Palabra y su Santo Espíritu. Porque por la predicación de la «palabra del reino» como el jubiloso mensaje de la soberanía redentora del Dios Salvador y, por creerlo, se levanta la iglesia (Hch. 20:25; 28:31). Según el apóstol Pablo la predicación del Evangelio es una *orden* de arrepentirse,[6] y la conversión es un acto de obediencia y sumisión (Hch. 26:19). Así la conversión es, al mismo tiempo, el reconocimiento del reinado de Dios y —en su inseparable conexión con el nuevo nacimiento— la entrada en la membresía de la iglesia y, así, con el establecimiento del reinado de Dios en el corazón humano se efectúa la edificación de la iglesia. Por lo tanto, la iglesia es fruto del reino.

Entonces, la iglesia perfeccionada es el total de las personas que en todos los tiempos y lugares han aceptado a Cristo como *Señor* (1 Co. 12:3) y de quienes han sido trasladados de la autoridad de las tinieblas al reino (*basileia*) del amor del Hijo de Dios (Col. 1:13). Esto significa que la iglesia del Nuevo Testamento en su integridad es el número total de todos los ciudadanos de la era presente, la suma de todas las generaciones de creyentes bajo la forma en que aparece, actualmente, el reino de Dios.

Con respecto a la vida espiritual, la relación de la iglesia con el gobierno actual de Dios es el de un *or-*

6. Hch. 17:30; Ro. 16:26; 1 Co. 7:19; Gá. 6:2; Ro. 5:21.

ganismo vivo por el Espíritu. La iglesia está presente dondequiera que Cristo es reconocido como Señor por los hombres redimidos. Así, el reinado de Dios es su esencia espiritual. La iglesia es el organismo en que se reconoce el reinado de Dios por medio de su Espíritu, en principio, y donde lo realiza en la práctica (1 Co. 12:3). Por lo tanto, Pablo compara la *ecclesía* con un estado político (Fil. 3:20). Los redimidos son «pueblo» (Hch. 15:14), conciudadanos de los santos (Ef. 2:19), un real sacerdocio (1 P. 2:9), y Pablo, el portador especial de la verdad apostólica normativa (Ef. 3:1-10), describe a sus colaboradores en la iglesia como que son al mismo tiempo colaboradores en el reino de Dios (Col. 4:11).

En la era presente los miembros de la iglesia son *embajadores* del reino. Somos embajadores para Cristo (2 Co. 5:20). La iglesia tiene que representar su gobierno celestial en este mundo como en una tierra extraña a Dios su Señor y Cristo en cuyo reino ella está (Col. 1:13). Esta es su labor vitalicia en la tierra.

Así, la relación de la iglesia del Nuevo Testamento con la forma presente del reinado de Dios tiene principalmente un aspecto cuádruple:

Con respecto a sus *personas* son ciudadanos del reino de los cielos;

en cuanto a su *existencia* son el fruto del mensaje del reino;

en cuanto a su *naturaleza* son los organismos del reino;

en cuanto a su *tarea* son embajadores del reino.

Así, detrás de toda la historia de la iglesia está la autoridad del reino. Dotada de esta autoridad real completa del Rey de reyes (Mt. 28:18-20) ella puede proclamar el mandato real y salvador de Dios (Hch. 17:30; Ro. 16:26; 1 Co. 9:16) y puede hacerlo así en la seguridad triunfante de que el Señor de señores está con nosotros. Nuestro reino es inconmovible (Heb. 12:28). El que ha de venir vendrá y no tardará (Heb. 10:37), y, finalmente, veremos al «Rey en su hermosura» (Is. 33:17).

LA RELACION DE LA IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO CON EL REINO ETERNO

El reino de Dios en su forma de reino de gloria será la esfera del *gobierno* activo de la iglesia: «¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?» (1 Co. 6:2, 3); «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» (Lc. 12:32). La iglesia es así, la aristocracia reinante, el personal administrativo oficial del reino futuro de Dios.

El reino de Dios como futuro reino de gloria es la *herencia* de la iglesia. Los santificados en Cristo *heredarán* el reino (1 Co. 6:10; Gá. 5:21; Ef. 5:5). Entrarán en él (Hch. 14:22). Es la meta de su peregrinaje. Son llamados a su reino[7] (1 Ts. 2:12). Es su recompensa. Serán tenidos por dignos del reino por amor del cual padecieron en el tiempo presente (2 Ts. 1:5).

Con respecto al futuro la iglesia estará *en* el reino. Es un círculo dentro de un círculo mayor, pero entre todos los círculos que forman el gran círculo, el de ella es de todos el mayor.

Así la iglesia está en una relación viva con todas las formas del reino. El reino de poder será el reino de gloria; en medio se encuentra el reino de la gracia cuyo contenido esencial es la redención. Pero la iglesia está en el centro del todo. Todas las revelaciones del reino están unidas a su esencia y existencia. Todo el curso del tiempo está ligado con este pueblo de la eternidad. Pero, sobre todo, el Rey mismo es suyo porque, Cristo su Cabeza, al mismo tiempo le es dado como Cabeza sobre el universo (Ef. 1:22).

Por lo tanto, nos corresponde andar como es digno de esta elevada vocación (Ef. 4:1). Con Pablo tenemos que proclamar la autoridad real de Dios (Hch. 20:25; 28:31). Nos corresponde ser testigos y evangelistas de modo que podamos ganar almas para Cristo, a fin de que la obediencia de fe pueda ser hallada entre todas las naciones (Ro. 1:5, 15, 18; 16:26).

---

7. «Llamados» en el sentido que los pares son convocados por el soberano para que concurran a la cámara de los Lores (G. H. Lang).

De modo que nuestro mensaje del Evangelio es, al mismo tiempo, una proclamación del Reino (Hch. 20:25). Proclamamos el reino presente y futuro.[8] En este sentido, los obreros del Evangelio en la iglesia son «los que ayudan en el reino de Dios» (Co. 4:11).

EL MENSAJE DE LA IGLESIA ACERCA DEL REINO

Con respecto a la *conducta moral* de los hombres proclamamos el reino como una *exigencia totalitaria de Dios*. Predicar el Evangelio significa proclamarlo como heraldo, con autoridad llena del Espíritu, con el anuncio divino de la remisión de pecados.[9] Tras el mandamiento salvador está la autoridad real del supremo Señor del universo. Dios ofrece al hombre su don de salvación y, al mismo tiempo, le ordena que lo acepte (Hch. 26:19; 17:30). El ha sido capaz de mostrar al hombre Su gracia, entonces desde ese tiempo su gracia lo regirá realmente (Ro. 5:21; 1 Co. 7:19). Todo su ser y existencia, en todas sus conexiones, esferas de vida y círculos de actividad, de allí en adelante quedará bajo la sola y completa potestad de este Señor y Rey.

En vista de la *pobreza* del hombre proclamamos el reino como el *don* de Dios. Las Escrituras enseñan el reino futuro será entregado a Cristo, no en la tierra sino en el cielo (Dn. 7:13, 14; Lc. 19:12). Su curso no es de abajo arriba, sino de arriba hacia abajo. No es el pago de méritos humanos, sino un don libre de la gracia de Dios. No procede del progreso sino por medio del colapso, no por actividad moral sino por renovación divina. No es la cristianización del mundo hasta que la civilización haya sido cristianizada, sino la creciente enemistad del mundo hasta que el cristianismo es expelido por la civilización: este es el curso predicho por la profecía (2 Ts. 2:3-12; Ap. 13). Así el hombre exhibe su completa incapacidad de entrar en los pensamientos reales de Dios

8. Ro. 14:17; 1 Co. 4:20; Col. 1:13; 1 Co. 6:9,10; 1 Ts. 2:12; 2 Ts. 1:5; Hch. 14:22.
9. «Proclamar»: Gr. *kerussein*, derivado de *keryx*, heraldo; 1 Ti. 2:7.

acerca de la salvación y su reino. No por la reconciliación, sino por el conflicto creciente; no por una alianza entre Dios y la vanagloria del hombre, sino por el fin del reino de este mundo apartado de Dios derrotado por el reino de Dios (Dn. 2:34, 44, 45) —así llegará la consumación de la era actual.

Esta verdad tiene también un alto valor apologético. Lejos de ser una razón contra el mensaje de la Biblia, este crecimiento de la incredulidad general se convierte en una prueba involuntaria de la exactitud de la profecía bíblica. Pero finalmente, después de los juicios del tiempo del fin, el reino de Dios será su *don* para los hombres.

A la luz de la absoluta *debilidad* del hombre proclamamos el reino como el *poder* de Dios. Solamente cuando El aparezca y establezca su reino divino, el Rey estará en condiciones de resolver los problemas políticos y sociales de la humanidad. Solamente Cristo será el árbitro que pueda traer paz a las naciones (Is. 2:2-4). Será el primero en proclamar la verdadera justicia para los pobres y las viudas y en introducir una distribución justa de la tierra (Is: 11:3-5). Será el primero en vencer la maldad en el hombre y dar a los pueblos labios puros (Sof. 3:9). Así El introducirá una verdadera comunión entre los hombres y por el poder de Dios su reino será reino de paz, justicia, santidad y amor.

Con respecto a los *anhelos* del hombre proclamamos el reino futuro de Dios como la *meta de Dios para la humanidad*. Solamente el reinado del eterno puede llevar a su cumplimiento los ideales de todos los hombres. Sólo entonces la humanidad llegará a la realización de una humanidad verdadera y noble. Por lo tanto, en las Sagradas Escrituras el reino prometido se describe como el «reino del Hijo del hombre», esto es, como el reino que ya no tendrá como su lema y escudo de armas una bestia salvaje, sino el rostro de un hombre. Será el reino de Dios-Rey que entonces librará al hombre de su carácter sub-humano de bestia salvaje y, por vez primera, pondrá en el trono de la historia internacional la verda-

dera humanidad en el sentido del Creador, la imagen de Dios (Gn. 1:26, 27).[10]

A la luz de la *enemistad* del hombre proclamamos el reino como la *victoria* de Dios. La piedra que golpeó la estatua de Nabucodonosor creció hasta llenar toda la tierra (Dn. 2:35, 44; Ap. 11:15; 19:11-21). Por lo tanto, corresponde al creyente tener un espíritu confiado, la seguridad de la victoria y valor. ¡Afuera el temor! ¡Afuera con toda la cobardía de testificar! ¡El Evangelio no es un asunto para guarida y escondrijos! ¡A los negocios del Rey corresponde la victoria eterna!

Finalmente: En vista de toda la *grandeza* humana proclamamos el reino como la *gloria de Dios*. Por lo cual alabamos a Jesucristo, declaramos sus excelencias (1 P. 2:9), mostramos la grandeza de su poder real y la majestad y exaltación de su persona. El mismo es el contenido de nuestro mensaje: «No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo como Señor» (2 Co. 4:5).

«Al bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita la luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.» (1 Ti. 6:15, 16).

---

10. Véase Dn. 7 los símbolos de los imperios mundiales: el león, el oso, el leopardo y la bestia terrible, y luego (v. 13) la aparición del reino de Dios en la forma de un Hijo de hombre. Acerca del título «Hijo del hombre», véase *El Triunfo del Crucificado*, pp. 27 y ss.

SEGUNDA PARTE

La Biblia como el Registro Escrito de las Relaciones de Dios con el Hombre

15

La Palabra viva y la Palabra escrita

DIOS, EL SEÑOR DE LA HISTORIA

Las naciones son como los mares rugientes, como olas que rompen en rugiente tumulto (cp. Is. 17:12, 13). Las naciones y las civilizaciones vienen y van. Se levantan reinos y culturas y son destruidos. Las filosofías son elogiadas como verdades con solidez de rocas y luego son barridas. Las corrientes de sangre fluyen de la guerra secular entre hombres e ideas.

Pero Dios, el Señor de todo, está entronizado por sobre todo ello. «Jehová reina; se vistió de magnificiencia... Firme en tu trono... eternamente. Alzaron los ríos, oh Jehová, alzaron los ríos su sonido. Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas del mar» (Sal. 93:1-4).

Desde éste, su trono inexpugnable en las alturas, el Eterno vigila todo el acontecer histórico. Como está por sobre el tiempo El ve todo el tiempo. Como creador del curso de la historia y gobernador de los cielos y

la tierra El controla el proceso universal. Por lo tanto, como Señor de la historia El, solamente El, puede explicar la historia.

Esto El lo hace por su revelación en palabra e historia. A pesar de estar velado en el curso de los acontecimientos El testifica de sí por boca de sus profetas, por medio de su reinado en juicio y en gracia en la vida de los individuos y de los pueblos, a través de los sucesos combinados de acuerdo con la ley de siembra y cosecha.

La Biblia es el registro de esto. Por lo tanto, la Biblia es el libro de la humanidad, la clave de los acontecimientos mundiales. Toda comprensión de los asuntos humanos como un todo depende de la actitud del hombre hacia la Biblia.

Dios ha ordenado esto en forma maravillosa en su Libro. «Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:21). «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Ti. 3:16). «Las palabras de Jehová son palabras limpias como plata refinada en horno... purificada siete veces» (Sal. 12:6). «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (Jn. 17:17).

«PALABRA DE DIOS» Y «LIBRO DE DIOS»

En cuanto a amplitud de significado «Palabra de Dios» y «Libro de Dios» no son precisamente iguales. La primera expresión es más amplia que la segunda. Al mismo tiempo la comprende en sí misma.

Tenemos que hablar de Palabra de Dios en un sentido triple.

1. Cristo es la palabra *personal*, el Divino *Logos* (Verbo) viviente. Desde la eternidad *antes* de toda creación, sin principio, El es el Verbo *en* Dios, en su naturaleza y esencia igual a Dios, siendo El mismo Dios. Entonces, por la creación y *desde* la creación del mundo El es la «Palabra» que Dios habla, el revelador de los actos y pensamientos de Dios y, como tal, el mediador de la creación y de la preservación mundial, de la redención y consumación del mundo.

2. De El testifica la «palabra» *proclamada*, la palabra de Dios como mensaje general, el contenido total de la verdad bíblica, simplemente como proclamación, como la suma total de todo lo que Dios dice. En este sentido, toda proclamación del testimonio de Jesús por palabra de la boca debiera ser, no palabra del hombre, sino «palabra de Dios» (1 Ts. 2:13), tanto el testimonio en el Evangelio y ministerio en la palabra en la iglesia (1 P. 4:11). Este es el sentido de *todos* los lugares en el Nuevo Testamento en que se usa la expresión «palabra de Dios». En ningún lugar de las Sagradas Escrituras se aplica la expresión «palabra de Dios» a la forma permanente escrita, al «libro de Dios», porque en aquel tiempo aún no estaba formado el canon del Nuevo Testamento.[1]

3. De esta palabra proclamada bajo la dirección y en el nombre del Verbo personal, y por la inspiración del Espíritu Santo apareció la palabra *escrita*, el *Libro* de Dios. Pero aunque en amplitud de significado esto encierra un círculo más estrecho desde la cesación de la revelación profética apostólica directa, tiene una importancia única del orden más elevado concebible. De allí en adelante, toda proclamación hablada de la palabra de Dios es simplemente sacar, explicar y aplicar la Palabra escrita de Dios y la Palabra escrita es regla y norma (formativa y correctiva) de toda recta proclamación hablada de la Palabra de Dios. Por lo tanto, la Palabra escrita original tiene plena validez, es dada por Dios, y tiene una autoridad absoluta, ineludible.

Siete fundamentos principales nos impulsan a esta actitud de fe. Debido a los límites del espacio sólo podemos mencionar lo más básico. Los detalles harían que esta obra se extendiera mucho más allá de lo que queremos abarcar en el propósito primitivo de ella. Nuestro objetivo no es la demostración científica de los detalles ni una defensa de la fe sino, sencillamente, dar un testimonio de nuestra fe personal.

---

1. Compárese con 1 Ts. 2:13; Heb. 4:12; Hch. 4:31; 1 P. 1:23; 4:11; etc. Ap. 22:18 se aplica de un modo directo al libro de Apocalipsis de Juan mismo, y no es una declaración que afecta a todo el canon del Antiguo Testamento y del Nuevo.

16

La inspiración de la Biblia: necesaria por causa de la caída del hombre

Creemos que la inspiración plena es necesaria debido a la completa insuficiencia del hombre.

Porque ¿de qué otro modo podremos estar en condiciones de tener una perspectiva dada por Dios? Si la Biblia fuera un mezcla de verdad y error tendríamos que decidir por nuestros propios medios lo que en ella debería reconocerse como proveniente de Dios y lo que en ella habría que rechazar como una mezcla de error humano. Si el hombre no tiene una norma clara dada por Dios mismo ¿cómo podría su espíritu decidir lo que es divino y lo que es humano? ¿Cómo podría nuestro espíritu tener la osadía de analizar el libro de Dios, o diosectarlo —mayormente sobre la base de impresiones puramente subjetivas, o sobre la base de un insuficiente conocimiento histórico— y entonces sentarse a juzgar y decidir qué afirmación de la Biblia merece ser creída y cuál no? ¡Nosotros, los caídos! ¡Nosotros, que no sólo mo-

ralmente, sino espiritualmente y en capacidad de entendimiento nos hemos arrojado, por medio del pecado, a las tinieblas. «Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay» (Ef. 4:18). «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios y no las puede entender» (1 Co. 2:14). ¿Quién, entonces, trazará la línea divisoria? ¿Quién reconocerá la frontera? Ni aun el juicio moral de un instrumento tan santificado y escogido (Hch. 9:15) como Pablo ofrece al hombre interior una garantía absoluta de percibir fuera de toda duda toda la voluntad y el juicio de Dios. El apóstol mismo testifica: «Aunque de nada tengo mala conciencia no por eso soy justificado» (1 Co. 4:4). Tan lejos se encuentra el hombre de ser una «voz de Dios»; así tan difícil es efectuar una limpieza e iluminación del entendimiento espiritual del hombre.

De tal condición es resultado necesario que todos los asuntos divinos sean dados a conocer al hombre por revelación de lo alto; así que le debe ser dada desde el cielo una base objetiva de conocimiento.

En esto radica el punto de partida decisivo para la doctrina de la inspiración bíblica. Lo que el hombre caído piensa acerca de Dios es indigno de confianza y erróneo en su mayor parte; es «religión». Lo que necesita percibir es lo que a la Suprema Majestad piensa acerca de él y lo que testifica acerca de Sí mismo y de su camino de salvación.

Esta realidad objetiva básica no es, en su naturaleza esencial, un libro, sino una persona. Es el Cristo crucificado y resucitado, exaltado a la diestra de Dios, con quien el Espíritu Santo nos une orgánicamente. Cristo es la «Verdad» viviente, la «Luz» personal, la fuente de todo conocimiento; y, al mismo tiempo, como dador de luz El es también el Salvador que nos libra de las tinieblas y nos hace hijos de luz.

La primera generación dio testimonio de El. Dieron testimonio de la sagrada historia de Jesús los que le habían visto y oído (Lc. 1:2; 2 P. 1:16; 1 Jn. 1:1-3); en las reuniones de los primeros cristianos hubo revelacio-

nes dadas por los primeros cristianos (Hch. 11:27, 28; 1 Co. 11:23; Ef. 3:5); hombres creyentes que habían presenciado los sucesos o que habían recibido su conocimiento de una fuente original daban relatos exactos de los sucesos históricos. A través de todo esto la primera generación tenía un claro conocimiento del fundamento objetivo de la salvación, tenía un claro conocimiento espiritual, a pesar de contar solamente con el Antiguo Testamento y no con el Nuevo Testamento en su forma completa de hoy.

Pero con la desaparición de la primera generación este mensaje y testimonio directo fue desapareciendo. Por lo tanto, en cuanto a la perpetuación del testimonio apostólico la sustancia de este fundamento objetivo de un conocimiento histórico y doctrinal digno de confianza se vio la necesidad imperiosa de preservarlo para futuras generaciones. Solamente así podían ser protegidos de crecientes deformaciones y preservarse claros, frescos y sanos en conocimiento, fe y vida.

En consecuencia, Dios añadió el Nuevo Testamento al Antiguo que ya existía y esto fue hecho en el período apostólico mismo. De allí en adelante esta Sagrada Escritura completa es el mensaje completamente digno de confianza, profético y apostólico que nos es dado de lo alto acerca de la eficaz salvación de Dios en Cristo Jesús.

Así la Biblia es el libro de la Verdad que testifica de la vida e imparte vida, dado por el Espíritu Santo y acompañado por el Espíritu Santo. Sin ella la iglesia de Dios habría quedado a merced de la ignorancia y de un peregrinaje sin esperanza. En lugar de luz y fe habrían llegado a un anochecer religioso en lugar de sobriedad, al fanatismo, en lugar de claridad, a la oscuridad nebulosa, y cada vez más la palabra de Dios hubiera sido reemplazada por la voz subconsciente llamada «luz interior» y en el curso de los siglos el testimonio objetivo de Dios se habría evaporado en un subjetivismo geenral.

Pero no: exactamente como nosotros necesitamos *gracia* debido a nuestra incapacidad moral, necesitamos *inspiración* debido a nuestra incapacidad intelectual y espiritual, es decir, necesitamos un registro enteramente

digno de confianza de la revelación divina, una Biblia completamente inspirada; y esto, especialmente, desde la cesación del testimonio divino directo dado por medio de profetas y apóstoles. Contra este hecho nada se puede oponer, ni siquiera la más celosa opinión en contra de la Biblia que la trata de «papa de papel». Todo ataque contra un elemento objetivo absoluto en la revelación se basa en una falta de conocimiento personal. Es un ejemplo de autoconfianza de autodeificación aunque, sin duda, sea inconsciente y no intencionada.

Sin la creencia en una inspiración completa abrimos la puerta de par en par a un subjetivismo arbitrario. El racionalismo se sube al trono y, finalmente, nuestro imperfecto conocimiento entendimiento humano, oscurecido por la caída, se levanta como juez sobre el Libro de Dios y la Palabra de Dios. ¡Que nunca ocurra tal cosa con nosotros! El pecador acusado que está ante el tribunal no tiene la capacidad ni el derecho de tomar el lugar del Juez y decidir lo que Dios debería o no debería haber dicho. Esto se aplica a todo el organismo de la revelación divina y a la Biblia como su registro, hasta en su más ínfimo detalle.

En primer lugar y, por sobre todo, esto se aplica a la doctrina de las Escrituras. Pero como la revelación es, al mismo tiempo, historia los elementos doctrinales e históricos simplemente no se pueden separar. Gran parte de la doctrina de las Escrituras depende directamente de la exactitud del informe bíblico relacionado con ella; por ejemplo, si Jesús dijo o no dijo tal cosa, o si enseñó o no enseñó tal o cual doctrina. La incertidumbre en cuanto a ciertos relatos históricos traería como resultado la incertidumbre acerca de ciertas doctrinas. Sin lugar a dudas, la Biblia no es un texto de ciencias o de historia; pero debido a la inseparable conexión entre la doctrina y la historia debe enfatizarse con vigor que la información histórica que en ella hay es completamente digna de confianza. Las referencias a la historia natural en la Biblia deben ser consideradas del mismo modo porque en la entrega de la ley a Israel el séptimo día de la semana se establece en referencia con los seis días y

el reposo de la creación y, asimismo, ciertos milagros de la historia del Antiguo Testamento y del Nuevo, como la detención del sol en días de Josué, establecen una clara relación entre la naturaleza y la historia.

> Si tu palabra no tuviera ya validez,
> ¿en qué se apoyaría mi fe?
> Tu Palabra he escogido,
> no la cambio por mil mundos ofrecidos.
>
> **(Zingzendorf)**

17

La inspiración: lógica en vista del uso de las palabras humanas

Creemos en la inspiración plena debido a la conexión interior entre pensamientos y palabras.

Para expresar un pensamiento en forma inequívoca es necesario elegir cuidadosamente las palabras correspondientes. En el lenguaje humano las palabras son, por supuesto, en primer lugar, sólo símbolos y signos para expresar conceptos o pensamientos; porque el pensamiento del hombre no surge de las palabras, sino de nociones, sensaciones y concepciones. Por esto no contradice el hecho de que todo lo espiritual, si ha de expresar *claramente* un pensamiento o idea real, se revela en *palabras.* El pensamiento llega a ser un pensamiento propiamente consciente, si de la esfera subconsciente de la sensación y de la impresión indeterminada de la voluntad y el sentimiento, nace una palabra. Así como solamente por medio del nacimiento el gérmen de vida se convierte en hombre o bestia, solamente a través de la palabra se

convierten en realidad espiritual las posibilidades espirituales o las sensaciones espirituales. La palabra puede ser considerada como el cuerpo del pensamiento que la da «visibilidad» y forma al espíritu. Así que, si la palabra es confusa, el pensamiento es confuso y todo se pone nebuloso e indefinido. El decir «espíritu sin palabra» es, por lo tanto, una «palabra sin espíritu», esto es, una palabra privada de significado.

Aplicado lo anterior a la inspiración de la Biblia significa que si los pensamientos son inspirados las palabras también deben serlo. Sin la inspiración de sus palabras los pensamientos de la Biblia no tendrían una forma definida. Un cambio (variación) de las palabras siempre incluye un cambio más o menos definido de los pensamientos. Ahora bien, es exactamente en las delicadezas, matices y énfasis de las palabras lo que con frecuencia constituye la belleza especial de las palabras de la Biblia. Lutero dijo con justicia: «Cristo no dijo que sus pensamientos eran espíritu y vida, sino sus palabras» (Jn. 6:63), y J. A. Bengel declara que «Los profetas recibieron todas las palabras que debían hablar y escribir en forma exacta... con las ideas, Dios al mismo tiempo les dio las palabras.» El príncipe de los predicadores, C. H. Spurgeon, dijo: «Sostenemos cada palabra de la Biblia y creemos en la inspiración verbal, literal de las Sagradas Escrituras. Por cierto, creemos que no puede haber otro tipo de inspiración. Si las palabras nos fueran quitadas se perdería el significado exacto.» Como dijo Monod: «La Biblia es el cielo en palabras.»

El hecho que los escritores del Nuevo Testamento al citar el Antiguo no siempre repitieran, verbalmente, el texto hebreo[1] no debe considerarse como inexactitud o como una refutación del carácter inspirado de la Biblia. Porque el autor, propiamente tal, de toda la Biblia es uniformemente el Espíritu Santo. Ahora bien, un autor tiene el derecho de repetir sus propias afirmaciones en una forma más libre, sin sentirse obligado a retener la forma exacta de las palabras. Aun más, tiene derecho a

1. Por ejemplo, Heb. 10:5, «cuerpo» con Sal. 40:6 «oídos»; además, Hch. 15:16 con Amós 9:11, 12; o Heb. 13:5 con Dt. 31:6.

hacer declaraciones que pueden seguir muy de cerca el contenido de una declaración anterior, pero que para que tenga validez en una nueva situación contenga algunas variaciones. Ahora bien, cuando Cristo y el Espíritu Santo citan el Antiguo Testamento estaban tomando palabras de su propio Libro (1 P. 1:11; 2 P. 1:21; Heb. 3:7).

Aun en la esfera del arte humano la verdadera inspiración (usando la palabra en un sentido más amplio) crea por sí misma una forma de expresión correspondiente que se extiende a los detalles. Handel, el gran contemporáneo de J. S. Bach, a quien el pueblo inglés honró dándole sepultura en el más famoso lugar, en la Abadía de Westminster, y que compuso su obra más grande, el oratorio *El Mesías*, en el espacio increible de veinticuatro días, ha aplicado de esta manera las palabras del apóstol Pablo a su obra: «Si estaba en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe» (2 Co. 12:2). Y Joseph Haydn, el gran compositor de «*La Creación*», testificaba: «Si pienso en Dios y su gracia en Cristo mi corazón se llena tanto de gozo que las *notas* danzan y saltan de la pluma.»

Los actos y las revelaciones de Dios no flotan como ideas incorpóreas por sobre todos los acontecimientos terrenales sino que se encuentran tejidas profunda y concretamente en la historia concreta. Por lo tanto, el espíritu y la palabra no solamente están cerca entre sí, sino que están unidos orgánicamente ambos en uno.

No erremos. No estamos hablando de una inspiración de la palabra rígida, mecánica, dictada. Esto sería completamente indigno de la revelación de Dios. La inspiración mecánica (dictado automático) se encuentra en el ocultismo, el espiritismo y, por lo tanto, en el demonismo, donde los espíritus malos inspiradores obran dejando de lado la personalidad humana (substitución). Sin embargo, la revelación divina no suprime la personalidad humana. No aprueba la anulación de las leyes divinas de la conciencia humana, ni a transformación del hombre en autómatas; más bien causa la intensificación y elevación que la exclusión de las facultades humanas. «La luz no puede producir tinieblas, sino una visión más aguda.»

La revelación divina desea la comunión entre el espíritu humano y el Espíritu divino. Busca la santificación y transfiguración de la personalidad para que sea útil en el servicio. No desea «médiums» pasivos, sino activos hombres de Dios, no herramientas muertas, sino colaboradores de Dios vivos, santificados, no esclavos, sino amigos (Jn. 15:15).

Por lo tanto su inspiración no es mecánica, sino orgánica, no es mágica, sino divinamente natural, no un dictado sin vida sino una palabra viviente obrada por el Espíritu. Solamente así puede la palabra de Dios ser palabra del hombre y la palabra del hombre Palabra de Dios. Solamente así la Palabra de Dios nos encuentra como palabra de hombre, esto es, vestida con el ropaje humano del lenguaje: hebreo, armeo, griego. De un modo misterioso inexplicable, en que corresponde en general con el elemento misterioso humano divino en todo el reino de Dios, se encuentra en las Escrituras las distinciones entre los escritores en cuanto a carácter, disposición, estilo literario, trabajo espiritual, incluyendo las diferencias de sus culturas contemporáneas, la historia de la vida personal y de su entorno, pero todo esto dirigido y completamente vigilado por el inspirador, el Espíritu Santo de Dios.[2]

Sólo basta comparar el poderoso estilo de Amós o Isaías con los tonos quejumbrosos de melancolía de Jeremías. ¡Cuán diferentes son la estructura del pensamiento y el estilo literario de Pablo y el de Juan! Al comienzo de su evangelio Lucas dice, claramente, de su trabajo intelectual en la compilación del relato de su evangelio.

En cuanto a las civilizaciones circundantes el Antiguo Testamento, especialmente en cuanto al servicio del templo y el culto divino, está lleno de referencias y paralelos a las condiciones religiosas y culturales del antiguo oriente; mientras el Nuevo Testamento, considerado cultural e históricamente, es un libro completamente helenista con centenares de paralelos y referencias al modo de pensa-

2. Acerca de este entrelazamiento de lo eterno con lo temporal, y el carácter uniformemente humano de la inspiración de la Biblia, véase *La aurora de la redención del mundo*, pp. 202 ss.

miento del mundo greco romano del Mediterráneo. Pablo, especialmente, el evangelista de las grandes ciudades ha hecho un cuadro helenista de la vida civil. Obsérvese los números cuadros y referencias a la vida greco romana, la milicia, los deportes, el anfiteatro y los tribunales.

También se refleja la historia de la vida personal del escritor; por ejemplo, en el lenguaje gráfico de los campos del pastor Amós (7:14; 2:13; 3:4-6), en las declaraciones respecto de los gentiles de Daniel, el ministro de estado, en el bosquejo del futuro servicio del templo hecho por el sacerdote Ezequiel (Ez. 1:3 con capítulos 40-48), en las invitaciones a la construcción del templo, también por medio de un sacerdote (Zacarías).

De este modo, en forma inequívoca hay un factor humano en la Biblia. Pero debe quedar claro a la fe que este factor humano no consiste en una medida de fracaso en el texto original, esto es, que el sagrado texto sea una mezcla de errores de fuentes personales, contemporáneas, históricas o científicas, sino que surge (el factor humano) de este entretejido de lo divino y lo humano en la historia.

Es evidente que los sagrados escritores como individuos no estaban personalmente libres de errores. Como hijos de su tiempo participaron de los errores de sus contemporáneos, especialmente de los errores científicos. Las Sagradas Escrituras jamás les atribuyen personalmente la perfección moral absoluta (véase Pedro en Gá. 2:11 ss.), ni estuvieron libres de errores en el conocimiento natural. Pero cuando se trata del servicio especial, estrictamente «oficial» de la inspiración de la Biblia, la fe debe mantener el postulado de que el texto original está completamente libre de errores. El punto decisivo es que los errores personales de los instrumentos humanos de la inspiración no se introdujeron en el texto sagrado mismo.

Se ha señalado correctamente que las Escrituras mismas usan expresiones populares con respecto a cuestiones astronómicas, geológicas y científicas en general, del mismo modo que lo hacen los sabios modernos en la conversación diaria. Y debe decirse, expresamente, que la

inspiración del Espíritu preservó a los autores bíblicos de declarar como verídica cualquier cosa histórica o científica que, en realidad, fuera falsa. «Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios. ¿Qué fue lo que impidió que al escribir el Pentateuco no aceptara la antigua cronología egipcia que después Manetho perpetuó definitivamente en sus escritos y que comenzaba 30.000 años antes de Cristo? ¿Qué influencia hubo sobre Daniel que siendo erudito en ciencia caldea cerró sus oidos a las monstruosas fábulas caldeas de la creación del mundo? Pablo estaba familiarizado con la mejor ciencia de su tiempo. ¿Por qué no encontramos en sus escritos o discursos errores similares a los de San Agustín que rechazó con burlas la enseñanza de que hay antípodas o la opinión de Ambrosio de que el sol saca agua para refrescarse de su extraordinario calor?»

Es, por cierto, el misterio de la inspiración de la Biblia el que permitió que sus instrumentos humanos fueran completamente activos, mientras eran vigilados y guardados en cada pensamiento y cada palabra para que el resultado fuera una palabra divina completamente digna de confianza, libre de errores y completamente penetrada por el Epíritu. «Dios», dice el Dr. Saphir, «sin el cual ningún gorrión cae del techo, fue, ciertamente, capaz de cuidar las declaraciones de la Biblia; analizar microscópicamente las maravillas de la Palabra es menos una señal de una mente pequeña que de un espíritu pensador.»

En todo esto debemos distinguir, claramente, entre revelación, iluminación e inspiración. Revelación es el descubrir los misterios divinos, la iluminación conduce a la comprensión de ellos. Los escritores sagrados no necesitaban que les fuese revelado lo que habían experimentado con ojos y oidos o lo que podían saber preguntándolo (Lc. 1:1-3). En ese caso el Espíritu de Dios usaba su conocimiento y lo purificaba de todo error.

Entonces la inspiración bíblica es aquella actividad del Espíritu Santo por la cual El, misteriosamente, llenaba el espíritu humano activo de los escritores bíblicos, los guiaba y vigilaba para que produjesen un escrito infalible

por obra del Espíritu, un registro sagrado, un Libro de Dios con el cual el Epíritu de Dios se unía orgánicamente.

Desde luego, todas estas marcas se unen al texto *original* de la Biblia. El número de variantes en textos posteriores no es pequeño. Sin embargo, no hay que alarmarse.

El Dr. B. Kennicott en su edición de la Biblia hebrea (*Vetus Testamentum Hebraicum*), publicado en Oxford, trata con las variantes de consonantes en más de seiscientos manuscritos. Estos tienen, según el Dr. R. D. Wilson, unos 284 millones de letras. Entre estas letras hay unas 900.000 variantes, 750.000 de las cuales son variaciones triviales de «w» e «y». Entonces, como dice el Dr. Wilson, hay solamente una variante cada 316 letras y, si restamos las insignificantes variantes de «w» e «y» entonces hay solamente una variante por cada 1.580 letras (cp. Profesor I. K. Skilton, *The Infallible Word*. Filadelfia, Londres, 1946, págs. 139, 140).

En particular, la exactitud de los masoretas judíos (copistas, del heb. *massora* = transmisión) demuestra que el sagrado libro de los judíos es el más cuidadosamente transmitido de toda la antigüedad. Para preservar el correcto texto de consonantes cada copista tenía que aceptar entre otras las siguientes reglas: Contaba, exactamente, cuántas veces una palabra aparecía en todo el Antiguo Testamento o en porciones de él. Tenía que tomar nota de la diferencia que había entre dos oraciones de sonido similar. Contaba las veces que una palabra venía al principio, al medio o al final de una oración. Tenía que determinar cuál era la letra central de la Torah (la ley); al final de Antiguo Testamento mostraba cuántas veces aparecía cada letra en todo el libro.

La alta calidad del texto masorético ha sido establecida al compararlo con el manuscrito de Isaías encontrado en 1947 en una cueva cercana al Mar Muerto. Es del segundo siglo antes de Cristo, así que es más o menos mil años más antiguo que el manuscrito más antiguo antes conocido. Estos últimos son de los años 900 o 1000 d.C. La comparación ha mostrado, ciertamente, que el número de variantes no es pequeño. Pero muchas de ellas sola-

mente son diferencias de ortografía, o formas antiguas de terminación de las mismas palabras hebreas. Pero por sobre todo esto la comparación exacta ha demostrado una vez más el trabajo eminentemente digno de confianza realizado por los masoretas y sus predecesores de los primeros siglos antes de Cristo, por el cuidado que pusieron en la copia del texto sagrado. De ellos derivamos el texto hebreo que es la base de las actuales ediciones del Antiguo Testamento.

Con respecto al Nuevo Testamento, según el profesor Skilton, las 200.000 variantes en palabras se reparten entre más de 4.000 manuscritos de fechas anteriores y posteriores, en parte fragmentarios, o muy pequeños, en parte mayores o casi completos. Pero una sola copia completa del Nuevo Testamento contiene casi 150.000 palabras. Esto muestra que el porcentaje de variantes en relación con todo el texto, ciertamente, no debe estimarse de importancia.

El Dr. F. J. A. Hort fue uno de los más distinguidos investigadores de manuscritos bíblicos. Con el obispo B. F. Westcott fue coeditor de la mejor edición griega del texto del Nuevo Testamento. Según ellos «la proporción de las palabras aceptadas por todos los entendidos como que están fuera de toda duda alcanza a no menos de los siete octavos del total. El octavo restante, por lo tanto, formado por cambios de orden u otras trivialidades semejantes, constituyen todo el campo de la crítica textual».

Hablando de esta pequeña parte, el octavo restante, el Dr. Warfield, otra autoridad en la investigación textual del Nuevo Testamento, afirma que el 95 % de todas las variantes en el texto del Nuevo Testamento «tienen tan poco apoyo que su adopción o rechazo no causaría una diferencia apreciable en el sentido de los pasajes donde ocurren». Por cierto, con absoluta seguridad se puede afirmar que ninguna oración completa ha desaparecido de los manuscritos. Para nuestra fe estas mil variantes no tienen significación. El Dr. Hort y el Dr. Westcott en la trascendental introducción a su obra *The New Testament in the Original Greek*, declaran: «Lo que en algún sentido

podrían llamarse variantes sustanciales es sólo una pequeña fracción de todas las variantes restantes y, difícilmente, llegan a formar una milésima parte de todo el texto.»[3]

Sir Frederic G. Kenyon, autoridad mundial de primera fila en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento, afirma: «La autenticidad y la integridad general de los libros del Nuevo Testamento puede considerarse como definitivamente establecida... El cristiano puede tomar su Biblia en la mano y decir sin temor ni vacilaciones que tiene en ella la verdadera Palabra de Dios, transmitida sin pérdida esencial de generación en generación a través de los siglos.»[4]

Sin embargo, es cierto que Dios ha soportado la introducción de ciertas faltas en la copia del texto sagrado. La historia de la formación de los textos del Antiguo y el Nuevo Testamento demuestran esto sin contradicción. Sólo necesitamos referirnos al aparato crítico del Testamento Griego de Nestlé, así como a las correspondientes referencias en todos los comentarios científicos y en las ediciones del texto griego original.

De esto se deriva una difundida objeción contra la creencia en la inspiración plenaria. Se dice, en consecuencia, que toda la cuestión de la inspiración plenaria queda demostrado de antemano que es infructífera, más histórica y teórica que práctica, una cuestión del pasado más que del presente. Los textos originales de la Biblia, en ningún caso, están a nuestra disposición. Además, que nadie cuyo juicio pueda tomarse en serio afirmará que

---

3. *The New Testament in the Original Greek*, 1882. p. 2.

4. F. G. Kenyon, *The Bible and Archaeology*, 1940, pág. 228. F. F. Bruce (Universidad de Sheffield), uno de los hombres más extensamente leídos de nuestra generación en el campo de la historia, la arqueología y la literatura bíblica, dice: «No hay mayor autoridad en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento, que Sir Frederic Kenyon». El testimonio de un sabio y especialista como Kenyon es en todo digno de consideración en conexión con el tema que estamos tratando.

F. G. Kenyon, *Our Bible and the Ancient Manuscripts*, Londres, 1939, p. 23. F. F. Bruce, M. A. *The Books and the Parchments*, Londres, 1950, p. 180.

la traducción que usa, aunque haya sido hecha con mucho cuidado y sea altamente estimada, en cualquier idioma, no contenga errores en detalles, sea absolutamente perfecta y extraordinariamente clara. Por supuesto, esto último no se puede decir sin limitaciones de lo mejor de nuestros textos existentes del hebreo y del griego. Solamente la ignorancia evidente de los hechos de la historia textual pueden hacer afirmaciones en sentido contrario. En vista de todo esto, preguntan, ¿no se ve que *no hay una diferencia real* si uno cree o no en la inspiración total de los textos originales, puesto que sólo se presupone que, en general, reconocemos que la Sagrada Escritura es fundamentalmente la Palabra de Dios, aun así, por las circunstancias, estuviera ligada desde el principio a ciertas imperfecciones humanas? Es un hecho claro que nadie, en la actualidad, tiene el texto original.

Nuestra respuesta es la siguiente:

No subestimamos el peso de esta objeción. No es posible una refutación matemática, pero tampoco es necesaria. Así como en nuestra relación con la «Palabra viva», Cristo, en la relación con la Palabra escrita, la Biblia, nos encontramos completamente descansando en la fe personal. Al mismo tiempo, la fe presenta contra esta objeción postulados completamente definidos y claros. Señalamos a nuestro lector los siete principales argumentos de nuestra discusión en cuanto al carácter inspirado de la Biblia como el registro dado por Dios de la historia de la salvación.[5]

Sin embargo, debemos afirmar con énfasis: *Hay una gran diferencia entre las dos actitudes.*

Es algo completamente distinto si uno declara:

a) que al crear las Sagradas Éscrituras Dios dio un registro de la salvación originalmente libre de errores y completamente inspirada y, con la obra continua del Espíritu Santo, es la roca donde descansa nuestra vida de fe y, a la cual nosotros, por medio de una cuidadosa ex-

5. Páginas 138 a 189. Las siete aparecen juntas en el Indice del libro.

ploración del texto, por medio de la traducción y la exposición científica y espiritual, todo bajo la autoridad de Cristo, trataremos de acercarnos lo más que sea posible; o

b) que Dios no ha dado un libro divino completamente inspirado y que, por lo tanto, aun la más científica investigación en cuanto al texto y la mejor traducción hecha con la plenitud del Espíritu Santo no puede llegar a producir ese registro final, obligatorio y fundamentalmente de origen divino, porque tal libro de Dios, como roca fundamental jamás ha evistido en *esta* forma.

En consecuencia, esta diferencia es de la más alta significancia y, precisamente, con referencia a nuestra actual actitud hacia la Biblia. Por lo tanto y, por esta misma razón, el que cree en la inspiración completa de la Biblia, en los documentos originales, sin lugar a dudas, respaldará la labor científica en cuanto a la historia del texto y su investigación. Por cierto, mientras más rechazamos la crítica incrédula contra el *contenido* de la Biblia, más apoyo damos a la investigación crítica del *texto.* Precisamente debido a esta actitud creyente deseamos conocer con la *máxima exactitud posible* lo que Dios, originalmente, dijo en su Palabra perfectamente escrita.

Y, en general, hay más diferencia si uno al cavar llega al final a una roca sólida, sin grietas, extensa, que si llega a un subsuelo que en gran medida es firme, pero que en ciertas regiones está mezclado con arena. Aun más, bajo ciertas circunstancias, para el que duda de la inspiración total, cada uno de acuerdo con su actitud subjetiva —unos más, otros menos— hay pasajes de las Escrituras que les parecen dudosos, sean breves o extensos, aun cuando la crítica textual ha probado que son, indudablemente, genuinos.

A la pregunta de por qué Dios permitió que los manuscritos originales de los escritores sagrados se perdieran, respondemos, *primero*: Si todavía existiesen serían adorados como reliquias, adorados como los israelitas lo hicieron con la serpiente de bronce, que de una manera similar había sido, originalmente, relacionada con una

obra maravillosa de Dios (Nm. 21:8; 2 R. 18:4). Y *segundo*: En todo caso nunca desaparecería la duda de si aquellos, en realidad, son o no los manuscritos originales. Así que la certidumbre no se alcanzaría con la presencia de los manuscritos originales. Podrían más bien haber sido un peligro, produciendo confusión religiosa, que una ayuda. En la ausencia de los manuscritos originales ha obrado la sabiduría divina.[6]

6. Aun más, ¿qué pasaría si el tenedor de uno u otro de aquellos manuscritos los hubiera falsificado astutamente y de ese modo estuviera en condiciones de reclamar autoridad bíblica para errores mortales? (G. H. Lang, traductor de la versión inglesa).

18

La inspiración: en analogía con la revelación de Dios en la naturaleza

Creemos en la inspiración plena como digna de Dios en vista del hecho de que en la creación, que es la revelación divina en la naturaleza, los objetos más pequeños están ordenados con el mayor cuidado y exactitud.

Desde los mayores representantes del mundo estrellado hasta las menores criaturas y plantas, incluidas las moléculas, átomos y electrones de que está compuesta, la naturaleza está construida con una exactitud inconcebible según las leyes más refinadas y poderosas. Por lo tanto preguntamos, la Suprema Majestad, viendo que ha ordenado en forma tan maravillosa la forma más baja de su revelación, esto es, su revelación en la naturaleza ¿habrá empleado un menor cuidado en la revelación más elevada y noble, esto es, su testimonio en la Palabra escrita?

El ala de cada mariposa con sus cientos de miles de escamas; el ojo de una mosca con sus seis o siete mil lentes; la tela de una araña con sus trescientas hebras

por hilo, todo ello son un testimonio de esta exactitud. Las 306 placas de la armadura del escarabajo, los 8.000 pares de músculos del gusano de seda, los 700 aletazos por segundo del jején, las espermas de las 300.000 especies de hongos, que son tan pequeñas, que una de cada especie no lograrían llenar un dedal ¿no son todos ellos una prueba directa e irrefutable de que no sólo no es indigno de Dios, el Mayor de todos, controlar las cosas pequeñísimas, sino que antes al contrario, ello demuestra en forma más plena y en el grado más elevado su grandeza? O podemos pensar en la maravillosa estructura de la abeja; en las antenas del zángano hay 31.000 pelillos sensitivos, 5.000 facetas (lentes) hay en cada ojo de la abeja, todos exactamente hexagonales. Los 440 aletazos por segundo le permiten alcanzar una velocidad de más de sesenta kilómetros por hora, la velocidad promedio de un tren. Finalmente ¿qué diremos de los infusorios, algunos de los cuales son tan pequeños que de una variedad de Bohemia se pueden encontrar no menos de 225 millones de placas del blindaje de ellas en un centímetro cúbico? Esto por no decir nada del maravilloso poder del diezmilésimo de gramo de materia animada, que es el cerebro de una hormiga, o de los sistemas planetarios que son la base de la materia, o de los demás millones y millones de maravillas del microcosmos, del mundo de las cosas más pequeñas. Por último, considerando que el Señor dijo que hasta los cabellos de nuestras cabezas están contados (Mt. 10:30), ¿estará Dios menos preocupado de los detalles de su Palabra por los cuales desea guiar a millones de seres humanos, de existencia inextinguible, a la salvación, a la bienaventuranza y gloria de todas las edades de la eternidad?

19

La inspiración: demostrada por la armonía de toda la Escritura

Creemos en la inspiración plena debido a la armonía de todas las partes individuales del testimonio bíblico.

El Libro de Dios fue escrito en tres idiomas distintos: hebreo, arameo y griego. El Nuevo Testamento fue escrito por nueve diferentes escritores, el Antiguo Testamento por lo menos por treinta. Diferían en cultura, clase, edad y profesión. Algunos eran profetas, reyes, funcionarios públicos, ministros, pastores de ovejas, un cobrador de impuestos, sacerdotes, pescadores, teólogos, jueces. Los libros difieren en cuanto a lugares y tierras de origen: Babilonia y Efeso, en el pagano puerto de dos bahías de Corinto (Epístola a los Romanos), así como en la apacible calma nocturna del estrellado aire libre de la Tierra Santa (Sal. 8); en Roma, el centro del imperio mundial, así como en Jerusalén, el centro del pueblo escogido de Dios; en las desiertas y escarpadas montañas de los desiertos donde David se refugió, así como en la tierra que

fluye leche y miel. Y, finalmente, aunque había transcurrido un milenio y medio desde Moisés hasta Juan, el vidente de Patmos, lapso en que Dios permitió la terminación del más noble de los libros y, aunque todas estas diversas circunstancias luchaban entre sí, hay una armonía que aun bajo el más crítico cuchillo disector del incrédulo sabe salir airosa una y otra vez.

En contra de la armonía bíblica se hace referencia, frecuentemente, a las muchas supuestas «contradicciones» de la Biblia, especialmente en los relatos del Evangelio como, por ejemplo, en los milagros del Señor y los relatos de la resurrección. Pero, con cuánta frecuencia, y en la manera más sorprendente, se ha descubierto que un conocimiento más exacto del tiempo, o de los contornos, o de las expresiones idiomáticas de los historiadores, tales «contradicciones» sin necesidad de forzar las cosas por medio del ingenio se disuelven y muestran su verdadera armonía. Por lo tanto, la fe, por una variedad de pruebas tiene una base completamente probada y cierta para una jubilosa confianza de que aun en las materias en que aún no tiene quizá la explicación completa, esta explicación existe: ya sea que en algún lugar alguien ya la tiene, o que más temprano o más tarde nosotros la hallaremos o quizás otra persona nos la explicará. En cualquier caso todo lo veremos, claramente, en el día perfecto.

Con mucha frecuencia nos veremos sorprendidos de lo sencilla que era la explicación y que lo único que pasaba era que no la habíamos comprendido por falta de un conocimiento claro de detalles locales, lingüísticos o históricos. Por lo tanto, la fe está segura de esto, que la Biblia, que con tanta frecuencia ha sido justificada a pesar de sus críticos en una manera semejante será hallada correcta en todas aquellas cuestiones que hoy no podemos responder. Para el creyente el millar de victorias pasadas de la Biblia son justificación y promesa para su confiada esperanza de que habrá aún mayores victorias en el presente y en el futuro. Tal esperanza, basada en innumerables experiencias, ciertamente no es injustificada, anticientífica u obsoleta o anacrónica.

Supongamos que en el curso de largos años llegarán a cierto lugar paquetes de mármol de formas diferentes e irregulares. Que estos viniesen de tres continentes diferentes y de más de cuarenta escritores distintos, que en su mayor parte no han visto a los demás ni han tenido correspondencia. Pero al final es posible construir con estas extrañas piezas sin forma definida una estatua magnífica en hermosura en la que las diversas piezas de mármol se ajustan unas a otras con tanta exactitud que sea imposible hallar la más mínima grieta de separación en ella. ¿No sería esta una prueba irrefutable de que estas piezas con sus diversas formas, esquinas, ángulos y curvas había sido hecha de acuerdo a un plan común de un diseñador inteligente? Nadie podría dudarlo. Ahora, en un modo espiritual esto es, precisamente, lo que ha ocurrido con nuestra Biblia.

O ¿sería posible curar hoy a una persona enferma por medio de un libro de medicina compilado de escritos de cuarenta doctores diferentes que hayan vivido en los tiempos del antiguo oriente y la antigüedad clásica, hombres de Asia Menor, Africa del Norte y Grecia, doctores profesionales y legos, sabios y artesanos; libro al que hubieran hecho contribuciones con recetas aplicadas en el transcurso de mil quinientos años, es decir, desde la mitad del segundo milenio antes de Cristo hasta el fin del primer siglo después de Cristo? Pienso que no. Pero la Biblia es, realmente, medicina para todo el mundo, la medicina para nuestras almas. Millones y millones de personas de todos los tiempos y tierras han experimentado su poder sanador; y aunque sus partes más antiguas tienen más de 3.300 años, su poder sanador es tan vigoroso hoy y su palabra sanadora es tan efectiva y vivificante como si todo el libro estuviese recién escrito.

Toda la Sagrada Escritura es portadora de una doctrina y muestra un camino de salvación para nuestra vida interior. Aunque los caminos revelados de Dios han sido diversos en los diferentes períodos hay un principio vital que todo lo penetra, y esta unidad encontrada en todas estas muchas variedades y diferentes formas prueba que hay un patrón y un plan divino armonioso subyacente.

20

La inspiración: testificada por la estructura uniforme de la historia de la salvación

Creemos en una inspiración plenaria orgánica que se explica por sí sola debido a la unidad histórica de la revelación testificada por la Biblia.

Esto es lo más maravilloso de la Biblia: A pesar de la más asombrosa variedad es un organismo unido, un sistema armonioso, lleno de vida y animado por *un* espíritu.

Por cuanto la revelación de Dios es un progreso histórico coordinado, su registro escrito debe ser también un todo coordinado, histórico, sistemático, un bien ordenado sistema profético e histórico. Por lo tanto, como en el desarrollo de la salvación misma, en este Libro Dios presenta la verdad de la redención no en una forma abstracta, intelectual, filosófica, sino como una instrucción concreta, comprensible, viva y natural y por medio de revelaciones históricas graduadas, progresivas. Es justamente eso lo que concibieron hombres de la iglesia

evangélica como Bengel, Oetinger, Beck y Blumhardt, y antes que ellos, como su raíz común, el expositor holandés Juan Cocceius de Leyden, las Escrituras como un edificio hábilmente construido, el plano del cual estaba preparado de antemano, y de todo el sistema del que Cristo es fin, un sistema medido y proporcionado, en el que cada parte separada está orgánicamente incorporada como miembro del todo. Todo resplandece con el orden más sabio y sin ninguna confusión. La armonía de cada parte constituye la transparencia y claridad del todo.

Por lo tanto, todos los libros presentan una verdad y una doctrina, en razón de lo cual se explican, mutuamente, y un texto se explica por otro texto, la Escritura por la Escritura. El tema del reino de Dios y sus dispensaciones planeadas es la melodía clave de toda esta sinfonía divina. «Pero tenemos que inclinarnos observantes y atentos para comprender la armonía dada», y en la medida que esto se hace con humildad, fe y obediencia, la gloria divina de la Biblia siempre se levantará nueva ante nosotros y, de punto en punto, de detalle en detalle, se estará estableciendo en forma viva y la unidad histórica y la grandeza de las Escrituras que alcanza hasta las materias más pequeñas, siempre demostrará, de nuevo, su carácter inspirado.

Además de los muchos detalles, pequeños o grandes, de acuerdo con la profecía y el cumplimiento se ve esto, especialmente, en la formación general interna y en la armoniosa estructura del todo según se revela en la secuencia de períodos y dispensaciones con sus respectivas metas.

Por cierto ¿podía haber estado formada más claramente de lo que fue la preparación de la salvación en el Antiguo Testamento para avanzar hacia una consumación?

Primero, en la antigua historia bíblica, como fundamento histórico de todo el curso, hay dos períodos principales de revelación que en la forma de una polaridad están armoniosamente opuestos y unidos unos con otros.

Después de la exclusión del Paraiso durante el curso de muchos siglos estuvo en fuerza el principio de la *autodeterminación* sin ninguna revelación de la ley di-

vina y sin una autoridad humana ordenada por Dios (desde Adán hasta Noé).

Luego, cuando este principio demostró el fracaso del hombre, se introdujo el armoniosamente opuesto principio del *control por una autoridad* («El que derramara sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada», Gn. 9:6), y luego siguió el desarrollo de la historia humana con autoridad humana y la formación de reinos y estados (véase la lista de las razas, Nimrod, Gn. 10).

Luego, como esto también fue falsamente pervertido por el hombre (Babel), vino el cambio de Dios del universalismo de la revelación original al particularismo (una parte separada) de la revelación limitada a Abraham y luego a Israel. Pero la meta de bendecir a todos los pueblos y, por lo tanto, la consecución cierta de la gloriosa meta del universalismo permaneció inamovible (Gn. 12:3; Gá. 3:8). ¿No es esto, al principio mismo de la historia, un trabajo educativo congruente, muy sistemático, interiormente coordinado, claramente dirigido hacia una meta?

Y ¡qué armonía y solidez se ve en la orientación posterior de la preparación de la salvación desde Abraham hasta Cristo! Justamente aquí se ve una, absolutamente clara, completamente insuperable orientación de la historia hacia el Redentor y su obra como meta.

Nuevamente hay dos períodos principales, dos pactos principales (Abraham y Moisés) en armonioso contraste y que comprenden:

primero, una educación de la *fe* que dura dos mil años (el pacto con Abraham);

y luego, como suplemento, por un milenio y medio, educación en el *arrepentimiento* (por el despertar de la conciencia de pecado por medio de la ley de Moisés).

¿Podría haber una preparación más adecuada para el desarrollo de la salvación del Nuevo Testamento? ¿No era este el gran objetivo, que el pecador se salvase? Esto no podía efectuarse sino con la condición de la vuelta del pecador hacia Cristo como su Salvador personal, esto es, condicionado a su conversión.

Y ¿no es la conversión la suma del apartarse de y volverse a, de decirle «no» al yo y «sí» a Cristo, esto es, arrepentimiento y fe?

Vemos ahora en el Antiguo Testamento estos dos períodos con estas dos metas principales, fe y arrepentimiento. Así que ¿no es la conversión, como unidad de estos dos, muy evidentemente el centro y meta educativo de toda la revelación preparatoria del Antiguo Testamento?

¿Puede haber en el mundo un sistema histórico más transparente que este en el que vemos los dos períodos sobresalientes (Abraham y Moisés) que contienen como sus respectivas metas educativas exactamente los dos requisitos principales (fe y arrepentimiento) que son indispensables en la actitud *subjetiva* del hombre hacia Dios si es que va a recibir la salvación gratuita de Dios?

Y, del mismo modo, ¿no está todo el Antiguo Testamento dirigido precisamente con un maravilloso sistema hacia la obra *objetiva* del Redentor mismo?

Como rasgo principal en el pacto de Dios con Abraham (visto, especialmente, en el nacimiento y en el ofrecimiento de Isaac) está la fe en la gracia *vivificadora* de Dios y en su poder de *resurrección*. En la ley de Moisés está la sentencia de *muerte* dada por Dios contra el pecador como el resultado más profundo y triste del juicio de Dios.

Así tenemos que este último señala, claramente, hacia el Gólgota y el primero a la resurrección de Cristo. Así estos dos (Abraham y Moisés), en su unidad contraria, en forma visible y perceptible dirigidos hacia los dos lados de la obra salvadora del Redentor y se hace manifiesto que todo el Antiguo Testamento está orientado no solamente hacia el fin subjetivo de la conversión del pecador (arrepentimiento y fe), sino también hacia el fin objetivo de la obra redentora del Salvador de los pecadores (muerte y resurrección) y, así a la experiencia humana, de salvación así como el acontecimiento central de la salvación obrada por Dios.

Uno tiene que estar muy ciego para no ver en todo esto un plan divino perfecto, establecido anticipadamente, con una meta definida prevista, clara y concreta.

Y ¡qué coordinada orgánica e internamente es también la estructura del desarrollo de la salvación en el Nuevo Testamento!

Primero, en el testimonio de la Palabra y el Espíritu ocupa el centro mismo el Cristo *ausente*, que se ha ido al cielo, durante el período que queda entre su primera y su segunda venida. Luego, después de la *parousía* (llegada, regreso, presencia) reina revelado en gloria el Cristo *presente*. Primero encubierto, luego revelado; primero encubrimiento, luego revelación; primero incomprendido, luego reconocido; primero humillación y luego exaltación; primero corona de espinas, luego la corona real de triunfo. Y con respecto al lado humano, primero la salvación conocida por fe, luego la salvación vista por todos.

Además, respecto de la expansión de los círculos de luz dentro de las zonas y esferas de la creación vemos, claramente, tres etapas: primero, la reunión de la iglesia, luego la bendición de las naciones y finalmente un nuevo cielo y una nueva tierra, el universo transfigurado. Así también aquí hay un plan claramente perceptible, armoniosamente graduado, progresivo, magnificente.

Pero por sobre todo esto, sobrepasando todo en el grado más elevado e imponente, la progresividad y solidez del plan divino se muestra en el desarrollo gradual de la autorrevelación personal del Dios Redentor mismo.

Primero, en el presente período de la iglesia la actividad especial del Espíritu de Dios; luego en el reino visible de Dios en el tiempo del fin, el período que precede a la consumación, el *reinado* del *Hijo* de Dios; finalmente, en el estado eterno, el reino de gloria de Dios *Padre* (1 Co. 15:28).

Esto significa que toda la revelación del Nuevo Testamento es una revelación triple, rítmica y progresiva del Dios eterno como Espíritu Santo, Hijo y Padre, y se hace evidente que todo el curso histórico de la redención desde Cristo, el centro de la salvación tiene un sello tritonitario; de modo que en este curso universal de la histo-

ria no solamente hay liberación y salvación, sino por, sobre todo, el Dios de liberación y de la salvación mismo resplandece en forma más brillante y radiante.

No puede haber plan de historia más lógico, claro, intencionado, armonioso y magnífico. Pero exactamente esta claridad de propósito y unidad del todo hace que esta historia de la salvación sea una evidencia histórica y universal de su carácter divino. Y dado que la Biblia es el registro escrito de esta revelación histórica, la armonía del todo demuestra al mismo tiempo su unidad histórica interna ordenada por Dios y, con ello, la inspiración divina de las Sagradas Escrituras (para un tratamiento más extenso, véase Primera Parte, capítulos 2 y 12).

Lo único que hace posible el estudio de la historia bíblica de la salvación es esta actitud de fe en las Escrituras. Pero para quienes por incredulidad o semiincredulidad toman una actitud imperfecta hacia las Escrituras, especialmente en relación con los primeros capítulos de la Biblia, las profecías de Daniel, la significación salvadora de la cruz, la resurrección corporal de Cristo y su segunda venida personal, para ellos digo, el principio, centro y fin del plan divino de redención será incomprensible y el maravilloso templo divino de la historia de la salvación permanecerá como un edificio cerrado para ellos.

De un modo especial la historia primitiva y final van juntas. El que niega una, normalmente, dudará la otra. Así Paul Althaus (Profesor de Teología en Erlangen) declara: «La historia de la salvación no empieza con un paraiso histórico original y, por lo tanto, no termina con un reino de Dios, final histórico sobre la tierra. El paraíso en esta tierra y el reino milenial van juntos. El paraíso en esta tierra y el reino milenial permanecen o caen juntos.» Aquí se ve que la aceptación o rechazo de la historia de la salvación está directamente relacionada con la actitud personal hacia la inspiración de la Biblia, sea postiva o negativmente.

Alguien ha llamado a la creencia en una inspiración plena, orgánica y de desarrollo histórico «fundamentalmentalismo nivelador». Se ha dicho que «en una falsa

comprensión de la doctrina de la inspiración cada palabra es puesta en un mismo nivel sin tomar en cuenta que el tiempo se ha cumplido, que Cristo ha venido... que solamente desde este punto medio de la línea, de la historia de la revelación de Dios en Cristo debe considerarse y estimarse el pasado y el futuro.» Pero nada puede ser más erróneo que este veredicto. Precisamente es la creencia en la inspiración plenaria la que, con Cristo y los apóstoles, reconoce todos los fundamentos de la revelación que sabe al mismo tiempo, con el Señor mismo, distinguir entre mandamientos «grandes» y «pequeños» de Dios (Mt. 22:38; 5:19), entre afirmaciones inspiradas por Dios acerca de las cosas necesarias para la salvación[1] y arreglos de información histórica de menor importancia inspirados por Dios.[2]

Además, es precisamente la creencia en la inspiración plena histórica y progresiva que distingue entre las dispensaciones y períodos de salvación, entre preparación y cumplimiento, entre aurora del Antiguo Testamento y atardecer del Nuevo. Esto es, precisamente, lo contrario de «nivelar». Más bien aquí se testifica claramente que sobre la base de la revelación bíblica hay progreso de lo más bajo a lo más alto, de crepúsculo a día claro, una articulación múltiple, una cadena de períodos ricamente coloreados, un avance siempre hacia arriba. Esta no nivelación de las declaraciones y períodos bíblicos es la presuposición precisa para todo estudio de la historia de la redención en el que la fe en la inspiración plenaria siempre ha percibido a meta y corona de sus esfuerzos espirituales e intelectuales en la búsqueda de la verdad divina.

Sin ningún otro compromiso agregamos: Aun estas palabras de Dios que ocupan los lugares bajos como revelación tienen plena validez y, admitiendo todas las dife-

---

1. Tales como la encarnación del Redentor, su obra substitutiva, su resurrección corporal, la demanda de arrepentimiento y fe, y la recepción del Espíritu.

2. Tales como la afirmación de Cristo acerca de diezmar la menta, el eneldo y el comino (Mt. 23:23), o la palabra de Pablo acerca de su capote que debía ser enviado con Carpo (2 Ti. 4:13) o su consejo dietético a Timoteo (1 Ti. 5:23).

rencias y no nivelaciones, no tenemos derecho a descuidarlas o de estimarlas livianamente. La Palabra de Dios sigue siendo la Palabra de Dios, ya sea que hable de las cosas necesarias para la salvación o de cosas externas, de cosas eternas o temporales, o si es una instrucción del Señor en un plano elevado o bajo de la revelación. Aquí el hombre no tiene derecho a hacer diferencia, quizás en el sentido que él cree y sigue la una como importante y rechaza la otra con errónea o supérflua. Si no en otro caso, aquí se aplica el principio que Cristo mismo declara que uno debiera hacer esto y no descuidar lo otro (Mt. 23:23).

Aún más, lo que parece poco importante para uno puede tener una significación esencial para el otro. Acerca de las palabras de Pablo en cuanto a sus libros y papiros (2 Ti. 4:13), hay un interesante incidente que muestra el valor de cada palabra de las Escrituras. Alguien le preguntó a J. N. Darby qué pérdida habría si no se hubiera preservado aquella nota. Respondió que, por lo menos, él habría sido el perdedor porque en sus días ascéticos de ministerio había pensado deshacerse de su biblioteca, pero fue este cuidado de Pablo por sus libros lo que lo había retenido. Cuando se considera el vasto beneficio que a la larga recibió la iglesia del uso que hizo Darby de su biblioteca exclusiva y valiosa, tenemos un notable ejemplo del valor de cada palabra del libro de Dios.

En un organismo los miembros de menor importancia están penetrados de la misma vida. La Biblia es un organismo espiritual completamente penetrado por la vida de Dios. Un chino pagano le pidió un Evangelio a un misionero. Este sólo tenía a la mano el Evangelio de Mateo. Lamentaba no haber tenido a la mano para darle el Evangelio de Juan, porque Mateo comienza con su larga genealogía que es tan extensa y tiene, aparentemente, tan poco de interés. ¿No podría ocurrir que después de leer unas pocas líneas el lector perdiera el interés y dejara de leer? Pero, ¿qué ocurrió? Al día siguiente el chino volvió y expresó su complacencia en que el principio del libro hubiese sido de tanto interés. Como sabemos,

los chinos tienen en alta estimación el que se honre a los antepasados y aquel del que hablaba el libro tenía que ser alguien muy especial para tener un árbol genealógico tan importante que abarca tantos siglos. Esto había despertado inmediatamente su interés en la historia de ese hombre. El principio lo había inclinado favorablemente para continuar la lectuara con doblado interés.

De modo que en las Sagradas Escrituras todo tiene su significación e importancia. Una palabra de la Biblia que en un momento pudiera no significar mucho para una persona, para otra puede teenr una importancia especial. La Biblia no es el libro de Dios para ciertos individuos, sino para *todos*. Por lo tanto, debe contener mensajes adecuados para cada uno y, todo en ella es dado por Dios, útil y necesario.

No pasamos por alto los problemas que surgen debido a este fe, especialmente los de tipo geológico y cronológico. Pero los problemas no resueltos no son impedimentos a la fe que descansa en Cristo y el testimonio de los apóstoles. Los problemas que parecían insolubles, muchas veces, han sido aclarados, repentinamente, y la Biblia ha sido justificada en lo que había sido acusada de errores científicos o históricos. En una carta a Jerónimo Agustín dijo con justicia: «Si en esto o aquello tropiezo con algo que parece no concordar con la verdad no me cabe duda de que o la copia es defectuosa o el traductor no expresó en forma debida el pensamiento del original, o que yo no entiendo la cuestión.» En todo caso, la fe sabe esperar.

Así, en gran medida, la cuestión acerca del reino milenial es una cuestión de inspiración. La escatología y la fe en la inspiración son inseparables.

La esperanza de un reino visible de Dios en el escenario de esta tierra es evidente en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. En un centenar de lugares es el tema. «Espiritualizarlos» todos es contrario a la exégesis exacta. Las promesas de la primera venida de Cristo se cumplieron en forma literal. Cristo nació, literalmente, en Belén (Mi. 5:2), fue literalmente traicionado por treinta monedas de plata (Zac. 11:12), y en la cruz fue literalmente clavado

de manos y pies (Sal. 22:16). Literalmente echaron suertes sobre sus vestidos (Sal. 22:18), literalmente sus huesos no fueron quebrantados (Sal. 34:20) y literalmente fue traspasado su costado por una lanza (Zac. 12:10).

Combinadas con estas profecías de su primera venida aparecen, con frecuencia, en la *misma oración* profecías de su segunda venida y, por el significado claro de sus palabras y por su cumplimiento posterior en la vida de Jesús de Nazaret, es evidente que la primera parte de tales oraciones deben ser tomadas literalmente. Por lo tanto, ¿quién puede justificar que se tome «espiritualmente» la segunda parte de la misma oración (por ejemplo, Lc. 1:31-33)? ¿Quién nos derechó a decir que judío significa cristiano, que Jerusalén ahora significa solamente iglesia y que Canaán es el cielo? No, la espiritualización de estas promesas del reino mesiánico dadas por la libre gracia y, evidentemente, para ser entendidas literalmente y la transferencia de ellas a algún otro sistema corporativo eran nada más que una brecha velada del pacto de Dios con relación a Israel. Pero esto es imposible.

Es completamente evidente que los profetas del Antiguo Testamento esperaban por sobre todo una renovación y conversión *espiritual* de Israel (Zac. 13:1; Ez. 36:26; Is. 4:4), a lo cual Pablo se refiere, especialmente, en el Nuevo Testamento (2 Co. 3:16; Ro. 11:24-26), y es igualmente cierto que anunciaron una renovación *espiritual* de las naciones (Sof. 3:9; Is. 2:4; etc.). Pero en forma, igualmente clara y en declaraciones que están fuera de toda posibilidad de ser malentendidas, numerosas profecías anunciaron un regreso de Israel a la tierra de sus padres en el tiempo del fin y una restauración *nacional* y *territorial* (Is. 11:11, etc.).

En palabras claras, que no admiten otra interpretación, declaran que para el tiempo mesiánico del fin esperaban la unificación del reino de las dos tribus con el reino de las diez tribus y la soberanía del Mesías sobre las 12 tribus como un pueblo y una sola institución civil, en una unidad racial nacional (Ez. 37:15-24).

Con indisputable claridad proclaman como un mensaje divino que los que fueron esparcidos por todo el

mundo serán llevados de regreso y esto a su *propia* tierra (Ez. 28:25), la tierra de sus *padres* (Jer. 16:15), *esta* tierra (Jer. 32:41), la tierra de Israel (Ez. 11:17), en Galaad y el Líbano. Estas palabras pueden significar solamente la bien conocida zona geográfica del Asia Occidental en la que habitó anteriormente Israel y que inequívocamente está señalada por estas claras expresiones (Zac. 10:10).

Además declaran que el lugar principal de adoración estará en Jerusalén. Y, por cierto, no para Israel solamente sino para los gentiles renovados (Is. 2:1-3; 27:13; Zac. 14:16), y que de este pueblo de Dios renovado, Israel, habitando en la Tierra Santa saldrán poderosas influencias sobre todas las naciones (Mi. 4:1-4; 5:8; Zac. 12:6). No era tarea difícil multiplicar estas pruebas. La exégesis sana no puede pasar por alto esta esperanza profética del Antiguo Testamento de una restauración terrenal, territorial y nacional de Israel. Pero, por supuesto, todas estas profecías no se aplican a Israel inconverso, sino solamente al Israel final, espiritualmente renovado, creyente en el Mesías.

En forma similar es innegable que el Apocalipsis de Juan espera un reino de Dios que queda entre la aparición del Señor en gloria y la renovación propiamente tal del universo. Porque primero en el capítulo 10 habla de una venida de Cristo como glorioso vencedor, que acompañado por huestes de ángeles desciende del cielo abierto, destruye a sus enemigos y, como Rey de reyes y Señor de señores, exhibí su poder vencedor. Solamente después de esto, en el comienzo y mediados del capítulo 20, habla del reino de mil años (20:3-7), que así, en forma clara, lo presenta como una consecuencia de la victoria así descrita; y no es sino, hasta entonces, hacia el final del capítulo 20 y en el capítulo 21, después de los catastróficos acontecimientos finales que habla del gran trono blanco, del colapso mundial, de la transfiguración del mundo y la renovación mundial (20:11-15:21).

En consecuencia, el bien conocido teólogo alemán Profesor Paul Althaus dice correctamente: «El argumento bíblico no puede ser refutado afirmando que los pasajes nombrados no hablan de un tiempo del fin anterior a la

consumación. En cuanto a 1 Co. 15:23-25 uno podría tal vez preguntarse hasta qué punto se encuentra detrás de esta intimación el pensamiento de un reino intermedio; pero no puede haber duda en cuanto a Ap. 20:4-7.» Pero cuando, a pesar de esto, edificando sobre razones internas, Althaus y muchos otros rechazan un reino milenial visible pueden hacerlo solamente (si piensan, lógicamente como Althaus) sobre la base de un punto de vista debilitado de la inspiración con cierto grado de influencia de la alta crítica. El profeta, Juan el apóstol, «estaba, ciertamente equivocado» (Althaus).

En realidad, «espiritualizar» estas promesas, quizá por referirse a Israel que no aceptó al Mesías y en consecuencia fue desechado y transferido a otro cuerpo en esta forma «espiritual», a la iglesia, no significaría otra cosa que estas promesas del reino *en su sentido veterotestamentario literal jamás se cumplirán.* Por una explicación lógica del significado real de las profecías del Antiguo Testamento es inevitable declarar con Paul Althaus (que es uno de los principales líderes de este método de espiritualización) que la «historia ha tomado un curso completamente diverso del esperado en el libro de Daniel... En contradistinción con teólogos más antiguos debe decirse, claramente, que el Antiguo Testamento contiene, a veces, creencias «erróneas»; profecías por profetas llamados por Dios las cuales Dios, según el sentido claro del Antiguo Testamento, no cumple, esperanzas que El frustra. También hay esperanzas que el profeta estaba cierto de haber recibido de Dios y han «fracasado». Su cumplimiento espiritual en Cristo significa, al mismo tiempo, que en su significado veterotestamentario no se cumplirán... Uno debe decir, definitivamente, que el cumplimiento del Antiguo Testamento en Cristo es, al mismo tiempo, una crítica y una anulación de aquellas profecías en cuanto a su realización terrenal nacional. Las promesas de una elevada posición terrenal para Israel son y serán, no solamente, cumplidas «espiritualmente en Cristo»... sino a través de este cumplimiento su forma terrenal y nacional es destruida... Cuando Jesús rechazó en forma vehemente el ideal mesiánico nacional de sus con-

temporáneos, con eso estuvo en cierta medida contra los grandes profetas. En realidad, pasa a ser una oposición y conflicto real. Hay otro espíritu, un antagonismo para el cual no se puede hallar reconciliación si hubiera de venir después en un reino milenial lo que todavía no se haya cumplido en Cristo... Desde que Cristo vino no podrá llegar jamás la hora del cumplimiento de la visión de Ezequiel (capítulos 40-48) de una nueva Jerusalén sacerdotal».

En estas palabras, que sólo podemos repudiar, se pone el único fundamento sólido e inequívoco y lógico para la negación del reino milenial y de toda espiritualización «pura» del significado de la profecía del Antiguo Testamento. Esto se dice bajo la suposición de que los pasajes proféticos del Antiguo Testamento han sido, realmente, tomados en el sentido en que los profetas les quisieron dar y en el que ellos expresaron. *La exégesis correcta de la profecía y el método de espiritualización pueden conciliarse solamente sobre la base del reconocimiento de la alta crítica.*

Así que estamos, inevitablemente, ante una triple elección:

La falsa exposición de la profecía y luego, por cierto, la posibilidad de un método de espiritualización, aun con una creencia personal completa en la inspiración de las palabras proféticas;

o una exposición correcta de la profecía, y, sin embargo, la posibilidad de pura espiritualización con la aceptación de una cierta medida de crítica bíblica, presumiendo que los problemas se piensan, lógicamente, hasta sus más profundas raíces (como lo hace, correctamente, Althaus);

o, finalmente, una correcta interpretación de la profecía unida a la creencia en la inspiración plenaria, pero luego con la esperanza de un cumplimiento literal de estas promesas, reconocidas en su sentido literal y, por lo tanto, con cumplimiento literal en un reino visible de Dios en los días del fin.

Difícilmente puede existir una cuarta posibilidad.

Por lo tanto, Paul Althaus dice, correctamente, que

«donde uno defiende la antigua concepción de la inspiración uno debe, naturalmente, rechazar todo examen de la profecía del Antiguo Testamento: el Nuevo Testamento entonces *completa* aquellos mensajes proféticos por medio del cumplimiento y por medio de nuevas promesas, pero no lo *examina críticamente*».

Del gran número de representantes del método de la espiritualización hemos citado especialmente al Profesor Althaus porque él, como sabio de elevado rango científico, ve claramente y admite, francamente, el significado real y original de las profecías del Antiguo Testamento, sin tratar de atribuirles anticientíficamente un sentido que es ajeno a ellas; y debido a que él, como pensador, piensa los problemas hasta el fondo y tiene, además, el valor de expresar el principal fundamento de este método de espiritualización si los textos del Antiguo Testamento han de ser tomados en su sentido indiscutible y obvio. No todos los representantes del método de espiritualización ven y expresan con la misma claridad, transparencia y solidez. Pero aquí su posición está presentada con absoluta claridad. (Para nuevas observaciones acerca del método de espiritualización, véase Tercera Parte).

Pero *nosotros*, de acuerdo con la mayoría de los expositores científicos de la Biblia y estudiosos de las Escrituras de diversas iglesias cristianas, iglesias libres y asambleas que son fieles a la Biblia, declaramos que *todas* las palabras de las profecías deben cumplirse. Deben cumplirse literalmente, realmente y completamente, y en el mismo sentido que tienen originalmente. El hecho de que además de esto Dios cumpla una profecía en un grado aún más elevado, espiritual y eterno, sobrepasando la redacción del mensaje dada por el Espíritu y a la comprensión misma del profeta, no es prueba que con eso el sentido original y literal se haya disuelto y que las esperanzas, hasta donde Dios mismo por medio de la profecía inspirada las ha evocado, vayan a ser frustrada en algún momento. No, el Dios eterno, inmutable y fiel, siempre cumple su palabra y lo hace siempre en el mismo sentido en que las dio al principio. Pero es su gracia abundante que, frecuentemente, sobrepase al sentido ori-

ginal y sorprendida a la fe expectante por la revelación de mayores bendiciones que al principio se hallaban escondidas, pero ya desde el comienzo immanentes y en su cumplimiento final infinitamente más ricas. «Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Ro. 11:29).

Naturalmente la explicación completa de la profecía no vendrá antes de su cumplimiento. Los detalles exactos, las etapas y secuencias de todos los acontecimientos intermedios Dios aún no los ha revelado, pero en jubilosa confianza la fe puede mirar hacia el futuro con la seguridad que Dios ha dado a conocer sus líneas principales. La meta se alcanzará en la forma debida, el reino de Dios triunfará. El plan redentor del Eterno, que ha avanzado a través de las edades y períodos de revelación, será completada hasta que Dios sea el todo en todos (1 Co. 15:28).

Para nuestro poder de pensar y de percepción podría no ser fácil imaginar los detalles de este reino terrenal del Cristo celestial. Podría también ser difícil para nosotros poder comprender inteligentemente cómo es que habrá un reino de Dios en este nuestro mundo, reino en que las fuerzas del pecado y la muerte serán, ciertamente, debilitadas, pero no enteramente destruidas (Is. 65:17, 20; compárese con *El Triunfo del Crucificado*, pág. 237). En general toda esta doctrina bíblica de un futuro reino mesiánico de Dios, en la tierra, que se levanta de la casa de David podría ser para muchos una espina, una piedra de tropiezo. Especialmente será una vejación para la mente moderna con su razonamiento científico, su punto de vista filosófico de la historia, sus sentimientos raciales y nacionales, sobre todo, puesto que ahora en muchas tierras el antisemitismo está presente en cierta medida, aunque esté escondido.

Sin embargo, esta dificultad de la fe en la Biblia no puede ser, sencillamente, desechada invirtiendo el sentido de las profecías mesiánicas implicadas y, aún menos, estigmatizando toda la doctrina como fantástica y fanática. La «dificultad» puede ser removida solamente y únicamente por la fe que se inclina ante la palabra divina. Pero con todo, la fe, percibirá que la ciencia eclesiástica y teológica no raras veces ha preparado sus propias difi-

cultades de concepción y fe por allegarse a esta parte de la revelación divina con falsas presuposiciones. Pero esta fricción de la teología y la Biblia puede ser superada por un reconocimiento de fe de toda la Escritura profética.

En este magno acontecimiento Cristo es el centro. El es el sol central de toda la Biblia. Todos los libros de las Sagradas Escrituras dan testimonio de El (Jn. 5:39). A menudo, en aquellos lugares del Antiguo Testamento donde a primera vista no parece así, la instrucción del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento muestra que allí también Cristo era el tema (Heb. 7; Mt. 2:15). Por ejemplo, esto se ve en la aparición de Melquisedec (Gn. 14:18-24), o en el testimonio de Oseas acerca de Israel de que Dios llamó a su Hijo de Egipto (Os. 11:1), y en muchos otros lugares.

Aquí otra vez son las frecuentes escrupolosidades y detalles del texto las que revelan no solamente una inspiración general, sino una especial aplicada a las palabras individuales, oraciones y concordantes gramaticales. Solamente la creencia en la inspiración plenaria puede capacitar a Pablo para dar prueba de las Escrituras en la Epístola a los Gálatas en aquella forma que él acostumbraba (Gál. 3:16). El escribió: «Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas [divinas] y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente la cual es Cristo.» Así Pablo ve las profecías mesiánicas del antiguo pacto como divinamente y exactamente ordenadas aún hasta los más insignificantes detalles del texto, esto es en las terminaciones singulares o plurales de las palabras. En realidad, Hebreos llega hasta señalar que no sólo lo expresado sino también el silencio de Antiguo Testamento es divinamente inspirado. Porque la principal prueba bíblica del sumo sacerdocio eterno de Melquisedec la deduce de lo que *no* afirma el texto sagrado, del hecho de que el relato histórico de Melquisedec en el tiempo de Abraham no menciona padre ni madre, ni principio de vida ni fin de ella, así que el rey sacerdote de Salem, en lo que respecta al texto bíblico, aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, «que ni tiene principio de días, ni fin de vida»; así que,

precisamente, en este respecto él es (tipológicamente) semejante al Hijo de Dios (Heb. 7:3; Gn. 14:18-24). El principio bíblico que es la base de tales pruebas es el de la inspiración plenaria solamente. «La concepción del escritor, ciertamente, llega hasta el punto de creer que el Espíritu de Dios infundió y ordenó no solamente la forma de los hechos de la *historia* sagrada, sino la de su descripción escrita y esto en un grado tal que no solamente las afirmaciones expresas, sino también el silencio tienen importancia mesiánica tipológica» (Prof. J. H. Kurtz).

Un testimonio más de la maravillosa ordenación del texto sagrado es que, a veces, los profetas mismos no entendían las cosas que profetizaban, así que ellos indagaron «escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos». Y por cuanto no tuvieron reposo en cuanto al mensaje entregado y su significado les fue revelado como una explicación general que «no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas» (1 P. 1:11, 12). Este hecho se levanta por sobre toda duda acerca de que, según el testimonio del Nuevo Testamento, la inspiración de los profetas va mucho más allá de la inspiración de sólo los pensamientos o de la persona y se eleva hasta el punto de dar a entender que aun la selección de las palabras fue dirigida por el Espíritu de Dios. Porque cuando, a veces, el mensaje profético contenía cosas que los profetas no entendían y, cuando sus palabras, con las que tenía que revestirse forzosamente el mensaje contenían más de lo que ellos mismos alcanzaban a concebir, tenemos que sólo era posible porque las *palabras mismas* habían sido preparadas y ordenadas por el Espíritu de Dios.

Así, de la actitud práctica del Nuevo Testamento hacia la letra del Antiguo Testamento, se desprende que los apóstoles de Jesús creían en una inspiración plena, aunque no establecieron una fórmula doctrinal al respecto. En el Nuevo Testamento no se encuentra la fe en una inspiración plenaria como una fórmula teológica dogmática, sino como una posesión espiritual práctica. Solamente en 2 Timoteo Pablo se acerca a una declaración formal

acerca de la inspiración del Antiguo Testamento como el Santo Libro de Dios: «*Toda* la Escritura es inspirada por Dios (Gr. *theopneustos*, soplada por Dios, dada por inspiración de Dios), y útil para enseñar, para corregir, para instruir en justicia» (2 Ti. 3:16, 17; véase también 1 Co. 2:13).

21

La inspiración: aceptada por el Señor Mismo y sus apóstoles

Creemos en una inspiración plenaria, digna de confianza, fundados en la autoridad del Señor Jesucristo y sus apóstoles.

Centenares de veces el Antiguo Testamento declara: «Así dice Jehová.» Cristo mismo declaró: «La *Escritura* [lo que está escrito, no solamente los pensamientos o el tema] no puede ser quebrantada» (Jn. 10:34, 35; Gr. *grafe*, de *grafo*, escribir). Aquí se refiere a una palabra de la Biblia que aparece en ese único lugar del Antiguo Testamento. Así, según la concepción del Señor, quienquiera que quebranta la fuerza de esta sola palabra que aparece solamente una vez en un salmo (82:6), disuelve todo el organismo de las Escrituras. La Biblia puede compararse con la túnica sin costuras de Jesús, o con la alfombra de una casa. Uno tiene que dar un solo paso fuera de la alfombra para quedar fuera de ella, o salir por, solamente, una puerta para estar fuera de una casa. Esa firmeza

tenía la creencia de Cristo en el carácter orgánico de la «Escritura». A los discípulos dijo: «Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mi en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos... Así está escrito que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día» (Lc 24:44-47). En el Sermón del Monte había dicho: «De cierto, de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mt. 5:18).

Para Cristo la palabra viva en persona (Jn. 1:1, 14), una jota o una tilde de la palabra *escrita* tenía más valor que todos los mundos estrellados o que los sistemas solares de todo el universo. Aquí tenemos una prueba llena de autoridad y en una forma que le da un peso especial; y Pablo, su gran apóstol, confiesa: «Creo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas» (Hch. 24:14). Por lo tanto, la fe en las Escrituras como revelación, en su indestructible autoridad, no es una deificación no espiritual y fantástica de la letra, sino que tiene de su parte las más grandes mentalidades de la historia, incluso el Hijo de Dios mismo. «La revelación está, no, *continúa* para nosotros en las Escrituras: es continuarla —no anularla— en los textos de la Biblia, en las frases y oraciones, en lo que los profetas y apóstoles deseaban decir y han dicho como su testimonio.»

Es necio objetar diciendo las palabras de Pablo que «la letra mata» (2 Co. 3:6); porque allí «letra» no dice nada en cuanto al texto sagrado y el modo de su inspiración, sino que se refiere, simplemente, a la ley del Antiguo Testamento en cuanto presenta demandas que resultan en la muerte del hombre que aún no ha sido renovado. Esto es en contraste con la revelación espiritual del nuevo pacto en cuanto testifica orgánica e interiormente al hombre renovado y lo hace revivir.

Y Cristo mismo, ¿no dio claro reconocimiento de, precisamente, aquellas partes del Antiguo Testamento que hoy se atacan más encarnizadamente, tales como la historicidad de Adán y Eva (Mt. 19:8; Jn. 8:44), el hecho del

diluvio (Mt. 24:37, 38), la experiencia milagrosa del profeta Jonás (Mt. 12:39, 40)? ¿No da un reconocimiento notable al libro de Daniel? De este mismo libro, que en la actualidad se ve tan atacado por la incredulidad, escogió a principal designación de su persona (Hijo del Hombre, Dn. 7:13, 14; Mt. 26:64); sí, El se asoció con este libro en el único juramento que hizo durante su vida terrenal (Mt. 26:63, 64). Y nuevamente, en este mismo libro de Daniel es donde está arraigada la principal descripción del mensaje de Cristo, «reino de los cielos» (esfera real, señorío de los cielos, Dn. 4:26; «el cielo gobierna»).

Luego tenemos que la mayor parte de sus referencias a Isaías las tomó de la *segunda* parte del libro (capítulos 40-66), que la incredulidad moderna, o la semiincredulidad atribuye a un «Deutero Isaías» (Gr. *deuteros* = segundo). Pero el Señor, así como Pablo, toma pasajes de esta segunda parte y dice: «Como dice Isaías» (Ro. 10:16 con Is. 53:1; Ro. 10:20 con Is. 65:1; Lc. 4:18 con Is. 61:1; Jn. 12:38 con Is. 53:1; Jn. 1:23 con Is. 40:3).

Además, es asombroso que las tres citas con que Jesús enfrentó al enemigo en la tentación vienen del libro de Deuteronomio, a la porción misma del Pentateuco (cinco libros de Moisés) que la incredulidad dice que no son genuinas (Mt. 4:4 con Dt. 8:3; Mt. 4:7 con Dt. 6:16; Mt. 4:10 con Dt. 6:13).

Todo este testimonio adquiere una fuerza mayor de convicción por el hecho de que el Señor y sus apóstoles tratan los primeros capítulos de Génesis y muchas otras porciones que son motivo de ataques en el Antiguo Testamento, no sólo como informes de hechos históricos reales, sino que además obtienen de ellos inferencias doctrinales. El hecho de que el hombre sea hecho a la imagen de Dios (Stg. 3:9 con Gn. 1:27), el orden de la monogamia instituido por Dios (Mt. 19:4-9 con Gn. 2:23, 24), la naturaleza serpentina de Satanás (Ap. 20:2 «la serpiente antigua» con Gn. 3), la sentencia de muerte que ha sido dictada contra la humanidad (1 Co. 15:21, 22), el carácter orgánico de la iglesia de Cristo (Cristo el «segundo

Adán»; Ro. 5:12-21; 1 Co. 15:21, 22), la transfiguración del cuerpo de los resucitados de los muertos (1 Co. 15:45-49) —qué grandes y medulares son todas estas designaciones y verdades bíblicas. Cristo y sus apóstoles las conectaron todas con relatos históricos de la antigua historia bíblica, parte como cumplimiento, parte como contrario a ello. Como conclusión el profesor Ebrard dijo: «¿Es el Nuevo Testamento, verdad? Entonces Génesis 1-3 es historia.»

Es imposible mantener una fe inquebrantable en Cristo y al mismo tiempo dejar de lado este hecho evidente, quizá con la ayuda de ciertas especulaciones acerca de la auto humillación (*kenosis*) de Cristo, o negando la ausencia de error en el Hijo de Dios encarnado, o aun creyendo que contra su mejor conocimiento (!), con propósitos educativos, o en condescendencia, Cristo se acomodó a los errores de sus contemporáneos. Es evidente que Cristo se acomodó al *lenguaje* de su tiempo; pero que se haya acomodado a los *errores* de su tiempo es completamente contradictorio con su perfecta verdad y divinidad. La confiabilidad de la Biblia y la confiabilidad de Jesús van juntas.

Así abrimos la cuestión de la centralidad de la Biblia, esto es, del centro de la Biblia, ...Jesucristo. Creemos en la Biblia por cuenta de El. De la fe en Cristo pasamos a la completa fe en su Palabra también. En Cristo, el centro de la revelación de Dios tenemos también el centro de un punto de vista que es según Dios.

Además, esto solo está en armonía con la fe. Porque Cristo mismo es el «Logos», la forma original de la palabra, el «verbo» personal y viviente, el Testigo fiel y verdadero (Jn. 1:1; Ap. 1:5), la boca de la verdad eterna, sí, la verdad misma (Jn. 14:6). Y fue su Espíritu, el Espíritu de Cristo el que inspiró a los profetas (1 P. 1:11), y el «testimonio de Jesús» es «el espíritu de la profecía» (Ap. 19:10).

Pero aquí estamos en el terreno de la fe. Aún en la vida puramente humana, la autoridad está como algo que no puede ser «probado» sino experimentado.

Todo lo que vive lo percibimos por la intuición (vista directa, interior). La deidad de Jesús de Nazaret y, con ello, su autoridad incondicional en todas las cuestiones de fe y vida no pueden ser probadas matemáticamente; pero la verdad se prueba a sí misma. Aquí entra la experiencia de Cristo, la experiencia del corazón.

22

La inspiración: demostrada por el poder espiritual de la Biblia

Creemos en una inspiración viva y completa debido a la energía espiritual de que se hallan impregnadas aun las porciones más pequeñas de la Biblia.

Con mucha frecuencia se formula la pregunta acerca de cómo puede establecerse la distinción entre los libros de la Biblia como canónicos (*canon* = plomada, norma) y los demás escritos. Además de la prueba de su armonía interna y su unidad histórica, la respuesta se halla especialmente en el «testimonio del Espíritu Santo» (Lat. *testimonium Spiritus Sancti*). Que una mente espiritual lea sólo una vez los muy valiosos escritos de los llamados Padres Apostólicos, líderes de la iglesia primitiva que sucedieron a la generación de apóstoles y escritores del Nuevo Testamento, esto es, que lea las cartas de Clemente, Ignacio, Bernabé, Policarpo o Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles (*Didaché*), el Pastor de Hermas, la Epístola de Diogneto. Por ejemplo, que alguien compare las epístolas

de Ignacio a los Romanos o los Efesios con las cartas del Nuevo Testamento dirigidas a las mismas iglesias por Pablo, o que compare la Epístola de Clemente a los Corintios con la del gran apóstol a los gentiles, o la carta de Policarpo a los Filipenses con la bien conocida carta del Nuevo Testamento. O también se podría comparar los libros apócrifos del Antiguo Testamento con las escrituras del canon hebreo. Siempre el testimonio del Espíritu Santo estará de parte de los escritos bíblicos.

Nadie debe decir que con esto caemos en el error de un subjetivismo arbitrario. El testimonio del Espíritu Santo en las Escrituras se distingue claramente del espíritu humano, aun que sea el del hombre redimido por Cristo. «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios», esto es, testifica de acuerdo con nuestro espíritu que de ese modo se distingue del Espíritu Santo (Ro. 8:16). Es el Espíritu Divino el que reconoce lo que El mismo ha producido. La autoridad del Espíritu Santo es interior, espiritual, directa, autoevidente. No es solamente la autoridad externa de un libro como un producto literario, sino una autoridad completamente espiritual. De la manera que Pablo lo expresó una vez con relación con el Antiguo Testamento, la Sagrada Escritura es «inspirada por Dios» (gr. *theopneustos* = soplada, aliento de Dios, 2 Ti. 3:16). Solamente de este modo adquiere la Biblia su capacidad de producir resultados sobrenaturales. Sólo así se explica la procedencia del poder de las palabras de la Biblia de obrar interiormente y el testimonio de sí que da el Espíritu Santo en los corazones de los creyentes y que ocurre en la Biblia y a través de ella. «El corazón declara: Es verdad, aun cuando tenga que sufrir por ello un centenar de muertes» (Martín Lutero). Juan Calvino dijo correctamente: «Las Escrituras llevan en sí mismas la evidencia de la verdad, así como el blanco y el negro testifican de su propio color y el dulce y el amargo de su sabor.»

La autoridad de las Sagradas Escrituras está basada en la persona de su Autor Divino. Su autoridad se funda, históricamente, en su inspiración. Es objetiva y permanente. La Biblia tiene su autoridad en sí misma.

La convicción subjetiva de su autoridad es el resultado del testimonio interior del Espíritu Santo que se une a sí mismo con la palabra escrita en una forma viva y continuamente activa.

La *inspiración* del Espíritu Santo es una actividad de Dios completada en el pasado. El *testimonio* interior del Espíritu Santo es una obra continua de Dios en todos los tiempos posteriores a la inspiración, incluyendo nuestro tiempo y el futuro.

La inspiración del Espíritu Santo se refiere a la Biblia misma. El testimonio del Espíritu Santo se dirige a sus lectores y oyentes. Por medio de esta obra del Espíritu Santo se procura que ellos sean guiados a la convicción de la inspiración y la autoridad de las Sagradas Escrituras y, por ende, a la obediencia de fe.

De todo esto se desprende que el canon de las Sagradas Escrituras —por parte de Dios y, por tanto, ideal y realmente en sí misma— fue acabada y completada desde el momento mismo en que comenzó la existencia del último libro del Nuevo Testamento. La tarea que venía a continuación era solamente la reunión de los escritos en un solo volumen y su reconocimiento general en la iglesia cristiana como libro que posee autoridad divina, individualmente y como un todo.

Después de vencer ciertas cuestiones e incertidumbres en cuanto a detalles se logró esta meta en el curso de los dos siglos siguientes. Sin embargo, el factor decisivo en este paso no fue el acuerdo humano, ni el decreto de los concilios de la iglesia, sino la autoridad espiritual de la Biblia misma, su vida y poder divino propios, inmanente en los libros desde el primer momento de su origen como resultado de la inspiración divina. Al mismo tiempo este proceso histórico estaba bajo la dirección soberana de la glorificada Cabeza Divina de la iglesia. La iglesia no tuvo que «completar» y, menos aún, «crear» el canon bíblico. Sólo tuvo que *reconocerlo*.

De este modo el Espíritu de Dios se ha unido inexplicablemente, pero con fuerza maravillosa, con la inspiración de la Biblia, cosa que no ha hecho con otros libros,

ni con los escritos cristianos más notables y mejores siquiera. En estos relatos de acontecimientos de épocas pasadas hay algo presente y vivo, está entretejida y obra en ellos una fuerza secreta imperecedera, el Espíritu del Dios vivo. Por lo tanto, la Biblia es un libro vivo. «La palabra del tiempo pasado habla hoy.» «Como órgano del Cristo presente la Biblia se destaca muy alto por sobre la esfera de todos los demás relatos históricos y tiene una posición única» (Prof. Karl Heim). Aquí no estamos frente a un «Había una vez», sino ante un «ahora» no, sencillamente, un ayer, sino un hoy; no una pura preocupación por el más allá sino un interés en esta vida impregnado por Dios. Estamos no solamente ante una palabra escrita, sino ante una palabra espiritualmente viva; no sólo ante cartas externas, sino las palabras del Espíritu habladas interiormente y que aún habla. Así las Sagradas Escrituras participan en un grado completamente incomparable del carácter del Eterno que está siempre en el presente.

El Espíritu de Dios no solamente ha inspirado la palabra escrita y la ha entregado, sino que ha continuado con ella. La acompaña y la hace operativa. Hace que el relato puro sea un puente que lleva al cielo. Dios *viene* a nosotros por medio de su palabra y la Palabra, que tiene siglos de edad, permanece fresca y eternamente joven. Es como si sólo hubiese sido escrita ayer, «como si la tinta aún estuviese húmeda, no envejece jamás, supera al tiempo, es siempre presente.

Ocurre con mucha frecuencia que hay expresiones insignificantes que el lector puede haber leído un centenar de veces, que de pronto resplandecen con nueva luz y llegan a constituir un mensaje de Dios que influye en la vida de tal modo que produce un cambio fundamental. ¡Qué gran diferencia significa el que Dios diga que nos bendecirá *conforme* a sus riquezas en gracia y no, solamente, *de* ellas (Ef. 3:16)! ¡Cuánta confianza y esperanza hay para las almas errantes en una palabra breve, «todavía»! «El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano está *todavía* en tinieblas» (1 Jn. 2:9). ¡Cuánta

sabiduría en el cuidado de las almas hay en la expresión «en parte»! «Oigo que hay entre vosotros divisiones; y *en parte* lo creo» (1 Co. 11:18).

En general, ¡cuánta fuerza recibe la fe al aferrarse de las *palabras mismas* de las promesas de Dios! En la historia del reino de Dios esta confianza en toda la Palabra de Dios ha despertado repetidas veces una fe valiente, ha dado alas a una confianza gozosa, ha obrado prodigios e, incluso, ha hecho historia. ¿No fue esta actitud de fe la fortaleza de Jorge Müller, Hudson Taylor, August Hermann Francke, C. H. Spurgeon y de tantos otros hombres de Dios de cuyas vidas y obras han fluido manantiales de bendición para el mundo y la iglesia? Y, por sobre todo, ¿no fue esta el arma victoriosa de Jesucristo mismo cuando venció al enemigo en la tentación en el desierto? «Está escrito» (Mt. 4:4, 7, 10). ¿No fue la palabra *escrita* el arma victoriosa?

Un anticristiano militante envió a un creyente joven un paquete de literatura atea y le aconsejó que diera preferencia a esas discusiones antes que a la Biblia. El joven cristiano le respondió: «Estimado señor: Si tiene usted algo mejor que el Sermón del Monte o que la parábola del Hijo Pródigo, o si tiene algo más renovador y hermoso que el Salmo 23 o, en general, algo que dé más luz sobre el futuro y revele a un Padre más bondadoso y misericordioso que el presentado por el Nuevo Testamento, le ruego que me lo envíe.»

A esta maravillosa fortaleza espiritual interior la Biblia une su invencibilidad exterior y su energía conquistadora. Esta también constituye una prueba experimental y un testimonio de su inspiración divina.

La Biblia es una elevada cadena de montañas que sobrepasa a todos los demás libros del mundo como si fueran sólo colinas o llanuras. Ningún otro escrito de toda la tierra se le aproxima en distribución, longevidad y vitalidad.

La Biblia ha demostrado tener una longevidad especial. Sus porciones más antiguas tienen más de 3.000 años. Sin embargo, todas tienen la frescura del rocío y de la

primera juventud. «Es un Antiguo Testamento eternamente nuevo y un Nuevo Testamento eternamente nuevo.»

La Biblia es el libro que ha tenido más impresiones. Una sola agencia bíblica (la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera) publicó más de 600.000.000 de Biblias y porciones de las Escrituras entre 1804 y 1954. La circulación global anual es de 22.000.000 de ejemplares en la actualidad.

La Biblia tiene el mayor número de traducciones. Hacia el año 1.500 se había publicado en catorce idiomas y hacia 1.600 en cuarenta. Dos siglos más tarde ya estaba en 72 idiomas y luego, en el siglo XIX, la incomparable y victoriosa carrera de la Biblia entró en su fase culminante. Al final de este período (hacia 1.900) había Biblias y porciones en 567 idiomas; hacia 1937 se había alcanzado la cifra de 1.000. En el presente se han superado los 1.100 idiomas. Todo esto fue a pesar de los esfuerzos por destruir y prohibir la Biblia, a pesar de la oposición espiritual, religiosa, filosófica y de los poderes mundanos que emplearon los medios policiales, militares y civiles en su oposición. ¡Qué gran ironía del divino gobierno mundial es que el siglo XIX, el siglo de crítica excepcional contra la Biblia de parte de la teología, la literatura y la propaganda común, fuera al mismo tiempo el siglo de excepcionales conquistas de la Biblia! «El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos» (Sal. 2:4). «La palabra del rey es con potestad» (Ec. 8:4).

De este modo la Escritura ha demostrado repetidas veces su Divino poder. Como ocurriera con Cristo la palabra en persona, con mucha frecuencia la palabra escrita ha sido clavada en la cruz, ha sido sepultada y declarada muerta. Pero como ocurrió con El así siempre ha resucitado y aún vive. Del mismo modo que los mensajeros de Cristo, en general, los libros y palabras de la Biblia pueden decir con Pablo: «Por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, más he aquí *vivimos*» (2 Co. 6:8, 9.)

Con la Biblia ocurre lo mismo que con el sol: es antiguo, pero siempre nuevo, siempre vence a la noche, es-

parce luz y vida, eclipsa toda otra luz, en una palabra, es reina en el reino del espíritu, la fuente central de toda verdad, iluminación permanente.

«Confío para siempre en tu segura promesa;
el alma puede sobre ella edificar confiada:
yo sé que ninguna palabra por tu boca hablada
caerá en tierra, vacía incumplida.
Es posible que riscos y montañas el tiempo desvanezca
el universo se derrumba y desaparezca,
pero hasta la más pequeña palabra por Ti dada,
Oh, Señor, se verá completamente consumada.

(Dr. Adolf Morath)

TERCERA PARTE

El Reino Venidero de Dios:
Objeciones consideradas

23

Variedad en la interpretación de la profecía

En la esperanza de salvación presentada en el Evangelio todo está orientado hacia la consumación, hacia lo perfecto. En más de 300 lugares del Nuevo Testamento se habla de la segunda venida del Señor Jesús. Somos «salvos en esperanza» (Ro. 8:24).

Las Santas Escrituras hablan de los sucesos del fin a grandes rasgos, en líneas generales y básicas. No nos imparte los detalles más exactos. Nuestra curiosidad no se verá satisfecha, pero nuestra esperanza y santificación serán objeto de impulsos nuevos, vivos, celestiales. La profecía no es predecir la suerte. Dios es un Dios que se agrada en las sorpresas. Por lo tanto, al principio El da a los suyos sólo una parte de la información (1 Co. 13:9-12). Por cierto, en estos anticipos hay, al mismo tiempo, un santo gozo anticipado; pero la verdadera revelación completa viene primero con el cumplimiento, en la consumación misma. Cuando tengamos la totalidad de la luz diremos: «Ni aun la mitad me había sido dicha» (2 Cr. 9:6). El cumplimiento sobrepasará en forma infinita a

todo lo esperado. Hasta entonces peregrinamos hacia el blanco celestial y miramos sólo de lejos los pináculos de la ciudad eterna de Dios.

Así que las Escrituras no dan una descripción detallada del curso y la secuencia de los acontecimientos finales. Se nos permite discernir solamente las etapas principales y las estaciones más importantes. Pero aun en ello no hay unanimidad completa entre todos los expositores de la Biblia que son fieles a ella. Por lo tanto, nos conviene ser muy cuidadosos a fin de no dogmatizar y permanecer abiertos a nuevas instrucciones procedentes de las Escrituras, a estimar altamente a los demás, aun cuando haya diferencias de comprensión y de nuestra parte estar dispuestos a inclinarnos siempre ante toda palabra de Dios que nos conceda nueva luz, rectifique nuestras convicciones anteriores o profundice el conocimiento ya obtenido.

El punto de vista total de los acontecimientos proféticos y nuestra concepción de la estructura histórica general de todo el plan divino de redención depende, mayormente, de las actitudes básicas del individuo hacia la esperanza de un reino visible de Dios sobre el escenario de la tierra antigua antes de su disolución en la destrucción del mundo y de su transformación. En esto existen tres convicciones diferentes:

1. La esperanza de una venida personal del Señor en gloria y poder al comienzo del reino visible de Dios y el Mesías, y con el propósito de establecerlo (Premilenialismo; lat. *prae* = antes).

2. La creencia de que el advenimiento de la edad de oro no se efectuará por la aparición personal del Señor con la revelación visible de su gloria, sino por medio del desarrollo y progreso de la humanidad, por la cristianización de la civilización por medio de la victoria gradual del Evangelio en la vida personal, social y política y que, solamente, al final de esta época brillante aparecerá Cristo a fin de conducir la historia de la humanidad a su condición eterna de perfección y gloria (Postmilenialismo, Lat. *post* = después).

3. La doctrina que no se debe esperar una condición ideal del hombre al final de la historia sobre la tierra;

que, por lo tanto, no habrá un reino visible de Dios sobre la tierra al final de la historia (Milenio), pero que todas las profecías de las Escrituras que han sido conectadas por algunos expositores con esa perspectiva en vista deben ser espiritualizadas y ser referidas a los cielos y la eternidad (Amilenialismo; *a* = sin; *anti* = contrario a).

En nuestro libro *El Triunfo del Crucificado*, págs. 202 y ss. «El reino visible de Cristo: su realidad histórica», se presentan fundamentos más precisos para nuestra creencia de que es correcto esperar la venida del Señor antes del establecimiento del reino milenial (Premilenialismo). Pero consideramos que ahora será provechoso discutir las objeciones más importantes que han sido presentadas por los defensores de los otros dos puntos de vista. Nos limitaremos, solamente, a lo que es esencial y en vez de considerarlas en forma sistemática pensamos que es mejor discutirlas en la forma de afirmación y respuesta. Sencillamente presentaremos, claramente, cada objeción y luego presentaremos cuál es nuestra actitud al respecto. Mencionaremos primero las objeciones más livianas, las que pueden ser tratadas en forma más breve y luego pasaremos a las cuestiones más difíciles y decisivas.

Las declaraciones de estas objeciones y dudas acerca del reino milenial presentadas en muchas ocasiones por maestros de Biblia serios y creyentes, no son citas reales. Deliberadamente hemos redactado en nuestras propias palabras las objeciones. Con esto evitamos de dar la impresión de una disputa. Así no atacamos a nadie y, en cambio, buscamos el entendimiento mutuo. El estilo de declaración y respuesta lo escogimos solamente para hacer más prominente y clara la diferencia entre estos puntos de vista.

Como resultado de nuestra consideración creemos que debemos aferrarnos a la esperanza original cristiana de un reino de Dios visible y terrenal. Pero al mismo tiempo nuestra presentación sigue una corriente intermedia. Aunque sustenta la fe en el milenio, al mismo tiempo trata de ofrecer pruebas que resistirán un examen serio.

Muchas vces una buena causa ha sido debilitada por no estar fundada en razones adecuadas. Aquí ambos lados pueden aprender del otro.

Es nuestra esperanza que la discusión siguiente fomente el entendimiento mutuo. Esperamos que de este modo desaparezca cualquier malentendido de cualquiera de las partes y que la esperanza cristiana original sea liberada de ciertas dudas, la esperanza que era conocida entre los cristianos primitivos, aquella que es atestiguada por el Apocalipsis de Juan, por los padres postapostólicos y por los padres de la iglesia de los siglos segundo y tercero, tales como Papías, Justino, Ireneo y Tertuliano.

En todo caso, que todos los que creemos en Cristo y en el testimonio de los profetas nos respetemos y amemos unos a otros, aun cuando permanezcan diferencias de entendimiento en cuestiones grandes o pequeñas. Aquí nos corresponde oirnos mutuamente para fomentar el entendimiento y el enriquecimiento mutuos a fin de que cada uno estime al otro como superior a sí mismo (Fil. 2:3).

24

"Las exageraciones quiliastas son errores sectarios opuestos a la sobriedad de la sana esperanza cristiana"

«La enseñanza acerca del reino milenial es extravagante y anticientífica. Se asocia con tantas exageraciones, con frecuencia fantasías infantiles, que es un deber advertir en su contra. En particular, los círculos laicos y especialmente ciertas sectas y movimientos fanáticos han hecho muy mal uso de ella.»

¡Exacto! En el curso de la historia ha ocurrido con mucha frecuencia que justamente tales excesos han desacreditado toda la doctrina. La historia del quiliasmo (doctrina del reino milenial) muestra que, en realidad, la parcialidad y las excresencias con frecuencia han exhibido una «escatología confusa». Esto ocurrió especialmente en ciertos movimientos fanáticos y sectarios ya en los tiempos de la Reforma y, siglos más tarde, con los «Escudriñadores de la Biblia», «Testigos de Jehová» y «Adventistas del Séptimo Día».

Estos excesos fanáticos e imaginaciones fantásticas se encuentran aún en el primer período del cristianismo en hombres como Papías de Hierápolis en el siglo segundo. Así Papías, para describir la naturaleza fructífera del reino mesiánico, cita supuestas palabras del Señor: «Vendrán días en que la vid tendrá 10.000 pámpanos y cada pámpano 10.000 sarmientos y cada sarmiento 10.000 racimos y cada racimo 10 manojos y cada manojo 10.000 granos y cada grano exprimido dará 5 medidas de vino; y si uno de los santos se apropia de un manojo, otro gritará: Yo soy un mejor manojo, tómame y da gracias al Señor por mi intermedio (esto es, en la copa de bendición en la cena del Señor). Igualmente, un grano de trigo dará 10.000 espigas y cada espiga contendrá 10.000 granos y cada grano dará cinco kilos de harina fina y pura.[1]

Es comprensible que en hombres como Orígenes y Agustín con su fuerte preparación en filosofía griega y su pensar sereno y legal estas descripciones y otras similares produjeran la correspondiente reacción y que cayeran en el extremo opuesto negando cualquier derecho a esperar un reino terrenal de Dios, esto es, la doctrina del reino terrenal de Dios y por eso espiritualizaron todo. La profecía del reino milenial fue aplicada a la historia de la iglesia y se dio como explicación que el triunfo del cristianismo sobre el paganismo en el cuarto siglo era el gobierno real de Dios y que había comenzado el reino de Dios anunciado en el Apocalipsis.

Acerca de esto, el Dr. Rene Pache observa no sin justicia que si «fuese así, tendríamos que decir que el gobierno mesiánico ha sido algo lamentable porque, ciertamente, no parece que Satanás haya estado atado y sin posibilidad de engañar a las naciones; o, como alguien ha dicho, debe estar atado con una cadena terriblemente larga»,[2] que le da mucha libertad de movimiento.

En todo caso, esto queda en pie, que la esperanza no sólo de una restauración espiritual, sino de una restauración nacional y terrenal de Israel y el establecimiento de

1. Véase Zahn, *The Revelation of John.*
2. René Pache, *Le Retour de Jesús Christ*, p. 424.

un reinado entre la venida de Cristo (*parousía, epifanía*) y la destrucción y perfecionamiento de la tierra era la creencia original de los cristianos y repetidas veces ha sido sostenida, claramente, por los líderes de la nueva ciencia teológica que son creyentes bíblicos. Esto sólo puede ser pasado por alto por falta de cuidado o por falta de conocimiento de la historia de la teología.

De la historia del cristianismo primitivo mencionamos a Papías de Hierápolis (hacia 140 d.C.), Justino de Siquem (150 d.C.), Ireneo (murió hacia 202), Tertuliano (murió después de 222).

En los primeros siglos del cristianismo el quiliasmo se comenzó a debilitar al fortalecerse el cristianismo entre los cristianos de pensamiento filosófico griego. Especialmente por medio de Clemente y Orígenes de Alejandría en el oriente (250) y por medio de Ticonio (400) y Agustín obispo de Cartago (murió el año 430), se produjo en el occidente la extinción del quiliasmo en la iglesia oficial y quedó un vacío en la doctrina de las últimas cosas en la teología oficial de la iglesia. El sentimiento y el pensamiento griego se oponían aun a concepto de un drama histórico final y a un reino milenial real sobre esta tierra.

Por cierto, esto dejó las puertas abiertas de par en par para el desarrollo de ciertos movimientos fanáticos. Especialmente desde la Reforma todo tipo de sectas han sustentado teorías extraordinarias acerca del milenio. Sin embargo, la culpa radica especialmente en el fracaso de la teología oficial en este aspecto. Por tanto, se produjo un vacío que usaron para su provecho los movimientos fanáticos y éstos normalmente florecen como consecuencia de la indiferencia de los movimientos ortodoxos hacia ciertas verdades bíblicas.

En la historia del Protestantismo primitivo, Campegius Vitringa (profesor de Teología en Leiden, Holanda) y Friedrich Adoph Lampe (profesor de teología en Bremen) se convirtieron en pioneros en el redescubrimiento de la verdad profética en la Biblia; ambos vivieron en el

siglo diecisiete. Los Padres Biblicistas de Württemberg fueron influenciados por estos, especialmente el obispo J. A. Bengel (Stuttgart, murió en 1752) y el obispo Oetinger (murió en 1782).

Por medio de estos, a veces en una forma más suave, otras más fuerte, entró el quiliasmo en la teología científica del siglo diecinueve. Líderes notables en esto fueron los luteranos von Hofmann (profesor de Teología en Erlangen, murió en 1877), F. H. R. Frank (profesor de Teología en Erlangen también; murió en 1894), K. A. Auberlen (profesor de Teología en Basilea, murió en 1864), así como K. J. H. A. Ebrard (profesor de Teología Reformada en Erlangen, murió en 1888), J. T. Beck (profesor de Teología en Tübingen, murió en 1878) y el obispo Dr. T. Hermann (1924).

A la luz de la historia de la teología sería un veredicto erróneo descuidar estos hechos indisputables, si uno quisiera dejar la impresión, para no decir expresar, que la esperanza de un milenio literal es un error que se encuentra entre fanáticos y sectarios, «laicos» o maestros bíblicos sin preparación formal que no merecen el título de teólogos y que no se encuentra representado ni es defendido por teólogos científicos de alta distinción. Para refutar esta idea es que tan repetidamente enfatizamos los oficios académicos de los numerosos expositores bíblicos mencionados en la detallada afirmación anterior.

Entre líderes más recientes mencionamos a Dächsel, Modersohn, el profesor Bettex, el Dr. S. P. Tregelles, John Lillie, D. D., Edward Greswell, B. D., miembro del Colegio Corpus Christi, Oxford, Benjamin Wills Newton, Henry Alford, D. D., Deán de Canterbury, el Dr. C. I. Scofield, el Dr. A. Gaebelein, el Dr. A. T. Pierson, George Müller, John Nelson Darby, G. H. Pember, Johann de Heer (Holanda), D. L. Moody, el Dr. R. A. Torrey y Hudson Taylor. No se puede decir de estos maestros bíblicos y destacados hom-

bres de Dios en la iglesia de Cristo que fueran sectarios o defensores laicos de una «escatología confusa».

Pero sobre todo, esto debemos decir aquí: No es bueno oponerse a un extremo tomando posición en el extremo opuesto. Una causa no se refuta de ningún modo por el abuso de ella. Un extremismo puede dar origen a otro extremismo, pero esto no justifica ni al uno ni al otro. Al rechazar firmemente las excresencias de una doctrina bíblica, nos aferramos humildemente a la doctrina bíblica misma.

25

"Cristo no es un Mesías político"

«Jesús no vino como un Mesías político, sino a hacer una obra *espiritual*. El propósito de su obra redentora era puramente espiritual en naturaleza, y el establecimiento de un reino de Dios nacional, visible, terrenal estaría en contradicción con el carácter esencialmente espiritual de su obra de salvación.»

Nadie niega que la naturaleza esencial del reino de Dios sea completamente espiritual. Cristo vino a salvar de los pecados, no de la opresión y el vituperio político (Mt. 1:21; He. 9:24-28). En consecuencia, el arrepentimiento y el nuevo nacimiento son condiciones básicas de entrada en su reino (Jn. 3:5; Mt. 3:2; 4:17). El requisito no es un nacimiento carnal —sin relación al tipo de carne, judía o no judía— sino una nueva vida de lo alto. No es cosa de una simple subordinación a la regulación de leyes nuevas, sin duda mejores, en lo político y financiero, sino a la regulación de la ley espiritual de la nueva naturaleza (Ro. 8:1, 2; 14:17). El judío queda excluido si no ha nacido de nuevo y el gentil es incluido

si ha tenido el nuevo nacimiento (Mt. 3:9; 8:11, 12). Así ni el judío ni el gentil pueden obtener la entrada si no es sobre la base de un nuevo nacimiento personal. Esto prueba inmediatamente que el Reino de Dios que Jesús presentó en su naturaleza esencial no es nacional sino espiritual.

Pero esto no impide el hecho de que pueda haber una victoriosa irrupción de esta esfera espiritual moral en la esfera de la cultura, la sociedad y la política. El que la *naturaleza* del reino de Dios sea interior y espiritual, de ningún modo, excluye el que pueda haber una forma histórica de él que se revela exhibiendo su naturaleza interior de una manera exterior y visible; una forma en que Cristo, el que canceló el pecado, conduce a su pueblo limpio de pecado a triunfar sobre sus enemigos y los lleva a la exaltación y el honor.

Y ¿qué podremos nosotros decir, finalmente, si ahora place a Dios declarar que El, por manifestaciones especiales de amor y poder, hace que Aquel que apareció primero como el libertador espiritual de la culpa y de la angustia del pecado se levante al fin como el árbitro entre las naciones (Is. 2:4); que su obra salvadora y de gobierno avanzará de lo interior hacia lo exterior, de lo personal a lo colectivo, de la vida individual a la vida social y, por lo tanto, tenga una influencia decisiva sobre la vida nacional, la legislación, la cultura, las relaciones internacionales, las cuestiones de guerra y paz, armamentos, orden social y asuntos judiciales? (Is. 2:2-4; 11:4). ¿Cómo puede ser esto una contradicción? ¿Sobre qué base podrá lo primero excluir, fundamentalmente, lo segundo? ¿No es lo terrenal y visible una porción igualmente creada por Dios? ¿Lo corporal ha de ser eliminado fundamentalmente de las actividades espirituales y vivas del Eterno? ¿Cómo podemos decir «esto *o* aquello» cuando las Sagradas Escrituras declaran «esto *al igual que* aquello»? No, antes al contrario: ¿No se exige, exactamente, lo contrario de una vida espiritual verdaderamente fuerte, esto es, que tome posesión también de lo corporal? En nuestra propia personalidad individual, ¿no están el espíritu y el alma, al mismo tiempo, el principio de vida de

nuestro cuerpo, que afectan su apariencia exterior y, en una forma por demás decisiva, gobiernan la vida física e influyen en todas sus actividades?

De todo esto se desprende que la objeción mencionada anteriormente a la esperanza de un reino de Dios final, histórico y visible en ningún modo refuta el testimonio de los profetas del Antiguo Testamento y del Apocalipsis de Juan acerca de dicho reino. En la base de esta objeción hay un cisma en la creación que da una baja estimación a lo corporal, como en la filosofía griega platónica, más especialmente después del surgimiento del helenismo, en que el cuerpo es considerado la prisión del alma y por lo tanto la meta no es obtener la libertad del cuerpo, sino ser librado del dominio del cuerpo y llegar a ser puramente espiritual. En consecuencia, esta objeción descansa más en el pensamiento griego que en la Biblia. Es helenismo, no cristianismo; filosofía y no revelación. Pero la Biblia consuma, como revelación de Dios, una armoniosa conjunción de ambos: espíritu y naturaleza en creada unidad, eternidad y tiempo, cielo y tierra, reino de Dios e historia.

Dios no se detiene a medio camino. El libra del pecado su culpa y castigo, su poder y contaminación: pero entonces El también creará nuevas condiciones mundiales. El salva espíritu y cuerpo. Lo terrenal y corporal también exhibirán finalmente Su gloria.

26

"La esperanza de un Reino terrenal es indigna del alto llamamiento espiritual de la Iglesia"

«La esperanza de un reino de Dios visible y terrenal no es digno de un ciudadano celestial. La iglesia es celestial y, por lo tanto, sólo puede esperar bendiciones espirituales. Por lo tanto, un reino terrenal, nacional, literal, material, no tiene lugar entre las posesiones que son objeto de su esperanza.»

La esperanza de un reino milenial está menos conectada con el perfeccionamiento de la iglesia que con el de Israel, las naciones, la naturaleza y la tierra. Aquí no debemos mezclar las diferentes líneas históricas de salvación. En el reino de la creación de Dios y en su plan de salvación hay diversos grupos de seres creados. Israel no es la iglesia. La iglesia no son los gentiles. Más aún, los ángeles son otro grupo. Además, los diversos reinos de la naturaleza tienen su distinción: el mineral, el vegetal, el animal.

Para todos ellos tiene planes y revelaciones de amor. Pero estos difieren para cada grupo, cada uno según el lugar que ocupa en todo el consejo de Dios. Acerca del lugar de la iglesia en el reino milenial las Escrituras no dicen nada directo. Sólo nos permite presumir esto, que los creyentes resucitados reinarán con Cristo glorificado desde el cielo. «La iglesia de Jesús, por medio del arrebatamiento y la resurrección, ha dejado la tierra visible y ha entrado en sus habitaciones celestiales, a las que corresponde la naturaleza de sus cuerpos glorificados. Las Escrituras nada dicen acerca de que la iglesia sea traída por el Señor desde su nuevo hogar celestial a la tierra para vivir aquí. Indudablemente la tierra no habrá sido aún transformada. En consecuencia no puede ofrecer al Señor de gloria o a su iglesia glorificada una morada adecuada en todo el sentido de la palabra. Quizás Cristo y sus escogidos ocupen en relación con la tierra una situación similar a la que Cristo tuvo entre su resurrección y la ascensión, esto es, aparecerán en la tierra cuantas veces sea necesaria su presencia, mientras su morada sigue estando en los cielos. Pero lo principal es que estarán con el Señor siempre (1 Ts. 4:17). (Doctor T. Harbeck.)

Pero este perfeccionamiento espiritual de la iglesia no excluye que Israel, las naciones y la tierra —dentro del marco de sus diferentes órdenes de vida, que difieren del de la iglesia— experimentarán juntos un triunfo visible del Señor sobre el escenario de su historia anterior. De ningún modo es indigno de un ciudadano del cielo esperar que Dios bendiga y perfeccione los demás grupos que componen su creación, cada uno conforme a su clase y a su llamamiento.

27

El silencio del Nuevo Testamento con respecto a un futuro Reino visible de Dios

«El mensaje del reino milenial se encuentra sólo *una vez* en el Nuevo Testamento. A no ser por ello, todo el Nuevo Testamento guarda silencio en cuanto a esta doctrina, así en los Evangelios como en las epístolas paulinas y generales. En todo caso, aparte de Apocalipsis 20, no hay una sola mención detallada.»

La verdad y confiabilidad de una palabra divina no depende del número de veces que Dios permite que la declaración aparezca en las Escrituras acerca de cierto tema.

Si Dios hace una declaración solamente una vez es nuestro deber sencillamente creerla. Esto muestra que la fe en la inspiración y la esperanza del reino van juntas. Recordamos una vez más las palabras del profesor Althaus: «El argumento de los biblicistas en favor de un reino milenial no pueden ser refutados afirmando que los pasajes mencionados no hablan de un período anterior a lo que es perfecto. Con referencia a 1.ª Cor. 15:23-25, uno

podría preguntarse, quizás, hasta qué punto yace el pensamiento de un reino intermedio detrás de sus intimaciones, pero no puede haber dudas respecto de Apocalipsis 20:4-7.»

b) Además, *no debe esperarse anticipadamente que el Nuevo Testamento tenga que dar una presentación reiterada y detallada de esta doctrina.* El principal tema del Nuevo Testamento es la iglesia, no Israel ni las naciones. Por lo tanto es completamente claro que en él el mensaje del reino milenial está en un segundo plano, y que Cristo y los apóstoles se refieren a él sólo ocasionalmente sin establecer los detalles.

c) Sin embargo, *estas pocas referencias en el Nuevo Testamento son suficientes para confirmar la esperanza del reino de los profetas del Antiguo Testamento.* Así tenemos que el Señor mismo dijo: «En la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt. 19:28). Y, después de la resurrección, cuando los discípulos le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a *Israel* en este tiempo?» (Gr. *Basileia* = gobierno por un rey), El no los rechazó por formular «conceptos carnales» ni presentó una negación general del reino visible de Dios que ellos tenían en sus pensamientos al formular la pregunta, sino les dijo solamente: «No os toca a vosotros saber los tiempos o sazones que el Padre puso en su sola potestad» (Hch. 1:6-7). Pero, precisamente esta expresión profética, «tiempos o sazones», demuestra que el reino de Dios se establecerá real y formalmente.[1]

d) Más aún, *era completamente innecesario que el Nuevo Testamento diera instrucciones detalladas sobre este tema.* Porque las descripciones existentes del Antiguo Testamento eran tantas y tan detalladas, era innecesario que el Nuevo Testamento las repitiera con frecuencia.

e) *Tampoco se debe pasar por alto que,* aunque este pasaje de Apocalipsis es el único pasaje detallado del

1. Véase una argumentación más extensa en *El Triunfo del Crucificado,* pp. 202 y ss.

Nuevo Testamento que trata expresamente el tema, *se pone un énfasis tan grande en este mensaje sobre el reino milenial, que el número «mil» aparece no menos de seis veces* (Apocalipsis 20:2-7). Así se hace saber en forma bastante enfática que aquí hay algo de gran importancia, digno de la más alta consideración.

f) Finalmente queremos hacer notar —y mencionamos esto sólo de paso— *que el Apocalipsis de Juan de ningún modo fue el primer libro, ni el único de aquel período que menciona un reino intermedio de mil años al final del tiempo.* Aunque no es un libro bíblico, y por lo tanto no es inspirado el que ahora está en nuestra mente, es interesante notar que la doctrina de un reino mesiánico intermedio fue anunciado por el judaísmo contemporáneo y que su duración sería de mil años exactamente. La sinagoga judía del primer siglo distinguía entre los días del Mesías y el perfeccionamiento final en *Olam ha-ba*, esto es, en el mundo venidero. El primero era limitado en duración y el segundo era eterno. Acerca de la duración del reino mesiánico previo al perfeccionamiento, estuvieron divididas las opiniones de los teólogos judíos desde el principio. El rabino Eliezer de Hircano (alrededor de 90 d.C.) es la autoridad rabínica más antigua que sostiene que el reinado del Mesías durará mil años. Eliezer fue uno de los más tenaces defensores de tradiciones antiguas, al punto que dijo de sí mismo: «Jamás he hecho una declaración que no haya sacado de la boca de mi maestro.» Esto hace evidente que la duración del reino mesiánico había sido enseñada *antes de* Eliezer en las sinagogas judías y, por lo tanto, entre muchos judíos contemporáneos de Pedro o Pablo. En consecuencia, no se puede afirmar con justicia, como con frecuencia se ha hecho que la doctrina del reino milenial no se encuentra en ningún otro lugar salvo el célebre pasaje de Apocalipsis 20.

Pero para nosotros esta sola referencia de las Sagradas Escrituras basta. No tenemos derecho de exigir de Dios que repita una afirmación cinco o diez veces antes que podamos creerle.

28

"No hay lugar para un Reino intermedio de Dios en la escatalogía del Nuevo Testamento"

«El Nuevo Testamento solamente reconoce *dos* "eras", la presente y la futura (Ef. 1:21; Mt. 12:32). La describe sin una interrupción, esto es, sin que haya un período intermedio entre la aparición de Cristo en gloria y la entrada en la eternidad (Mt. 35:31 y 46), entre la resurrección de los justos y la resurrección de los perdidos (Jn. 5:28, 29; Hch. 24:15), el castigo de los impíos y la entrega de recompensas a los escogidos (Mt. 13:30, 41-43; 2 Ts. 1:6, 10).»

Esta afirmación es insuficiente en tres aspectos.

a) *Primero.* No toma en cuenta el pasaje de Apocalipsis de Juan (20:1-6) que habla en forma completamente clara del reino intermedio, que lo coloca *después* de la aparición del Señor en gloria (19:11-21) y *antes* de los sucesos que llevan al perfeccionamiento del mundo (destrucción del mundo, juicio del mundo y transformación

del mundo, 20:7-21:8), esto es, entre la *epifanía* y la entrada definitiva en la eternidad.

b) Segundo. Además es incorrecto afirmar que el Nuevo Testamento habla de solo *dos* eras, la presente y la futura. Ciertamente este es el caso en algunos lugares en particular (Efe. 1:21; Lc. 20:34-35; Mt. 12:32), pero ciertamente no en la gran preponderancia de pasajes.

Mas bien, en Efesios 2:7 Pablo habla de «siglos venideros», en plural, no solamente de «un» siglo venidero. La Epístola a los Hebreos (1:8) usa la expresión «el siglo del siglo»: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo», esto es, por decirlo así, siglo multiplicado por siglo. En la segunda oración en la Epístola a los Efesios (3:21) Pablo usa una expresión aún más fuerte: «A El sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos» (Gr. «el siglo de los siglos»), esto es, el número singular unido no solamente con el singular, sino con el plural de edades.

Y en una cantidad de otros pasajes Pedro, Pablo, Juan y el autor de Hebreos coronan esta forma de expresión en que usan no solamente este singular duplicado, y no solo con la unión de singular y plural, sino por el empleo de un doble plural: «por los siglos de los siglos». Es el plural de plenitud llevado a su más alto grado; plural de plural, multitudes de multitudes de siglos venideros. O, expresado matemáticamente, edad de edades, multiplicado por edades (Pedro: 1. P. 4:11; 5:11. Pablo: Gá. 1:5; Fil. 4:20; 1 Ti. 1:17; 2 Ti. 4:18. Juan: Ap. 1:18; 11:15; 22:5; etc. Heb. 13:21).

Cabe destacar que sólo se hará justicia a tales expresiones de las Escrituras si cada una es considerada cuidadosamente en su propio sentido y contexto.

En todo caso, todo esto muestra que la objeción anterior —que el Nuevo Testamento habla sólo de dos edades, y por lo tanto no da lugar a un período intermedio— es por demás débil.

c) Tercero. Así tan poca fuerza tienen las referencias al hecho de que la profecía del Nuevo Testamento, en numerosos casos, considera como simultáneos la aparición de Cristo en gloria y la entrada en la eternidad, la

resurrección de los justos y la de los perdidos, sin mencionar un largo intervalo entre ambos. No tiene fuerza porque esto sencillamente pertenece a la perspectiva profética. Así también la profecía del Antiguo Testamento en su mayor parte describe la primera y la segunda venida de Cristo como una sola cosa sin mencionar el presente intervalo de casi dos mil años. Así Isaías habla en la misma oración de la venida del Señor como Salvador y de su venida como Juez, aunque en el cumplimiento de toda la profecía estas están separadas por todo el período del Nuevo Testamento (Is. 61:1-2). En forma similar, Isaías 53 habla de los sufrimientos y el triunfo del Siervo de Jehová sin indicar la existencia de un intervalo, y lo mismo hace David en los Salmos 2 y 22.

Así los pasajes del Nuevo Testamento mencionados, de ningún modo prueban que, por cuanto no mencionan un intervalo entre la aparición del Señor en gloria y la entrada en la eternidad, no exista dicha intervalo.

Como en la profecía del Antiguo Testamento, ocurre aquí que es necesario tener en cuenta la perspectiva profética. El profeta, como el caminante entre altas montañas, tenía una visión de la cumbre de las montañas más lejanas sin ver al mismo tiempo el valle que separaba las montañas.

También es necesario observar que en la historia de la profecía hay progreso en la revelación y en el entendimiento (Mt. 13:16-17). Lo que en el Antiguo Testamento, y a veces en las profecías de los evangelios, estaba comprendido en una sola descripción, a medida que la profecía se fue revelando, se dividió cada vez en sus detalles y se declara en forma cada vez más clara. Como el Señor mismo dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad» (Juan 16:12-13).

Así que los profetas del Antiguo Testamento, al igual que ciertas profecías del Nuevo Testamento, vieron como una sola cosa el reino milenial y la gloria eterna. Para ellos la presentación preliminar y el cumplimiento final, la introducción y la porción principal, el fin del tiempo

y el otro lado, la Jerusalen terrenal y la celestial aparecieron juntas en un solo y magnífico cuadro descriptivo. Ven la condición final de este lado y la eterna que sigue como una sola línea continua condicionada por la naturaleza de este lado, y pintan la nueva creación de lo perfecto con los colores del reino glorioso de la vieja creación (compárese Is. 54:11-12 con Ap. 21:18-21). Es solamente el Nuevo Testamento, especialmente en Apocalipsis 20, que traza una clara diagonal que separa eternidad y tiempo. Esta línea divisoria entre este lado y el más allá de la tierra se encuentra en los sucesos del perfeccionamiento del mundo, esto es, en la destrucción, el juicio y la transformación del mundo (Ap. 20:7 - 21:1).

Con el mismo derecho con que, a causa de esta visión conjunta, uno podría oponerse a la realidad de un reino intermedio entre la Parousía y el perfeccionamiento final, uno podría oponerse a la existencia del actual período intermedio entre la primera y la segunda venida de Cristo que eran presentadas conjuntas en muchas profecías del Antiguo Testamento. Sin embargo, el intervalo está allí, y ya ha durado casi dos mil años.

Todo esto prueba que la creencia en un reino milenial y lo correcto de la profecía de Apocalipsis 20 no puede de ningún modo ser refutado por esta objeción.

29

"La dispensación del evangelio equivale a los 'últimos días' en la historia de la redención del Nuevo Testamento"

«El período actual, la edad de la iglesia, es descrita en el Nuevo Testamento como el «último tiempo» (Hch. 2:16,17; 1 Jn. 2:18). Por lo tanto, puesto que estamos ya en el «tiempo del fin», no puede haber lugar para un futuro reino intermedio, porque después de este «último» sólo puede venir la eternidad.»

En el idioma bíblico todo el desarrollado de la salvación en el Nuevo Testamento se denomina «último tiempo». Los «últimos días» comenzaron con la venida de Cristo (Heb. 9:26; 1 P. 1:20). El derramamiento del Espíritu Santo en Jerusalén el día de Pentecostés ya era el cumplimiento de la profecía de Joel acerca de los últimos días (Hch. 2:16-17). En el pasaje mencionado arriba (1 Jn. 2:18) y por lo tanto, ya en el primer siglo, Juan explica

que ya es el último tiempo, esto es, este es el carácter del período.

Pero, puesto que los «últimos días» ya han durado casi dos mil años, esto no excluye la posibilidad de que si Dios quisiera tuviesen una duración de mil años más, que podrían ser los mil años del milenio después de terminado el período de la iglesia.

En todo caso, según Joel 2, el derramamiento del Espíritu Santo «sobre toda carne», esto es, la inclusión de toda la humanidad en el poder del Espíritu, «en aquellos días», pertenece al perfeccionamiento mesiánico del mundo. La expresión «aquellos días», como la usan frecuentemente los profetas del Antiguo Testamento, se relaciona inequívocamente con el reino del Mesías que ellos esperaban, y con la restauración de Israel asociada con tal acontecimiento (en forma directa por Jl. 3:1; además, Jer. 3:16; Zac. 8:23). En el discurso de Pedro en Pentecostés se usa la expresión «últimos días» como si fuese equivalente con la expresión «aquellos días» (Hch. 2:17 - Jl. 2:28-29). En consecuencia se desprende que el reino del Mesías, esperado por profetas y apóstoles, pertenece a estos «últimos días».

El comienzo del tiempo «del fin» del Nuevo Testamento se completó sólo en diversas etapas. La era de la iglesia no comenzó, *en el sentido más completo de la palabra*, con el nacimiento de Cristo, ni en el Gólgota, y ni siquiera en Pentecostés, sino solamente con la recepción en la iglesia de los primeros creyentes completamente paganos en la casa del romano Cornelio en Cesarea (Hechos 10), y la revelación dada a Pablo. Similarmente, la conclusión de este tiempo del fin puede ser completado con una secuencia de etapas.

En Apocalipsis 20 se muestra claramente que esto será así. Nosotros señalamos nuevamente que aquí se menciona un reino de mil años que vendrá *después* de la aparición del Señor en gloria y que *precede* a la destrucción y transformación del mundo (19:11-21; 20:7 - 21:1), el cual es así descrito abiertamente por el relato bíblico como que ocurre entre estos acontecimientos y se designa

como su duración con el número «mil» que se repite no menos de seis veces.

Así, en conformidad con el testimonio del Nuevo Testamento, los «últimos días» contienen dos grandes mitades; el período de la iglesia y el del reino visible de Dios sobre la tierra. Solamente después de él viene el «día de Dios», esto es, la eternidad (2 P. 3:12-18).

30

"La venida personal de Cristo no será al principio del milenio, sino al final"

«No se debe esperar una aparición del Señor en gloria repetida dos veces, primero al principio y una segunda vez al final del reino visible de Dios sobre la tierra. El reino de Dios viene por medio del desarrollo y el progreso, por la cristianización de la civilización, por el mejoramiento de la humanidad y la infiltración de los ideales del Evangelio en toda la vida personal, social y política. Sólo *después* que esta edad dorada de la justicia, paz y fraternidad general haya sido alcanzada, aparecerá Cristo y se efectuará la glorificación final de la humanidad y los hombres entrarán en la eternidad. Por lo tanto, no ocurrirá una venida de Cristo para iniciar y establecer el milenio.»

Esta creencia en el progreso está en contradicción con la experiencia y las Escrituras. Hasta 1914 esta doctrina (postmilenaria) conquistó muchos adherentes. Pero, después de las luchas y desastres provocados por dos guerras mundiales, y especialmente ahora, en la era de la bomba atómica, se observa un cambio esencial en la actitud filo-

sófica y en la disposición de la humanidad, y esto va en aumento, sin consideración de la actitud que tenga el individuo hacia la fe cristiana, sea positiva o negativa. En lugar de la era de felicidad y entusiasmo cultural optimista por las gloriosas adquisiciones de la civilización y la cultura, y la confianza propia en la evolución y el progreso, ha amanecido una era de ansiedad y temor. ¿No caerá finalmente la humanidad en la locura de la destrucción y del suicidio colectivo? ¿No es tan sólo cuestión de tiempo? ¿Por cuánto tiempo se podrá postergar? Y ¿no será el fin el colapso del occidente tan ciertamente como el del oriente, el colapso de Europa y América, y por último el de toda la civiización?

Solamente los fanáticos utópicos y los teóricos de imaginación débil y ajenos a la realidad pueden defender hoy con convicción la creencia en el progreso. Ha llegado el fin de la ilusión humanista. La historia del mundo, precisamente con su moderno avance en la invención y el descubrimiento, el comercio y la técnica, enfrentada con su perversidad y la ciertamente creciente impiedad de todos los grupos humanos es una refutación innegable de esta teoría.

b) A esta prueba procedente de la experiencia se añade la de las Escrituras.

«Es enseñanza inconfundible de las Escrituras que la meta de la historia no es producto de la historia, que el reino de Dios no alcanza la soberanía por medio del crecimiento y el progreso, sino solamente después del colapso y la catástrofe mundial. La maldad tendrá la primera mano y el amor de muchos se enfriará (Mt. 24:12), y cuando el Hijo del hombre venga hallará *poca* fe en la tierra (Lc. 18:8). No es la cristianización del mundo con la consiguiente cristianización de la civilización, sino la creciente enemistad del mundo para acabar con el cristianismo por medio de la civilización —este es el sendero predicho por la profecía bíblica (Ap. 13:2; 2 Ti. 3:1-4; 2 P. 3:3). "Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone... aquel inicuo, a quien el Señor matará con el

espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida" (2 Tes. 2:3, 4, 8).

«Así que no es por la reconciliación sino *por la intensificación del conflicto en el fin*, no por la glorificación del desarrollo humano, sino por su colapso, no por un entendimiento entre Dios y la civilización, sino por la destrucción del reino de este mundo por el reino de Dios triunfarán las cosas del Señor.» [1]

c) La parábola de la levadura no ofrece contradicción con esto (Mt. 13:33). Por cierto, debe ser explicada en conformidad con toda la enseñanza profética del Nuevo Testamento.

La levadura es un símbolo del principio de la penetración. En todos los pasajes de las Sagradas Escrituras se usa como símbolo del mal (p. e. 1 Co. 5:6-8; Mt. 16:12; Mr. 8:15). Si en esta parábola se ha de entender en este sentido (de la entrada de la mala doctrina y la mala conducta en el desarrollo del reino de Dios), entonces, por descontado, esta parábola no se puede considerar prueba de que la «levadura del evangelio va a penetrar a todo el mundo por medio del progreso y de la cristianización de la sociedad.

Pero aun si, como algunos explican, la levadura excepcionalmente aquí es un símbolo de bien (siendo la levadura el reino de Dios mismo), esto no es prueba de un supuesto desarrollo cultural cristiano. Porque aun entonces la parábola debe ser explicada en armonía con todo el anuncio profético y no se puede poner en oposición a los claros testimonios de las Escrituras de creciente enemistad contra Dios, de una creciente descristianización de la civilización con miras al advenimiento del *anti*cristianismo, con su aceptación universal (!) por una humanidad civilizada que ha apostado de Dios (Ap. 13).

Pero entonces este creciente progreso del bien, que sería lo que en tal caso esta parábola enseñaría, sólo podría aplicarse a la vida individual, no a un desarrollo mundial colectivo. Entonces enseñaría que el dominio real de Dios semejante a la levadura, penetraría y llenaría toda la vida del individuo hasta que Cristo, por la

1. Erich Sauer, *El Triunfo del Crucificado*, pp. 163-164.

extensión de la santificación, penetraría y gobernaría toda la personalidad del individuo en el espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:25).

Por tanto, ya sea que se tome la levadura como símbolo del bien o del mal, en ningún caso esta parábola constituye prueba de que todas las demás profecías del Nuevo Testamento acerca de una creciente apostasía de la humanidad en contra de Dios estén equivocadas. Al final del desarrollo cultural y del progreso nos encontramos no con una civilización cristianizada, sino con el dominio mundial del anticristianismo. Cuando a pesar de esto el reino de Dios triunfe, según el testimonio expreso del Señor mismo, de Pablo y Juan, será solamente por medio de la poderosa manifestación de Cristo Victorioso que viene en gloria (Mt. 24:29-31; 2 Ts. 2:8; Ap. 19:11-21).

Solamente a la luz de los claros testimonios del Nuevo Testamento se deben explicar pasajes simbólicos como la parábola de la levadura. Los pasajes simbólicos de la Escritura deben ser interpretados a la luz de pasajes claros. Se debe interpretar la Escritura por las Escrituras, el pasaje oscuro por un pasaje claro, los que admiten más de un significado por los que admiten sólo uno, los dichos simbólicos por declaraciones directas, y las parábolas por pasajes no parabólicos. Este es un principio indispensable en toda exposición bíblica sana.

A la cuestión misma de si esta parábola usa la levadura para representar el bien o el mal no respondemos aquí. En lo que consideramos en este momento es suficiente probar que sea cual fuere el sentido que tiene el símbolo, la doctrina del progreso cultural del cristianismo definido más arriba no puede apelar a este pasaje como una base bíblica.

31

Israel espiritual y literal

«¿Cómo se puede esperar que Israel experimente una restauración nacional y literal teniendo en cuenta que Dios concede sus bendiciones al Israel *espiritual*? Dios jamás ha dado sus promesas simplemente al Israel literal por el solo hecho de ser Israel según la carne. Las Escrituras hablan expresamente sobre esto, especialmente en los Evangelios y en las epístolas paulinas: "Y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras" (Mt. 3:9; cp. Jn. 8:39). "No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne" (Ro. 2:28, 29; cp. Ap. 3:9). "No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos... no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa son contados como descendientes" (Ro. 9:6-8).

»Por lo tanto, no se debe esperar una restauración exterior, nacional y territorial, para Israel como pueblo; en cambio, al remanente creyente, esto es, al Israel espiritual, pertenece la esperanza de Israel, y esto en una forma completamente espiritual. Esta se cumple en el creyente israelita que pertenece a la iglesia del Nuevo Testamento y en los gentiles que Dios incluye por medio del Evangelio y la fe, y de este modo crea el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, el "Israel según el espíritu". "Porque *nosotros*

somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios... no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3). "Los que son de fe, éstos son hijos de Abraham" (Gá. 3:7; cp. 6:16).

»Así que no todo el Israel literal es Israel en sentido verdadero. El nacimiento físico no tiene valor eterno para Dios, sino el nacimiento espiritual; ni la circuncisión literal como una observancia exterior, sino la circuncisión espiritual del corazón (Col. 2:11); por lo tanto, en ningún caso lo es solamente lo literal y externo, sino lo espiritual e interior.»

¡No cabe duda! Nadie lo niega. *Las promesas de Dios no fueron jamás incondicionales.* Este es un principio de su gobierno en todos los tiempos. El cumplimiento de una promesa siempre está relacionado con la fe del que recibe. En esto la fe de la criatura en ningún sentido es un mérito, un equivalente, una «obra», que anula el carácter de la libre gracia de Dios. Pero es una mano vacía que la criatura extiende hacia Dios, en la que El, por libre misericordia, pone el don no merecido de su amor. Pero si esta mano vacía no se extiende, Dios no da el don de su gracia. Ciertamente la fe no es la base, sino la condición de ser bendecido.

Así ocurre con Israel. Nadie dirá que es el Israel literal como tal el que tendrá una posición de bendición en el reino futuro de Dios, solamente sobre la base de que son hijos literales de Abraham. No, las promesas de Dios que le fueron dadas se cumplirán solamente cuando y donde la fe se encuentre en Israel.

Por lo tanto, el consejo de Dios solamente tiene efecto en el meollo de la nación que cree en el Mesías. Debido a la incredulidad, la gran masa se queda fuera de la posesión prometida. Sobre esto viene el juicio. Solamente un vástago que viene de la raíz es lo que queda, la simiente santa, el remanente creyente, del cual brota la nueva vida (Is. 6:13).

b) Pero *no fue con el Israel espiritual solamente, sino con el literal en general que Dios estableció el pacto de la ley en Sinaí.* «He aquí vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de

Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto» (Jer. 31:31-32). Así que Dios había hecho pacto con los mismos que después lo quebrantaron, esto es, con el Israel literal como nación, no solamente con el «verdadero» Israel, el «remanente» final, la «simiente espiritual» de los patriarcas. En la misma forma, los primogénitos de Dios, a quienes Faraón debía dejar salir, ciertamente no eran sólo los piadosos de Israel, sino todos los descendientes físicos de Jacob que habían vivido algunos siglos en Egipto, la tierra de opresión (Ex. 4:22).

El «hijo» de Dios que, según el profeta Oseas, El había llamado de Egipto era igualmente, no solamente el Israel «espiritual», sino al mismo tiempo la compañía de hombres que luego presentaron ofrendas a los Baales y ofrecieron incienso a imágenes de talla (Oseas 11:1-2). Pero, por sobre todo, la estructura completa de la historia relatada en el segundo libro de Moisés acerca de la entrega de la ley en Sinaí prueba por sí misma que Dios estableció su pacto no solamente con una parte, a saber los descendientes corporales de Abraham que eran creyentes, sino indudablemente con Israel como pueblo, con toda la multitud de descendientes carnales del patriarca a los que con mano levantada había sacado de Egipto. No hay dificultades para dar múltiples pruebas. Basta con leer un solo pasaje como el de 1 Corintios 10:3-5.

Desde luego, la gran masa de Israel como nación ha seguido el camino de la incredulidad y debe finalmente ser desgajada del buen olivo del reino de Dios (Ro. 11:20). Como los fariseos del tiempo de Cristo, estos al hacerlo así, dejaron sin efecto el consejo de Dios para sí mismos (Lc. 7:30). Pero esto no altera el hecho de que Dios de su parte originalmente los incluyó en el alcance de su pacto.

c) Viendo que la gracia de Dios confiere su don gratuito solamente por la fe, *la forma práctica de acabar la obra es que el llamamiento nacional de Israel sólo opera en Israel en donde exista verdadera fe.* Por lo tanto, ahora solamente el pequeño grupo de creyentes, el remanente,[1]

1. Is. 1:9; 6:13; 10:21; 11:11; 1 R. 19:18; Ez. 5:1-4; Ro. 11:1-10.

llegó a ser el representante del Israel ideal. En consecuencia, esta insignificante minoría llega a ser el meollo teocrático de la nación, su corazón, su verdadera esencia, su centro, sus representantes delante de Dios, el verdadero Israel. Así que de allí en adelante ante los ojos de Dios es verdadero Israel el que lo es interiormente (Ro. 2:28-29; 9:6-8; Ap. 3:9), y solamente la circuncisión del corazón es contada por circuncisión (Fil. 3:3; Col. 2:11).

d) Sin embargo, *estos dos puntos de vista, el nacional y el espiritual, de ningún modo son mutuamente excluyentes.* Exactamente en esto está una de las principales faltas en la oposición a una futura restauración nacional de Israel, que ha sido creada una contradicción que en realidad no existe; de este modo uno no logra la síntesis de estos dos polos opuestos, su perspectiva armoniosa, la liberación de la tensión.

Lo que la Escritura testifica es que lo espiritual ocupará finalmente todo el marco de lo nacional y literal (Is. 11:9; Zac. 8:3; 14:20-21; Jl. 3:17), y lo nacional y literal alcanzará su cumplimiento y transfiguración solamente a través y después de esta gloriosa victoria de lo espiritual (Ez. 37:15-24; Is. 11:11-13). Esto ocurrirá por la conversación futura de Israel como nación por la aparición del Mesías (Ap. 1:7; Zac. 12:10-14; Os. 3:5); de este modo será obrado el «milagro judío», y en esto alcanzará su climax el dicho de Adolf Saphir: «la historia de Israel es la historia de un milagro, así como es el milagro de la historia» (Is. 52:8). Así se encontrará la síntesis práctica. La tensión en la perspectiva bíblica de Israel entre lo «espiritual» y lo «nacional-literal» será resuelto sólo escatológicamente, esto es, por la historia de fin.

Naturalmente no hay salvación para Israel solamente porque sean descendientes de Abraham por la carne. Más bien toda la profecía de bendiciones del Antiguo Testamento se refiere al Israel transformado y renovado. El Antiguo Testamento no da una sola promesa de reino y bendición a un Israel inconverso, ni cuando habitaban en la tierra ni mientras estén esparcidos entre las naciones a causa de sus pecados.

Pero, ¿qué diremos finalmente si agrada a Dios declarar que un día, por manifestación especial de su gloria, todos los descendientes de Jacob según la carne que vivan sobre la tierra lleguen a la fe al ver el regreso del Mesías: que el pueblo que traspasó al Mesías finalmente confiese su nombre (Ap. 1:7), y las «ramas» naturales que fueron desgajadas sean injertadas nuevamente en el propio olivo, y que así todo Israel sea salvo? (Ro. 11:21, 23-24).

Es completamente imposible aplicar a la iglesia espiritualmente la expresión «todo Israel» usada por Pablo en este pasaje. El uso cuatro veces de la misma expresión Israel en el contexto deja en claro que Pablo en todo lugar usa la palabra en el mismo sentido de un Israel nacional, literal. Al principio (v. 1) declara: «Yo también soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín», donde la palabra «israelita» sólo puede ser tomada en su sentido literal en cuanto a la asociación nacional del apóstol. Sólo unos pocos versículos después (7) dice: «Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado», lo que nuevamente se refiere solamente al Israel literal, terrenal y nacional. Y en el contexto inmediato de la sección en que usa la expresión «todo Israel», ha hablado directamente de Israel en contraste con los gentiles, así que está fuera de toda duda de que se puede referir solamente al pueblo terrenal, literal («ha acontecido a Israel endurecimiento [sólo] en parte [y solamente] hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles», v. 25). Y cuando luego, en la conclusión que deduce inmediatamente del hecho, en la misma oración, declara que «todo Israel» será salvo, esta conexión, la más cercana posible, hace completamente cierto que aquí como en los otros tres lugares de este capítulo, habla de Israel literal, no en algún sentido espiritualizado (esto es, tal vez la iglesia).

De la conexión más amplia de Romanos 11 además se desprende fuera de toda duda que el apóstol está hablando de Israel literal (parte creyente y parte incrédulo), de las ramas naturales que permanecieron en el propio olivo, así como de las «ramas naturales» que fueron desgajadas de su olivo; así que al presente solamente una *porción* de este Israel será salvo por fe; pero en el tiempo del

fin, cuando las ramas quebradas vuelvan a ser injertadas por la misma fe, *todo* Israel será salvo a expresión «todo» está en claro contraste con la anterior división en dos, esto es, las ramas naturales que han permanecido en el olivo y las que fueron desgajadas.

Así será finalmente solucionada esta división. Por la conversión de los judíos ante la aparición del Mesías, la fe del pequeño remanente se extiende a todo el cuerpo. El *Israel literal así se transforma en el Israel espiritual.* Los descendientes de Abraham según la carne han llegado a ser, por su conversión y regeneración, verdaderos hijos del patriarca y así, al mismo tiempo, Israel según el espíritu (Gá. 3:9). De allí en adelante lo nacional es idéntico con lo espiritual. *El «remanente» ha llegado a ser todo el pueblo,* y el pueblo salvado es al mismo tiempo simiente espiritual y descendientes literales de Abraham.

De este modo se soluciona el conflicto aparente entre las declaraciones proféticas. Solamente de este modo se hará justicia completa a estas dos líneas de palabras proféticas dadas por Dios:

por un lado el fuerte énfasis, especialmente de parte de Juan el Bautista, del Señor mismo y de Pablo, de que lo corporal y nacional no es el factor decisivo, sino lo genuinamente interior y espiritual; y

por otra parte, el énfasis igualmente fuerte de distintos profetas en el sentido de que habrá una restauración nacional de Israel en el establecimiento futuro del reino de Dios. Lo nacional será lleno del Espíritu y lo espiritual se extenderá victoriosamente a través de todo lo literal y nacional. Pero con esto, pierde toda su fuerza la objeción inicial a la restauración nacional de Israel en el reino visible del Mesías.

32

"La espiritualización es el método del Nuevo Testamento para la interpretación de las profecías del Antiguo Testamento acerca del Reino"

«Es completamente claro que los escritores del Antiguo Testamento usaron con frecuencia un lenguaje pictórico. Los escritores del Nuevo Testamento (aunque de ningún modo siempre) aplicaron las citas de las profecías del Antiguo Testamento no solamente a los últimos tiempos y al futuro, sino espiritual y moralmente las aplicaron al presente. En gran medida, el método de exposición del Nuevo Testamento es la espiritualización. ¿No se desprende de esto que las profecías del Antiguo Testamento acerca del reino no deben entenderse literal, sino simbólica y típicamente, por lo que un cumplimiento literal en un posible reino futuro de Dios al final jamás fue anunciado ni debe ser esperado.»

Es completamente evidente que los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia usaron lenguaje figurado, y con los efectos más altos lo aplicaron en muchas formas: tipos, metáforas y alegorías. Con mucha frecuencia sus mensajes se elevan a las más elevadas formas del lenguaje humano. La poesía y la profecía se unen y forman obras de arte magníficas, tales, que ocupan los más elevados lugares de la literatura humana (especialmente Isaías).

Tras todo el lenguaje figurativo está la revelación de Dios en la naturaleza. Como un desborde de la voluntad divina, la naturaleza es la expresión natural de los pensamientos del Creador. Las leyes espirituales del Eterno están reflejadas en el mundo de la naturaleza. Hay un paralelismo tan fundamental entre el infinito y lo finito, lo ideal y lo actual, que lo visible se transforma en la encarnación directa de lo invisible, una figura comprensible de lo que está más allá de nuestra comprensión. Por lo tanto, el lenguaje humano en general constantemente entrelaza lo material con lo espiritual. Esta forma de hablar personifica lo material y habla del sol «sonriente» y del «alegre» arroyo; inversamente, aplica epítetos materiales a atributos humanos, y habla de «frialdad» de carácter, disposición «luminosa», o gozo «radiante». En forma similar, Isaías transporta lo corporal a lo espiritual y habla de «podrida llaga» de pecado (1:6), y a la inversa, aplica lo natural a lo humano y habla de Israel que echará raíces y florecerá (27:6). Los salmistas y los demás profetas hablan igual. A veces su lenguaje se eleva y usa la personificación viva y dan forma a esas personificaciones según ciertos rasgos y actividades humanas características. Así hablan de montes que prorrumpen en alabanzas (Is. 49:13), campos que se regocijan y árboles contentos (Sal. 96:12), de desiertos que se alegran y cantan (Is. 35: 1), y los árboles del bosque que dan palmadas de aplauso (Is. 55:12). Oseas declara que el trigo, el vino nuevo y el aceite oirán las oraciones de los hombres que les piden alimento (Os. 2:22). Cuando Joel declara que los montes destilarán mosto y los collados leche (Jl. 3:18) está usando lenguaje poético.

b) Al estilo profético pertenece, además, la frecuente aplicación de tipos. Este es el terreno en que en no pocos lugares el Nuevo Testamento espiritualiza las profecías del reino presentadas en el Antiguo Testamento y las aplica al período actual de la iglesia. Solamente así pueden entenderse correctamente ciertos arreglos y designaciones del Señor mismo.

Así los doce discípulos de Jesús corresponden a los doce patriarcas, siendo, por decirlo así, los progenitores de un nuevo pueblo de Dios; y el envío de los 70 discípulos (Lc. 10) de algún modo nos recuerda a los 70 ancianos de Israel.

De este modo el Israel literal es al mismo tiempo un tipo del pueblo espiritual de Dios; sobre esta base Pablo denomina «hijos de Abraham» a los miembros de la iglesia del Nuevo Testamento, aun en una carta dirigida a cristianos gentiles (Gá. 3:26-29); y Pedro aplica a la iglesia del Nuevo Testamento los grandes títulos honoríficos del pueblo de Dios del Antiguo Testamento: «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa» (1 P. 2:9, cp. Ex. 19:6; Is. 43:21). En forma similar Juan afirma que el Señor nos ha hecho «reyes y sacerdotes» (Ap. 1:6; 5:10) y Pablo llama a Cristo «pascua» (1 Co. 5:7). La cena del Señor es un paralelo de la Pascua, y el bautismo del paso del mar Rojo (1 Co. 10:1-2). Toda esta conexión típica es la base sobre la que Jesús introdujo su cena exactamente durante la fiesta de la Pascua, de modo que la sagrada fiesta del Nuevo Testamento ocurriera en el día de la fiesta sagrada del Antiguo Testamento, como su continuación, cumplimiento y transformación.

Así que los tres grandes líderes apostólicos, Pedro, Pablo y Juan ven en la iglesia del Nuevo Testamento un sacerdocio santo y real, tomando la expresión del llamamiento de Israel en el Antiguo Testamento (1 P. 2:4-5; Ro. 15:16; Ap. 1:6; 5:10). Pedro y Pablo consideran sus actos de adoración y devoción práctica como «sacrificios espirituales» (1 P. 2:5), como «sacrificio vivo» (Ro. 12:1), como «libación» (Fil. 2:17; Gr. *spendomai*), como también lo hace el autor de Hebreos (13:15-16). Ciertamente Pablo aplica la profecía del reino de la raíz de Isaí, «la cual

estará puesta por pendón a los pueblos» (Is. 11:10), como una base directa de aceptación de los gentiles creyentes en esta edad de la iglesia, y de allí deriva la conclusión de que los judíos creyentes deben recibir a los gentiles creyentes, y que así debería haber una aceptación mutua de ambos grupos (Ro. 15:12, 7).

Igualmente, la circuncisión es considerada por Pablo como tipo de una experiencia espiritual de los miembros de la iglesia del Nuevo Testamento. Esta experiencia tiene que ver con algo invisible, espiritual, interior, con la cual está vinculado el bautismo del Nuevo Testamento. Según Pablo, la circuncisión no es un tipo directo del bautismo, sino, como lo expresa en la carta a los Colosenses, de algo «no hecho con manos». Sin embargo, nadie puede bautizar, sean creyentes o infantes, sin usar las manos. Pero ciertamente es un tipo del cortamiento del impulso a pecar, en la raíz misma de nuestra existencia, o en las palabras de Pablo, «de echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal» (Col. 2:11), esto es, la rendición de nuestra vieja vida y su muerte, nuestra básica y práctica comunión con Cristo como el Crucificado, que murió y resucitó por nosotros.

La misma verdad es el gérmen espiritual esencial del bautismo cristiano original, en el aspecto del significado representado por el acto de la inmersión, que simboliza la sepultura (Ro. 6:3-4). El otro aspecto de su significado es la comunión de vida con el resucitado, comunión representada por la salida del agua, acto simbólico de la resurrección.

Esta relación de la circuncisión y el bautismo es, por lo tanto, como sigue: Ambos se refieren a «dejar a un lado el viejo hombre»; la circuncisión ciertamente en la visión *anticipada* de la preparación veterotestamentaria para la salvación, pero el bautismo cristiano original mirando desde el Nuevo Testamento *hacia atrás* la experiencia de salvación, a saber, sobre la base del principio de la comunión con la cruz de Cristo realizada por fe.

Así que ambas tienen en común la misma verdad espiritual central. Pero no están en relación directa la una con la otra como tipo y antetipo o cumplimiento, pero son

como dos postes que, a cierta distancia uno del otro, señalan hacia un centro común ubicado entre ambos, la una (circuncisión) señalando hacia adelante, el otro (bautismo) hacia atrás. Pero ninguno señala directamente al otro.

En todo esto, por cierto, se encuentra la espiritualización de un tipo en su sentido más noble y profundo (Col. 2:11; Fil. 3:3).

c) *A veces*, aunque raras veces, *el lenguaje profético llega a emplear aun el nombre del tipo original mismo para describir el antetipo, reteniendo la misma descripción.* Cristo, el rey Mesías davídico, es llamado sencillamente «David» por Ezequiel y Oseas: «Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová su Dios y a David su rey» (Os. 3:5; Ez. 37:24, 22). Así el nombre de un personaje del Antiguo Testamento se usa para designar a una persona del Nuevo Testamento que literalmente no era la misma persona y que literalmente no lleva el mismo nombre. Cristo es el David anunciado, pero no es el David literal.

La razón del uso de estos nombres comunes es enfatizar firmemente la correspondencia entre tipo y antetipo, entre el símbolo profético y su cumplimiento. Pero un ejemplo aislado no es de ningún modo una forma de probar que toda la profecía del Antiguo Testamento acerca del reino en general no deban ser tomadas literalmente. Más aun, en este caso particular, no hay solamente un cumplimiento espiritual. Porque el David del Nuevo Testamento, Cristo, es una persona literal, Jesús de Nazaret.

d) *Así que el Antiguo Testamento está lleno de símbolos y tipos.* Son personas, hechos, acuerdos, acontecimientos. En el Nuevo Testamento el Señor mismo se refiere a esto, así también Pablo y la Epístola a los Hebreos.

En este respecto, hay tipos con cumplimientos sencillos, dobles y aun triples en el Nuevo Testamento. No es raro que tengan un cumplimiento cercano, otro posterior y un cumplimiento final; primero un cumplimiento inmediato, luego uno a mayor distancia y finalmente un cumplimiento completo. También tienen diferentes *formas* de cumplimiento: espiritual, literal y suprahistórico

eternal. También hay diferentes *tiempos* y *etapas* de cumplimiento: cumplimiento en parte, cumplimiento ampliado y cumplimiento final y total.

Todo esto surge de la unidad de todo el plan de la historia bíblica y de la sabiduría educativa de Dios, que en todos los acontecimientos previos ha tenido siempre la meta final a la vista, y surge de la realización de lo revelado en forma planeada, progresiva y real en dirección de las metas establecidas de perfección eterna.

1) Tipos con un cumplimiento en el Nuevo Testamento son: la serpiente levantada en el desierto, que señalaba hacia la cruz (Juan 3:14); el cordero pascual que señalaba hacia la muerte expiatoria de Cristo (1 Cor. 5:7, 8); Adán como primera cabeza de la humanidad, como contrapartida de Cristo el «segundo» Adán (Ro. 5:12-21; 1 Co. 15:45).

2) La profecía acerca de Emanuel es un ejemplo de profecía típica con *doble* cumplimiento. Porque el Emanuel anunciado por Isaías era primero un niño judío del tiempo de Isaías, esto es, del siglo octavo a.C., que todavía sería pequeño cuando se produjese el colapso de los reinos de Damasco y de Israel del norte (Damasco fue conquistado el año 732 a.C., Samaria fue destruida el año 722 a.C. Véase Is. 7:14-16; cp. 4-8). Pero al mismo tiempo este niño llegó a ser tipo del gran Emanuel, el Mesías, cuyo nacimiento fue en pobreza y sencillez, cuyos contemporáneos estaban igualmente sometidos a la opresión política y la angustia, pero cuya vida y servicio está igualmente bajo las promesas y la fidelidad de Jehová, de modo que su tarea y victoria desembocará finalmente en una salvación amplia como un océano y un triunfo glorioso (Is. 8:8; 10:9-6; Mt. 1:21-23).

Otra profecía típica con doble significado es la de Oseas: «de Egipto llamé a mi hijo» (11:1). En el significado el profeta está mirando retrospectivamente hacia el Exodo de Israel de Egipto bajo la conducción de Moisés. Pero al mismo tiempo había un anuncio intencionado de Dios de los primeros días del Mesías (Mt. 2:15; cp. 1 P. 1:11-12).

3) Numerosas profecías del Antiguo Testamento tienen un cumplimiento *triple*. A este tipo pertenecen muchas de las profecías del reino.

En el significado del profeta estas pertenecen mayormente al reino terrenal de Dios en Israel al final del tiempo. Pero este reino de Dios del perfeccionamiento preliminar con frecuencia se ve confundido en un solo cuadro con la eternidad (Is. 65:17-20 66:22; cp. *El triunfo del Crucificado*, pp. 200, 201 y 236 de este libro).

Sin embargo, según el Nuevo Testamento, el período de la iglesia es un cumplimiento espiritual anticipado; porque los escritores del Nuevo Testamento conectan muchas de las profecías del reino del Antiguo Testamento con la era actual del evangelio (véase pp. 238 ss.).

Aun más, en adición a todo esto, por cuanto muchas palabras proféticas tienen una pronunciada referencia a los asuntos contemporáneos del profeta mismo (cp. el «primer» Emanuel de Is. 7), debe decirse que las profecías del reino del Antiguo Testamento tienen una referencia cuádruple y por lo tanto tiene una explicación cuádruple:

i. Histórica y contemporánea con las circunstancias del profeta mismo;
ii. Espiritual y típica del período de la iglesia;
iii. Literal al final de la historia de Israel y las naciones en el reino futuro de Dios sobre la tierra vieja;
iv. Eterna, en los cielos nuevos y en la nueva tierra.

Pero sería precipitado si del hecho de que el Nuevo Testamento habla de un cumplimiento espiritual de las profecías veterotestamentarias del reino sacásemos la conclusión de que este es el cumplimiento completo y que no se debe esperar otro cumplimiento. Con el mismo derecho se podría negar su aplicación a un cumplimiento eterno y final, lo que, sin embargo, nadie hace y que, por el contrario, todo expositor bíblico sano considera como su sentido esencial y principal.

Más bien por este cumplimiento múltiple de la profecía del Antiguo Testamento se prueba que «en el camino de la consumación cada etapa en su turno es primero un

portal. El Antiguo Testamento es el vestíbulo de la era de la iglesia; la era de la iglesia es el vestíbulo del reino terrenal de Dios. Pero aun el reino de Dios terrenal y visible no es la meta final, sino igualmente un vestíbulo. Solamente en la eternidad, en el nuevo cielo y en la nueva tierra se abre el palacio real de la perfección»[1]

e) De todo esto se desprende que:

Según las Escrituras, se justifican en principio las explicaciones literales y las simbólicas espirituales. En todo caso, todas las profecías, literales o espirituales, tendrán un cumplimiento real, tangible.

En realidad nadie en ninguno de los dos lados explica todo como literal o solamente espiritual. Más bien de ambas partes todos defienden ambas explicaciones. La diferencia es que lo que por un lado es la regla por el otro es la excepción.

Aquí ambos lados deben estar advertidos contra los extremismos. De ambos lados se han conocido las extravagancias, pero esto no justifica al otro para irse al extremo opuesto.

No hay una regla de hierro que se pueda aplicar a todos los detalles a fin de determinar cuándo se justifica solamente la interpretación literal o solamente la simbólica. Debe llegarse a una decisión en cada caso solamente por exégesis cuidadosa hecha con consideración del contexto local y de toda la Escritura. Como el piloto que conduce la nave entre dos rocas, aquí sirve el principio: «Cada palabra debe ser tomada en su significado más sencillo y literal, a menos que la fraseología, el contexto y otros pasajes relacionados de las Escrituras demuestren claramente que debe ser considerado de otro modo.» O podemos pensar en aquella sana norma de exposición digna de confianza: «Si el sentido literal de un pasaje tiene sentido común entendido sencillamente, no se le busque otro sentido. Tome cada palabra en su sentido original, común, y más sencillo a menos que hechos claramente establecidos por el contexto exijan otro sentido.» El descuido de esta norma conduce a la incertidumbre,

---

1. *La Aurora de la Redención del Mundo*, p. 217.

la confusión, la arbitrariedad. Pero si se observa esta norma y se aplica rectamente, la Palabra de Dios se despliega como un todo armonioso y bien relacionado.

En la mayoría de los casos el contexto y el pensamiento general mostrarán anticipadamente al lector imparcial si la afirmación es literal o figurada. Por ejemplo, para tomar un caso bien patente, cuando Isaías, en la profecía acerca del Precursor del Mesías (40:4), dice que todo valle será levantado y todo monte bajado, es obvio que esto tiene sentido figurativo, y que no se está refiriendo a operaciones de nivelación de terreno (cp. Lc. 3:2-6). O cuando Zacarías declara que diez gentiles tomarán de su túnica a un judío, es claro que aunque la expresión es drástica e impresionante, no se ha dejado para entenderla literalmente, sino que quiere indicar que las naciones comprenderán cuánto ha bendecido Dios a Israel salvado y que por medio de Israel pueden la ayuda y salvación llegar a ser porción de ellos también (Zac. 8:23).

Por otra parte es igualmente claro que la profecía debe ser entendida literalmente cuando, con una mención clara de tierras y distritos bien conocidos, y con el uso directo de sus nombres políticos y geográficos, tales como Galaad y Líbano, declara que en tiempos del Mesías Israel vivirá en las regiones tan inconfundiblemente identificadas. También hace el énfasis claro señalándolo con las expresiones «*esta*» tierra (Jer. 32:41), «su *propia* tierra» (Ez. 28:25), «la tierra de sus *padres*» (Jer. 16:15).

Se dice que «habitarán en *su* tierra, la cual di a mi siervo Jacob» (Ez. 28:25); «los volveré a *su* tierra, la cual di a sus *padres*» (Jer. 16:15); «los plantaré en *esta* tierra en verdad» (Jer. 32:41). El contexto en estos tres lugares deja en claro que no se está hablando del regreso de Babilonia, sino de la salvación futura y final de Israel. Porque el primer pasaje define el tiempo como «cuando recoja a la casa de Israel de entre los *pueblos* entre los cuales está esparcida»; y el segundo dice que habitarán en *su* tierra «cuando el Señor haya hecho subir a los hijos de Israel de la tierra del norte y de todas las tierras adonde los había arrojado». Esto quiere decir algo más que la tierra de Babilonia, como también ocurre con el

tercer pasaje que lleva el pensamiento a la salvación final del pueblo por la afirmación previa inmediatamente hecha: «Haré con ellos un pacto eterno.»

Nuevamente leemos: «Los traeré a la tierra de Galaad y del Líbano» (Zac. 10:10). El profeta Zacarías, por medio de quien Dios dio esta última profecía, comenzó su ministerio no menos de 15 años *después* del regreso del cautiverio en Babilonia (en el segundo año de Darío, a.C., Zac. 1:1; Esd. 4:24; 5:1). Esto deja en claro que el regreso del que habla, desde este punto en el tiempo, está en el *futuro*, después del regreso de Babilonia, y por lo tanto, todavía tiene que estar en el futuro.

f) De todo se sigue que la presencia de numerosas formas simbólicas y típicas en el hablar de los profetas no crea objeciones en cuanto a la esperanza de un reino visible de Dios. Por el contrario, las muchas expresiones simbólicas y típicas en la profecía sólo muestran cuán importante y gloriosa será la venida del reino, cuando todos ellos se regocijaban anticipadamente escribiendo de su esplendor con símbolos proféticos tan llenos de alegre colorido.

g) Es correcto que la concepción literal deba reconocer que las explicaciones simbólicas de algunos detalles son justificadas.

Además es correcto que las concepciones literales deban cuidarse contra una introducción demasiado vigorosa de elaborados detalles caprichosos en el milenio.

También es justo que la concepción literal no le dé al milenio una importancia excesiva en relación con la eternidad. Porque aun el milenio es una introducción a la eternidad. Es el primer período, el menor, e igualmente el período introductorio del futuro reino de Dios. Por todo el carácter literal e histórico, por toda la brillantez y poder del reino milenial, debe decirse que la verdadera médula esencial del Perfeccionamiento no es el reino terrenal de Dios en la tierra vieja (el primer escenario del reino venidero de Dios), sino el eterno, del cual aquel será solamente el primer patio y pórtico de la segunda porción que es la principal del reino venidero

de Dios, con las naciones en la tierra nueva y la nueva Jerusalén en ella.

En este sentido, las profecías acerca del reino que aparecen en el Antiguo Testamento, cuando hablan de un reino visible de gloria en la tierra vieja, están al mismo tiempo presentando una profecía típica del completo perfeccionamiento en la tierra nueva. Porque si no fuese así, nos enfrentaríamos a un hecho que sencillamente no tiene explicación, a saber, que todas las profecías del Antiguo Testamento acerca del reino se referirían sólo a un breve período de mil años y no dirían virtualmente nada de la meta real y final de la historia. Pero no; es al mismo tiempo profecía típica de la eternidad. En su sentido más profundo y más noble, la espiritualización está decididamente en su lugar.

Así que estas dos clases de explicación profética no son bajo ningún punto de vista irreconciliables entre sí. En la profecia se unen armoniosamente lo literal y lo simbólico.

Pero con relación al reino terrenal de Dios, este no se ve contradicho por los siguientes hechos:

que los profetas con frecuencia expresaron su mensaje en forma de símbolos y tipos. Esto más bien nuestra

que el mensaje profético a menudo se mueve en las más elevadas cumbres del espíritu, las emociones y las percepciones;

que en una sola visión combinan lo terrenal y lo celestial en un cuadro magnificente;

que lo terrenal y actual son tipo e introducción de lo celestial y futuro;

que de estas cosas celestiales y futuras, Dios condescendientemente y con sabiduría educativa, ha dado anticipos en forma de tipos y parábolas;

que hasta la iniciación de la eternidad todo es preparación e introducción, escenario preliminar, exhibición previa, entrada, pórtico, vestíbulo;

que, por lo tanto, antes del verdadero cumplimiento final, en estas etapas previas ocurren numerosos cumplimientos previos;

que todas las cosas, creciendo y avanzando, siguen su marcha hacia las metas finales, y que por lo tanto, el último tiempo, la eternidad misma, se presenta en todas estas escenas introductorias y acontecimientos previos;

que, por lo tanto, en todas estas formas preparatorias y exhibiciones previas, antes de la llegada del día perfecto, la eternidad brilla con más o menos resplandor como la luz de la aurora.

La eternidad en el tiempo
brilla con claridad;
así el pequeño es más pequeño
y lo grande mayor se ve.
¡Bendita eternidad!

33

"La actual dispensación del evangelio no es 'misterio' porque fue predicha por la profecía del Antiguo Testamento"

«El Nuevo Testamento aplica muchas profecías del Antiguo Testamento a la actual dispensación del Evangelio. ¿No se desprende de ello que para su cumplimiento no solamente no se requiere una era del reino aún futura, sino que está completamente excluida, de tal modo que después del período de la iglesia no se puede esperar una era del reino?»

En esto también es necesario que ambos lados se cuiden de no caer en los extremos. Sería parcialidad decir que las profecías del reino del Antiguo Testamento jamás hablan de las bendiciones que gozamos en la actual era del evangelio. Esto no haría justicia de ningún modo a la forma en que el Nuevo Testamento cita las profecías del Antiguo Testamento.

Por otra parte también sería prejuicioso declarar que por cuanto hablan de estas bendiciones actuales, en adelante no puede venir un nuevo cumplimiento, quizás mayor aun que el actual.

En otras palabras, sería parcialidad aplicar las profecías del reino que aparecen en el Antiguo Testamento al futuro, al milenio solamente y quitarle toda referencia a la presente edad del evangelio; y sería igualmente parcial aplicarlas solamente a la era del evangelio, espiritualizarlas completamente y así separarlas del milenio y negar un cumplimiento literal.

Una estaría en oposición a la manera neotestamentaria de aplicar la profecía del Antiguo Testamento; la otra se opondría al texto mismo del Antiguo Testamento, aun a la inconfundible conexión del texto y al significado que los profetas mismos querían darle y al cumplimiento que ellos ciertamente esperaban.

b) *El Nuevo Testamento con frecuencia afirma claramente que los profetas del Antiguo Testamento hablaban de «aquellos días» y, por lo tanto, no solamente del reinado final del Mesías.* En esto aplica la expresión «aquellos días» al período actual de la iglesia.

Así en su oración la iglesia primitiva en Jerusalén dijo que el odio de judíos y gentiles contra el Mesías, del que David había profetizado en el segundo salmo, se había cumplido «en *esta* ciudad» en el rechazo de Jesús y la persecución contra sus seguidores, y de este modo, en los días terrenales del Señor y en los días de la primera iglesia que le siguió inmediatamente en el tiempo, esto es, en la era presente de la salvación (Hch. 4:26-28).

Pablo dice lo mismo de este salmo segundo, esto es, que el cumplimiento se había iniciado a principio de esta era, porque dice que las palabras «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy» fueron cumplidas en la resurrección de Jesús (Hch. 13:33).

Igualmente, en el día de Pentecostés, acerca de la profecía de Joel del derramamiento del Espíritu en los últimos días, Pedro declaró: «*esto* es lo dicho por el profeta Joel.» (Hch. 2:16-17; Joel 2:28-29.) Así que el comienzo de la era actual produjo un cumplimiento de esta pro-

fecía del Antiguo Testamento. Poco después, este mismo Pedro decía que «todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado "*estos días*"» (Hch. 3:34). Así la predicción de «estos días» no la relacionó con David solamente, sino con Samuel y *todos* los profetas que vinieron después.

Aun más, el «evangelio de Dios» anunciado por Pablo, el apóstol pionero de la era actual, fue, según su propio testimonio en la Epístola a los Romanos, «prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras» (Ro. 1:1-2). En Antioquía el cambio de su mensaje de los judíos a los gentiles lo basó en una referencia a una palabra profética del Antiguo Testamento: «Nos volvemos a los gentiles. *Porque* así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles (Is. 49:6; Hch. 13:47). Así vio el cumplimiento de la profecía de Isaías en su propia predicación a los gentiles en la era presente. Y él, el principal evangelista de la era de la iglesia, testificó ante el rey Agripa acerca de sus propios mensajes de que no decía «nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder» (Hechos 26:22-23).

Pablo estableció el deber de los cristianos judíos y gentiles de este período de la iglesia de recibirse unos a otros (Ro. 15:7-13) por una serie de profecías tomadas del Antiguo Testamento y aplicadas a la conversión de los gentiles en la era actual, entre las cuales se cuenta aun la profecía de Isaías acerca del reino en cuanto a «la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos» (Is. 1:10).

Y Pedro, escribiendo en su primera epístola a lectores que como nosotros mismos vivieron después de Pentecostés, y por lo tanto, en la edad presente del evangelio, testifica (1 P. 1:12) que los profetas del Antiguo Testamento indudablemente no habían recibido luz en cuanto al tiempo indicado por el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, pero que ellos habían profetizado de la «salvación» y la «gracia destinada a vosotros», y «para vosotros» ministraron las cosas que «*ahora*» han sido anunciadas a «vosotros» por medio de los que «os» predicaron el evan-

gelio por el Espíritu Santo enviado del cielo. Puesto que todo esto fue después de Pentecostés, se señala a la edad presente de la gracia, y el «vosotros» nos incluye a quienes vivimos en la actualidad.

d) De igual modo, es claro que David sabía de una era intermedia entre la ascensión del Mesías y su triunfo final en gloria, porque escribió: «Siéntate a mi diestra, *hasta* que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Sal. 110:1). Particularmente los que creemos en un reino visible de Dios en el teatro de la tierra antigua, debiéramos reconocer esto en forma clara. Es tiempo de esperar lo que Hebreos también aplica a la edad actual del evangelio (Heb. 10:13).

Al hacer énfasis en esto, de ningún modo transferimos el conocimiento del Nuevo Testamento desde el tiempo del cumplimiento a la conciencia de los profetas del Antiguo Testamento. Porque David, que según la declaración de Pedro en Pentecostés, también era profeta (Hch. 2:30), había «conocido» el reinado del Mesías y habría previsto su resurrección (v. 31). En esto, como muestra Salmo 110, David había reconocido que *antes* del reino triunfante del Mesías habría un período en que El se sentaría sobre el trono de Dios en el cielo y actuaría como Real Sacerdote según el orden de Melquisedec, «hasta» que Dios pusiese a sus enemigos debajo de sus pies. Aun más, el salmo muestra que David sabía que este reino sacerdotal del Mesías se iniciaría con su ascensión: «Siéntate a mi diestra.»

Además, David había sabido que el Mesías moriría. Porque «viéndolo antes» (Hch. 2:31) habló de la resurrección del Mesías, lo que no podía ocurrir sino en relación con el conocimiento de su muerte (Sal. 16:8-11). Finalmente, después de la misión que vino a cumplir ante él el profeta Natán (2 S. 7:16), David tenía el conocimiento de que el Mesías sería su hijo, un miembro de su familia, y que nacería como un varón.

Así que David había visto los tres principales períodos mesiánicos:

el primero, el nacimiento de Cristo como hombre y como hijo de David, su muerte, su resurrección y su ascensión:

el segundo, el período de espera, después de la ascensión, cuando el Mesías se sienta como real sacerdote a la diestra de Dios en los cielos:

el tercero, la victoria de su reino, el sometimiento de sus enemigos y el triunfo de su gloria.

En consecuencia, no es posible afirmar que toda la edad actual del evangelio haya estado completamente escondida de los profetas del Antiguo Testamento y que haya sido un «misterio» (secreto) absoluto. Más bien, ellos, y por lo menos David, habían conocido la existencia de un período intermedio antes del establecimiento del reino, aun cuando, ciertamente los detalles de este período intermedio no les eran conocidos en forma clara.

e) *En todo caso, sabían de una conversión futura de los gentiles.*

Por regla general veían esta conversión en un solo cuadro con la salvación de Israel. Sin embargo, en ningún lugar se dice expresamente que esta conversión de los gentiles puede ser solamente *después* de la salvación y renovación de Israel como nación con respecto a la secuencia de acontecimientos, las distintas etapas en el cumplimiento de estas promesas, y en cuanto a ciertos detalles que más adelante se añadirán, no le fue dada luz. Los «tiempos» en la historia del cumplimiento estaban escondidos de ellos (1 P. 1:11-12).

Por sobre todo, aún no se les había revelado que en este tiempo presente del cual hablaban reinaría el principio de igualdad entre judíos y gentiles en el pueblo de Dios. En ningún lugar del Antiguo Testamento se dice expresamente que los gentiles serían recibidos en el pueblo de Dios sin guardar la ley y sin la circuncisión, esto es, directamente como gentiles y solamente sobre la base de la fe. Reinaba completo silencio respecto de si los gentiles tenían que hacerse judíos primero para ser admitidos en el reino del Mesías. Ninguna profecía en todo el Antiguo Testamento trata esta cuestión ni da luz al respecto. En el pasado, el principio de la no circuncisión

de los gentiles creyentes recibidos en la iglesia de Dios era un secreto absoluto.

En armonía con este hecho, Pablo, al escribir a los efesios, se expresa con extraordinaria exactitud. No afirma que los profetas del Antiguo Testamento no hayan sabido nada de lo que ocurriría en la edad actual de la gracia, sino que «no se dio a conocer a los hijos de los hombres, *como* ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el espíritu», y en medida especial, a Pablo mismo (Ef. 3:4-6). El hecho general del llamamiento de los gentiles ya era conocido en el Antiguo Testamento, pero no los detalles relacionados con este llamamiento. Sobre esto es el Nuevo Testamento el primero en dar una revelación completa.

Así que el «misterio» del que Pablo habla en Efesios 3 era que los creyentes gentiles tendrían una posición de igualdad con los judíos en la iglesia cristiana. Son «*co*herederos y miembros del mismo cuerpo, y *co*partícipes de la promesa de Cristo Jesús a través del evangelio» (Ef. 3:6). Por el prefijo «co» (Gr. *syn*) Pablo expresa la unión más íntima posible y la igualdad indistinguible entre judíos y gentiles en la iglesia.

Pero ahora, por cuando precisamente este principio de igualdad es una de las características más esenciales de la iglesia del Nuevo Testamento, debe reconocerse que ninguno de los profetas del Antiguo Testamento había previsto que en el tiempo venidero Dios levantaría un edificio de *esa característica:* y en *este* sentido estaba en el Antiguo Testamento como un «misterio» no revelado aún, no que existiría un pueblo de Dios neotestamentario (o iglesia de Dios, *ecclesia*), sino en cuanto a su composición, naturaleza y principio de comunión orgánica.

Esto hace comprensible por qué el Nuevo Testamento, con su inspiración divina y su manera de expresión extremadamente cuidadosa, nunca describe esta edad presente como un misterio tal, ni llama a la iglesia misterio; solamente denomina misterio ciertos principios individuales y verdades detalladas conectadas con la edad presente y tocante a la iglesia, aunque estas son esenciales en el más alto grado y verdaderamente importantes.

De modo que el «gran misterio» de Efesios 5:32 no es la *ecclesia como tal*, sino la *relación* de amor entre Cristo y la *ecclesia:* «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de [*acerca de*] Cristo y la *ecclesia.*» Exactamente así, en la vida terrenal el «misterio» no es la existencia de marido y mujer, sino la relación de amor que los une.

f) De igual manera el Nuevo Testamento nada sabe de una «oferta» de Jesús al pueblo judío hecha al comienzo de su ministerio público de establecer el reino terrenal del Mesías, oferta que habiendo sido rechazada por los judíos hizo que el reino se pospusiera para un tiempo posterior; así que entonces la era actual del evangelio fue insertada como un paréntesis, como algo imprevisto y jamás anunciado. Hay tres razones para apoyar la idea contraria.

1) El silencio de la Biblia: En toda la Biblia no hay un solo lugar que hable de tal oferta y postergación del reino terrenal. Mas bien, todas las explicaciones relacionadas con esta idea descansan sobre una comprensión inexacta de las expresiones en ciertos pasajes de las Escrituras o sobre inferencias derivadas de ellos.

2) No era posible una oferta de establecer el reino del Mesías antes de llegar al Gólgota. No podía establecerse el reino de gloria sin el perdón de pecados. Pero el perdón de pecados sólo es posible sobre la base de la muerte expiatoria vicaria de Cristo, y desde el principio El había venido con el propósito de dar su vida en rescate por muchos (Mt. 20:28). Por lo tanto, esa oferta hubiera sido una propuesta de Dios mismo que hubiera estado en fuerte oposición a los más decisivos principios de su plan de redención. Consecuentemente, desde su misma entrada en el mundo, la cruz estaba ante los ojos del Señor como su asunto más importante (Heb. 10:5-10). Primero el rechazo, enseguida la exaltación: primero la corona de espinas, luego la corona real. Así también Juan el Bautista, el que le preparaba el camino, lo había anunciado desde el principio diciendo: «He aquí el *Cordero* de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Desde el principio mismo la secuencia fue la misma: A través

de la cruz se llega a la corona; por el arrepentimiento a la salvación. Solamente a través del perdón del pecado a la gloria. Nunca es lo contrario.

3) Además, es necesario observar las palabras exactas de la predicación del reino: Juan el Bautista y Jesús habían declarado: «Arrepentíos, *porque* el reino de los cielos se *ha* acercado» (Mt. 3:1-2; 4:17). No decía: «*Si* os arrepentís, el reino de los cielos se acercará.» El arrepentimiento del hombre no era la condición para la venida del reino, sino que la venida del reino era la base para exigir el arrepentimiento. El reino mismo hubiera venido en cualquiera de los dos casos. «El reino de los cielos se ha acercado.» La incredulidad no podía alterar esto. «Mas en cualquier ciudad donde entréis y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: Aun el polvo de vuestra ciudad que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero esto sabed, que el reino de Dios se *ha* acercado a vosotros» (Lc. 10:10-11). La entrada individual al reino estaba condicionada al arrepentimiento. Cada individuo tenía la posibilidad de someterse a sí mismo al dominio real de Dios y de este modo ser bendecido, o, como los fariseos, «desechar los designios de Dios respecto de sí mismos» (Lc. 7:30).

En todo caso, aquí debemos cuidarnos de no precipitarnos a igualar «reino» con «reino milenial». El reino de Dios tendrá ciertamente, al final del tiempo, su aparición visible en gloria. Pero en su esencia es el estado real de Dios en general, su reinado soberano como Dios gobernador y salvador, cuya soberanía demuestra en diferentes tiempos y dispensaciones en formas siempre nuevas. Por lo tanto, la expresión «reino de Dios» incluye el curso del reino milenial, pero al mismo tiempo incluye mucho más que eso. Sólo el contexto inmediato puede hacer claro en cada caso qué forma particular del reino se tiene en cuenta; sea el reino del Antiguo Testamento (Mt. 21:43), o el reino espiritual presente (en «misterio» Mt. 13:11), o el reino visible del futuro (Lc. 19:11), o el reino eterno.

Con referencia a la historia *nacional* de Israel el período actual es un paréntesis. Porque hasta su restauración, Israel como pueblo ha sido dejado de lado «hasta

que haya entrado la plenitud de los gentiles» (Ro. 11:25-26). «Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan» (= se hayan agotado; Lc. 21:24). Pero esta no es la base para hablar de un rechazo de los judíos de una supuesta oferta hecha por Jesús de establecer el reino visible del Mesías, pero sí del rechazo espiritual y moral de su persona y su mensaje por la incredulidad de sus contemporáneos judíos.

Pero todo esto Dios lo ha previsto desde la eternidad. Por lo tanto, todo fue incluido en su plan y fue anunciado como correspondía a través de los profetas del Antiguo Testamento, aunque fuese en forma algo velada.

g) *Pero igualmente se debe evitar el extremo opuesto.* Subsiste el hecho de que en el período de la iglesia del Nuevo Testamento se están cumpliendo las profecías veterotestamentarias de la conversión de los gentiles. Pero, como la experiencia y las Escrituras testifican, esto se aplica primero a la salvación de individuos: «Dios tomará de las naciones un pueblo para su nombre» (Hch. 15:14). Pero esto no contradice el otro hecho de que en el proceso de ejecutar este plan para los gentiles Dios de aquí en adelante haga que ingresen cantidades mayores aun de gentiles, proceso en el cual los gentiles se convertirán como *naciones*, y con Israel como un *pueblo*, estarán bajo un pacto común de bendición y paz bajo la soberanía única del Mesías como Rey de Israel y Rey de la humanidad (Is. 19:23-25).

Por lo tanto, el hecho de que el Nuevo Testamento aplique a la edad actual numerosas profecías del Antiguo Testamento acerca de la conversión de los gentiles, en ningún modo contradice la venida de un reino de Dios, visible y compuesto por toda la humanidad en el milenio. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron sólo en forma general la conversión de los gentiles. Pero acerca de la cuestión de cómo se llevaría a cabo esto en los detalles, en qué escenario o en qué sección del tiempo, en qué medidas y qué grados de crecimiento, no dijeron nada preciso. Por lo tanto, tales profecías generales y su aplicación en el Nuevo Testamento no pueden de ningún modo dar base para privarlas de su significación original

«espiritualizando» otras promesas del Antiguo Testamento, cuyo sentido evidente es una conversión nacional de Israel y las demás naciones en un solo reino de Dios visible y mesiánico, ni dan base para oponerse a ellas como «profecías equivocadas».

h) Al mismo tiempo, estas profecías miran hacia la eternidad. Aun el reino milenial es solamente un pórtico que conduce hacia lo perfecto. Solamente entonces se cumplirá en forma más plena la promesa de la conversión de las naciones.

Así que la ejecución de las promesas del Antiguo Testamento para las naciones del mundo será completada en tres etapas grandes y poderosas:[1]

En la era actual del evangelio, por la salvación de muchos individuos y su incorporación en el organismo de la iglesia.

En la venida visible del reino de Dios, de lo anterior a lo perfecto, el milenio, por la renovación de todas las naciones y su posición asociada, aunque subordinada, con Israel bajo el gobierno real del Mesías, que habrá aparecido en gloria.

En la eternidad, en las condiciones del nuevo mundo, como naciones sobre la nueva tierra que vivirán a la luz de la nueva Jerusalén, la ciudad de Dios que descendió del cielo.

---

1. Para más detalles. ver *La Aurora de la Redención,* pp. 217-225.

34

"Restauración del servicio del Templo: contraria a la enseñanza de Hebreos"

«No se pueden tomar literalmente las profecías de un templo futuro con su servicio y sacrificios, especialmente presentadas por Ezequiel, porque esto estaría en contradicción con la enseñanza de Hebreos. Esta declara que por el único sacrificio de Cristo los múltiples sacrificios del Antiguo Testamento fueron cumplidos y, por lo tanto, abolidos (Heb. 10:1-8, 14, 18).

»Esto también surge de la relación de sombra y sustancia como el Nuevo Testamento caracteriza la conexión entre el sistema sacrificial del Antiguo Testamento y la obra redentora de Cristo (Col. 2:16, 17; Heb. 1:10). Porque, ¿no debe la sombra desvanecerse cuando ha aparecido la sustancia, la esencia? ¿Cómo podrían estar en vigor al mismo tiempo sombra y sustancia? ¿Qué virtud puede tener un símbolo profético, un tipo cuando ya ha sido cumplido? ¿Por qué habrían de volverse a la sombra los que ya tienen la esencia? ¿Qué importancia pueden tener la sangre de carneros y becerros (que en todo caso no quitan el pecado; Heb. 10:4) después de ofrecido el sacrificio de Cristo, el cual puede quitar el pecado? ¿No sería, por lo tanto, sin sentido ni significación la reinstitución de los sacrificios del Antiguo Testamento después del Gólgota?

»¿No debe uno aceptar un sentido figurado en lugares en que el sentido literal podría conducir a consecuencias que están en oposición a las verdades reveladas en otros lugares de las Escrituras?»

La última oración estaría en orden si pudiéramos estar seguros por adelantado de que entendemos completamente el final de todas las revelaciones de Dios. Pero de ningún modo es este el caso ahora. Las cosas divinas con frecuencia se nos presentan como paradojas. Con nuestra limitada capacidad en cuanto a tiempo y espacio no estamos en posición de comprender plenamente las cosas supraespaciales y supratemporales. Por lo tanto, en las Escrituras a veces hay líneas paralelas que no se encuentran en el tiempo, sino en el infinito. En tales casos tenemos el deber de permitir que esos pasajes sigan de acuerdo con el significado evidente de sus palabras, y esperar pacientemente hasta que se nos conceda más luz al despuntar el día de la eternidad (1 Cor. 13:9-10). En todo caso, es necesario tener cuidado.

b) En lo que respecta a las profecías de un futuro servicio en el templo del Mesías, en diferentes y numerosos lugares se dan tantos detalles que todo lector imparcial excluye completamente la posibilidad de un sentido puramente espiritual. Isaías habla de un «altar» de Dios en el reino mesiánico futuro y del «lugar de mi santuario» que El adornará (60:7,13). Habla de la oblación, de sacerdotes y levitas, de lunas nuevas y reposos en los cuales toda carne vendrá a adorar al Señor (66:20-21, 23). Jeremías también habla de «sacerdotes y Levitas», de holocaustos, ofrendas y sacrificios en el reino del Renuevo de David que entonces reinará en justicia (33:15, 18, 21, 22). Por sobre todo, Ezequiel describe un templo futuro con tantos detalles y medidas que sería sencillamente imposible declarar que todo esto es sólo figurativo y debe por lo tanto ser espiritualizado.

En la Pascua se ofrecerán diariamente siete becerros y siete carneros exactamente como ofrenda por el pecado, y siete becerros y siete carneros como holocausto. El aquel futuro servicio del templo, como Ezequiel lo ve, la ofrenda vegetal consistirá de un efa de flor de harina

y un hin de aceite. En la fiesta de los tabernáculos, la fecha de la cual queda fijada exactamente igual que antes en el día quince del séptimo mes, se ofrecerán los mismos sacrificios (Ez. 45:21-25).

Pero otros números se aplican a los acostumbrados días de la semana. Cada mañana se ofrecerá solo un cordero, y la ofrenda vegetal que lo acompaña no será de todo un efa, sino de un sexto, y el aceite no será todo un hin, sino solamente un tercio (46:13-14).

El día de reposo el príncipe llevará exactamente seis corderos y un carnero, y por cada carnero un efa de flor de harina y un hin de aceite. En la luna nueva las cifras cambian nuevamente. Entonces será un becerro, seis corderos y un carnero (46:4-7).

El que entra a través de la puerta del norte saldrá por la puerta del sur, y el que entre por el sur saldrá por la puerta del norte (46:9).

En el atrio habrá cuatro mesas en un lado, cuatro mesas en el otro lado, un total de ocho mesas; además cuatro mesas de piedra, cada una de un codo y medio de ancho y de largo y un codo de alto. Aun se mencionan los ganchos con forma de tenedor de un palmo menor de ancho, en los cuales se colgaban los animales sacrificados, evidentemente para quitarles la piel (40:39-43).

Se usará sangre; comenrán panes sin levadura (45:19, 21). Se esparcirá sal y se empleará fuego (43:24, 21).

El sacerdocio estará en manos de los hijos de Sadoc de la tribu de Leví (43:19; 44:15; cp. 2 S. 15:24).

Y ¿qué diremos de las medidas individuales del templo mismo que Ezequiel da? Toda el área será un cuadrado de 500 cañas (42:15-20). El primer umbral de la puerta oriental será exactamente de una caña de ancho. A la entrada de la puerta habrá seis cámaras para los guardas, tres a un lado y tres del otro lado, cada una de una caña de largo y una de ancho, y entre las cámaras individuales un espacio de cinco codos. Las ventanas estrechas de estas cámaras tendrán rejas, y los postes serán adornados con palmeras esculpidas (40:6-7, 10, 16).

La puerta grande tendrá una anchura de diez codos, y el largo de la puerta será 13 codos. En la orilla exterior del patio enlosado habrá treinta cámaras (40:11, 17).

El altar del incienso tendrá tres codos de alto y dos de largo y de ancho (41:22). El altar del holocausto es descrito con especial exactitud. Se levantará en tres planos sobre un pedestal de un codo de alto. La primera parte será de un codo sobre el altar. La segunda de dos codos sobre la primera; y la tercera, la menor de ellas, estará cuatro codos por sobre la segunda. La parte superior, el altar para el fuego, será un cuadrado de doce codos, y tendrá cuatro cuernos en sus cuatro esquinas. El pedestal y la base superior tendrán un borde de medio codo de alto (43:13-17).

¿Hemos de seguir? Sería muy fácil prolongar esta lista de detalles y medidas, pero lo ya dicho bastará para mostrar que una lectura fiel de estas afirmaciones proféticas deja fuera de toda duda que la espiritualización *puramente* figurativa aquí es completamente imposible, pero que el profeta esperaba un templo que respondiera precisamente a los detalles dados, y un sistema de sacrificios en el futuro con los numerosos detalles señalados. Muchos se satisfacen muy fácilmente con la explicación de que estas profecías de Ezequiel acerca de un servicio futuro en el templo se han de entender en forma puramente figurativa, y se refieren exclusivamente al sacerdocio espiritual de la iglesia del Nuevo Testamento; esto se debe a que en muchos casos los lectores de la Biblia simplemente no han leído estos pasajes de Ezequiel con continuidad y cuidado. Es solamente por esto que hemos citado con tanto detalle cosas pequeñas, con el fin de proporcionar al lector la impresión que la lectura de estos pasajes proféticos imparten en forma ineludible.

Estamos realmente ante una alternativa ineludible: El profeta mismo estaba equivocado en esta esperanza de un futuro servicio del templo, y esta profecía en el sentido que él quería darle jamás se cumplirá; *o* Dios, en el tiempo del Mesías, cumplirá literalmente estas profecías del templo según la intención de su significado literal. No hay otra elección posible.

c) También es imposible tratar de mantener la literalidad del templo como lo ve Ezequiel mientras se niega su aplicación al futuro en el tiempo del fin, aplicándola al templo de Zorobabel que iba a ser edificado después del tiempo de Ezequiel (536-516 a.C.) por los que regresaron del cautiverio en Babilonia (según el prof. Hengstenberg). Pero las medidas del templo de Zorobabel de ningún modo concuerdan con las de Ezequiel. Según Esdras (6:3) el templo de Zorobabel tenía sesenta codos de alto y sesenta codos de ancho, mientras Ezequiel 41:12-13 da cifras completamente diferentes (setenta, noventa y cien codos). Además, las descripciones del templo de Zorobabel dadas en el libro de los Macabeos presenta un cuadro muy diferente (1 *Macabeos* 4:47, 60; cp. *Sirach* 50:1s.). Además, las descripciones del templo de Zorobabel dadas en el libro de Esdras mencionan solamente su conexión retrospectiva con el plano de planta del tabernáculo y del templo de Salomón, pero no menciona el templo de la visión de Ezequiel como su plano base y modelo.

d) Es claro que con todo esto, y particularmente considerando Hebreos, aún quedan preguntas sin resolver. Pero las cuestiones sin solución no deben ser impedimentos a la fe. No justifican que desnudemos a un pasaje de su sentido evidente y real para vestirlo de una inadmisible espiritualización. Aun cuando en ciertos casos no es posible alcanzar una explicación completa y satisfactoria, deberíamos aún aferrarnos del sentido manifiesto de una afirmación profética. La actitud que nos conviene es la de esperar pacientemente hasta que el cumplimiento traiga la plena luz.

Sin embargo, a pesar de este carácter literal, lo simbólico será lo principal en el templo futuro. Lo literal no se opone a su significancia espiritual. Precisamente en sus números simbólicos habrá una maravillosa presentación de realizades espirituales. Aquí ambos van juntos, lo literal y el simbolismo. Ni lo primero excluye a lo segundo, ni lo segundo a lo primero. Juntos representan un organismo como cuerpo y espíritu.

En el tabernáculo de Moisés el simbolismo y la tipología tenían igualmente su significación real y verdadera; sin embargo, había sido una tienda literal que estaba hecha de materiales visibles con medidas literales. Aquí también ambas cosas debían ser consideradas en conjunto:

la literalidad de lo externo y de las formas materiales a pesar de que su propósito esencial era para fineş espirituales:

el vestir las verdades espirituales eternas con formas materiales a pesar de toda la realidad de este material literal.

e) Pero quizás por lo menos podamos percibir ya el sentido general que un día la resolución de estas cuestiones demostrará. Ciertamente la epístola a los Hebreos dice: «Donde hay remisión de pecados, no hay más ofrenda por el pecado» (Heb. 10:18). Pero esto de ningún modo demuestra que no puede haber más acciones simbólicas en el servicio divino después de la obra redentora de Cristo, tal como Ezequiel 40-44 indican muy claramente.

Las acciones simbólicas en el servicio divino todavía son posibles después del Gólgota. Es cierto que ya no tienen sentido tipológico como en el Antiguo Testamento, en que los símbolos proféticos miraban hacia adelante al Redentor esperado, sino más bien, en el sentido neotestamentario, los actos simbólicos miran hacia atrás a la obra consumada del Redentor. Porque si después del Gólgota no hubiesen más actos simbólicos de servicio divino con los cuales se asocian bendiciones espirituales para los creyentes, entonces, ¿qué es lo que hace posible el bautismo y la cena del Señor que la iglesia del Nuevo Testamento practica? ¿No son estas últimas igualmente actos simbólicos externos, visibles con los que aún hoy, por obra del Espíritu Santo están asociadas bendiciones dadas por Dios para el creyente?

Evidentemente es cierto que, según Ezequiel, los sacrificios futuros predichos por él no son actos puramente simbólicos que simplemente servirán para traer a la mente un recuerdo de la obra de Cristo, sino que realmente

se unen con el don de Dios de la expiación y el perdón del pecado (Ez. 43:21-27; 45:17). Pero del mismo modo, según la enseñanza del Nuevo Testamento, los actos del bautismo y de la cena del Señor, van más allá de lo puramente simbólico y del hecho de ser un recordatorio y están asociados con la recepción de bendiciones divinas (véase especialmente 1 Cor. 10:16-21). Así la referencia a Hebreos no ofrece una objeción convincente, fundamental e irrefutable a un futuro servicio literal en el servicio del templo. Solamente se prueba que estos actos tendrán entonces un significado enteramente nuevo y una perspectiva enteramente nueva. Los sacrificios y el sacerdocio jamás volverán en su sentido mosáico, precristiano, veterotestamentario. El antiguo pacto se ha acabado para siempre y jamás se volverá a levantar para ser restablecido. Más bien todo ocurrirá en el espíritu del «nuevo pacto». Las formas antiguas se llenarán de un espíritu completamente nuevo.

Dentro de los círculos de la teología científica, fiel a la Biblia, Auberlen (ex profesor de Teología Luterana en la Universidad de Basilea) fue uno de los principales pioneros de la esperanza de un reino visible de Dios sobre la tierra aún no transformada. Describió la relación de este nuevo servicio en el templo en el milenio con las dispensaciones previas de la ley y la gracia: «Lo que en tiempo del antiguo pacto pasó de un modo *externo* solamente, en la «letra»; lo que, en sentido inverso, en el tiempo de la iglesia fue recogido en la escondida esencia interna del espíritu; esto en el tiempo del milenio se exhibirá y mostrará exteriormente y al mismo tiempo de una manera *espiritual*. Bajo el antiguo pacto toda la vida del pueblo de Israel en sus diferentes apariciones, en la casa y en la esfera civil, en una forma y medida más *externa* el trabajo, el arte, la literatura y la cultura estaban caracterizados y gobernados por las leyes religiosas. La iglesia por sobre todo tenía que presionar para lograr la renovación del *corazón*. Pero en el reino milenial todas estas esferas exteriores de la vida serán verdaderamente cristianizadas desde *adentro*.»[1]

1. Véase Lange, *Bibelwerk*, comentario sobre Ezequiel 46.

Así que en alto grado estarán entonces armoniosamente unidas, lo exterior y lo interno, el aspecto visible y la vida espiritual invisible del corazón.

f) Finalmente debemos afirmar que, sea como fuere que se entiendan las profecías de Ezequiel, no son de ningún modo la base decisiva de la esperanza de un reino de Dios visible en la tierra. Las profecías de Ezequiel pertenecen sin duda a los cuadros más significativos de ciertos detalles centrales de este milenio; pero el milenio mismo tiene sus raíces en otras profecías. Algunos de los ejemplos más importantes de estos los enumeraremos en las páginas 266 y ss. Para un relato más completo, referimos al lector a *El Triunfo del Crucificado* (pp. 202-236, especialmente 207-215).

35

El actual reino espiritual de Cristo y las profecías del Antiguo Testamento acerca de un reino davídico

«El reinado de Cristo sobre el "trono de David" no comenzará en el momento de su aparición en gloria, sino que ya comenzó en el momento de su ascensión, y por lo tanto no será cuando termine la edad actual del Evangelio, sino en su comienzo. Esto se aplica también a la edificación del tabernáculo de David que estaba caído (Hch. 15:16) y al dominio de Cristo como rey sobre los gentiles como el Renuevo que sale de la raíz de Isaí» (Ro. 15:12; Is. 11:10).

No subestimamos la importancia de esta objeción.

«Llamarás su nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lc. 1:32-33).

«Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído...; para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales

es invocado mi nombre, dice el Señor» (Amós 9:11-12; Hch. 15:16-18).

«Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará para regir los gentiles» (Ro. 15:12; Is. 11:10).

Hay dos explicaciones corrientes de estos pasajes del Nuevo Testamento.

Según una, el reinado del Mesías comenzará solamente cuando establezca su reino en gloria en su venida en el tiempo del fin.

Según la otra, el reinado davídico del Mesías comenzó en la ascensión y exaltación del divino Hijo de David a la diestra del trono de la Majestad en las alturas.

Las dos explicaciones concuerdan en que no hay que tomar literalmente sino figurativamente las expresiones «trono de David» y «tabernáculo de David». Además, concuerdan en que el reinado de David experimentará una extensión en territorio y gloria por el Dios Rey mesiánico, davídico.

La principal diferencia es triple:

Primero, en cuanto al *grado de su extensión*, esto es, en cuanto a su circunferencia, con respecto a las personas y tierras que están incluidas, hasta qué punto Israel, hasta qué punto las demás naciones.

Luego difieren en cuanto a la *forma de este reinado*, si es solamente interior y espiritual, o visible y externo y, por cierto, histórico y político.

Tercero, difieren en cuanto a la *fecha de este reinado* davídico del Hijo de David, si su iniciación se pone en la ascensión y Pentescostés o solamente en una *parousía* y *epifanía* futuras.

Dentro del propósito de nuestra tarea presente, esto es, responder a las dudas respectos de la base bíblica para esperar un reino visible de Dios sobre esta tierra, el factor más decisivo es que es fácil demostrar que ambas explicaciones pueden bien concordar en la esperanza del milenio, en el sentido que una lo enseña directamente y la otra por ningún medio necesariamente lo contradice pero puede hallar cabida armoniosa en ella. Sin embargo, aquí nuevamente ambos lados deben cuidarse de los extremismos y de sacar inferencias que la Biblia misma no saca.

Nuestra única tarea aquí es mostrar esto con respecto a las dos explicaciones. No se exige tomar una actitud exacta y positiva ante las numerosas cuestiones comprometidas, porque estaría fuera del propósito de nuestra obra. Nuestro propósito no es la exégesis detallada, sino responder si la Biblia respalda la esperanza original cristiana de un reino visible de Dios en la tierra, y responder a ciertas objeciones suscitadas por expositores de la Biblia que son creyentes y fieles a ella.

Es perfectamente claro que la expresión «trono de David» para referirse al reinado del Mesías, no es literal. Nadie afirma, ni aún el más ardiente defensor de la creencia en el reino milenial, que será el mismísimo trono sobre el que se sentará David un millar de años antes de Cristo. En cualquier caso, la expresión «trono de David» debe ser tomada figurativamente como referencia al dominio real del Mesías descendiente de David y heredero de su reino.

En la reunión en Jerusalén, Santiago citó la profecía de Amós: «En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado» (Hch. 15:13-16; Amós 9:11). ¿Qué se quiere decir con «tabernáculo de David»?

Sin lugar a dudas, no es una estructura literal que David ocupó en su tiempo, sino una expresión que debe ser entendida figurativamente. Ciertamente no se debe tomar como que señala sencillamente el «estado» político nacional en la tierra sobre el que reinará David, sino que esto señala a su «casa», su casa real, su dinastía real, así como nosotros hablamos de la casa de Windsor, o de los Hapsburg o de los Hohenzollern. Así Dios había hecho saber a David por medio del profeta Natán que Jehová te edificará casa, que en el contexto inmediato se explica como «casa real» lo que significa dinastía real: «Te hago saber, además, que Jehová te edificará casa... levantaré descendencia después de ti... y afirmaré su reino... su trono será firme para siempre» (1 Cr. 17:10b-14).

Después del colapso del estado judío (586 a.C.), la casa de David, anteriormente tan poderosa, se había conver-

tido en una choza.[1] La familia misma de David se había hundido en la pobreza y en las más humildes circunstancias de vida social, de tal modo que cuando Cristo nació fue criado como miembro de una familia de artesanos descendientes de David.

Pero ahora la profecía anuncia que Dios edificará nuevamente esta casa real. Revivirá la brillantez anterior de la dinastía real de David. Esto ocurrirá por la venida del Hijo de David, Cristo el Rey Mesías; y el reino que este Hijo de David recibirá será mucho más extenso y glorioso de lo que fuera el de su antepasado David. Hasta este último punto hay completo acuerdo entre los estudiosos de la Biblia.

En esto estarán de acuerdo todos los que refieren este reinado espiritual al reinado de Cristo durante esta era de la *iglesia*. Porque es un hecho que además de los creyentes de Israel hay ahora miles de miles, y diez miles de miles de todos los pueblos y lenguas, que por el Espíritu Santo llaman a Cristo «Señor» (1 Co. 12:3), así que el alcance de este reinado espiritual del Mesías es mucho más extenso e incluye muchos más integrantes de la raza humana que el limitado reino original de David.

Más aun, todos los que relacionan las promesas del reino dadas a David solamente con el futuro, con el milenio, afirmarán esta poderosa extensión del reino del Hijo de David muy superior a la de su antepasado. Porque es precisamente en el milenio literal que el reinado del Mesías sobre el trono de David abarcará un área mayor que el ex reino de David, porque cuando El se siente sobre el trono de David será árbitro entre las naciones y rey divino de toda la humanidad (Is. 2:4; Sof. 3:9; Zac. 14:9). Aun más, por cuanto la iglesia será resucitada corporalmente de entre los muertos antes del comienzo de los mil años (1 Ts. 4:14-17), por haber tenido lugar la primera resurrección inmediatamente antes del reino milenial (Ap. 20:4-6), el gobierno del Mesías no solamente será sobre los habitantes no glorificados de la tierra, sino

1. La palabra que aquí se traduce «tabernáculo» nada tiene que ver con el tabernáculo de Moisés. La misma palabra se encuentra en Is. 1:8 en el sentido de una choza sencilla en una viña.

también sobre los resucitados de entre los muertos. Así como El mismo resucitó de entre los muertos y fue glorificado en el cielo, reinará al mismo tiempo sobre los resucitados y glorificados.

Así, en cualquier caso, el reinado del Mesías desde el «trono de David» se extenderá por sobre el reino original de David. «Cristo sobre el trono de David» abarca mucho más que «David sobre el trono de David». Con la exaltación del Heredero al trono de David está relacionada la glorificación del trono de David.

En todos los ejemplos el antetipo es mayor que el tipo. Cada cumplimiento es superior a la promesa. El «cuerpo» siempre es superior a la sombra (Col. 2:17). La realidad neotestamentaria excede a su representación previa en el Antiguo Testamento. Este es el caso con Cristo, pero en grado infinito. Como «Señor» de sus antepasados lo sobrepasa en grado incomparable en cuanto a persona y soberanía (Mt. 22:42-45).

¿En qué período y de qué manera levantará el Mesías el tabernáculo caído de David, esto es, restaurará la gloria anterior de la casa de David y su reinado?

Como prueba de que la conversión de los gentiles está en armonía con la Palabra de Dios, Jacobo, en la reunión en Jerusalén, se refirió a las palabras citadas por el profeta Amós. A través de su relato de los sucesos de la casa de Cornelio, Pedro le había dado la prueba de la experiencia, y Jacobo entonces agregó el testimonio de la Escritura «Con esto [esto es, la conversión de los gentiles], concuerdan las palabras de los profetas; como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído... para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor» (Hechos 15:15-18).

Por medio de este argumento Jacobo demuestra que la conversión de los gentiles *tiene cabida* en el esquema general de los acontecimientos anunciados por los profetas. La profecía de las Escrituras, incluyendo las profecías del reino davídico, dejan lugar para el período de la predicación de las buenas nuevas entre las naciones. En

el significado que el profeta mismo le da, la expresión «reedificaré [el reinado de] la casa de David» sin duda estaba relacionada con la restauración de Israel como pueblo en su reino después del tiempo del juicio. Esto ocurrirá «después de esto», esto es, después de la destrucción del reino pecaminoso de Israel de sobre la faz de la tierra, con el zarandeo de la casa de Israel entre las naciones, y la muerte a espada de todos los pecadores que hay entre ellos y que dicen: «no se acercará ni nos alcanzará el mal», sucesos de los cuales el profeta había hablado *inmediatamente antes* (Am. 9:8-10). En este contexto el anuncio del profeta de que en aquel día, o después de esto, el tabernáculo caído de David será reedificado, está fuera de dudas de que se refiere al Israel del tiempo del fin. Además, está fuera de disputa que la aplicación hecha por Jacobo de esta palabra de la profecía de ningún modo cambia o niega este claro significado original. Desde este punto de vista, y en conjunción con el período de la evangelización del Nuevo Testamento, hay cinco etapas sucesivas de acontecimientos:

1. El juicio y destrucción del reino pecaminoso de Israel.

2. La visitación de los gentiles por parte de Dios para tomar de ellos pueblo para su nombre. Esta es la reunión de la iglesia en el período actual del evangelio.

3. La segunda venida del Señor: después de esto «volveré».

4. La reedificación y levantamiento del tabernáculo (casa, dinastía real, reinado) de David, esto es, la restauración del trono davídico sobre la casa de Israel.

5. La conversión a Dios del resto de los hombres, en conexión con esta restauración de Israel y el restablecimiento del reino davídico.

En este sentido todo este pasaje se convierte en un testimonio en favor del establecimiento de un reino visible de Dios que abarcará a Israel y a toda la humanidad.

Pero según la explicación de muchos otros maestros bíblicos, Jacobo va más allá de esto y da una explicación directa de este pasaje de Amós acerca de la reedificación

del tabernáculo de David a la edad actual del evangelio, y en los acontecimientos ocurridos en la casa de Cornelio ve una cierta medida de cumplimiento de este pasaje del Antiguo Testamento. Después que Pedro hubo dado su relato de la primera conversión de personas enteramente gentiles, Jacobo dijo: «Simón ha relatado como Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y *con esto* concuerdan las palabras de los profetas»: esto es, las palabras de los profetas concuerdan con esta visitación de los gentiles de la que Pedro acababa de hablar, y con la acción de recoger pueblo para su nombre de entre los pueblos de la dispensación actual. Las palabras de los profetas que tenían en consideración eran especialmente las de Amos 9:8-10: «Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído... para que el resto de los hombres busque al Señor.» Jesús el Hijo de María, la humilde virgen de la raza empobrecida (tabernáculo) de David, es al mismo tiempo Salvador del mundo. «La salvación viene de los judíos» (Juan 4:22). Cristo, el Mesías de Israel, que viene de la casa real de David, es el Redentor en quien confían los gentiles que creen.

En conexión con esto, Jacobo no dice que los profetas del Antiguo Testamento silenciosamente «dejaron lugar» para un período de conversión de los gentiles, que precedería a la reedificación del tabernáculo de David, período del cual ellos mismos, sin embargo, nada dicen, sino que ellos concuerdan con esto y que por lo tanto *hablaron* de ello. Si fuese de otro modo, las palabras de los profetas, de los cuales Jacobo cita a Amós como ejemplo principal, ciertamente no habrían tenido referencia alguna a los acontecimientos actuales directamente en cuestión, para los cuales, sin embargo, Jacobo quería entonces dar una prueba de las Escrituras. De este modo combina la restauración del reino, que viene de la casa de David, con la actividad salvadora del Señor Jesucristo como Redentor del mundo en la era presente del evangelio.

Pablo igualmente aplica la profecía acerca de la raíz de Isaí a la edad presente de la iglesia y de la conversión de los paganos (Ro. 15:12). El basa su exhortación

acerca de que en la edad presente de la iglesia los judíos y los gentiles cristianos debieran recibirse mutuamente, entre otras cosas, en que Jesús, la raíz de Isaí, ha puesto a los cristianos gentiles bajo su real dominio: «Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió... siervo de la circuncisión... para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: "Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles esperarán en él"» 15:7-9, 12; Is. 11:10). Esta forma de argumento del apóstol sólo era posible si aplicaba este reinado de Jesús como la raíz de Isaí, el padre de David, a la era actual de la iglesia.

En Antioquía el mismo apóstol declaró que Dios «Levantó [a Cristo] de los muertos... lo dijo así: "Os daré las misericordias fieles de David"», esto es, las misericordias firmes prometidas a David (Hch. 13:34; Is. 55:3). Aquí él también une el cumplimiento fundamental de la profecía concerniente a las misericordias firmes de David, no primero con la venida del Señor en gloria al comienzo de su segunda aparición, sino con su resurrección al final de la primera venida. Había hecho lo mismo inmediatamente antes en el mismo discurso en Antioquía con una oración de un salmo de David (Hch. 4:25): «Nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: "Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy"» (Hch. 13:32-33; Sal. 2:7).

Pero en realidad, con relación a la cuestión del milenio, estas dos explicaciones de las palabras de Jacobo no son del todo irreconciliables. Nadie pone en discusión que una aplicación del Antiguo Testamento, incluyendo las profecías davídicas de la edad presente son justificables, que ciertamente la dispensación del evangelio trae consigo un cierto sentido de cumplimiento de no pocas profecías del antiguo pacto. Por cuanto el período actual de salvación es al mismo tiempo una introducción y una exhibición espiritual preliminar de la futura perfección, y la conversión de los gentiles individuales en este período

presente es al mismo tiempo una profecía de la conversión en mayor escala de gentiles durante el milenio, en cierto sentido van juntos.

Y ¿no hay que reconocer en otros lugares también en los profetas que no sólo tienen uno sino dos y a veces tres cumplimientos? ¿No hay además otros dichos proféticos también, que en el sentido de los profetas sin duda se referían al reino mesiánico de gloria, aplicado similarmente en el Nuevo Testamento a la iglesia, sin oponerse a su aplicación literal al tiempo del fin? Por lo tanto, si Jacobo quizás considera la conversión de los gentiles en la edad de la iglesia como un cumplimiento previo de la profecía de Amós, no hay estrictamente más negación de su cumplimiento futuro en el tiempo del fin que la que el profeta tuvo en su intención, que en estas otras aplicaciones similares en el Nuevo Testamento de otras palabras de la profecía del Antiguo Testamento. Referimos a nuestro lector a la discusión anterior del método de espiritualización del Nuevo Testamento; pp. 227 ss.

Si Cristo, como el que salió de la simiente de David y, como Pablo además testifica, como la raíz de Isaí (Ro. 1:3; 2 Ti. 2:8), *por el Espíritu* Santo reina sobre el creyente individual de Israel y de los gentiles (Ro. 15:12), porque estos aún *hoy día* han sido trasladados del reino de las tinieblas en el reino [*basileia*, cp. *basileus rey*] del Hijo del amor de Dios (Col. 1:13), ¿cómo es que se niega que vendrá un tiempo cuando El establecerá su soberanía sobre el trono de David sobre *todo* Israel y sobre *todos* los gentiles, no sólo espiritualmente sino visiblemente, y de ahí la promesa de reedificar el tabernáculo de David también sea cumplida visiblemente?

¿Cómo excluirá una a la otra? ¿El trono de David ha estado en el cielo y no sobre la tierra? ¿Cómo servirá un cumplimiento espiritual previo para probar que no se debe esperar un cumplimiento final total? ¿No es irrefutable que, aun si esas promesas pueden tener un cumplimiento espiritual previo en la era de la iglesia del Nuevo Testamento, los profetas del Antiguo Testamento sobre la base de las palabras inspiradas de sus profecías esperaban un cumplimiento *literal* en un Israel renovado y en naciones

salvadas en un reino visible de Dios, y que por lo tanto no pueden ser defraudados por Dios?

No, aquí lo segundo va con lo primero, y ciertamente es la conclusión y perfección de lo primero. El reino del exaltado Hijo de David abarcará no solamente las esferas espirituales y morales, sino que penetrará lo exterior y visible. Esta universalidad pertenece a un ejercicio verdaderamente completo de su reinado davídico. Lo terrenal y visible es también obra creativa de Dios. Y en general, corresponde con la plenitud y el completo vigor de todo lo interior que es realmente fuerte y verdadero, el que jamás quede confinado a lo espiritual e invisible, sino que avance de allí, como de «arriba», hasta que llene y transfigure lo exterior y más bajo.

Por lo tanto, sin importar si Jacobo aplicó el cumplimiento de la promesa en cuanto a la conversión del resto de la humanidad relacionada con la reedificación del tabernáculo (casa, dinastía real, reinado) de David, simplemente al tiempo del fin o a la edad presente del evangelio también, hemos dado pruebas de que en ningún caso hay una negación de un futuro reino visible de Dios. Pero con esto se derrumba la objeción al milenio que se basaba en este aspecto. Para nuestra discusión presente esto es nuevamente lo esencial.

Pero, como complemento a todo esto, debemos expresar claramente que *las formas figurativas de hablar, como «tabernáculo de David», de ningún modo son una base decisiva para la esperanza de un reino milenial.* Lo fundamental es lo siguiente:

1. Las declaraciones definitivas de los profetas acerca de una futura reunión nacional de los reinos formados por las dos tribus y las diez tribus, en el tiempo del Mesías (Ez. 37:15-24; Os. 1:11; Jer. 3:18; Zac. 10:6).

2. El claro testimonio de los profetas de que en tiempos del Mesías Israel nuevamente vivirá en la tierra de sus *padres* (Jer. 16:15), en *su propia tierra* (Ez. 28:25), en *esta* tierra (Jer. 32:41), en la tierra de *Galaad* y en el *Líbano* (Zac. 10:10).

3. El anuncio igualmente claro de que esto será efectuado solamente con la gloriosa aparición del Mesías (Zac.

14:4; Dn. 7:13-14; Mt. 26:24; 24:30; Ap. 1:7) y con la renovación interior de Israel (Os. 3:5; Is. 4:4; 11:9; Ez. 36:26; Zac. 13:1).

4. El anuncio, igualmente imposible de confundir, que en conexión con esta renovación interior y exterior de Israel habrá una conversión y renovación de las demás naciones. (Is. 2:3-4; 19:23-25; Sof. 3:9; Zac. 14:9; Mal. 1:11.)

5. La interpretación inspirada por Dios de las visiones del libro de Daniel. Hablando del «reino del Hijo del Hombre» que sucede a los imperios de las cuatro bestias de la historia previa del hombre, dice (Dn. 7:27): «El reino, el dominio y la majestad de los reinos *debajo de todo el cielo,* sea dado al pueblo de los santos del Altísimo.» También el sueño de Nabucodonosor declara que la piedra que destroza los pies de la imagen imperial se convierte finalmente en una gran montaña que «llena toda la *tierra*», así que el reino de Dios ocupa toda el área que habían ocupado anteriormente los reinos del mundo juntos (Dn. 2:35, 38-39).

A esto debemos agregar del Nuevo Testamento:

6. La respuesta inequívoca del Señor Jesús a sus discípulos cuando preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a *Israel* en este tiempo?» (Hch. 1:6). No los reprendió por tener conceptos terrenales o aun carnales, ni por negar la venida de un reino visible de Dios como el que tenían en sus pensamientos; sólo les respondió: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad.» Así El no rechazó la esperanza de ellos de un reino visible terrenal sino solamente su curiosidad e impaciencia en esta esperanza. Por esta expresión profética, «tiempos y sazones», el Señor mismo testificó que a su debido tiempo será establecido de hecho el reino de Israel.

Puesto que ahora estamos dando un resumen, damos una referencia final:

7. El testimonio del Apocalipsis de Juan. Es completamente irrefutable que aquí hay una mención de un reino milenial que está colocado *después* del regreso de Cristo

en gloria y *antes* de la destrucción del universo (Apocalipsis 19:11-21; 20:4-6, 9-11), que por lo tanto —éste es el sentido indiscutible del mismo escritor sagrado— será establecido en el tiempo del fin como un reino *intermedio, entre* la *parousía* y la transfiguración del mundo, y sobre el escenario de esta antigua tierra.

La conclusión y perfeccionamiento de esta obra real y maravillosa será el descenso de la Jerusalén celestial a la nueva tierra. Este es el hogar eterno de los perfectos, tanto en Israel como de la iglesia. Es la transfiguración del Lugar Santísimo del Israel del Antiguo Testamento (cp. el cubo), el prototipo y lo perfecto del antiguo Israel. Por tanto, sobre sus puertas están los nombres de las 12 tribus (Ap. 21:12). Por cuanto la salvación es de los judíos (Jn. 4:22) y por lo tanto El es quien testifica de todas estas cosas, incluyendo la consumación, se llama «raíz y linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana» (Ap. 22:16).

Pero todo esto pasa no para honra de Israel, sino para Dios y Su gloria. «Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre» (Ez. 36:22).

La fuente de la salvación es celestial, sin embargo, el océano en que desemboca su corriente es mundial, que abarca toda la humanidad. En esto Israel es el receptor y el canal de la bendición. Por lo tanto toda la alabanza pertenece sólo a Dios.

Apéndice

Introducción a la lectura correcta del diagrama

El círculo grande brillante de varios colores que forma la parte principal del diagrama es la exhibición del plan de redención. El fondo azul estrellado significa solamente que este plan alcanza más allá de la tierra y el hombre en el cosmos supraterrenal, el universo.

A) LAS PRINCIPALES DIVISIONES GENERALES DEL DIAGRAMA

La creación del mundo, la redención del mundo, la consumación del mundo: estas tres cosas son el contenido armonioso de la revelación divina. Todo viene de Dios (creación del mundo); todo es movido por Dios (preservación y redención del mundo); todo tiende hacia Dios (destino ideal para la consumación del mundo). Así Dios es principio y fin, origen y meta de todo el proceso universal, y por lo tanto es la Alfa y Omega que están en la cumbre de todo el círculo en el diagrama. Alfa es la primera letra del alfabeto griego y Omega es la última.

El triángulo que sirve de fondo a Alfa y Omega, de color suave y delicado, señala el inexplicable misterio de la trinidad del Ser divino.

Pero como todo viene de Dios, y según el destino ideal, es para El, y tiende a volver a El, toda la revelación y el curso de la historia es como un poderoso movimiento circular. Por esta razón no hemos hecho las representa-

ciones de nuestro diagrama en un sentido horizontal, sino en forma de círculo, para que el todo sea leído como la esfera de un reloj universal, así como nosotros, por el uso de los relojes, estamos acostumbrados a leer la secuencia del tiempo (horas y minutos) no en línea horizontal, sino en un círculo.

El lago de fuego, a la derecha, está fuera de este gran movimiento circular para indicar que no encontramos en las Escrituras ningún apoyo para la doctrina de la salvación final de todos. Así la forma de un movimiento circular tipifica la intención *ideal* de todo el proceso, pero encuentra su realización práctica solamente cuando la criatura acepta por fe viva la obra salvadora de Dios en Cristo, el Crucificado y Resucitado.

Dios ejecuta todos sus consejos en Cristo. Por lo tanto, el Hijo es el sol central en todo el curso de los acontecimientos. Es Mediador de la creación, preservación, redención y consumación del mundo. Puesto que en vista de la caída Dios había previsto que sería el Cordero de Dios, la cruz está unida al sol, y la fidelidad de Dios al pacto, simbolizado en las Escrituras y por el arco iris, garantiza el cumplimiento de este plan divino de salvación. Por lo tanto, en nuestro dibujo se encuentran juntos Cristo, el sol central, la cruz y el arco iris.

Este plan de Dios se extiende más allá de la creación terrenal. Aun cuando tiene la tierra y al hombre como su punto de cristalización, no está limitado a ellos. No está limitado a la tierra ni restringido al hombre. El sol, la luna, las estrellas, ciertamente el mundo invisible de los ángeles y «las cosas celestiales», están unidas en alguna forma con la historia de la salvación, aunque la manera y medida de ello nos resulta indescifrable en el presente (Heb. 1:14; 9:23; Is. 30:26). Esta conexión universal del plan de redención está indicada en nuestro diagrama por el círculo de historia revelada puesto en un fondo de estrellas, con los cuatro querubines que simbolizan los más elevados poderes vivientes de la creación (buey, león, águila, hombre),[1] formas que han sido distribuidas en los

1. Este último representado en la actitud de oración de los primeros cristianos, con ambas manos levantadas: véase 1 Ti. 2:8.

cuatro ángulos del cielo como las principales constelaciones de estrellas.

Las Escrituras presentan solamente las cosas que están ocurriendo en la historia de la tierra desde la creación del hombre hasta el perfeccionamiento del mundo. Sólo podemos discernir que el origen del mal debe de haber ocurrido en algún punto anterior al desarrollo del mundo y que ciertamente tuvo efectos catastróficos antes de la historia del hombre.[2]

En consecuencia, nuestro diagrama muestra en detalle y dibujado sencillamente solamente la media sección revelada de la historia de la tierra (desde el origen del mal hasta su derrota final), mientras se señala en forma ligera la eternidad prehistórica y postmundana por medio de anillos de luz que se retraen continuamente, esto es, como despliegues que en el curso de los primeros aiones aparecieron de la eternidad de Dios, y que en el curso de los aiones futuros será absorbida en la eternidad de Dios. Resplandecen desde el océano de luz de la infinitud divina y desembocan nuevamente en el océano de la infinitud divina. Todo lo demás yace escondido en los misterios de la eternidad premundana y postmundana.

Este es el sentido de los dos campos de luz extendidos a ambos lados de la mitad superior del círculo del diagrama, y que unen la parte culminante del todo (Alfa y Omega) con la otra sección de la mitad inferior. Esta es dada en detalles que ilustran el curso revelado de la historia. El campo de luz con sus anillos, a la izquierda, se refiere a la condición original de la tierra antes de la irrupción del pecado, el campo de luz de la derecha con sus anillos se refiere a la condición de perfección de la (nueva) tierra después de ser derrotado el pecado. En esta gloria futura la Jerusalén celestial estará sobre la tierra nueva como capital del universo transfigurado. En el lenguaje pictórico del libro de Apocalipsis esto es representado por el símbolo de un cubo, la más perfecta forma en el espacio (igual en todos sus lados, y de este modo

2. Considérese el hecho de una destrucción demostrada por los estratos geológicos.

es símbolo de armonía y perfección, transparente como cristal, Ap. 21:11).

En este poderoso movimiento desde Dios hacia Dios, la cruz de Cristo es el centro de toda la historia. Por supuesto no cronológicamente, sino espiritual y realmente, y en relación con la historia de la salvación, es el centro de todos los acontecimientos mundiales. La cruz es el acontecimiento central en toda la historia universal, y sobrepasa a todo lo demás en significación. Por tanto, en el diagrama está no sólo en el punto central de la larga sección que representa el curso de la historia, sino que en tamaño y altura sobrepasa en el dibujo a todas las demás representaciones de acontecimientos en todo el plan de redención. Su color negro indica la oscuridad de la muerte que Cristo sufrió por nosotros, y por medio de la cual descendió en la línea negra de la muerte, donde derrotó al que tenía el imperio de la muerte, al diablo (Heb. 2:14).

«INRI» *Iesus Nazarenus Rex Ioudaeorum*, Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos. Esta inscripción sobre la cruz, en latín, griego, y hebreo, es —aunque sin intención humana— un testimonio de Dios del valor universal del Gólgota. El que salió de Israel es al mismo tiempo el Salvador del mundo (Jn. 4:42). Por lo tanto, debe ser proclamado en todos los idiomas de la tierra. Como tal predicamos a Cristo crucificado (1 Co. 1:23). Por lo tanto, la salvación está solamente en el mensaje de la cruz (Hch. 4:12).

B) LAS DIFERENTES SECCIONES COLOREADAS Y LAS DISTINTAS LINEAS DEL DIAGRAMA

Las zonas verdes

Las zonas verdes representan las principales secciones de la historia de las naciones. Mientras la raza humana como un todo estaba todavía en el círculo de luz de la revelación directa de Dios, los campos correspondientes no se encuentran divididos y son de un solo color. Fue así desde la creación del hombre hasta el llamamiento de

Abraham. Será así después del arrebatamiento de la iglesia en el tiempo del fin, y especialmente después de la readmisión de las naciones al comienzo del reino milenial. En el intervalo entre Abraham y la consumación de la iglesia, Dios toma un camino aparte con Israel y el pueblo del pacto del Nuevo Testamento, mientras las naciones, en lo que respecta a revelaciones son pasadas por alto y excluidas. El diagrama indica esto en que para estos períodos las áreas están divididas: la mitad inferior pintada de verde representa a las naciones gentiles, dejadas de lado, la parte superior, coloreada de azul muestra el camino separado de Dios con el pueblo escogido del Antiguo Testamento y con la iglesia del Nuevo Testamento.

En la segunda sección verde se muestran los nombres cainitas y setitas en la forma de dos líneas divergentes que indican las dos líneas principales de la humanidad después de Adán, de las cuales una vivió en la incredulidad (Caín, Gn. 4:17-24), y la otra en fe por un tiempo (Gn. 5), hasta que después estos también fueron vencidos por la incredulidad, y ambas (con la excepción de la familia de Noe) perecieron en el diluvio. La cúspide de la rebelión cainita fue Lamec (Gn. 4:19-24), y el pináculo de la piedad setita fue Enoc (Gn. 5:22-24).

Después del diluvio hubo una nueva distribución de la raza humana según las tres principales familias, las de Sem, Cam y Jafet (Gn. 10). Pero cuando la humanidad, combinadas sus fuerzas, quiso levantar la torre de Babel como una señal de impía soberbia, Dios destruyó su unidad y preparó el campo para desechar a los gentiles y llamar a Abraham.

En las zonas verdes de abajo, que representan la historia de los gentiles durante los últimos siglos antes de la primera venida de Cristo, están los símbolos de los reinos mundiales de las profecías de Daniel, de tal forma que el mismo tiempo presentan la imagen monárquica de Nabucodonosor. Esto es presentado por medio de cada una de las bestias paradas sobre una base de metal, los tipos de metal correspondientes a los metales de la imagen de Nabucodonosor. Esto es:

el león babilonio está sobre una base de oro; es la cabeza de oro (606-536 a.C.).

el oso medo-persa está sobre una base de plata; el pecho y los brazos de plata (536-333);

la pantera greco-macedonia está sobre una base de cobre; el vientre y los lomos de metal (333: desde la batalla de Iso hasta el segundo siglo a.C.);

el último monstruo temible está sobre base de hierro, las piernas y pies de hierro del supremo poder de Roma, especialmente desde el siglo 2 a. C.; 202, batalla de Zama, con victoria sobre Cartago; 133, se hereda Pérgamo; decisión de dominar el oriente; 31, Augusto llega a ser gobernante único, con lo que comienza el *imperio*.

El número latino LXX (70) sobre la bestia que simboliza el tercer reino señala que durante la existencia del reino helenista de los Ptolomeos, que surgió del imperio de Alejandro el Grande, fue hecha la traducción al griego del Antiguo Testamento, entre 250 y 150 a.C., que más tarde se convirtió en la Biblia del cristianismo primitivo, siendo usada por Pablo y los primeros cristianos. Sobre bases aún no conocidas en forma clara recibió el nombre de «Septuaginta» (Lat. 70).

La línea de hierro pasa del símbolo del cuarto imperio mundial a través de toda la sección verde de la edad actual (que se encuentra bajo los siete candeleros de oro) y desemboca en el tiempo del sistema mundial anticristiano.

Esto indica que el cuarto imperio mundial, en su significado profético dura hasta el final de la actual dispensación. El sistema anticristiano mismo se muestra al final de la línea de hierro mediante las dos bestias simbólicas de Ap. 13 y la «torre» de «Babel» de los últimos días (Ap. 19). Después de su destrucción, las dos bestias de Ap. 13 serán lanzadas en el lago de fuego, esto es, el anticristo y el falso profeta. En el diagrama esto es representado por el paso de estas dos bestias al lago de fuego (Ap. 19:20).

Con la reaceptación de las naciones y su recepción en el reino visible de Dios, llega a su fin la restricción de la revelación divina que comenzó con Abraham y comienza

nuevamente el universalismo en la salvación. Por lo tanto en el diagrama ya no hay una división de las secciones verdes en dos divisiones paralelas coloreadas en forma diferente (verde y azul), sino, como en el período del universalismo de la revelación original, presenta sencillamente un todo de un solo color, para el período del universalismo al final de la revelación. La corona real que está en centro de esta sección significa que esta reaceptación de las naciones es durante el tiempo del reinado del Mesías, esto es, el tiempo del reinado visible del Dios Rey que reina en gloria.

Entonces es terrible la rebelión de las naciones en el «poco de tiempo» después del reino milenial (Ap. 20:7-10). *Gog* y *Magog*, según las Escrituras, tomarán la dirección en esta última rebelión de la humanidad. El resultado será una destrucción por fuego y juicio mundial. Pero de esta catástrofe final, y después del juicio final ante el gran trono blanco, Dios hará que surja una nueva tierra, y sobre esta nueva tierra habrá un renovado caminar de las naciones en la luz de la Jerusalén celestial (Ap. 21:1, 24; 22:2).

La línea roja

La historia de Israel está representada por la banda roja que pasa a través de toda la revelación desde el tiempo de Abraham. Ninguno de los pueblos estaba en condiciones de ser llamado por Dios. Así, por una soberana decisión (Ro. 9) El comenzó este camino nuevo y especial con un hombre (Abraham). Por esto la línea roja comienza por un punto, que en el período siguiente se ensancha para formar una banda continua.

La división del reino después de la muerte de Salomón (décimo siglo a.C.) se señala por la división de la banda roja por una línea negra central.

Donde la banda roja desciende de su nivel normal indica los períodos en que los descendientes de Abraham no están en su tierra sino en tierras gentiles. Esto ocurre tres veces en la historia de Israel. En consecuencia, la línea roja desciende tres veces hacia el área verde de los gentiles:

Primero, poco después del tiempo de los patriarcas, la peregrinación en Egipto (1700-1500 a.C. aprox.).

Luego, en un doble colapso, la cautividad (exilio) en Mesopotamia:

El traslado en cautiverio de las diez tribus del norte, (Israel) a Asiria, 722 a.C.

El traslado de las dos tribus del sur, Judá, a Babilonia 586 a.C.

Finalmente, desde la destrucción de Jerusalén el año 70 d.C. la dispersión a través de todas las naciones en todo lugar.

Por esto (desde 722 a.C.) las diez tribus del reino del norte simplemente desaparecen entre las naciones («las diez tribus perdidas»). La línea roja que las representa se diluye gradualmente en el fondo verde, para aparecer nuevamente en el tiempo del fin inmediatamente antes de establecerse el reino del Mesías, y unirse con la línea roja de las dos tribus, que aparecen al mismo tiempo y juntas desembocan en el reino visible de Dios.

Después de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor (586), la línea de las dos tribus desciende igualmente a la zona verde de los gentiles, pero no se pierde en la superficie verde sino que pronto se eleva nuevamente. Esto indica el regreso de ellos bajo Zorobabel y Josué al final de los setenta años, así como bajo Esdras (457) y Nehemías (445).

Luego esta línea roja del pueblo restaurado permanece en su nivel normal, esto es, Israel permanece en la tierra hasta el día del Mesías y el comienzo de la iglesia. Pero entonces, a causa de su rechazo del Mesias, el pueblo fue sometido a juicio. El año 70 d.C. Jerusalén fue destruida, y después de la derrota del falso Mesías, Bar Coquebas, el estado julio fue disuelto y dispersada su población (135). Ahora la línea del pueblo del sur, las dos tribus, también se pierde completamente en la zona verde de los gentiles y, como la línea roja de las diez tribus, aparece nuevamente sólo al final de la era actual. Pero la meta es que ambas entrarán juntas al reinado del Mesías, en el cual Jesús de Nazaret, el Dios Rey y Mesías, será coronado con la corona oro y plata del reinado y el sacerdocio.

Las cuatro fechas al final de las secciones verdes, donde reaparece la franja roja en medio del verde, señalan los cuatro sucesos principales en los que vemos acontecimientos decisivos y etapas principales en la historia de Israel al comenzar el tiempo del fin.

1791. La Asamblea Nacional de Francia deroga todas las leyes especiales contra los judíos.

1897. Fundación del Sionismo.

1917. Declaración Balfour. Se declara que Palestina es el territorio nacional del pueblo judío.

1948. Fundación del Estado de Israel.

Así que el triple descenso de la línea roja indica el sendero de Israel de juicio y sufrimientos en Egipto, Mesopotamia y las naciones gentiles en general. Pero así como en el curso de la historia todas las principales razas del mundo han obrado juntas el juicio y la angustia de Israel —los camitas en Egipto, los semitas en Asiria y Babilonia y los jafetitas en Roma y el exilio en general— así triunfará finalmente la misericordia de Dios sobre el pecado y el juicio y finalmente todos, juntamente con Israel, serán bendecidos en el futuro reino de gloria (Is. 2:2-4; 19:24-25).

La línea blanca

En el culto divino del Antiguo Testamento el blanco es *el color principal del sacerdocio*, porque es el color de la luz, la pureza y la santidad, y por lo tanto es el color simbólico del mundo invisible, espiritual y divino. El sacerdocio simplemente fue puesto para representar y restaurar el intercambio con Dios como el Santo y con su mundo de luz.

Para la ejecución de su deber y reponder a las exigencias y posibilidades de cualquier situación histórica dada, Dios después de cierto tiempo señalaba nuevas formas de templo y sacerdocio. Estos diversos templos y su secuencia histórica se indican en la línea blanca del diagrama. Nuestra preocupación principal se centra en siete exhibiciones del templo, omitiendo el templo de Apocalipsis 11:1-2.

1. El tabernáculo de Moisés (1500 a 1000)
2. El templo de Salomón (1000 a 586)
3. El templo de Zorobabel (516 a.C. a 70 d.C.), reedificado por Herodes (Jn. 2:20)
4. El templo del cuerpo de Jesús (Jn. 2:21)
5. El templo espiritual de la iglesia:
   a) toda la iglesia (Ef. 2:21),
   b) la iglesia local (1 Co. 3:16-17),
   c) el cristiano como individuo (1 Co. 6:19).
6. El templo de Ezequiel, en el reino milenial (Ez. 40-44)
7. La nueva Jerusalén como templo (el lugar santísimo celestial representado simbólicamente por un cubo: Ap. 21:16-22).

«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres.»

La línea dorada

La línea dorada exhíbe *la historia de Cristo glorificado.* El Hijo de Dios vino desde la gloria celestial (véase en el diagrama la estrella del nacimiento del Mesías), fue a la cruz, entregó allí su vida y descendió en la línea negra de la muerte. Pero siendo el Santo, no podía permanecer en la muerte. Es como si de la línea negra de la muerte surgiese repentinamente una línea dorada de gloria (véase diagrama). Sube primero a la tierra, continúa allí un breve lapso (entre la resurrección y la ascensión), y entonces, en exaltación se remonta a los mismos lugares celestiales (Ef. 1:20). Allí permanece durante todo el período de la dispensación de la iglesia. Pero entonces Cristo descenderá a recoger su iglesia y llevarla consigo. Así la línea dorada desciende y se une con la línea azul del pueblo de Dios que en el arrebatamiento ha subido al aire (1 Ts. 4:17). Ahora están juntas para siempre, la línea dorada de Cristo y la línea azul de la iglesia. Junto con su iglesia, ahora Cristo se revela más plenamente estableciendo su reino (Col. 3:4). Junto con su iglesia vivirá en la gloria eterna. Así la línea dorada, unida con la azul, desciende a la tierra inmediatamente antes del estableci-

miento del reino visible. Luego la doble línea vuelve otra vez hacia arriba y permanece por sobre la sección verde que representa el milenio y finalmente se funde con el nuevo universo. Allí Cristo reinará con su iglesia para siempre.

La línea azul

La línea azul que surge en la sección azul de los siete candelabros de oro señala *la historia futura de la iglesia.*

En el período actual el pueblo de Dios, visto según Su propósito, es como siete candelabros de oro, preciosos ante sus ojos, que resplandecen con claro testimonio ante el mundo, llenos de aceite, el Espíritu de Dios, como la energía viva y divina de su luz (Ap. 1:20). El destino de la iglesia es ser glorificada. Seremos arrebatados en las nubes para encontrar al Señor en el aire, y así estar siempre con él (1 Ts. 4:17). La línea azul que asciende desde la zona azul de los candelabros de oro, figurativamente hablando se unirá en el aire con la línea dorada de la historia de Cristo glorificado que desciende del cielo, y desde entonces ambas líneas permanecerán juntas. Luego la línea azul junto con la dorada descenderá a la tierra en el descenso de Cristo glorificado para establecer el reino visible de gloria sobre la tierra. Así ambas líneas permanecen unidas en el cielo durante el período del reinado mesiánico. Después de los sucesos del fin del mundo ambas líneas entrarán juntas en la gloria de la nueva tierra. El trono de Dios y del Cordero estarán sobre la nueva tierra transfigurada (2 Ti. 2:12; Ap. 22:5).

La línea negra serpenteante

Las Sagradas Escrituras hablan con mucha reserva acerca *del origen del mal y el trascendental trasfondo de los acontecimientos que trajo consigo sobre la tierra.* Pero revela que Satanás vino originalmente de la mano de Dios, creación pura, sin mancha (Ez. 28:14-15), pero que, en algún punto en edades prehistóricas, cayó del lado de Dios y pasó a ser objeto de la ira de Dios. El rayo en el dibujo representa la caída original de Satanás y el juicio

consecuente de Dios. Desde la caída del hombre junto al árbol del conocimiento del bien y del mal las potencias demoníacas han entrado en la historia humana en tres conexiones principales: demonizando la historia del mundo, como el poder de la muerte y como gobernantes de las malicias espirituales en el aire (Ef. 2:2; 6:12). Por esta razón la línea negra de la serpiente empieza en el árbol de la ciencia, como escenario de la caída, y toma tres direcciones:

1) Hacia abajo en la línea negra de la muerte; porque la muerte es la paga del pecado (Ro. 6:23), y desde aquel tiempo Satanás tiene el imperio de la muerte (Heb. 2:14). De aquí proviene el poder de Satanás en el reino de la muerte.

2) Dentro de la historia del universo, porque de aquí en adelante el desarrollo de la humanidad ha estado bajo la maldición de lo demoníaco (véase Dn. 10:13, 20). De aquí proviene el poder de Satanás en los pecados del hombre.

3) En regiones celestes; porque Satanás es el príncipe de la potestad del aire (Ef. 2:2; 6:12). Desde entonces Satanás tiene poder sobre las regiones celestes más bajas.

Desde entonces a través de todas las épocas precristianas la línea de la serpiente continúa como la influencia demoníaca que actúa sobre el hombre desde el aire. La batalla decisiva ocurrió en la cruz (Gn. 3:15). Desde entonces Satanás es un enemigo derrotado en principio (Col. 2:15; Jn. 12:31-33).

Esto se representa en el diagrama poniendo los números que designan los períodos principales antes de la victoria de la cruz (2, 3, 4 y 5), debajo de la línea serpenteante, mientras los números (6 y 7) que dan la parte neotestamentaria de la historia de la revelación están sobre dicha línea.

En el tiempo del fin, habiendo sido derrotado por el arcángel Miguel, Satanás será arrojado de los lugares celestiales a la tierra (Ap. 12:7-9). En el tiempo que le sucede inmediatamente obrará de una manera especial sobre la tierra e incitará al sistema mundial anticristiano

que desafía a Dios (Ap. 13). Pero entonces, después de la derrota de este por la aparición del Señor en gloria, Satanás será atado y durante el reinado milenial será tenido en cadenas en el abismo (Ap. 20:1-3). Por sólo un poco de tiempo después del milenio será puesto nuevamente en libertad; pero será completamente derrotado y su fin será lanzado en el lago de fuego para siempre (Apocalipsis 20:7-10).

Así poco antes del tiempo del anticristo la línea de la serpiente se aparta abruptamente de los lugares celestiales y es forzada hacia abajo. Luego, por poco tiempo, esto es, durante el tiempo del anticristo serpentea un poco en la tierra y luego, después del colapso del anticristianismo, es lanzada hacia abajo. Entonces la línea, como aparece en el dibujo, va por debajo de la sección verde del milenio y después vuelve a subir a la tierra, provoca la revuelta de Gog y Magog y finalmente en la batalla final es echado en el lago de fuego para siempre. «El diablo, que los engañaba [a Gog y Magog] fue lanzado en el lago de fuego y azufre... y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda» (Apocalipsis 20:10-14).

C) LOS PRINCIPALES DETALLES DEL DIAGRAMA, ARREGLADOS SEGUN LOS CAPITULOS

Concluimos con un conciso resumen de los más importantes detalles del diagrama arreglados en el orden en que en encuentran en los capítulos del libro a fin de que el texto y el diagrama sean mutuamente explicativos.

1. *El cielo y la tierra en el plan de Dios*

El Dios eterno —el Alfa y la Omega
El triángulo trinitario
Cristo el centro de la salvación
El arco iris
El mundo de las estrellas como fondo de la revelación

Los cuatro querubines simbólicos: buey, león, águila, hombre
La tierra antes de la entrada del pecado y después de la victoria sobre éste.

2. *Siete métodos principales en la revelación de Dios a la humanidad*

Tres regiones tenebrosas de los demoníaco
Siete períodos en el gran círculo
La primera y la última sección del círculo, sin división y de un color (verde). El doble color y curso paralelo de dos divisiones de la sección intermedia (azul y verde); duración desde Abraham hasta el arrebatamiento.

3. *El misterio del pueblo de Israel*

La línea roja

4. *La historia del templo de Dios*

La línea blanca
La corona de oro y plata del Rey Sacerdote
El cubo del lugar Santísimo (Jerusalén)

5. *Testimonio del Antiguo Testamento acerca de Cristo*

6. *Las naciones delante de Dios*

La zona verde
Los símbolos de las bestias
La primera y la última torre de Babel.

7. *La historia de Cristo*

La estrella del nacimiento del Mesías
La cruz (INRI) y sus rayos de luz
La línea dorada

8. *La salvación de Cristo: presente y completa*

9. *La iglesia del Dios viviente*

Los siete candelabros de oro
La línea azul

10. *Los «días» de Dios*

11. *El tribunal de Cristo y el Gran Trono Blanco*

Los dos tronos

12. *El triunfo del Reino de Dios*

13. *Satanás, el adversario de Dios*

El rayo
La línea negra serpenteante
La línea de la muerte
El lago de fuego

14. *El plan universal de Dios acerca del Reino y la Iglesia*

Indice de asuntos

Abismo, el, 75, 120, 281.
Abraham, 29-31, 33, 36, 43, 58-59, 61, 67, 69, 79, 162-163, 273-275.
Adán, 29; el «último», 249.
Adventistas del Séptimo Día, 197.
Agustín, 148, 199.
Alejandro el Grande, 69-70, 274.
Alfa y Omega, 19, 269, 271, 289.
Alford, Dr. H., 200.
Althaus, Prof. Paul, 165, 170-173, 207.
Ambrosio, 148.
Amilenialismo, 195.
Antíoco Epífanes, 70.
Antisemitismo, 174.
Apocalipsis, 32, 112.
Apócrifos, libros, 184.
Arca del Pacto, 46, 54.
Arco iris, 20.
Arios, 67*n*.
Artajerjes, 40.
Asiria, 39, 275.
Auberlen, Prof. K. A., 200, 255.
Augusto, 70, 274.

Babel, 29, 68, 73, 162, 274.
Babilonia, 39-41, 157, 235, 276.
Bach, J. S., 145.
Balfour, declaración de, 42, 277.
Bar Coquebas, 41, 71, 276.
Basileia (reino), 124, 127, 208.
Beck, J. T., 161, 200.
Belén, 62, 77, 168.
Bengel, J. A., 144, 161, 200.
Bernabé, 183.
Bestias, anticristianas, 73-74; cuatro de Daniel, 69-70, 130*n*, 273.
Bettex, Prof., 200.
Biblia, traducciones, 188; y arqueología, 151.
Blanco, color del sacerdocio, 49, 277.
Blumhardt, 161.
Bohemia, 156.
Bruce, F. F., 151*n*.

Caída, la, 33, 67-68.
Caín, 67, 273.
Calvino Juan, 184.
Cam, 38-39, 67, 273.
Candelabros, los siete, 97, 279.
Canon de las Escrituras, 183.
Chino, el, y el evangelio de Mateo, 167.
Círculo de acontecimientos mundiales, 19; Cristo en el centro, 19-20.
Ciro, 39-40.
Clemente, 183.
Clemente de Alejandría, 199.
Cocceius, Juan, 161.
«Contradicciones» en la Biblia, 158.
Cornelio, 215.
Corona, oro-plata del Mesías, 43, 46, 74, 282.
Creación, La, oratorio, 145.
Cristo, Dios del A.T., 63; historia de, 77-83; Mediador, 84-85; meta del A.T., 58-59; el Sol, 22, 270; triple oficio de, 81-82; venida y aparición de, 82-83.

Dächsel, 200.
Damasco, 232.
Darby, J. N., 167, 200.

Darío de Persia, 40.
Diagrama, explicación del, 7, 11-14, 30, 269-283.
Días de Dios: salvación, 102; último día, 102, 214-216; del Señor, 103; «aquellos días», 104, 240-242; de la eternidad y Dios, 113, 216.
Didaché, 183.
Diluvio, el, 29, 33, 67, 180.
Diogneto, Epístola de, 183.

Ebrard, Prof. K. J., 200.
Ecclesia, 244-245.
Egipto, 39, 276-277.
Eliezer de Hircano, 209.
Emanuel, profecía de, 232.
Escrituras, espiritualización de las, 172-177; 227-238.
Enoc, 29, 273.
Epifanía, 32, 82-83, 112, 199.
Escudriñadores de la Biblia, 197.
Esdras, 40, 276.
Eslavos, los 67*n*.
Españoles, los 67*n*.
Esperanza cristiana, la, 99.
Estrella de Jacob, 77.
Eternidad y tiempo, su punto de contacto, 44-45.
Ezequiel, templo de, 53-54; 278.

Fariseísmo, 31, 41, 223.
Fe cuádruple, la, 63.
Franceses, los, 67*n*.
Francia deroga leyes antijudías, 277.
Francke, A. H., 187.
Frank, Prof. F. H. R., 200.

Gaebelein, Dr. A., 200.
Gog y Magog, 75, 83, 102, 120, 275, 281.
Gran trono blanco, el, 108-109, 283.
Greco-macedonio, imperio, 274.
Greswell, Ed., 200.
Griegos, los, 67*n*.

Handel, 145.
Harbeck, Dr. T., 206.
Hayndn, Joseph, 145.
Heer, Johann de, 200.
Heim, Prof. Karl, 186.
Hermann, Dr. T., 200.
Hofmann, Von, 200.
Hort, Dr. J. J. A., 150.

Iglesia, la, 32, 52, 83, 91-100, 279; y el reino, 125 ss.; en la gloria, 278-279; de Roma, 73.
Ignacio, 183.
Imagen de Nabucodonosor, 69-71, 273-274.
Imperio: medo-persa, 69, 274; greco-macedonio, 274.
Imperios mundiales, los cuatro, 69-72.
Indios, los, 67*n*.
INRI, 78, 271.
Inspiraciión de la Biblia, la, 138-189.
Ireneo, 196, 199.
Iso, batalla de, 274.
Israel, 36-43; espiritual y literal, 229-231; fundación de, 42, 277.
Italianos, los, 67*n*.

Jafet, 35, 67, 273, 277.
Jehová, 20.
Jerónimo, 87.
Jerusalén, 68-69, 170, 276; celestial, 26, 54-55, 76.
Josué, 276.
Juan el Bautista, 78, 226, 245-246.
Justino, 196.
Justino de Siquem, 199.

Kaporet, 45-46.
Kennicott, Dr. B., 148.
Kenyon, Sir F. G., 151.
Kurtz, J. H., 176.

Lago de fuego, 119-121, 270, 283.
Lamec, 29, 67, 273.
Lampe, Prof. F. A., 199.
León de la tribu de Judá, 77.
Logos, 136, 181.
Lucifer, 116-117.
Lugar Santísimo, el, 45, 268, 281.
Lulio, Raimundo, 18*n*.
Lutero, Martín, 87, 144, 184.

Macabeos, los, 70.
Manetho, 148.
Medo-persa, imperio, 69, 274.
Melquisedec, 43, 46, 175, 242.
Mesías, El, oratorio, 145.
Mesopotamia, 39, 276.
Metales del gran imagen, 69-70.
Miguel, 120.
Mil años, mencionado 6 veces, 215-216.
Milenio, 32, 74-75, 106, 120-121, 124, 168, 195, 247, 265; pórtico a la eternidad, 248; razones para esperarlo, 266-268.
Misterios del N.T., 95-97, 243-245.
Moisés, 29, 31, 33, 162-163; ley de, 79, 162.
Monod, 144.
Moroth, Dr. Adolf, 189.
Müller, Jorge, 187, 200.
Mundo estrellado, 21-23, 281.
Mvsica, 90.

Nabucodonosor, 39, 50, 71, 267, 273, 276.
Naturaleza, la, 155-156.
Nehemías, 40, 276.
Newton, B. W., 200.
Nimrod, 30.
Noé, 29, 38, 67, 162.

Oetinger, 161, 200.
Omega, Alfa y, 19, 269, 271, 281.
Orígenes, 199.

Pache, Dr. R., 198.
Padres Biblicistas de Württemberg, 200.
Palabra de Dios, más que Libro de Dios, 136; tres significados, 136-137.
Palabras y pensamientos, 138-142.
Papías, 196, 198-199.
Paraíso, 27, 29, 33, 67, 161.
Parousía, 32, 82-83, 112, 199, 230, 268.
Pember, G. H., 200.
Pentateuco, el, 148.
Pérgamo, 274.
Persia, 39, 67*n*.
Perspectiva profética, 211-212.
Pierson, A. T., 200.
Policarpo, 183.
Postmilenialismo, 194, 217.
Premilenialismo, 194-195.
Profecía, 61-62; cumplimiento sencillo, doble y triple, 231-234, 265.
Profeta, Cristo, 81.
Profeta, falso, 73, 120.
Ptolomeos, los, 274.

Querubines, 22, 282.
Quiliasmo, 197-201.

Raíz de Isaí, 219, 264-266.
Reino del Padre, Hijo, Espíritu Santo, 32-33, 111-112, 164.
Reino y reino milenial no equivalentes, 246.
Resurrecciones, las, 106-107.
Rey del Norte, 70.
Rey del Sur, 70.
Rinkart, Martin, 89-90.
Roma, 39, 274, 277.
Romanos, los, 67*n*, 70.

Sacerdocio en Israel, 49; de Cristo, 82.
Sacrificio, 48-49, 255; de Cristo, 56-58.
Salomón, templo de, 50, 278.
Salvación, de gracia, 34-35; condiciones de, 86-90; universal, 120, 270.
Samaria, 39, 69, 232.
Saphir, Adolf, Dr., 148, 224.
Satanás, 28, 32, 79, 116-122, 180, 279-280, 300.
Scofield, C. I., 200.
Sem, 38, 70, 273, 277.
Septuaginta, 70, 274, 277.
Setitas, 273.
Shekina, 48, 54.
Siervo sufriente de Isaías, el, 53.
Siete períodos de historia, 33-34; 282.
Sinagoga, 209.
Sionismo, 42, 277.
Skilton, J. K., 149-150.
Sociedad Bíblica, 188.
Spurgeon, C. H., 144, 187.

Tabernáculo, el, 49-50, 254; de David, 257-266, 278.
Taylor, Hudson, 187, 200.
Templos de Dios, 49-55, 278; de Ezequiel, 53-54, 278; futuro, 250-256.
Tertuliano, 196, 199.
Testigos de Jehová, los, 197.
Testimonio de la iglesia, 94-95.
Teutones, 67*n*.
Textos variantes, A.T., 149-150; N.T., 150-152.
Theopneustos, 177, 184.
Tiberio, 70.
Ticonio, 199.
Tiempos de los gentiles, 69.
Tierra, la nueva, 26, 43, 75-76.
Tipos, cumplimientos, 231-234, 265.
Tito, 41, 71.
Tora (ley), 45-46.
Torrey, Dr. R. A., 200.
Tregalles, Dr. S. P., 200.
Triángulo, el, 18, 269.
Tribunal de Cristo, 107-108, 283.
Trinidad, divina, la; un triángulo, 18; autorrevelación de, 111-112.
Triunfo de Dios, el, 113-114.
Trono de Dios, 47; gran trono blanco, el, 107-110, 283; de David, 257-268.

Ultimos días, los, 102, 214-216.
United Evangelical Action, 7.

Vespasiano, 71.
Vetus Testamentum Hebraicum, 149.
Vitringa, Campegius, 199.

Warfield, Dr., 150.
Westcott, Obispo B. F., 150.
Wilson, Dr. R. D., 149.

Zama, batalla de, 70, 274.
Zinzendorf, 142.
Zodíaco, 22.
Zorobabel, 39, 276; templo de, 50-51, 253, 278.

* * *

OTROS LIBROS DE:
Publicaciones Portavoz Evangélico

EL HOMBRE ESPIRITUAL **Lewis S. Chafer**

Pocos libros han tenido una acogida tan calurosa como éste por el pueblo evangélico. Es un estudio de la obra del Espíritu Santo en la vida del creyente. (Segunda edición. 186 páginas.)

GRANDES TEMAS BIBLICOS **Lewis S. Chafer**
Edición revisada por **John Walvoord.**

Un libro indispensable para cada estudiante de la Biblia, 52 doctrinas claves de la Biblia sintetizadas y explicadas. Un cuestionario sigue a cada capítulo, y contiene un amplio índice de temas y textos bíblicos. (450 páginas.)

EL CAMINO DE LA SALVACION **Lewis S. Chafer**

Este libro se presenta como un sencillo mensaje del Evangelio. ¿Qué hemos de creer? ¿Cómo podemos recibir la salvación provista por Dios? ¿Qué es lo que hará esta salvación en nuestras vidas? He aquí algunas de las preguntas contestadas en este manual para el "camino de la salvación". (148 páginas.)

FUNDAMENTOS CRISTIANOS **Gerald B. Stanton**

Sin unos fundamentos sólidos, un edificio no puede sostener las adversidades del tiempo. Así es con el nuevo creyente. A él le hacen falta unos «fundamentos cristianos» para llevarle de la experiencia inicial de la salvación a una vida de plena madurez y comunión con Dios. Algunos de estos «fundamentos» expuestos en este libro son: la seguridad de la salvación, métodos de estudio bíblico, la necesidad de aprender de memoria la Palabra de Dios, la oración y el testimonio personal. Todo conducirá al creyente a vivir una vida más abundante en el Espíritu Santo.

DISPENSACIONALISMO, HOY — **Charles C. Ryrie**

Una respuesta clara a la pregunta "¿Cómo se debe interpretar la Biblia?". Una obra que aclara conceptos básicos tocante a un tema complejo. El autor confronta las objeciones que se han formulado contra el dispensacionalismo y las contesta de manera clara y convincente. He aquí una obra que evidencia madurez, sobriedad, sencillez, erudición y equilibrio teológico. (254 páginas.)

LA GENERACION FINAL — **Hal Lindsey** con **C. C. Carlson**

El autor de «La agonía del gran planeta Tierra» en este libro habla de las muchas falsas esperanzas que se ofrecen hoy día y de las crisis más grandes en la historia del hombre que azotan a esta generación. ¿Podemos saber adónde se dirige la historia? El señor Lindsey presenta únicamente la verdadera y última esperanza para «la generación final». (256 páginas.)

FILIPENSES: UN COMENTARIO EXEGETICO Y PRACTICO — **Evis L. Carballosa**

Un estudio basado en la exégesis de esta epístola del punto de vista del texto original. El autor ha hecho un esfuerzo por explicar con claridad el verdadero significado de frases y expresiones que no son perceptibles a la simple lectura de la versión castellana. Aunque escrito de manera sencilla, este libro enfoca la parte doctrinal como la práctica de esta importante epístola del Nuevo Testamento. (Segunda edición. 140 páginas.)

RELIGION O CRISTO — **M. R. de Haan**

Un libro que explica lo que es la salvación, en contraste con lo que ofrecen las religiones. (Tercera edición. 52 páginas.)

EL PROBLEMA QUE UNICAMENTE DIOS PUDO RESOLVER — **Henry Bast**

¿Cuál es "el" problema del ser humano? ¿Cuál es "la" solución para remediarlo? ¿Cómo puede el hombre conseguir paz, gozo, y experanza? Este libro evangelístico, basado en unos estudios sobre el libro de Romanos, da las respuestas a estas y otras preguntas. (88 páginas.)

LA PALABRA INFALIBLE — **N. A. Woychuk**

Muchas y graves acusaciones son levantadas por voces extrañas contra la eterna Palabra de Dios. El cristianismo no puede prevalecer cuando la autoridad de la Biblia es sovocada. La doctrina cristiana no puede prosperar cuando la infalibilidad de la Biblia es puesta en duda. He aquí un libro que destaca la importancia de la Palabra de Dios en todos sus aspectos. (80 páginas.)

EXPOSICION DE SEGUNDA TIMOTEO
(El adiós del Apóstol Pablo) — **N. A. Woychuk**

Un comentario expositivo y práctico sobre la Segunda Epístola de S. Pablo a Timoteo. (192 páginas.)

HABLA EL ANTIGUO TESTAMENTO — **Samuel J. Schultz**

Una obra necesaria para todo estudiante de la Biblia que desea una introducción al estudio de los libros del Antiguo Testamento, con sus costumbres, datos históricos, mapas, etc. (420 páginas.)

TESTIGOS... ¿DE QUIEN? — **Antonio M. Sagau**

Un libro que expone los puntos doctrinales de los llamados «Testigos de Jehová» y cómo éstos no concuerdan con las enseñanzas de la Palabra de Dios. (Cuarta edición. 108 páginas.)

APUNTES DE SERMONES
(Génesis a Apocalipsis) **C. H. Spurgeon**

Un libro de 194 bosquejos de sermones que abarcan cada libro de la Biblia, de Génesis a Apocalipsis, y casi quinientas ilustraciones del "príncipe de los predicadores" como fue llamado C. H. Spurgeon. Una buena ayuda para la preparación de sermones o simplemente para lectura devocional. (432 páginas.)

LA BIBLIA Y LA SANIDAD DIVINA **Emilio A. Núñez**

Un concienzudo, detallado y claro estudio del asunto de la sanidad divina a la luz de las Sagradas Escrituras. ¿Qué dice la Biblia sobre el tema? ¿Qué tiene que ver la "experiencia" con lo que dice Dios en su Palabra? ¿Qué relación hay entre la sanidad divina y la soberanía de Dios, la oración por los enfermos, las causas de la enfermedad, la ciencia médica, el problema de la muerte, etc.? (80 páginas.)

CAMINOS DE RENOVACION **Emilio A. Núñez**

Subraya el autor que en Jesucristo la renovación es presente y futuro, actual y progresiva. El creyente es llamado a renovarse en todas las dimensiones de su personalidad y en todas las relaciones de su vida cotidiana. La renovación que trae el Evangelio es espiritual, ética y escatológica. No se reduce al terreno de la experiencia sensacional, mística y transitoria. Abarca la totalidad de la vida cristiana y se proyecta a las grandes transformaciones en el mundo por venir. (218 páginas.)

LA MUJER, SU MISION, POSICION Y MINISTERIO **P. B. Fitzwater**

Debido a que la mujer es el factor supremo en la formación del hogar, es de gran importancia que se conozca su verdadera posición. La mujer debe conocer su lugar y estar dispuesta a ocuparlo. He aquí la respuesta. (Cuarta edición. 72 páginas.)

EL PROFETA DE LA RESTAURACION —Hageo— **Federico Tatford**

La crisis de nuestro tiempo es la de mayor magnitud y la de más difícil solución de todos los tiempos: la juventud está en rebeldía, el mundo está trastornado. ¿Tiene Hageo algo para nosotros? La profecía de Hageo adquiere una vigencia inusitada y la aceptación de su mensaje es la única solución posible. (86 páginas.)

LA VIDA LLENA DEL ESPIRITU SANTO **Harold van Broekhoven**

Serie de mensajes claros y sencillos que hablan de los principios fundamentales de la doctrina del Espíritu Santo en la vida del creyente. (Segunda edición. 45 páginas.)

EXITO PERSONAL, LA PROMESA DE DIOS **Victor Matthews**

¡Parece un tanto utópico en el terreno espiritual pero es la promesa de Dios! Un libro ideal para hacer ver tanto al inconverso como al creyente lo que es el verdadero cristianismo y cómo conseguir la libertad del éxito personal. Contiene un examen para cada capítulo que le será de ayuda al lector para comprender mejor su estado espiritual. (152 páginas.)

EL MISTERIO DE LA INIQUIDAD **F. V. Dabold**

La apostasía está en su forma final. Muchos que piensan que son creyentes, no lo son y, por lo tanto, están en peligro inminente de ser arrastrados por la corriente de la mera profesión de fe, que es la obra de Satanás llamada «el misterio de la iniquidad». Esta obra comprende la estrategia del diablo, el engaño por imitación, que se ha de perfeccionar en estos últimos días. (Segunda edición. 158 páginas.)

De eternidad a eternidad

De eternidad a eternidad

Erich Sauer

Este libro expone con máxima claridad y con gran poder interno la unidad histórica de la Biblia y de los grandes períodos de salvación.

La historia de la salvación se ve a la luz de la historia de los métodos divinos, de los Templos de Dios, de Israel, de las naciones, del Mesías, de los «días» de Dios, y varios juicios finales. Se añaden dos partes que van aún más allá y que tratan con el asunto de la inspiración de la Biblia y del milenio.

«Una presentación maestra del plan de Dios a través de las edades. Aboliendo las extravagancias de algunos intérpretes proféticos, presenta osadamente toda la gama de la revelación bíblica desde el principio hasta el fin.»

— **Dr. Frank E. Gaebelein**